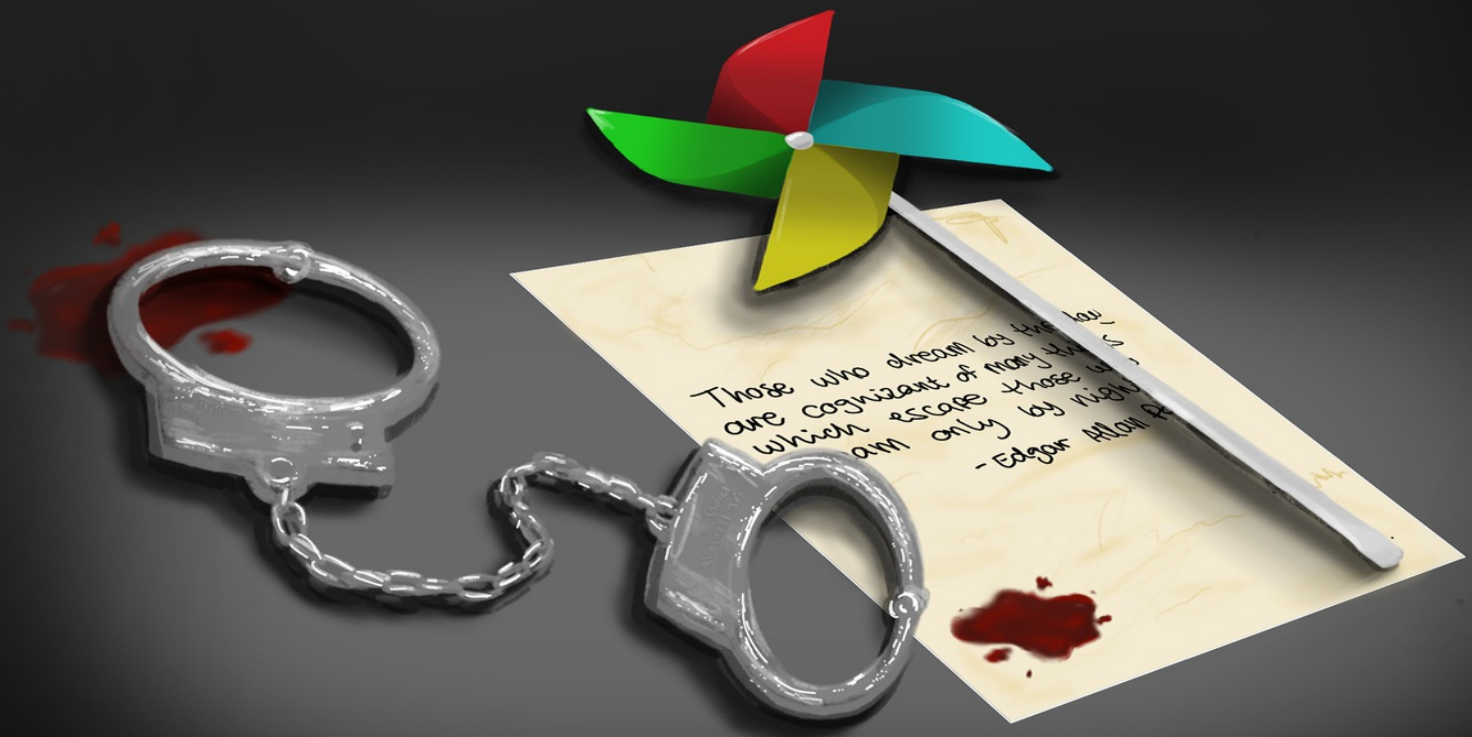
Operación veleta de papel



Esther Alcudia

Operación vuelta de papel

Esther Alcudia

Título: OPERACIÓN VELETA DE PAPEL

Esther Alcudia © 2024

Ilustraciones: Lucía Alcudia

Cubierta: Luce Montzantg

Corrección y maquetación: Sandra García @correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

«Cuando la vida te da un golpe,
¿sabes qué tienes que hacer?
Sigue nadando, nadando, nadando…»
Buscando a Nemo.

PRÓLOGO

5 de noviembre de 2017.

Querido diario.

Hace dos meses que estoy en este lugar donde me engañaron, y yo, ilusa de mí, lo creí todo. Pensé que en San Francisco encontraría a la verdadera Malena, pero lo que encontré fue un falso trabajo que me llevó a este club donde cada noche muchas chicas se enfrentan entre ellas. Son el espectáculo que ofrecen a un grupo de supremacistas, cuyos miembros hacen una fiesta cada vez que una de ellas pierde la vida.

Yo podía haber estado en el lugar de esas pobres chicas, de hecho, me trajeron aquí por el mismo motivo que ellas, pero uno de los socios fundadores me vio y decidió que yo no estaría con las demás. Recuerdo que sentí alivio cuando lo supe. ¡Qué tonta!

Llevo treinta días soportando que ese tío asqueroso abuse de mí. Noche tras noche. La primera vez que vino a mi habitación me violó, sin la más mínima consideración, y, no contento con eso, me pegó una paliza que me dejó en cama casi una semana. Esos días, dolorida y magullada por fuera y por dentro, llegué a alegrarme de estar hecha polvo como estaba, porque durante ese tiempo él no vino a verme. Cuando ya me recuperé y volvió a lo mismo, quise morir. Y no lo digo en sentido figurado, sino de verdad, cada mañana pensaba la manera de desaparecer, estaba claro que no podría salir jamás de este sitio. Porque lo cierto es que lo intenté, pero al final me cansé de buscar una salida que no existía.

Juré que no dejaría de intentarlo. Incluso un día me autolesioné, era la única manera de que él no me tocara.

Pero todo ha cambiado.

Hoy todo ha cambiado.

Esta mañana lo supe. No me preguntes porqué, querido diario, solo sé que fui consciente de lo que hace días mi cuerpo me decía.

Saqué valor, no sé de dónde, pero lo saqué, y le pedí una prueba de embarazo a Katerina, la encargada de todas las chicas que vienen a este club, el White Velvet.

No se lo esperaba y por un momento me maldijo, como si yo tuviera la culpa.

«¡Deberías haberte cuidado, eres una irresponsable!».

Eso fue lo que me dijo en un primer momento, como si fuera posible cuidarte de un violador que viene todas las noches a tu habitación para hacerte todas las cosas que se le pasan por su sucia cabeza.

Estoy embarazada.

Desde niña soñé con ser mamá. Siempre tuve ese instinto de cuidar a una personita que fuera parte de mí y de la persona de la que estuviera perdidamente enamorada, pero la realidad ha sido cruel, pues sí, voy a tener un hijo, pero desde luego no será del amor de mi vida.

No. Voy a tener un hijo de un hombre que no solo abusa de mí cada vez que le da la gana, sino que me insulta y me pega por no ser como él. ¿Qué clase de mente retorcida quiere estar

con una persona de piel morena y pelo oscuro, cuando piensa que no somos la raza pura y luego la mata a palos?

Te odio, Hermann Weber.

*****

10 de abril de 2018.

Querido diario.

Me miro al espejo y veo mi barriga redondeada. La acaricio y noto cómo se mueve dentro de mí. Estoy sintiendo tantas cosas por este bebé que está creciendo en mi interior, que a veces me olvido de que estoy prisionera en una jaula, de oro, pero jaula, al fin y al cabo.

Hermann no ha vuelto a venir a mi habitación desde que supo que estaba embarazada. El día que se enteró me abofeteó y después se marchó. Desde ese momento me trasladaron a otra habitación más grande, más cómoda, pero que no deja de ser una prisión para mí.

Tengo miedo de que mi niño sufra algún daño por parte de ese monstruo, y ese pensamiento me consume. Todavía no he visto a mi bebé, pero ya lo quiero más que a mi vida. Incluso la cambiaría por la suya. Cada día me traen comida elaborada por un médico dietista —al menos, eso me dice Katerina—, y me obligan a utilizar productos de higiene de las marcas más caras. Me tratan entre algodones.

Aún quedan tres meses para verlo y ya sueño imaginando cómo será su carita. ¿Se parecerá a mí? O tal vez…

A menudo fantaseo con salir de aquí con mi niño en brazos y ver la luz del sol, pero cuando me doy cuenta de que eso nunca pasará, dejo de hacerlo y me pongo a llorar como cuando tenía cuatro años.

*****

9 de julio de 2018.

Querido diario.

Mi bebé está a punto de nacer, lo sé. Llevo días sintiendo una presión en la barriga y esta mañana ha pasado algo muy extraño. De repente he notado cómo mi tripa ha bajado, así de golpe. El médico ha venido a verme y me ha dicho que estoy a punto. Que de un momento a otro llegará. Estoy feliz, pero a la vez tengo miedo.

¿Qué va a pasar cuando eso suceda?

Sonrío al acordarme del nombre que he elegido para él, porque sí, ya sé que será un niño, así que he decidido llamarlo Rafael, como mi abuelo.

Creo que vuelve el médico, siento molestias y no sé qué pasará.

Mejor sigo escribiendo cuando se vaya…

*****

11 de julio de 2018.

Querido diario.

Hace dos días que nació Rafael, sí, el día 9 de julio.

Es precioso. No dejo de mirarlo. Apenas se le ve pelo porque es tan claro que parece que no tiene. Hoy ha abierto los ojos y son azules, o al menos me lo parecen. Tiene la piel de color rosa y es suave como el terciopelo.

Me quedo embobada mirándole la carita mientras duerme.

Rafael no se parece a mí, que tengo el pelo oscuro y la piel morena. Mi madre es española, del sur, y mi padre es colombiano. Toda la familia tenemos esos rasgos, sin embargo, mi bebé se parece a él. No quiero nombrarlo. Es mío y solo mío, a pesar de que tenga la piel clara y el pelo casi blanco. Aunque hay algo que sí tiene de nosotros y es el lunar debajo del ojo derecho, al igual que mi abuelo, mi padre y yo.

Estoy tan feliz que me da miedo que esta felicidad desaparezca de pronto y me robe la aparente tranquilidad que tengo…

*****

12 de julio de 2019.

Querido diario.

Hace un año que no te escribo.

No he podido hacerlo.

A los dos días de nacer Rafael, Hermann vino a verme. No lo había visto desde que me quedé embarazada. Recuerdo cómo me temblaba el cuerpo solo con su presencia en la misma habitación que yo. Se acercó a mí para ver al niño. Estaba dormido en mis brazos. Cuando lo vio, creí vislumbrar una leve sonrisa en su cara.

«Quizás haya cambiado al verlo», pensé.

¡Qué lejos de la realidad!

Se fue y al cabo de una hora, volvió a aparecer, pero esta vez no me miró a mí, solo se acercó y me lo arrancó de los brazos. Me resistí con todas mis fuerzas, pero no pude hacer nada por evitarlo. Lloré tanto que creo que me quedé sin lágrimas. No había vuelto a llorar desde ese instante hasta hace unos días.

Le he rogado, día tras día, que me lo devuelva, pero no me dice nada. Su respuesta siempre es el silencio.

Había perdido la esperanza, pero hace un mes vino una chica nueva al Club, se llama Jackie, aunque se presentó como Silvana. Nos hemos hecho muy amigas y le he contado mi historia y el motivo por el que no he intentado escapar de aquí; tengo que encontrar a Rafael. Ella también me ha confesado su secreto. Es policía y se ha infiltrado en este club para sacar de aquí a las

chicas que han entrado como ella de acompañantes de esos cerdos, y también a las que luchan a muerte todas las noches, las que son como yo.

Me ha prometido que me va a ayudar a encontrar a mi hijo y que le hará pagar a Hermann todo lo que me ha hecho.

«Juntas somos más fuertes, Malena», eso me ha dicho y creo que tiene razón…

1

Una buena policía



Dos años más tarde.

—Vamos, otra vez, Malena. Recuerda… puño cerrado, pierna adelantada y paso rápido hacia delante.

—Vale, allá voy.

—¡Ey, no aprendas tan deprisa que me vas a machacar!

Jackie está tumbada en el suelo y me hace reír. Le doy la mano para que se levante.

—Bueno, ya está bien por hoy.

—Quiero entrenar más, una última vez, por favor.

—Está bien, pero no seas tan bruta o esta noche no seré persona.

—Perdona, a veces no mido la fuerza.

—Tienes mucha, pero tranquila, que tiene que ser así. Es mejor para ti.

Practicamos un rato más las artes marciales y después nos vamos las dos a la ducha.

—¿Cómo llevas los exámenes?

—Bien, Jackie, tengo ganas. —Ella asiente—. A ver, estoy contenta trabajando de administrativa en la comisaría, pero he sentido la llamada del cuerpo —bromeo.

—Parece que te fueras a meter a monja, aunque, pensándolo mejor, sé de uno al que no le haría mucha gracia que tomaras ese camino.

—Jason tiene mejores cosas en qué pensar. No creo que yo sea una gran oferta para él; mujer soltera con un hijo de tres años.

—Yo no estaría tan segura. Lo conozco y creo que tú has sido capaz de convertir a un mujeriego como él en todo un hombre casto guardando el celibato.

—Sé que no ha dejado compañera viva, en el buen sentido —le aclaro—. Llevo seis meses trabajando en la comisaría y he oído de todo sobre Jason.

—Sí, es cierto, pero eso era antes, si supieras lo que ha cambiado, te asombrarías, y, sobre todo, sabiendo que es por ti.

—Mira, Jackie, somos amigas y sabes todo sobre mí y también que Jason me gusta desde que lo vi el primer día, creo que desde que entró enfundado con ese chaleco antibalas en el club donde me tenían retenida, pero también sabes que mi objetivo, hoy en día, es convertirme en una buena policía.

—Sí, la verdad es que todavía estoy asombrada con tu decisión.

—Lo sé, todos os sorprendisteis cuando os lo dije, pero supongo que haber vivido todo lo que pasó antes de nacer Rafael y después de trabajar con vosotros durante seis meses, me he dado cuenta de que necesito ayudar a la gente y protegerla de seres indeseables como los que yo tuve la desgracia de conocer.

—Serás una buena policía.

—Como tú —le digo sonriendo a mi amiga.

—¡Seremos las mejores de la estación!

Las dos chocamos las manos sonrientes. Conozco a Jackie desde hace dos años, y le debo todo lo que soy en este momento. Si no hubiera sido por ella, quizás hoy todavía estaría en ese club con aquel malnacido que abusaba de mí cada vez que le daba la gana. Pero lo que más tengo que agradecerle a ella y a todos los demás es que recuperaran a mi hijo. Por suerte, la esposa de Hermann, el indeseable que me violaba cada vez que se le antojaba, cuidó a mi bebé como si fuera suyo, y por eso le doy gracias a Dios todos los días de mi vida. Ese monstruo también engañó a su propia mujer al decirle que ese niño no tenía madre y estaba en adopción, cuando la realidad era que el desgraciado me lo arrebató nada más nacer.

Este año Rafael empieza en el *cole de mayores*, como él dice, y dispondré de más tiempo para prepararme en la academia de policía.

—Venga, vamos que son las cuatro. —La voz de Jackie me devuelve al presente.

—Sí, vamos que tengo que recoger a mi peque de la guardería.

Nos despedimos las dos con un abrazo y me voy derecha a por mi hijo. Él es todo lo que tengo en la vida y por él es por lo que quiero prosperar y ser mejor persona.

La semana que viene son los exámenes y después tendré que prepararme cinco meses en la academia. Lo estoy deseando. Sé que voy a estar muy ocupada y que me quitará tiempo para estar con mi bebé, pero tengo que hacerlo por él y por mí, por los dos.

—Mira, ahí viene tu mamá, Rafael. —La cuidadora avisa a mi hijo de que he llegado.

Cuando me ve, sale corriendo a mis brazos.

—¡Hola, peque! —Lo abrazo y aspiro su olor a jabón.

—Hola, mami, mira lo que hemos hecho hoy.

Sale corriendo y coge de la mesa un dibujo.

—¿A ver? —Rafael me tiende el papel ilusionado—. ¿Pero esto lo has hecho tú solito?

—Sí, mami, yo solito, ¿verdad, señorita?

—Cierto, él lo ha hecho todo sin ayuda de nadie.

—Está precioso, mi amor. Eres un artista, me encanta. Lo pondremos en la nevera de casa, ¿te parece?

—Sí, además no me he salido nada del borde con los lápices.

—Ya veo, ya. Es una obra de arte.

Los dos sonreímos y él vuelve a abrazarme.

—Rafael, ve a coger tu abrigo para irte con mamá.

—Sí, señorita.

Sale corriendo y yo me quedo embobada mirándolo.

—Es un niño muy cariñoso, Malena —me dice la cuidadora mientras ambas lo observamos.

—Sí, lo es. Es dulce y bueno y eso es todo lo que le pido a Dios, que sea un niño feliz y un adulto responsable.

—Niños felices hacen adultos responsables, es el lema de nuestra escuela. Estoy segura de que lo será.

Cuando pienso en su padre, se me ponen los pelos de punta. Sé que ya no puede hacernos daño porque decidió quitarse la vida en la cárcel, pero últimamente he tenido muchas pesadillas. Sobre todo, desde que siento la presencia de alguien a mi alrededor. No le he contado a mis amigos nada porque sé que es parte del proceso de mi recuperación. La psicóloga me dijo que puede que me cueste bastante tiempo superar todo lo que viví durante más de un año en aquel lugar. He revivido mis días en el *Club*, la tarde que nació mi hijo y cómo ese salvaje, dos días después, lo arrancó de mis brazos y lo separó de mí durante un año. Intento no pensar en esas horribles cosas y concentrarme en el día que me lo trajo a mi casa Michael, que se presentó como el inspector García. Si no es por él y Jackie, quién sabe si yo hoy estaría con mi hijo.

—¿Listo? —le digo cuando viene con el abriguito puesto.

—Sí, mami, ¿podemos cenar hoy pasta con tomate?

—Sí, cariño, podemos.

Se mete la mano en el bolsillo y saca un coche de policía de peluche. Recuerdo cuando Jason se lo regaló. Sonrío al acordarme de la superfiesta que organizó para Rafael. No faltó de nada para que el niño tuviera la mejor celebración. Globos, serpentinas, tarta e incluso montó una piscina de bolas en la casa que alquiló. Al niño le encantó y todavía conserva ese regalo como uno de sus juguetes favoritos. Cumplía dos años y era una fecha muy especial para mí porque, por desgracia, el primero no pude celebrarlo a su lado, pero en aquella fiesta me di cuenta de que estaba rodeada de gente que nos quería, aunque, siendo sincera, él fue especial desde el principio y ese día creo que me enamoré un poco más de Jason.

—¿Hoy viene el tío a cenar a casa?

—No, cariño, hoy no.

Cojo el coche y nos vamos. Mi hijo es muy listo y sabe que el tío Jason, como él lo llama, viene a menudo a nuestro apartamento, al igual que los tíos Michael y Jackie, pero en el fondo creo que sabe que él es alguien importante para mí.

—Dale a este botón y verás cómo suena.

—Anda, ¡qué chulo, tío! Mira, mami, ¡soy Chase de la patrulla canina!

—Sí, peque, el coche es igual.

—Yo quiero ser policía como tú de mayor, tío Jason.

—Serás lo que tú quieras ser, campeón.

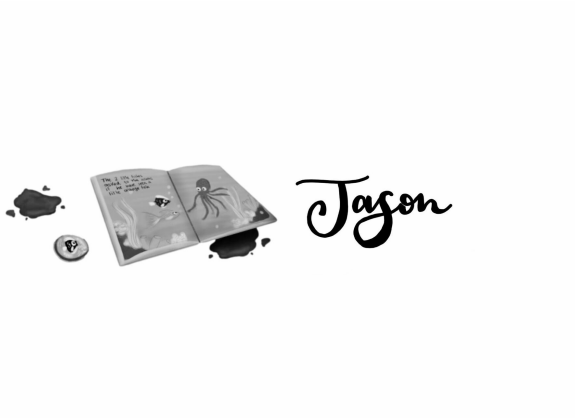
—¿Puedo tocarlo otra vez?

—Todas las veces que quieras, hoy eres el jefe.

El sonido de la bocina del coche de atrás me saca de mi ensoñación. Reanudo la marcha con una sonrisa en la boca, me estaba acordando del día que Jason montó a Rafael en el coche patrulla. Ese día me derretí al verlos a los dos juntos y sobre todo a mi hijo tan feliz. Es muy especial, no lo niego, pero creo que él es un alma libre y dudo que a la larga quisiera una carga como la mía en su vida. Eso justo es lo que yo soy para él. Además, ahora debo concentrarme en aprobar los exámenes y convertirme en policía.

En una buena policía.

2
Soltero y sin compromiso



—Parece que Malena se va de la oficina.

—Ya, eso parece. —Pego más fuerte al saco de boxeo.

—¿Y cómo lo llevas? O tendría que preguntarte… ¿cuándo se lo piensas decir?

—Michael, no es tan fácil. —Sigo pagando mi frustración con el trozo de cuero que cuelga del techo.

—Jason, no te reconozco, el tío más ligón y más descarado que he conocido en mi vida, ¿me dice que no es fácil confesarle a la chica que te gusta que te mueres por ella? Increíble.

—No me muero por ella, ¡capullo!

—Lo que tú quieras, pero deberías verte la cara de lelo que se te queda cuando está a tu lado.

—No será para tanto, a ver, me gusta mucho y me pone a mil, eso no te lo voy a negar, pero ella tiene un pasado duro que no ha superado y no tiene interés en el género masculino, digámoslo así —hago una pausa—, al menos eso fue lo que me dio a entender una vez que estuve a punto de decirle lo que sentía.

—Pero eso fue hace más de un año, chaval. Tienes que actualizarte. La gente cambia de opinión, si no mírate al espejo.

—No te entiendo, Michael, y haz el favor de sujetar más fuerte el saco si no quieres que te aseste a ti el golpe sin querer. —Sonrío.

—A lo que me refiero es a que hace tiempo tú eras el que alardeaba por ahí de haber salido con casi todas las polis de la comisaría, y ahora te va a dar algo porque la chica que te roba el sueño se va de la oficina para ser una policía más como nosotros.

—Ya, bueno, serán cinco meses de entrenamiento, pero tampoco se va a un internado, recuerda que tiene un hijo.

—Sí, Rafael, por el que se te cae la baba, aunque en eso no tienes la exclusiva. Ese enano nos ha robado el corazón a todos. —Los dos sonreímos al acordarnos del niño—. Recuerdo el día que lo encontramos en casa del desgraciado de su padre.

—Cierto, aquella mujer, la esposa de ese malnacido, no dejaba de llorar mientras nos

preparaba las cosas para llevárnoslo.

—Sí, en el fondo sentí lástima también por ella porque, después de todo, ese desgraciado la engañó igual.

—Pero ese niño tenía una madre que lo esperaba con los brazos abiertos.

—Eso es, Malena. —Suspiro al acordarme de ella.

—Venga, vámonos. Te invito a una cerveza para quitarte el mal de amores. A ver si esta noche en la fiesta te lanzas, colega.

—¡Tira, anda, y me debes dos!

—¿Dos?

—Sí, por darme la tabarra con ella todo el entrenamiento.

Los dos nos reímos y nos vamos.

Quizás unas cuantas cervezas me hagan olvidar que mi amigo tiene razón y que me muero por ella. Me encanta verlos a él y a Jackie juntos, después de todo lo que pasaron para estar así, pero ahora que estoy en la misma situación, creo que prefería mi estado anterior: soltero sin compromiso y feliz de la vida.

*****

Me miro al espejo y sonrío. Me veo bien, pero cuando pienso que esta noche lo que celebramos es que Malena ha aprobado los exámenes para ser policía y que se va de la oficina, se me quitan las ganas de salir. Pero ¿a quién quiero engañar? Estoy deseando verla, como siempre.

Me monto en mi viejo Ford Mustang del 65 y tiro hacia el bar de Molly. Allí hemos quedado todos los chicos de la comisaría para celebrar con los nuevos aprobados, entre ellos, Malena.

La veo al fondo. Está riendo mientras habla con Leah y Laurie. ¡Dios, es demasiado guapa para mi salud mental! Y para colmo, cuando sonríe, se le iluminan sus ojos oscuros que, sin embargo, a la luz del sol, parecen verdes. Al lado están Jackie y Michael hablando con Ruket.

—Buenas, chicos —le digo al grupo, aunque mis ojos van directos a los de ella. Es inevitable.

—Al fin llegas —Michael me susurra al oído al tiempo que me pega una palmada en la espalda.

—Tuve un problema al salir —miento.

Es lo primero que se me ocurre. No puedo decir que estaba nervioso y que me he cambiado de ropa veinte veces, así que lo mejor es dar una razón genérica.

—Hola, Jason. —Malena se acerca y me da un beso en la cara. Aspiro su olor y al separarme, me fijo en sus labios en forma de corazón que estoy deseando probar. Desde hace demasiado tiempo.

—Hola, Malena. Felicidades lo primero, me alegro mucho por ti.

—Gracias, estoy muy contenta, quiero ser una buena policía y tengo los mejores maestros aquí.

—Lo serás, estoy seguro. ¿Cuándo te vas?

—En una semana. Estaré trabajando en la comisaría hasta el viernes.

—Te voy a echar de menos —carraspeo—, te vamos a echar de menos.

—Yo también, pero después me tendréis que aguantar otra vez, solo que puede que salga de misión con alguno de vosotros.

—Las misiones son peligrosas.

—Lo sé, pero podré hacerlo. He pasado por cosas peores.

Se calla y se me retuerce el corazón de pensar en todo lo que sufrió hace dos años, pero hoy es su noche, así que desecho estos pensamientos tan nocivos para mí.

—¡Un brindis por Malena, nuestra futura compañera!

La voz de Ruket nos hace girar hacia el grupo. Por un momento me había olvidado de ellos.

—Eso, ¡por Malena! —gritan todos y ella sonríe.

Chocamos las jarras de cerveza todos al mismo tiempo. Todos hablan de la última misión en la que estuvieron Michael y Ruket y que acabó con una organización criminal que hacía mucho tiempo que queríamos atrapar, pero yo solo estoy atento a una persona.

Solo tengo ojos para ella…

3

Bengalas



Llevo toda la noche celebrando con los chicos mi aprobado y estoy muy feliz. He dejado a Rafael con la sobrina de Ruket. Ella hace de niñera con sus hijos. Él y Susan, su mujer, ya tienen tres y las mellizas tienen la misma edad que mi hijo. Se lo pasan muy bien juntos.

Jason ha estado toda la noche mirándome, de hecho sigue haciéndolo. Da igual donde esté, cada vez que levanto la vista lo veo observándome, aunque, a decir verdad, yo también lo estoy buscando a cada rato. Me gusta mucho, pero todavía no estoy preparada para mantener ninguna relación con un hombre, de ningún tipo. Siento cosas por él que no se parecen en nada a lo que puedo sentir por los demás. Él es algo más que un amigo para mí.

Desde que me ofrecieron trabajar en la comisaría y lo traté más, me di cuenta de que era un chico tierno, a pesar de que su fama de mujeriego no hablaba demasiado bien de él. Y el caso es que no me extraña lo más mínimo que todas las chicas caigan a sus pies. No hay más que verlo, metro noventa de altura, ancho de espaldas, rubio, ojos azules y sonrisa descarada. Para colmo, tiene una labia que hipnotiza.

—Hola, ¿estás aquí? —La voz de Jackie me despierta de mi ensoñación.

—Sí, sí, estaba pensando.

—Parecía que estuvieras hipnotizada.

Dirige su vista hacia el chico que ocupa mi cabeza desde que apareció en la fiesta.

«Hipnotizada, justo».

—Estoy bien, es solo que han pasado demasiadas cosas y hacía un repaso de todas.

—Te entiendo, pero son cosas buenas. Todos estamos muy contentos por ti, y él mucho más.

Vuelve a mirarlo y yo también lo hago.

—Lo nuestro es complicado, ya te lo he dicho.

—Sí, lo has hecho, pero tus argumentos no me han convencido. A Jason se le van a caer los ojos de tanto mirarte. —Me hace sonreír—. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Esta noche, tú y Jason me habéis recordado a una velada en que yo estuve con Michael de la misma manera, a ver, no fue el mismo caso, pero en ese momento, era Laurie la que me decía que no me quitaba el ojo de encima. Y ahora soy yo la que te lo digo a ti.

—No tiene nada que ver, Michael y tú estáis hechos el uno para el otro.

—Uy, tendrías que habernos visto cuando nos conocimos. No nos soportábamos, ¡nada! —Las dos nos reímos—. Después, todo cambió y creo que a vosotros os pasa igual, con la diferencia de que sí os soportáis y yo diría que os gustáis mucho los dos. ¡Qué digo mucho, muchísimo!

—Lo pasé tan mal que no creo que pueda superarlo nunca, Jackie. Él no se merece mis dudas, ni mis miedos. Puede tener a cualquier chica que quiera.

—Deberías dejar que lo decidiera Jason, además tienes que darte una oportunidad. Eres muy joven, Malena, solo tienes veintidós años.

—Sí, pero he vivido más que una persona de ochenta, además, tengo un hijo pequeño.

—Al que todos adoramos, incluido él. Mereces vivir cosas bonitas, Malena. Eres mi mejor amiga y debo decírtelo.

Las dos nos abrazamos. Jackie se ha convertido en mi hermana desde que nos conocimos en aquel horrible lugar. Ella fue el rayo de esperanza que tuve en ese momento. El único, en realidad.

—¿Puedo sumarme al abrazo?

La voz de Jason nos sorprende.

—Sí, pero dáselo a ella mejor. Yo me voy a ver qué hace mi chico.

«Jackie, no me hagas esto».

—Hace calor, ¿verdad? —digo nerviosa ante su penetrante mirada.

—Pues… no sé… —Me sonríe como solo él sabe hacerlo.

—Sí, sí, yo creo que hace mucho calor. Muchísimo.

«Si supieras que eres tú el que hace que me suba de esta manera la temperatura…».

—¿Quieres que salgamos a tomar el aire?

«¿Fuera? ¿A solas contigo?».

—Eh, vale, vamos.

Me deja pasar delante y apoya su mano en mi cintura. Ese contacto me da escalofríos, a pesar del calor que tengo ahora mismo.

—Estás colorada.

—Sí, es verdad. —Me toca la cara.

—Y ardiendo.

Se acerca a mí y siento como su aliento me calienta las mejillas, como si no fuera poco sentirlas arder como las tengo al tenerlo tan cerca.

—Sé que nos vamos a seguir viendo, pero me había acostumbrado a tomar el café contigo antes de salir por la mañana de la comisaría.

Me acaricia la cara y yo me quedo petrificada.

—Jason, yo…

—No digas nada, sé que es bueno que te vayas, es solo que yo… —Se queda callado unos segundos—. Malena, me gustas mucho, y ya no soporto más verte todos los días y no decirte lo que siento.

—Jason, yo no estoy preparada para…

No me deja terminar. Me agarra por la cintura y cubre mis labios con los suyos. Es solo un roce, pero siento que estoy flotando. No recuerdo la última vez que alguien me besó con tanta dulzura y a la vez tanta pasión. Ahogo un gemido cuando su lengua busca la mía y comenzamos a devorarnos. Sabe a lluvia mojada y también a un río de agua fresca que entra en mi boca.

No sé cuánto tiempo estamos allí besándonos el uno al otro, pero cuando nos separamos, siento un frío glacial.

—Había imaginado cómo sería besarte un millón de veces, pero ninguna de ellas creí que fuera así.

—¿Así? —Arrugo la frente intentando descifrar si lo que acaba de decir es bueno o malo—. ¿Cómo?

—Como si miles de bengalas me ardieran en el pecho produciendo chispas, unas detrás de otras.

—Supongo que eso es que te ha gustado… —Me río y él también lo hace.

—Ha sido el mejor beso de mi vida y me muero por repetirlo…

—Te voy a echar de menos.

No decimos nada más. Solo volvemos a prender juntos esas mismas bengalas.

4

El cazador cazado



Han pasado cinco meses desde aquella noche, cuando estuvimos en el bar de Molly celebrando que Malena había aprobado las pruebas de acceso.

Llevo recordando ese maldito beso desde ese día. No he podido olvidarlo. A la mañana siguiente fui a buscarla y me dijo que yo también le gustaba mucho, pero que necesitaba concentrarse en la academia. Me pidió espacio y tiempo.

Por supuesto, se lo di.

¿Qué podía hacer? Solo respetar su decisión. Está a punto de salir y sé que la van a destinar a nuestra comisaría. Eso me hace muy feliz, pero, por otro lado, no es nuevo el hecho de que no soportaré tenerla cerca otra vez y no tocarla, o peor aún, llevármela en mi Mustang y terminar lo que empezamos aquella noche, hace ya veinte semanas.

Sueño con ella todo el tiempo, como un idiota.

«El cazador cazado». Así nos llaman a los gilipollas como yo que se creen los *Reyes del mambo* por tener una mujer diferente cada noche en su cama. Eso me creía yo, el rey, hasta que llegó ella y me quitó de un plumazo mi estúpida corona.

En estos meses nos hemos visto, pero poco. Está muy concentrada con su entrenamiento y sé por los chicos, que es una de las mejores de la academia. Nunca había dudado de que fuera así.

—¿Qué tal, Jason? —me dice Jackie cuando sale de la comisaría.

—Bien, ¿qué tal tu turno de hoy?

—Bueno, no estuvo mal. En breve hay un operativo que se pondrá en marcha. Me dijo Duke que es un caso de secuestro de niños.

—¿Qué dices?

—Sí, aún no sé los detalles, pero en un mes empezamos. Estamos tras la pista.

—Hijos de puta.

—Sí, pero confío en que los vamos a atrapar. No son perfectos, aunque según dice Duke hay

una organización fuerte detrás.

—¿Cómo de fuerte?

—Gente influyente, ya sabes.

—Me imagino.

Me viene a la cabeza Rafael, el hijo de Malena y se me eriza el vello del cuerpo. Estos meses he pasado mucho tiempo con él. La sobrina de Ruket lo ha estado cuidando y algunos días aproveché para ir con ellos dos al parque. Ese niño me ha robado el corazón. Como ella…

—Oye, Jackie.

—¿Sí? —Se gira antes de ponerse el casco de la moto.

—¿El próximo lunes entra a trabajar en la comisaría?

Sonríe. No hace falta que le diga a quién me refiero.

—Sí, mañana sale de la academia. Tienes ganas de verla en el trabajo otra vez, ¿verdad?

—Algo. —Me río y me froto la nuca.

—Solo algo, ya. ¡Ay, Jason, que esos ojos no me engañan!

—Sí, bueno, ella sabe lo que siento, ahora la pelota está en su tejado, como se suele decir.

—Cierto, pero no sé por qué, creo que pronto te la va a lanzar.

Arrugo el ceño sin entender a qué se refiere.

—La pelota, Jason, la pelota.

—Déjate de acertijos.

—¿Qué acertijos? —dice Michael uniéndose a nosotros y colocándose el casco de su moto.

—Los de tu chica, no para de hacerlos.

—Ven a cenar a casa, vamos a hacer pizza —me dice mi amiga sin dejar de sonreír.

—No, gracias, te lo agradezco, pero estoy cansado.

—Está bien, como quieras.

—Chao, Jason.

—Chao, chicos.

Arrancan y se van los dos a toda velocidad.

Yo me quedo allí un rato hasta que decido coger mi coche y marcharme también a mi casa.

Espero poder dormir algo esta noche, aunque sabiendo que ella sale mañana de la academia y que estará más liberada, no sé si lo conseguiré.

5

¿Dónde está la acción?



—Me parece increíble que estés aquí trabajando como policía con nosotros, Malena.

—Ya, Jackie, la verdad es que todavía ni yo misma me lo creo. Llevo cinco meses preparándome para esto y sé que lo estoy, así que deseando que me digan qué tengo que hacer hoy.

—Te veo con muchas ganas, me recuerdas a mí, hace dos años.

—Las tengo, la verdad es que después de estos meses de entrenamiento duro, creo que pertenecer al cuerpo de policía es lo que realmente me llena.

Llegamos las dos hablando hasta la sala de reuniones donde el jefe Duke, todas las mañanas, nos pone al día de lo que está sucediendo en las calles de San Francisco.

—Buenos días, muchachos. Para los que no me conocen, mi nombre es Duke. —El murmullo que había en la sala desaparece cuando habla el jefe—. Hoy se incorporan dos compañeros nuevos a la comisaría. A una de ellas, la conocemos todos y es Malena, que a partir de hoy será la agente Acosta. —Hace una pausa y me mira sonriente—. Enhorabuena, agente, sé que ha destacado en la academia batiendo verdaderos récords.

Todos aplauden. Veo a Jason que está en el quicio de la puerta apoyado sobre un hombro. Tiene los brazos cruzados y no deja de mirarme, al mismo tiempo que me sonríe, solo que nadie sabe que esa sonrisa me pone demasiado nerviosa, al contrario que la de los demás.

—¡Bienvenida, agente Acosta! —gritan todos.

Les doy las gracias asintiendo con la cabeza.

—También se incorpora otro compañero a esta comisaría y es el agente Thomas.

Los chicos saludan al nuevo, aunque para mí, Derek no lo es. Hemos estado juntos en la academia estos meses y la verdad es que nos hemos hecho muy amigos. Me sorprendió cuando me dijo que lo habían destinado a la misma comisaría que a mí, pero ahora que está aquí, me alegro de que lo hiciera.

—Bien, pues tras la bienvenida a los nuevos, pasemos a comentar el día de hoy. —Revisa los

papeles que tiene delante en el atril—. Acosta y Thomas irán al centro comercial de la zona este. Se están cometiendo bastantes robos allí, ya saben que ese barrio es uno de los más conflictivos de San Francisco. Irán de paisano para pasar desapercibidos, como si fueran una pareja cualquiera paseando por las tiendas.

—Perfecto, jefe —digo y mi compañero asiente.

—Váyanse a cambiar y después pueden marcharse.

Nos levantamos y nos vamos. Jason no está en la puerta y al girarme lo veo cerca de la máquina de café. Derek se ha quedado hablando con otro de los compañeros, así que aprovecho para acercarme a él.

—Ey, ¿no me invitas a un café?

Se gira y me sonríe.

—A todos los que quieras. —Me guiña un ojo.

Echa la moneda y selecciona el que sabe que me gusta, solo sin azúcar.

—Me alegra que estés aquí de nuevo.

—Yo también estoy muy contenta de volver.

—¿Qué te ha tocado hoy, en tu primer día?

—Derek y yo tenemos que ir al centro comercial de la zona este, al parecer se están cometiendo robos por allí.

—Derek, ¿es Thomas, el agente nuevo?

—Sí, ha estado conmigo en la academia. Es buena gente.

—Ya, escucha, Malena. —Guarda silencio y yo lo miro tras beber un sorbo del café, después continúa—. Sé que me pediste tiempo y espacio, pero… bueno… me preguntaba, no sé… ¿Crees que podríamos tomar algo cuando salgas de la comisaría?

—Me encantaría, Jason, pero me voy derecha a casa, tengo a la niñera con Rafael y en cuanto llegue se tiene que marchar.

—Perdona, ¡qué idiota soy!

—Tranquilo, no pasa nada, es lo que hace la gente normal al salir del trabajo, solo que yo tengo un hijo y mi situación no es como la de los demás.

—Lo sé y sabes que no me importa. Adoro a ese niño y para mí es muy importante porque es parte de ti.

Me quedo callada y vuelvo a beber del vaso.

—Si quieres puedes venir a casa a cenar. Estoy segura de que Rafael estará encantado de que vengas esta noche.

—Me parece perfecto, yo llevo el postre.

Me roza el brazo con suavidad y yo me muerdo el labio. Lo que este hombre me hace sentir con solo un roce no me había pasado nunca, y tengo que admitir que me gusta mucho y que lo he echado de menos.

Nos despedimos y me dirijo al vestuario a cambiarme. Al momento salgo y ya está Derek esperándome en la puerta. Vamos con uno de los coches particulares que pertenecen a la comisaría.

—¿Lista, agente Acosta?

—Lista, agente Thomas.

—Me gusta cómo suena.

—Y a mí.

—¿Dónde está la acción?

Los dos nos reímos. Siempre hablábamos en la academia de que nos gustaría que nos dieran misiones encubiertas y mucha acción. Hemos sido de los mejores en el entrenamiento y me gusta que ahora estemos juntos aquí.

6

Dejo de tener el control



Estoy nervioso.

¡Quién me hubiera dicho hace un par de años que yo me iba a poner así por ir a cenar a casa de una chica!

Nadie, pero es verdad que Malena no es una mujer cualquiera. No, no lo es. Ella es la única que ha conseguido que me centre en las cosas importantes, porque verla con tan solo veintidós años sacando ella sola un hijo adelante, después de todo el calvario que sufrió durante tanto tiempo me hace pensar lo madura que es. Y en eso he de decir que me falta mucho por aprender, aunque en el último año me he esmerado bastante.

He comprado una tarta de chocolate que sé que le gusta mucho a Rafael. En una de mis salidas al parque con Mary, la sobrina de Ruket, él me dijo que era la que más le gustaba, pero que su mamá no le dejaba que tomara mucho azúcar porque le salían caries en los dientes. Me hizo reír al escucharlo. Es un niño muy listo para la poca edad que tiene. Esos días en que fui a recogerlo al cole con Mary, pensaba en cómo sería mi vida junto a él y Malena. Una vida responsable, de adulto, y, a pesar de que en otro tiempo huía de todo tipo de compromiso, la idea no me disgustó. Para nada.

Acabo de llegar a su apartamento y subo las escaleras de dos en dos. Estoy delante de la puerta y respiro hondo antes de tocar el timbre. Me siento feliz y nervioso a partes iguales. Sé que me dijo que le diera tiempo durante su entrenamiento en la academia, y puede que sea un poco precipitado, pero estoy decidido a proponerle esta noche que nos conozcamos un poco mejor los dos, bueno, los tres, porque ese niño para mí es tan importante como ella.

Toco el timbre y escucho el ruido de unas ruedas que impactan en la puerta. Enseguida abren y veo a Rafael montado en una moto de juguete y a Malena detrás riendo. Es tan bonita su sonrisa que consigue que se le ilumine toda la cara.

—Hola, tío Jason. ¡Mira qué moto más chula tengo, como la del tío Michael!

—Me encanta, colega, y no se lo digas al tío, pero la tuya me gusta mucho más.

—Anda, deja que entre Jason, no querrás que se quede sin cenar, ¿verdad, cariño?

—No. —Retrocede con los pies haciendo rodar la moto hacia atrás—. Ya puedes pasar, tío Jason.

—Gracias, colega. ¡Mmm, huele muy bien!

—Es pizza, mamá y yo estamos haciendo la masa, por eso tenemos las manos blancas. ¡Mira! —Me las enseña manchadas de harina.

—Ya veo ya, ¿puedo ayudaros?

—¿Puede, mamá?

—Por supuesto que sí.

El niño se levanta de la moto corriendo y va hacia la cocina. Los dos lo seguimos. Se ha subido a una banqueta y está intentando coger un delantal que está colgado.

—¡No puedo, mami, no llego!

—Yo te ayudo. —Lo cojo por las piernas y lo alzo para que lo alcance.

—Toma, póntelo, tío Jason, es para que no te manches la ropa.

—Vale, perfecto. ¿Qué hago?

—¿No sabes hacer una pizza? —El niño se ríe tapándose la boca con las manos.

—Pues… nunca lo he hecho, siempre la compro ya preparada.

—¿Qué te parece si le enseñamos cómo se hace, Rafael?

Ella me mira a los ojos y sonríe mientras el niño empieza a sacar cosas de la despensa.

—¿Quieres que te ayude a atarlo por detrás? —Malena me hace un gesto con la cabeza señalando al delantal que me ha dado Rafael y que sigo sosteniendo en las manos.

—Sí, gracias, no quisiera mancharme la ropa —bromeo reproduciendo las palabras del enano.

Malena se coloca detrás de mí y siento su cuerpo pegado a mi espalda. La corriente eléctrica que me cruza de arriba abajo siempre que estoy a su lado está hoy más potente que nunca. Me rodea la cintura con sus manos cogiendo los dos extremos de la tela y cuando me roza, la atrapo con las mías. Ella suspira y a mí se me acelera el corazón al escuchar su respiración detrás de mí. Acaricio su mano y por un momento nos quedamos quietos. Juro que solo deseo que el tiempo se congele en este preciso instante para seguir sintiendo su piel pegada a la mía.

Rafael viene corriendo y por suerte me retiro de su contacto y dejo que me ate la cinta por detrás. Creo que si no llega a venir el niño no hubiera podido evitar atraparla entre mis brazos y besarla sin pensar en nada más.

Con todos los ingredientes encima de la mesa, nos ponemos manos a la obra. Rafael y yo hacemos pequeñas pizzas y las decoramos con varios ingredientes, mientras Malena hace la más grande. Me hace gracia ver a ese pequeño hombrecillo y la escena de los tres, haciendo la cena juntos, me está gustando mucho, la verdad. Y lo más sorprendente es que no me asusta nada.

Después de cenar, nos vamos al sofá.

Los tres.

Llevamos un rato viendo una serie de dibujos animados cuando noto que la respiración de Rafael se vuelve más lenta y profunda.

—Se ha quedado dormido —susurro a Malena que está a nuestro lado.

—Sí, voy a acostarlo. —Se levanta y me estira las manos para que se lo pase.

—No, déjame hacerlo a mí. No quiero que se despierte.

—De acuerdo, vamos.

Dejo al niño acostado en su cama que tiene la forma de un coche de carreras. La habitación está decorada todo del mismo estilo y me gusta mucho.

Malena lo tapa con la manta y le da un beso en la cara. Después encaja la puerta y enciende una pequeña lucecita en el borde de la pared, dejando abierta un poco la cortina para que también entre la luz de la farola por la ventana. Me ha dicho que a Rafael le da miedo la oscuridad.

—Gracias —me dice cuando estamos en la sala de nuevo.

—¿Por qué?

—Porque esta noche he visto a mi hijo muy feliz haciendo pizzas con su tío Jason.

—Ha sido un placer estar aquí con vosotros. De hecho, me he sentido como en casa.

Ella sonríe con un leve gesto y entonces, sin pensármelo ni dos segundos, la acerco a mí y la beso. Necesitaba hacerlo después de tantos meses en que he sentido que me faltaba algo, aunque ahora sé que no era «algo», sino «alguien».

Al momento reacciona rodeándome con los brazos el cuello y haciendo que nuestros cuerpos estén aún más unidos. Nos devoramos los dos, con ansias, como aquella noche en el bar de Molly en que nos besamos por primera vez.

Se separa un segundo de mí y cuando se cruzan nuestros ojos, vuelve a besarme. Esta vez empieza ella. Me recreo en su boca dulce y tibia. Enredo mi lengua a la suya y siento la humedad de nuestros labios que me recorre de pies a cabeza. La excitación es tan grande que no sé si seré capaz de parar, pero después pienso en que no quiero que lo nuestro sea producto de un calentón, como han sido siempre mis relaciones. No, lo mío con Malena es algo más profundo y quiero conocerla más.

—Malena, te deseo demasiado —le digo pegando su frente a la mía—, y no quiero parar, pero…

—¿Qué pasa, Jason?

—Quiero hacerlo bien contigo. No quiero que nuestra primera vez sea un polvo producto de un calentón, porque te deseo demasiado, pero también siento por ti cosas muy fuertes y quiero que nos conozcamos antes de…

—¿Te refieres a salir en plan cita?

—Pues… sí, es decir, sé que me dijiste que te diera tiempo y mientras has estado en la academia no te he buscado para no entorpecer en nada, pero ahora yo…

—Jason, para. —Se ríe—. Sé lo que te dije, pero yo también he pensado en ti estos meses y quiero que lo intentemos.

—¡¿De verdad?!

—Sí, de verdad.

La subo sujetándola por las piernas y después la beso otra vez. En esta ocasión mucho más lento y sintiéndolo más que antes, vuelvo a separarme.

—Me tengo que ir porque si no lo hago creo que acabaré llevándote a la cama y no quiero hacerlo en nuestra primera cita. No así.

—Esto no ha sido una cita.

—Sí, tienes razón. ¿Qué te parece si vamos un día de esta semana al cine y a cenar los dos?

—Me encantaría, pero tendría que hablar con Mary, para que me hiciera el favor de quedarse cuidando a Rafael.

—Vale, pues si puedes quedamos el viernes a las siete y si ella no está disponible vemos una peli aquí los tres y hacemos otra vez pizzas, pero este finde nos vemos. —Hago una pausa y le acaricio la cara—. Sí o sí.

—Vale —se ríe—, aunque intentaré que salgamos los dos solos.

—Perfecto, pues yo ya… me voy.

La beso de nuevo.

—Perdona, ya me voy de verdad, si sigo aquí no podré cumplir mi palabra. ¿Nos vemos mañana en la oficina?

—Sí, hasta mañana.

Abre la puerta y salgo, pero antes de que cierre, me vuelvo y le doy un último beso.

No sé qué hace esta mujer conmigo, pero cuando estoy a su lado dejo de tener el control…

7

La vida de color de rosa



No quiero ilusionarme, pero llevo días viendo la vida de color de rosa.

Han pasado dos semanas desde que Jason y yo decidimos darnos una oportunidad. Me siento muy bien a su lado y, por primera vez, pensar en alguien en mi vida y en la de Rafael, me gusta. Lo único que ensombrece está ilusión y que me tiene preocupada es lo que recibí hace unos días en mi móvil. Estaba de turno con Derek, mi compañero, y me saltó un mensaje en la pantalla. Como iba de copiloto lo cogí y me quedé fría al leerlo. Todavía lo recuerdo y se me pone la piel de gallina. Me decía algo así como que no era una buena madre y que cuidara de mi hijo Rafael. Se me cayó de las manos cuando vi su nombre escrito. Derek lo notó y tuvo que parar en el arcén hasta que me tranquilicé.

Desde ese día no he vuelto a recibir nada más, pero tengo miedo. No se lo he querido contar a Jason porque no quiero que se preocupe. Al menos hasta que sepa algo más de quién está detrás de todo esto.

—Hola, guapa.

—Hola, Jackie, ¿qué tal? —saludo a mi amiga cuando la veo entrar en el vestuario para cambiarse—. ¿Cómo lleváis el caso de narcotráfico?

—Ahí va, los estamos cercando cada vez más. Espero que mañana todo haya acabado. Nos hemos citado con los cabecillas a las tres para que nos entreguen la mercancía y los tendremos.

—Perfecto.

—¿Qué te pasa, Malena? Te noto un poco rara. ¿Todo bien con Jason?

—Sí, con él todo de maravilla. Nos estamos conociendo poco a poco y cada día me gusta más.

Sonrío al acordarme de anoche, cuando vino a casa. Estaba a punto de irme a la cama y me llamó por teléfono. Me dijo que me asomara a la ventana. Cuando lo hice, ahí estaba él. «Solo quería darte las buenas noches», fue lo que me dijo dejándome allí plantada con cara de estar flotando en las nubes.

—Me alegro mucho por los dos y sobre todo de que haya dejado de ser un capullo. —Se ríe —. Cuando lo conocí no es que nos lleváramos muy bien, suerte que ha cambiado.

—Sí, ya me contó que en una ocasión le retorciste la mano. —Ahora la que me río soy yo, pero después me arrepiento—. ¡Pobrecito!

—En aquel momento se lo merecía, créeme, pero si con él todo va bien, ¿por qué te noto preocupada?

—Es algo que me ha ocurrido hace unos días, pero creo que será una broma pesada de algún gracioso.

—¿A qué te refieres?

Le enseño el mensaje de mi móvil.

—A esto.

Ella arruga la frente mientras lo lee.

—Malena, ¿se lo has dicho a Jason?

—No, todavía no. Solo lo sabe el agente Thomas, mi compañero en la academia —le aclaro —. Estaba conmigo cuando me lo enviaron y ahora también lo sabes tú.

—Tenemos que informar en la comisaría, puede que sea como tú dices una broma pesada, pero debemos tomar precauciones.

—Sí, tienes razón.

—No te preocupes, ¿vale? Seguro que es alguien que está aburrido.

—De acuerdo.

—Oye, por cierto, que me ha dicho un pajarito que esta noche Jason te quiere llevar a un sitio sorpresa y que vas a dejar a Rafael en casa de Ruket y Susan.

—Sí, pensaba dejarlo con Mary, su sobrina, pero Susan se empeñó en que se quedara el fin de semana con ellos. Se van a la casa de la montaña y me ha dicho que los niños se lo van a pasar muy bien.

—Vale, si no, ya sabes que yo y Michael adoramos a ese enano y no nos importa que nos lo dejes todas las veces que quieras.

—Gracias, te lo agradezco, Jackie.

—Por cierto, me dijo Duke que quiere reunirnos a todos los de inteligencia el próximo lunes.

—Sí, también quiere vernos a Derek y a mí. ¿Crees que habrá algún operativo en marcha?

—Me imagino. Esas reuniones privadas en su despacho suelen ser por ese motivo. Ya lo sabremos.

—Sí. Bueno, te dejo, que tengo que salir a patrullar.

—Perfecto, buen día, nos vemos luego.

—Vale.

Salgo del vestuario y veo en la puerta a Derek esperándome. Hoy vamos otra vez juntos. El jefe dijo que ya estábamos preparados para salir los dos novatos sin supervisor.

Abro la puerta y lo hago con tanto ímpetu que me choco con un torso que, al momento, reconozco a qué cuerpo pertenece.

—Hola, Malena.

Jason me saluda y está tan cerca que puedo sentir la firmeza de sus pectorales y el olor de su perfume dulce, pero a la vez cítrico, tan característico de él.

—Hola, perdona casi te hago un moratón en la cara con la puerta.

—No me importa, siempre que después me cures la herida. —Sonríe y me guiña un ojo.

—Tal vez sea tu enfermera esta noche —respondo mimosa.

—Mmm, ¿te das cuenta de que acabas de darme el día? No podré dejar de pensar en ti hasta que te vea al final del turno, aunque ya lo daba por hecho.

—¿Qué dabas por hecho? —Me río y lo miro con los ojos, cual adolescente en el instituto tonteando con el chico que le gusta.

—Pues daba por hecho que no voy a dejar de pensar en besar tus labios todo el día —me susurra acercándose a mi oído.

—Yo también lo hago —contesto mirándolo a los ojos.

Alzo la vista por encima de su hombro y veo a Derek esperando y me doy cuenta de que no tengo quince años y tampoco estoy en el instituto.

—Tengo que irme, me están esperando. —Miro hacia mi compañero.

—¿Hoy también sales con Thomas?

—Sí, Duke me dijo que ya podíamos salir los dos nuevos juntos sin un veterano al lado.

—No me extraña, después de ver tus informes en la academia. Has destacado entre todos los candidatos, ¿y sabes una cosa?

—¿Qué?

—Que cuando lo supe me pusiste a mil. —Me roza el brazo y hace que la piel se me erice.

—Me voy, ¡que tengo que trabajar! —le digo risueña.

—Sí, será lo mejor, cuanto antes te vayas, antes pasará el día y serán las siete para recogerte en tu apartamento. No te olvides de nuestra cita.

—Estoy intrigada con la sorpresa.

—Y yo estoy ilusionado con que te guste. Nos vemos a las siete.

Se acerca rápido y me da un beso en los labios antes de salir corriendo y a mí me deja con una sonrisa boba en la cara.

Salgo a la puerta y cuando Derek me ve, me da las llaves del coche para que conduzca yo.

—Te toca.

—Hoy estamos vagos, ¿no?

No me dice nada, solo hace una mueca y subimos.

—Bueno, a ver qué tal se nos da hoy el día —digo contenta. No puedo evitar pensar que cuando veo a Jason me siento feliz y cada vez soy más consciente de eso.

—Sí, esperemos que sea más tranquilo que ayer.

—A mí no me importa siempre que salga bien.

—Te tengo que decir que me sorprendió que te volvieras hacia el grupo de pandilleros cuando uno de ellos nos insultó.

—No iba a permitirlo.

—Sí, pero admite que nos superaban en número y podían haber actuado.

—Lo sé, pero, Derek, no nos hicimos policías para amedrentarnos con un grupo de niñatos.

—Bueno, un grupo de niñatos… armados hasta las pestañas.

—Es igual, somos policías por y para algo.

—Sí, claro, tienes razón. Es solo que yo no tengo la misma seguridad que tú. Parece que no le tengas miedo a nada ni a nadie.

—Sí que lo tengo, pero puede que sea por el hecho de que hace tres años lo pasara tan mal. En mi vida me ha tocado conocer a gente demasiado oscura, por lo que ver a estos callejeros no me da tanto respeto como otras cosas. Solo tengo miedo cuando mi hijo está de por medio.

Nos quedamos callados y después Derek me mira.

—¿Hablas del mensaje anónimo que recibiste el otro día?

—Por ejemplo.

—¿Lo sabe ya él?

—¿Él?

—Jason. Os he visto. No sabía que tenías algo con el inspector Waters.

—Somos amigos y nos estamos conociendo.

—No tienes por qué justificarte, puedes hacer con tu vida lo que quieras, es solo que me ha sorprendido que fuera con él.

—¿Por qué?

—Pues por lo que se comenta del inspector Waters por la comisaría. No sé si sabes lo que dicen…

—Dispara.

—Malena, no quiero que pienses que soy un entrometido, es solo que creo que no te mereces a un picaflor.

—Sé cómo era hace años Jason, lo conozco antes que tú, sin embargo, eso fue hace bastante tiempo.

—Espero que sí haya cambiado…

Nos callamos y me concentro en la carretera. La verdad es que no me ha gustado la actitud de Derek o quizás lo que no me guste sea reconocer que Jason levanta pasiones allá por donde va.

—Mira a esos de ahí. —Señalo con la cabeza a un grupo de chicos que están trapicheando cerca de un colegio—. ¡Vamos!

—De acuerdo.

Nos bajamos del coche. No se percatan de nosotros hasta que no estamos detrás de ellos.

—¿Todo bien, chicos?

Intentan esconder lo que tienen en las manos.

—Sí, agente.

—Creo que tienes algo que no deberías llevar encima, ¿me equivoco? Dámelo, por favor —le digo a uno de ellos y después me dirijo al chico al que intentaban venderle la droga—. Y tú, vete a tu casa.

El niño, que no tendrá más de trece años, sale corriendo y los otros dos hacen el amago de seguir su camino.

—¡Quietos ahí! —Le rozo la mano, pero la aprieta más fuerte—. Creo que no te conviene que yo la fuerce, puedo hacerte daño.

El que está al lado se ríe.

—¿Te hace mucha gracia? —Derek se acerca a él y este niega con la cabeza.

—¡Ay, me ha dolido! —suelta un alarido mientras le cae el sudor por la frente.

—Te lo había advertido, pero no me has hecho caso. ¿Sabéis que llevar encima esta mierda es delito?

—Es nuestra… para consumo propio —habla el acompañante de mi «amigo» que todavía luce una mueca de dolor frotándose la mano.

—Esta cantidad no se considera para consumo propio, así que os venís con nosotros a comisaría.

Derek saca las esposas y cuando está a punto de ponérselas, el chico saca una navaja, pero antes de que Thomas se dé cuenta le pego una patada a la mano que la sostiene y lanzo la navaja al suelo. Después lo sujeto por la espalda.

—¡Me haces daño, zorra!

—Créeme que esto es una caricia, chaval —le retuerzo aún más el brazo detrás.

—¡Soy el hijo de un congresista y cuando se entere de esto se te va a caer el pelo! —Escupe al suelo.

—Te felicito, esperaremos la visita de tu papá en comisaría con té y pastas. ¡Andando!

Los metemos a los dos en la parte de atrás del coche.

—Bien hecho, Acosta.

Le sonrío a Derek antes de entrar y arrancar el motor.

—Nos vamos de paseo, chicos.

Salgo de allí mientras mis invitados sueltan una larga lista de insultos.

8

Si existe el paraíso debe ser algo parecido a esto



Este fin de semana es solo para nosotros. Llevo planeándolo desde que nos dimos el beso en su casa, hace ya dos semanas. Hemos salido varias veces y rara es la noche en la que no ceno con ellos dos. Me estoy acostumbrando a la imagen de nosotros tres juntos y me da miedo pensar en que algo pueda estropearlo.

No sabía que se podía ser tan feliz viendo *Buscando a Nemo*, comiendo palomitas con Rafael entre mis brazos acurrucado y a Malena a nuestro lado.

Pero estos dos días son solo para nosotros. Estoy esperando que baje del apartamento apoyado en mi Mustang, deseando que comience este fin de semana.

No he dejado de mirar hacia la puerta y cuando la veo salir solo puedo sonreír porque justo es lo que está haciendo mi corazón ahora mismo; sonreír. No sé qué pasará con nosotros dentro de una semana, o dos, o tal vez, un mes, pero lo único que sí sé es que no querría estar con nadie más en este momento que no sea ella.

—Hola, ¡lista para la aventura! —Se acerca y posa sus labios en los míos. Su sabor a algodón de azúcar me sabe a poco, así que la sujeto por la cintura y la envuelvo entre mis piernas donde su cuerpo encaja a la perfección.

—Estás muy guapa. —Logro decir cuando nos separamos después del intenso beso.

—Gracias, tú también. Aunque tal y como pediste solo traje ropa cómoda.

—Estarías perfecta aunque llevases un saco puesto porque dentro siempre encontraría lo mejor y esa eres tú. —Vuelvo a besarla, pero esta vez es solo un pequeño roce—. Vámonos ya o no respondo de mis actos aquí en medio de la calle.

Ella se ríe. Le abro la puerta del copiloto y después rodeo el coche y me coloco en el asiento del conductor.

—¿Dónde vamos?

—No te lo puedo decir, es una sorpresa, ¿recuerdas?

—Sí, pero al menos dame una pista.

—Ya te la he dado cuando te he dicho que trajeras ropa cómoda para todo el fin de semana.

—Nada, está claro que no tengo ningún poder de convicción sobre ti. —Pone morritos de enfadada y a mí me dan ganas de parar en mitad de la carretera y hacerle el amor hasta que se nos haga de noche, pero me contengo y sigo conduciendo.

—No es cierto, tienes todo el poder sobre mí y lo sabes, pero esta vez no voy a caer en tus redes, aunque si me sigues poniendo esos morritos puede que te cuente donde vamos.

—¿En serio?

—No, claro que no. —Suelto una carcajada—. No pienso decírtelo.

Ella también se ríe y vuelvo a concentrarme en la carretera.

Media hora más tarde llegamos a nuestro destino. Malena se sorprende cuando paro el motor del coche y ve donde estamos.

—¿El lago Stow? —me dice con los ojos muy abiertos.

—¿Habías venido alguna vez?

—Nunca, y eso que llevo tres años viviendo en San Francisco. ¡Me encanta, es tan bonito!

—No tanto como tú.

—Gracias por todo esto.

Se acerca y me rodea con los brazos para fundirnos en un beso intenso antes de sacar las maletas del coche.

—¿Te gusta? —La observo cuando abro la puerta y entramos en la cabaña que he alquilado para estos dos días.

—¿Es para nosotros?

—Sí, solo para los dos todo el fin de semana.

—Me encanta, Jason. Es preciosa.

—Tú eres lo más bonito que hay aquí dentro, Malena.

—Gracias por hacerme sentir siempre tan bien. —Le acaricio la cara y veo como siente un escalofrío—. Hace un poco de frío —la abrazo—, aunque en tus brazos me siento mejor.

—Voy a encender la chimenea.

—Vale.

Después de echar el fuego y mientras la cabaña se caldea, colocamos nuestra ropa en la habitación.

Llevamos dos semanas conociéndonos y paso casi todas las noches con ella y con Rafael en su casa, pero todavía no hemos pasado de los besos y las caricias, aunque cada vez son más incontrolables. Sé que después de lo que pasó con el desgraciado alemán que la destrozó, no ha vuelto a estar con ningún hombre y no quiero forzarla.

Juro por Dios que estoy deseando hacerla mía, pero esperaré lo que sea necesario hasta que ella esté preparada y lo desee tanto como yo. Aunque sea una eternidad, esperaré.

Después de dar un pequeño paseo por los alrededores, volvemos a la cabaña y preparamos

unos sándwiches. Nos sentamos delante de la chimenea uno enfrente del otro, con sus piernas alrededor de mi cintura. Le meto un trozo de pan en la boca y ella me da del suyo. Sonrío al ver su preciosa cara y entonces pienso en que en mi vida he estado con muchas chicas, pero jamás había tenido esta intimidad con ninguna de ellas. Este simple gesto con Malena de darnos de comer el uno al otro, para mí es mucho más íntimo que acostarme con cualquiera de las mujeres que han pasado por mi cama.

Acaba de colgar una llamada a Susan, la mujer de Ruket. Ha estado hablando con su hijo.

—¿Qué tal está? —le pregunto cuando apaga el teléfono.

—Muy contento, me ha contado que han ido a pescar todos al río y estaba emocionado porque había conseguido un pez tan grande que lo habían tenido que ayudar para sacarlo del agua.

—Es un niño maravilloso.

—Sí, lo es. El mejor regalo que me ha dado la vida.

Se pone seria y le cae una pequeña lágrima. Me acerco y se la retiro con mi pulgar.

—El niño está bien. Es feliz, Malena.

—Lo sé, es solo que cuando lo miro, a veces me da pena todo lo que… Si él supiera todo lo que pasó.

—No tiene por qué enterarse. Solo necesita saber que tiene la mejor madre del mundo, que lo quiere por encima de todo y a un montón de tíos que lo adoran, aunque a mí…

Me quedo callado, pero ella rompe el silencio.

—Termina lo que ibas a decir —me dice acariciando mi espalda y envolviéndome en un escalofrío que contrasta con el fuego de la chimenea.

—Quería decir que desearía ser para él algo más que el tío Jason.

—Me gustaría que fueras más para él y… también para mí.

No respondo a lo que me acaba de decir, solo la uno más a mi cuerpo.

Y la beso.

Pero esta vez el contacto de nuestras bocas se hace tan intenso que comenzamos a quitarnos la ropa. Primero ella me ayuda a quitarme el jersey sacándomelo a toda prisa por la cabeza entre risas de los dos. Después yo hago lo mismo con la suya. Seguimos devorándonos en una mezcla de besos húmedos y dulces, pero a la vez con tanta pasión que hace que pierda la razón por segundos.

Cuando apenas nos quedan prendas para estar desnudos al completo, ella hace una pausa y entonces yo me detengo.

—¿Qué pasa, Malena? Si no quieres continuar podemos parar ahora mismo. Te deseo demasiado, no sabes cuánto, pero puedo esperar lo que haga falta.

—No, Jason, yo también te deseo, tanto que a veces me flaquean las piernas, es solo que no he estado con ningún hombre desde que… bueno desde que pasó todo aquello y no sé si seré capaz. Quiero que sea perfecto para los dos.

—Escucha —le subo la barbilla haciendo que me mire—, eres perfecta en todos los sentidos, y si me dejas voy a borrar todos tus malos recuerdos. Solo serán buenos a partir de ahora, te lo

prometo.

—Pero has estado con tantas chicas que no sé si estaré a la altura para ti…

—Malena, eres todo lo que deseo en este momento, y si hay alguien que pueda no estar a la altura, ese sería yo porque es la primera vez que estoy con una mujer por la que siento cosas tan profundas como las que tú me haces sentir.

—A mí me pasa igual. Pensé que nunca sentiría nada por ningún hombre, pero contigo todo es diferente. Cada día crece más. —Me mira a los ojos con tanta profundidad que me acelera el corazón—. Bésame, Jason.

Obedezco. Nos fundimos en un beso mientras la subo a mi cintura y la llevo a la habitación. Quiero que nuestra primera vez sea especial. Nos besamos sin descanso devorándonos hasta que llegamos a la cama y la dejo tumbada despacio.

—Eres tan perfecta que me tiembla el cuerpo entero.

—Yo te calmaré.

No necesito que me diga nada más. Comienzo a besarle el cuello, descendiendo por la clavícula, mientras siento como sus manos me acarician la espalda y sus piernas se enroscan alrededor de mi cintura. Suavemente, me deleito con la suavidad de su pecho que introduzco en mi boca haciendo que ella suspire. Verla cerrar los ojos conteniendo el aliento me pone a mil. Voy bajando con mi lengua recorriendo su cuerpo hasta que llego al borde de sus braguitas de encaje que retiro poco a poco. Se termina de deshacer de ellas y entonces entierro los labios dentro. Pruebo su sabor que me resulta aún más dulce que su boca.

Ella gime mientras mi lengua recorre cada uno de sus pliegues. Escucharla, al tiempo que la saboreo, me excita tanto que no sé si aguantaré ni un segundo más sin adentrarme en su interior y sentirla plenamente. Como si me leyera el pensamiento tira suavemente de mí hacia arriba y me besa.

—Te necesito ya, Jason —susurra y me hace explotar con esas cuatro palabras que en su boca suenan tan sensuales.

Me coloco el condón que había guardado en la mesilla de noche y sin pensarlo ni un segundo me introduzco dentro de ella, con suavidad, sintiendo como sus paredes me acogen por completo. Comenzamos a movernos los dos. Entro y salgo, cada vez más rápido, consumiéndome por dentro.

Si existe el paraíso debe ser algo parecido a esto que estoy sintiendo ahora mismo con ella entre estas cuatro paredes y en esta cama.

Los movimientos se hacen cada vez más intensos, mientras ella me dice que no pare y en la habitación solo se oye la música de nuestros jadeos. Y no paro. No podría hacerlo. Cuando mi nombre sale de su boca en un último grito, exploto en mil pedazos apenas medio minuto tras ella.

Después nos abrazamos.

Ha sido un momento mágico el que acabamos de vivir; nuestros cuerpos entrelazados llevándonos a la locura…

9
La cabaña



Me giro en la cama y observo a Jason dormido. Son las cuatro de la madrugada y me he despertado acordándome de Rafael. Me resulta extraño no estar durmiendo en una habitación pegada a la suya, pero después me acuerdo de que se lo está pasando genial con los tíos Ruket y Susan y se me pasa la angustia del momento. Pobrecito mi niño, a todos los chicos de la comisaría los llama tíos. La verdad es que todos lo adoran y él a ellos. A veces, cuando te arrebatan a tu familia de sangre, la vida te los devuelve en forma de amigos que son los que de verdad te quieren.

Me acuerdo del mensaje anónimo que recibí hace una semana y me da miedo de que algo pueda pasarme, pero sé que, si eso llegara a suceder, mi hijo no estaría solo porque tiene a mucha gente que lo quiere. Pienso que tengo que contárselo a Jason, pero lo veo así, tan dormido y tan relajado, con una leve sonrisa en los labios que no quiero hacerlo todavía. Sé que eso lo preocuparía y este fin de semana está siendo tan perfecto que no me gustaría estropearlo por nada del mundo.

Me levanto despacio para no despertarlo y me asomo a la ventana. Se escucha el sonido de los búhos y pequeños animalillos que pisan las hojas caídas en el suelo. Aquí se respira paz y en estos momentos es justo lo que necesito. Me doy la vuelta y veo a ese hombre perfecto, por dentro y por fuera, y sonrío como una tonta. Me cuesta aceptar que algo tan bueno me esté pasando a mí. Siento un escalofrío, así que me tumbo a su lado.

—Mmm, estás muy lejos —murmura Jason entreabriendo los ojos mientras me coge de la cintura y me pega a él.

Me abraza por detrás y siento el calor de su cuerpo junto al mío. Tengo dos palabras que pugnan por salir de mi boca, pero no quiero que se asuste si las pronuncio, así que las reprimo una vez más.

Cuando estoy a punto de cerrar los ojos, siento como su mano acaricia la mía y entonces lo escucho llamarme.

—Malena —me dice con un hilo de voz.

—¿Qué?

—Te quiero.

El corazón se me para unos segundos y después empieza a latir con fuerza. Me giro para mirarlo.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído. Sé que puede que sea demasiado pronto, que solo llevamos un par de semanas, pero esto que siento no es de hace quince días y sé que es real. No hace falta que tú lo digas ahora, esperaré a que lo sientas igual que yo.

—Ya es real, Jason. —Le acaricio la cara—. Yo también te quiero.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente.

Me abraza y nos besamos tanto que ya no tenemos ganas de dormir…

*****

Me despierto y solo siento la frialdad de las sábanas donde hace unas horas estaba él. Miro el reloj y es la una del mediodía.

¡Madre mía! Hacía tanto tiempo que no dormía tantas horas seguidas que ya ni me acordaba.

Me pongo una sudadera encima, y, nada más salir de la habitación, me invade el olor a tortitas y chocolate caliente.

—¡Ey, hola! —Lo abrazo pegando mi pecho a su espalda y rodeándole por la cintura.

—Hola —se da la vuelta y me besa—, ¿tienes hambre?

—Mucha, anoche gasté demasiadas calorías y tengo que reponerlas.

—Cierto, pero te advierto que vas a seguir gastándolas.

Nos volvemos a besar hasta que el olor a quemado nos devuelve a la realidad.

—¡Se queman! —grito y los dos empezamos a reír mientras Jason aparta la sartén del fuego evitando así que incendiemos la cabaña de madera.

Cuando ya hemos limpiado el desastre de la cocina, desayunamos las pocas que no se han quemado y el chocolate.

—Mmm, se me ocurren muchas cosas que hacer con esto esparcido por tu cuerpo desnudo —me dice mientras chupa mi dedo manchado de chocolate con su lengua—, pero tengo reservado unos botes para dar un paseo por el lago, aunque a la vuelta no te escaparás.

—Entonces estaré deseando de volver.

—No me tientes, Malena.

Le sonrío y arrugo la nariz.

Después de devorar el chocolate y a nosotros con él, hemos cogido unas cervezas, zumos y unos *bagels* rellenos de salmón y queso para pasar la tarde en el lago.

—Has pensado en todo para que este fin de semana sea perfecto. —Levanto la cara y lo beso mientras me acomodo en sus brazos que me envuelven.

—Lo dices por los *bagels*, ¿verdad? —bromea con la sonrisa pícara que es tan suya.

—Eres un tonto, pero te quiero… Gracias.

—Me encanta como suenan esas dos palabras en tu boca. Yo también te quiero, Malena. —Se gira y me mira, aunque esta vez está serio—. Creo que te quiero desde que te conocí hace dos años, aunque por aquel entonces aún no lo sabía.

Lo abrazo y nos fundimos en un beso. Yo no sé cuándo empecé a sentir que lo necesitaba de esta forma, solo sé que ahora no podría estar lejos de él.

Paseamos con el bote a pedales por el lago Stow, en pleno corazón del parque Golden Gate, mientras tomamos el sol de la tarde. Hay aves autóctonas que nos visitan de vez en cuando.

Al final de la tarde hacemos un pequeño pícnic con todo lo que hemos traído en una cesta que había en la cabaña. Nos tumbamos en una manta y admiramos el cielo mientras jugamos a tocar el sol con los dedos.

Cuando ya apenas queda luz, recogemos todo y nos vamos a la cabaña. Son nuestras últimas horas juntos en este lugar y queremos aprovecharlas. He hablado con Rafael y me ha contado que han comido malvaviscos en la hoguera. Estaba muy feliz. Lo echo de menos, pero sé que está contento y eso a mí me da la vida.

Hoy es nuestra última noche en este idílico lugar y estos dos días han pasado demasiado deprisa, porque estar con Jason hace que el tiempo vuele sin casi darte cuenta. Es lo que sucede cuando estás tan a gusto con alguien, que no deseas que ese momento acabe nunca...

10

El psiquiátrico del amor



Creo que hacía mucho tiempo que no era tan feliz, o tal vez nunca lo había sido hasta ahora, ni siquiera cuando era un niño. Mis padres murieron en un accidente de coche en el que yo fui el único que sobrevivió, y, desde ese momento, mis tíos se hicieron cargo de mí. Ellos también han muerto ya, aunque he de confesar que no me apenó su muerte y tampoco fui a su funeral. Mi tío me golpeaba cuando no traía buenas notas, y, ella, su mujer, no levantaba un dedo para impedírselo. No habían tenido hijos y cuando mis padres fallecieron todo el mundo pensó que yo era el regalo que la vida les había arrebatado.

¡Qué lejos de la realidad!

Mi tío tan solo quería una réplica de él mismo, que había sido criado en una familia estricta donde lo único que importaba era tu currículum académico. Poco o nada les interesaba lo que hicieras fuera de casa siempre que trajeras los ansiados sobresalientes. Vivía en una jaula de oro, en el mejor barrio de Nueva York, hasta que cumplí la mayoría de edad y decidí irme de esa casa. Es cierto que ya él no tenía poder físico sobre mí, gracias a que mis horas de gimnasio me pusieron fuerte como un roble y ya no podía hacerlo. Cada vez que levantaba una pesa, pensaba en ese hombre que tanto había aprovechado su fuerza cuando era un niño, y eso hacía que aumentara mis propias exigencias cada vez más. La impotencia por no haber crecido antes y haberlo parado o, al menos, irme de allí. Lo que sucedió fueron las dos cosas. Un día dije «se acabó» y me largué para siempre.

Me marché a San Francisco con dieciocho años y estuve trabajando de todo, hasta que un día, al ver cómo dos tipos tiraban al suelo a una señora mayor para robarle el bolso, salí corriendo detrás de esos miserables, y cuando los alcancé, me enfrenté a ellos, aunque uno consiguió huir de mí. La mujer, que ya había sido atendida, me dio las gracias cuando le devolví el bolso. En ese momento me di cuenta de que quería ser policía. Ayudar a esa anciana fue lo más gratificante que me había pasado desde que era niño, así que fui feliz cuando aprobé las pruebas de acceso y entré en la academia. Lástima que mi tío Ronald no estuviera orgulloso de mí por no ser un neurocirujano de prestigio como él, pero estaba dispuesto a evitar que la gente abusara de los demás y como policía iba a ser mi mayor propósito.

—Lamento que tuvieras que vivir ese infierno con tus tíos —me dice Malena cogiéndome de

la mano al escuchar mi historia.

—No te preocupes, eso es pasado. —La atrapo de la cintura y la pego a mí—. Lo único que me importa es el presente y el futuro contigo y con el niño. Y tu familia en España, ¿qué hay de ellos?

—Bueno, digamos que no quieren saber nada de mí. Mi historia es algo parecida a la tuya, aunque nunca me pusieron una mano encima. Mis padres querían que yo siguiera con el negocio familiar. Tienen una empresa de productos cárnicos tanto en España como en Colombia. Mi padre es de allí.

—No tenía idea, y supongo que tú no querías…

—Ellos lo sabían porque yo les había dicho que no era mi vocación. En realidad, no tenía ninguna, y cuando les dije que me iba a San Francisco a trabajar en una agencia de modelos con mi novio, me dijeron que, si salía por la puerta, no volviera.

—Lo siento, cariño.

—Bueno, en el fondo creo que debí hacerles caso, pues el trabajo y el novio —sonríe triste— eran mentira y acabé en aquel club que fue mi peor pesadilla. —Se le escapa una lágrima al recordarlo.

—¡Ey, eso ya pasó, todo está bien!

—Ya, pero me duele que no quieran saber nada de mí ni del niño. Cuando salí del *White Velvet* y recuperé a Rafael, los llamé, pero les dio igual.

—¿Les dijiste que tenías un hijo?

—Intenté hacerlo, pero no me quisieron escuchar. No querían saber nada de mí, así que tiré la toalla. —Se muerde el labio y hace una pausa para después continuar—. Me duele que mi hijo no pueda contar con sus abuelos si algo me pasara.

—Mírame, Malena. —Le subo la barbilla para concentrarme en sus ojos—. Tu hijo no los necesita, medio San Francisco pertenece a su club de fan y este que está aquí —me señalo a mí mismo—, es el presidente.

Se ríe con mis ocurrencias y yo la abrazo fuerte contra mi pecho. Me ha dado frío al escucharla decir si algo le pasara. Es cierto que nuestro trabajo es peligroso, pero jamás dejaré que le suceda nada porque si eso llegara a pasar, yo moriría.

—Gracias, Jason.

—¿Por qué? Es lo que siento.

—Por ser como eres y por estos dos días tan maravillosos que hemos pasado.

—Son el inicio del resto de nuestros días juntos.

Nos besamos y cuelo la mano por debajo de su camiseta. Estamos frente a la chimenea. Son nuestras últimas horas aquí y no quiero que terminen.

—Malena, te deseo tanto que me estoy volviendo adicto a ti —susurro en su oído cuando le deposito un beso húmedo en el cuello y comienzo a besar el resto de su cuerpo desnudo.

—Yo también te deseo, inspector Waters.

—¡Qué formal ha sonado eso!

—Bueno, digamos que me ponen los chicos de uniforme —dice con una voz sensual mientras acaricia mi pecho acercándose peligrosamente a mi cintura.

—A mí solo me pones tú.

Nos desprendemos de la ropa el uno al otro. Ella se sube a horcajadas sobre mí encajando en un solo movimiento que hace que una corriente eléctrica nos traspase mientras se empieza a mover, primero despacio, y después más rápido, hasta que somos un conjunto de manos, besos y piel. Me tumba sobre la alfombra de pelo suave y siento que se estremece y contrae dentro de mí, mientras sus labios me dicen que me necesita, y, entonces, la Tierra deja de girar y se para hasta que explotamos en un orgasmo devastador que nos arrasa a los dos.

—Somos insaciables —me dice riendo apoyada en mi pecho y haciendo círculos alrededor.

—Lo sé, pero la culpa es tuya.

—¿Mía? —Sonríe y me mira arrugando el ceño.

—Sí. —Le beso la frente—. Me vuelves loco y solo haces añadir cosas nuevas por las que desearía hacerte el amor cada segundo, como ahora mismo con esa expresión de no entender nada.

—Pues creo que tú también me haces perder la cabeza.

—Entonces perfecto, iremos los dos al psiquiátrico del amor.

—Me gusta que sea del amor.

—Y a mí.

Nos abrazamos y siento como su respiración se va haciendo cada vez más lenta, hasta que yo también me quedo dormido en sus brazos.

11

Operación veleta de papel



Lo he pasado de maravilla este fin de semana, pero he echado muchísimo de menos a mi niño. No he dejado de pensar en él estos días. La semana que viene cumple cuatro años y a pesar de lo pequeñito que es, es muy maduro para su edad. Quiere que lo lleve a un parque de atracciones que hay a las afueras de la ciudad. Mientras me contaba lo que haríamos, he intentado que no notara mi cara de preocupación porque esta mañana he recibido otro mensaje anónimo, y esta vez han llegado demasiado lejos, porque se han atrevido a dejar una nota debajo de la puerta. En cuanto la he visto, he salido a la entrada, pero, como es obvio, no había nadie. Se me han puesto los pelos de punta cuando lo he leído. Rafael me ha preguntado qué decía en el papel. Suerte que no sabe leer. Le he dicho que era un mensaje del trabajo…

«¿*Te parece bien dejar a tu hijo con dos extraños mientras te revuelcas con tu amante*?».

Esto ponía en el trozo de papel y al leerlo, me he dado cuenta de que alguien sabe lo que he hecho este fin de semana y ha vuelto a nombrarlo a él, a Rafael. Creo que es hora de que lo cuente. Tengo miedo de que esto se me escape de las manos.

Acabo de llegar a la comisaría y voy derecha al despacho del jefe Duke. Nos ha convocado a todos allí. Cuando entro en la oficina están Jackie, Michael, Jason, que me mira y sonríe, y también Ruket. Además de Laurie, Nick y Derek.

—¿Se puede?

—Adelante, agente Acosta, la estábamos esperando.

—Disculpe, jefe, tuve un percance en casa y me retrasé un poco al salir.

Jason me mira con inquietud, pero yo le hago un gesto con la cabeza para que no se preocupe. Después le explicaré que Rafael se echó la leche encima antes de salir y tuve que cambiarlo de ropa a última hora. Para colmo, aún no le he contado que he vuelto a recibir un mensaje, bueno, en realidad no sabe que es el segundo que me llega.

—No se preocupe, pero trate de ser puntual a las reuniones. Es importante que no me haga perder el tiempo ni a mí ni a sus compañeros.

—Sí, jefe. No volverá a pasar.

—Está bien. Hablemos de por qué los he reunido a todos aquí. —Hace una pausa y nos mira uno por uno—. Como saben algunos de los presentes, la agente Woods y el inspector García están detrás de un caso de secuestro de niños.

Suspiro con angustia y todos se giran. Creo que puedo con cualquier cosa, pero un caso donde hay implicados niños…

—¿Le ocurre algo, agente Acosta?

—No, señor, todo bien.

—De acuerdo, prosigo entonces. Como les decía, el caso de secuestro de niños nos ha llevado a la trama de adopción ilegal que llevamos varios meses tras su pista. Continúa, Woods.

—Así es, el tipo que se lleva a los niños deja una veleta de papel y una nota con unos versos, como seña de su identidad —añade Jackie.

—Justo, como dice su compañera, sabemos que es un hombre de complexión fuerte y no demasiado alto, gracias a las cámaras que lo captaron hace una semana a la salida de un hospital, y que deja esas veletas cuando un niño desaparece, por eso a este operativo lo llamaremos en clave: *Operación veleta de papel*.

Estoy atenta a todo lo que están contando, pero me pregunto qué hacemos aquí Derek y yo, al fin y al cabo, hemos sido los últimos en entrar a trabajar en la comisaría.

—Bien —continúa hablando el jefe Duke—, Woods y García serán a partir de ahora el señor y la señora Rodríguez, un matrimonio que quiere adoptar a un niño.

Sonrío al ver a Jackie y a Michael y pienso que no les costará nada hacer el papel, pues son la pareja perfecta.

—Supongo que les sorprenderá a todos el motivo por el que están aquí la agente Acosta y el agente Thomas. —Todos miran hacia donde estamos Derek y yo—. En efecto, son los nuevos en la comisaría, pero necesitamos a gente así para el operativo.

»La agente Acosta deberá infiltrarse en el mismo instituto donde cursa sus estudios Alice Miller. Es ella —nos enseña una fotografía en la pantalla—, la hija de los Miller. Son el matrimonio al que les estamos siguiendo la pista, pues creemos que sirven de intermediarios y dirigen la agencia de adopción. Estamos seguros de que si tiramos de ese hilo nos llevará a los cabecillas de la organización.

—Señor, tengo veintitrés años, no sé si pasaré por una chica de instituto…

—Agente Acosta, créame que no aparenta más de dieciocho —me dice firme y yo asiento ante su seguridad.

—¿Y yo, señor? —dice Derek después de que a todos nos han asignado un lugar menos a él.

—Usted, agente Thomas, será nuestros ojos en el instituto por si algo ocurriera, al igual que Jason, el inspector Waters, que será parte del profesorado.

El jefe Duke sigue enseñándonos fotos de los Millers y de sus últimos movimientos. Cree que operan desde su casa, una mansión a las afueras del centro de San Francisco, en una de las zonas más pudientes de la ciudad. Allí se cierran los tratos.

—No estamos seguros de que el caso de secuestro de niños que están investigando Woods y García, esté relacionado con la agencia ilegal, pero sí sabemos que los niños que se adoptan a través de los Millers han sido robados a sus madres, al menos algunos de ellos —concluye el jefe.

Me acuerdo de mi hijo y un escalofrío me recorre el cuerpo. Ya pasé por eso durante su primer año de vida y si volviera a suceder, creo que me moriría.

Necesito hablar con él.

El jefe nos ha dicho que podemos preparar el operativo por parejas y enseguida Jason se ha ofrecido a hacerlo conmigo, a pesar de que Derek era el designado para que lo hiciéramos en equipo. Al jefe le ha parecido más convincente que lo hiciéramos en equipos de veterano y novato.

Derek lo hará con Laurie, que también estará en el instituto.

Nos marchamos con los dosieres de todo el operativo que empezará en una semana cuando el jefe da por terminada la reunión.

—¿Estás bien? Te vi angustiada cuando dijeron de qué iba el caso. Pensaste en tu hijo, ¿verdad? —Derek me acaricia el brazo mirándome con ternura.

—Sí, es un tema sensible para mí, pero ante todo soy policía y este caso merece ser resuelto lo antes posible, así que será mi principal objetivo.

—Sé que algo malo te pasó y no deseo presionarte, pero quiero que sepas que cuando estés lista para contármelo, estaré encantado de escucharte.

—Gracias, Derek. No es por ti por lo que no hablo, es solo que no me gusta mucho recordar lo que pasó hace casi tres años ya. Me hicieron mucho daño.

—Lo siento, Malena, de verdad.

—Bueno, ¿qué tal por aquí? —Jason se coloca a mi lado y mira a Derek. Tiene la cara rara y juraría que no le gusta mucho mi compañero, y lo peor es que me temo que lo que veo en sus ojos son celos. Y eso es algo que no me gusta porque no soporto a los hombres posesivos.

—Bien, hablaba con la agente Acosta del operativo.

—Estupendo, pero ya sabéis que es un asunto secreto, nadie de la comisaría debe conocer nuestros pasos, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, por supuesto, inspector Waters.

—Bien, si queréis podemos ir a casa a prepararnos. Se lo he comentado a Laurie y está de acuerdo.

—Yo iré más tarde porque he de esperar a que llegue la niñera a mi casa para cuidar de Rafael.

—Tranquila, Malena. —Me roza el brazo y veo como mi compañero se da cuenta del gesto—. Derek, Laurie y yo podemos adelantarnos, y tú puedes ir cuando hayas terminado.

—Gracias, a las seis estaré allí.

Nos despedimos hasta la tarde y cuando me doy la vuelta, Jason me lanza un beso con la mano y me guiña un ojo.

Yo sonrío y salgo con Derek, que también sonríe al ver que me ruborizo.

12

Perfilando los detalles



Llevamos un rato en mi casa analizando a todos los que forman parte del operativo. He visto tres veces el reloj en la última media hora. Los minutos no pasan más rápido si los ves cada dos segundos. Eso lo sabemos todos y yo también lo sé, no obstante, sigo haciéndolo.

Al fin escucho el timbre y salgo como un resorte. No puedo disimular la sonrisa al abrir la puerta y verla a ella frente a mí.

—Hola, perdón por llegar tarde, ¡otra vez! —Pone los ojos en blanco y a mí ese gesto me provoca cogerla por la cintura y estamparle los labios en su boca en forma de corazón. Y es evidente que eso hago.

—¡Jason, están los chicos ahí!

—Me importa un bledo. Eres irresistible para mí, ya deberías saberlo. Además, están en la sala al final del pasillo.

—Vale, pues entonces dame otro beso.

No hace falta que termine de decirlo y ya lo he hecho, pero al momento me separo de ella porque si no lo hago a tiempo, soy capaz de encerrarla en mi habitación durante horas, y dejar que Derek y Laurie preparen solos el operativo.

—Malena, no dejo de pensar en el fin de semana pasado. Te has vuelto una obsesión para mí.

—A mí me pasa igual. Han sido dos días muy intensos.

—Sí, creo que hemos probado nuestras artes amatorias en todas las estancias y superficies de la cabaña.

Los dos nos reímos al recordarlo. Reconozco que siempre he sido muy activo en lo que al sexo se refiere, pero con Malena el asunto se eleva a la máxima potencia.

Los gritos de Laurie desde la sala bromeando acerca de si nos ha comido un dragón en la puerta, nos devuelve del estado hipnótico en el que estábamos los dos.

Cierro la puerta y Malena sonríe con las ocurrencias de nuestra compañera.

—Bueno, ya era hora, creía que os habían abducido unos extraterrestres.

—Muy graciosa, Laurie.

Todos nos reímos.

Creo que saben que Malena y yo tenemos algo, está claro que es un secreto a voces y no tengo intención de ocultárselo a nadie, pero es cierto que ahora toca trabajar y tendré que pensar algo cuando la mire que me haga bajar de alguna forma la libido, como por ejemplo que me acaban de dar una patada en los huevos, aunque no sé si será efectivo el método.

—Bien, ¿por dónde ibais, chicos?

—Estamos analizando las cámaras del instituto y de la casa de los Millers. Tenemos suerte de que en esa misma calle haya una instalada —contesta Derek.

—Sí, así sabremos los horarios de entrada de Alice, y si va directa al instituto o si, por el contrario, para en algún sitio de camino.

—Exacto, hay que entrar en la mente de la hija de los Millers, y ahí tú, Malena, serás la pieza clave. Tienes que convertirte en su mejor amiga.

—Algo así como su amiga del alma —añade Laurie—. Sabemos que es una chica muy extrovertida, por lo que no creo que tengas problemas, Acosta.

—Espero conseguirlo.

—Seguro que lo harás. —La miro y le sonrío.

—Bien, sigamos entonces. Derek, tú serás otro de los alumnos, pero en ningún caso debes acercarte a Malena, la vigilarás desde la distancia, por si hubiera algún contratiempo, al igual que Laurie.

—Entendido, inspector.

—Y tú serás profesor, ¿cómo se van a tragar eso? —comenta Laurie escéptica.

—Digamos que la directora del instituto colabora con nosotros y está al tanto del operativo. No daré clases, simplemente asistiré a los claustros como el nuevo profesor de educación física para el próximo curso.

Asienten y seguimos perfilando los detalles. Tenemos pocos días para prepararlo todo, así que el tiempo es oro.

Hemos pedido comida y seguimos aquí, aunque he observado a Malena toda la tarde y está nerviosa. Cuando se vayan Laurie y Derek le preguntaré qué le preocupa…

*****

—Bueno, yo creo que, por hoy, vamos bien. —Laurie se levanta de la mesa y se frota los ojos cansada.

—Sí, mañana seguimos preparando el operativo, chicos. Ha sido una tarde productiva, pero es hora de descansar. Estamos agotados.

—Yo también me voy, ya es hora de darle el relevo a Mary. —Sonríe Malena.

—Yo te puedo llevar, me coge de camino tu apartamento.

—Gracias, De…

—No hace falta, la acerco yo, agente Thomas. —No dejo que termine. No pienso dejar que él la lleve.

—No me importa y así no tienes que salir de tu casa —insiste el capullo de Derek.

—Te repito que la llevo yo —respondo cortante.

Todos me miran. Igual he sido demasiado brusco, pero él se lo ha buscado por tocapelotas.

—Bueno, yo cogeré el tranvía, ya que nadie se pelea por llevarme a mí —bromea Laurie.

—Yo te llevo, ya he dicho que no me cuesta nada —contesta Thomas en tono serio, aunque al momento relaja el gesto.

Se despiden y se van. Malena empieza a recoger su bolso y los documentos de la misión.

—No seas así con Derek, es buena gente, solo quería ayudar.

—No hace falta que te lleve a casa, para eso estoy yo.

—No me gustan los hombres celosos, Jason —me dice en tono serio y me doy cuenta de que me he pasado.

—¡Eh, ven aquí! —La atrapo de la cintura—. Tienes razón, quizá me he colado un poco con Thomas, pero es que no lo he podido soportar. Sé que sois amigos desde la academia y tengo que controlar mis arranques, pero dame tiempo, ¿vale?

Le doy un beso suave en los labios y pongo mi mejor sonrisa.

—Está bien. —Ella también sonríe y me rodea con los brazos el cuello—. Ahora cumple tu palabra y llévame a casa. Es tarde y estoy preocupada por Rafael.

—Sus deseos son órdenes para mí, agente Acosta. —Me cuadro levantando la mano y ella se ríe.

—Eres un payaso, ¿lo sabías?

—Contigo soy todas las cosas que nunca he sido y me gusta el efecto que causas en mí.

—Vamos.

—De acuerdo, y por el camino me cuentas qué te preocupa. Llevo toda la tarde observándote y sé que algo te ocurre.

Ella suspira y asiente.

Sabía que había algo…

13

No quería preocuparte



Cuando aparca el coche en la puerta de mi apartamento, decido enseñarle los mensajes.

—Solo he recibido dos, pero el último me ha puesto muy nerviosa. Está claro que alguien me vigila y que sabe dónde vivo.

Le muestro el teléfono y después le doy la nota de papel.

Cuando comienza a leerlos, Jason aprieta la mandíbula tan fuerte que podría romperse los dientes de la fuerza con la que lo hace.

—¿Por qué no me lo has contado? Esto es grave.

—Lo siento, no quería preocuparte e involucrarte en esto y decidí averiguar por mi cuenta.

—Todo lo que pueda dañarte es asunto mío, Malena, y sí, claro que me preocupo, pero es que no soportaría que nada te pasara. ¿Lo entiendes? —Asiento y bajo la cabeza avergonzada.

—He sido una estúpida, perdóname.

—¡Eh, no digas eso! —Me coge de la cara con suavidad para que lo mire—. No pasa nada. Lo importante es que me lo has contado y vamos a coger al cabrón que te está enviando estos mensajes. Lo primero es hablar con Will, el informático. Debemos saber desde dónde llaman.

—Ya lo he hecho. Ayer hablé con él, pero ha sido inútil. Es un móvil de prepago y no es posible rastrearlo según me ha dicho. Por lo visto después de mandar el mensaje, el terminal deja de existir, como si se destruyese.

Veo su cara de decepción por haber actuado por mi cuenta sin contar con él.

—Bueno, no importa. Daremos con él, por ahora tenemos que informar a Duke y tomar medidas. Habrá que vigilar tu casa y la guardería.

—¡Maldita sea! —Suspiro con fuerza—. Si se atreve a tocar a mi hijo, soy capaz de matarlo.

—Tranquila. —Me coge las manos temblorosas—. Sea quien sea el que esté detrás de todo esto no se saldrá con la suya. Y por el niño no te preocupes, estará vigilado en todo momento con algo que le voy a regalar. Le va a gustar mucho y a nosotros nos ayudará a saber dónde está.

—¿A qué te refieres?

—A una cosa que me pidió por su cumpleaños.

—¿En serio te pidió un regalo?

—Bueno, me dijo que había visto en una tienda una chapa de *Buscando a Nemo.* —Sonrío al recordar que es su película favorita y que la hemos visto mil veces—. Me contó que le recuerda a su mamá y a él.

—Lo sé. Siempre dice que yo soy como Marlon, el papá de Nemo, porque a veces tengo miedo de que algo le pase y estoy asustada. Estos últimos días he estado muy nerviosa y él lo ha notado.

—Es normal, Malena. Estás preocupada. Pero todo se va a solucionar, te lo prometo.

Me besa en los labios y después me despido de él.

—¡Eh! —me grita cuando estoy llegando al portal.

—¿Qué?

—¡Te quiero!

—Yo también a ti —digo moviendo los labios y él sonríe.

Cuando entro en mi casa, Rafael sale corriendo a mi encuentro para darme uno de nuestros «abrazos de oso», como los hemos bautizado los dos. Doy las gracias a Dios todos los días por el niño tan bueno y tan cariñoso que tengo, era lo único que le pedía al cielo; que fuera bueno. A veces los malos pensamientos me aturden la cabeza y me acuerdo del desgraciado de su padre, pero me digo a mí misma que no tiene nada de él, que es solo mío, porque fui yo quien lo tuvo nueve meses dentro y no le pertenece.

—¡Hola, bebé!

—Mami, ¡hemos hecho galletas! ¿Quieres probar una? —Tira de mí hacia la puerta de la cocina.

—Estoy deseándolo —le digo sonriente.

—Bueno, yo ya me voy —dice Mary con una galleta en la mano que Rafael le ha obligado a llevarse para el camino—. Cuando me necesites, cuenta conmigo, Malena.

—Muchas gracias, de hecho, quería hablar contigo, en una semana estaré más liada en el trabajo y quizás te necesite algún rato extra.

—Cuando quieras, de verdad que no me importa y me viene bien ese dinerillo a final de mes.

—Gracias, te aviso entonces la próxima semana —le digo antes de cerrar la puerta—. Vamos, peque, ¡al baño! He comprado una sorpresa.

—¿Sí? —Asiento y él tira de mí—. Vamos, corre, mami.

Lleno la bañera e introduzco unos peces de juguete al agua. Traen una caña de pescar y cuando lo vi en la tienda, me acordé de lo bien que se lo pasó el fin de semana con Ruket, Susan y los niños.

—¡Ya estoy listo para pescar, mami!

—Genial, te voy lavando el pelo mientras tú vas pescando y después me toca a mí, ¿vale?

—Vale, mami, el que coja más gana. Si gano yo me tienes que contar dos cuentos en vez de uno.

—¿Y si gano yo? —le pregunto divertida.

—Pues —se queda pensativo unos segundos—, ¡ya sé! Yo te lo cuento con los dibujitos porque no sé leer, ¿vale?

—Trato hecho. —Sonrío y le doy un beso en la cara—. Ahora echa la cabeza hacia atrás para quitarte la espuma. Mira al techo, ¿de acuerdo?

Hace lo que le digo y después sigue pescando mientras yo termino de enjabonarle su cuerpecito suave como el terciopelo.

Después del baño, y ya cenados, me meto en su cama para contarle los dos cuentos como premio por haber sido el ganador, pero cuando apenas he empezado el primero, escucho como resopla suave y al mirarlo compruebo que está profundamente dormido. Me quedo allí embobada tan solo para observarlo así tan bonito como está, dormidito, con sus mofletes rosados, su pelo rubio casi blanco y el lunar bajo el ojo derecho como yo.

Me levanto al rato, cuando el sueño está venciéndome a mí también, y me dirijo a la cocina para recoger los platos de la cena y marcharme pronto a la cama, pero cuando estoy a punto de hacerlo, suena un pitido en mi móvil y al verlo, sonrío. Es de Jason.

«*Sueña conmigo, agente Acosta,*
yo lo haré también, aunque no duerma.
Felices sueños. Te quiero».

Se instala una sonrisa bobalicona en mi cara al leerlo. Le contesto que también lo quiero y que lo echo de menos antes de meterme en la cama, pero cuando estoy a punto de cerrar los ojos, un nuevo pitido suena.

Alargo la mano a la mesilla de noche pensando en el nuevo mensaje que me ha mandado, pues por las noches parecemos dos adolescentes queriendo ser el último en mandarlo.

«Deberías cuidar de tu hijo en lugar de estar tirándote a cualquier tío. No mereces ser su madre».

Es lo que leo antes de que se me caiga de las manos y el corazón se me encoja… otra vez.

14

El cumpleaños



Llevo una semana en que no he pegado ojo ni una sola noche. He tratado de calmarme delante de ella, pero no he dejado de pensar en los mensajes que la están amenazando. La misma noche que me lo confesó todo, recibió otro de esos. Es evidente que el desgraciado que está detrás de ellos conoce cada uno de sus pasos, y también de los míos, y, lo que es peor, del niño.

Hoy es su cumpleaños y está muy emocionado. Hemos merendado en casa de Ruket y Susan, pues tienen un jardín enorme y se ofrecieron a celebrarlo allí, y ahora vamos todos al parque de atracciones, como era el deseo de Rafael.

—Tío Jason, ¿en qué atracción te vas a montar conmigo? —me dice cuando lo subo a los hombros—. ¿Nos montamos en *El tren de la bruja*? Tenemos que intentar que no nos dé con la escoba y si nos da, se la quitamos. —Se ríe tapándose la boca con sus pequeñas manos.

—¡Ay, pobre! —contesta Malena.

—Es mala, mami, y por eso hay que quitársela, ¿vale?

—Bueno, pero con cuidado, ¿te parece?

Nos reímos los tres.

Han venido Michael, Jackie, Ruket, Susan y los niños, pero este parque es tan grande que estamos todos desperdigados.

—Voy a comprar los pases —le digo a Malena acariciándole la mano que asiente sonriente.

—Te esperamos aquí, tío Jason.

Rafael está pegando saltitos, emocionado. Me voy a la cola de la caseta y es increíble como en un minuto se ha llenado. La verdad es que este sitio está repleto de gente y de numerosos niños por todas partes.

Me doy la vuelta y observo a Rafael, pegado al *tren de la bruja* y riendo mientras la chica disfrazada corre por todo el semicírculo dando escobazos. Malena está feliz viendo al niño y yo lo estoy de verlos a los dos. Es una sensación tan maravillosa que quisiera acompañarlos siempre.

—Hola, deme tres pases para *El tren de la bruja.* —Le sonrío a la chica cuando por fin llego a la ventanilla de la caseta. Han pasado diez minutos.

Sigo sonriendo y me guardo la cartera en el bolsillo de mi pantalón cuando, de pronto, el grito de Malena me deja frío.

—Rafael, ¡¿dónde estás?!

Corro hacia ella preso del pánico al ver su expresión de terror.

—¡¿Qué pasa, Malena?!

—No sé, hace un minuto estaba aquí y tan solo… —Apenas le sale la voz. Está muy nerviosa —. Había una niña que casi se cae y he salido para ayudar a la madre y en ese momento, cuando me he girado, no estaba, Jason. Han sido solo unos segundos.

Comenzamos a dar vueltas alrededor hasta que vemos a Jackie y Michael que vienen sonrientes con los niños de Ruket. Al vernos con la cara pálida y nerviosos dejan de reír.

—¡¿Qué sucede?!

—¡Ha desaparecido, Jackie!

—¡¿Quién?!

—Rafael —les confirmo yo a los dos que se quedan paralizados.

—Tranquilos, vamos a dividirnos —dice Michael mirándonos a los dos al vernos tan angustiados.

—Sí, vamos, Michael, nosotros por el nordeste.

—De acuerdo —responde Malena con la voz temblorosa y a punto de desfallecer.

Recorremos el parque observando a todo el mundo.

—Disculpen, ¿han visto a un niño rubio de ojos azules, con un pantalón vaquero y una camiseta blanca? —Malena le pregunta a todos los que nos cruzamos por el camino.

—No, lo siento, ¿se les ha perdido? —pregunta una mujer a lo que Malena asiente.

—Gracias —contesta casi sin mirarlos y continúa caminando.

Seguimos buscando atentos a todo el que nos cruzamos, incluso miramos detrás de las casetas, por si se hubiera escondido. De pronto Malena se para y se frota la cara con las manos, retirándose con rabia una lágrima.

—Eh, por favor, no llores, lo vamos a encontrar. Te lo prometo. Ya he avisado a los compañeros para que rastreen los alrededores.

—Jason, no tenía que haberle quitado la vista de encima, ¡maldita sea!

La abrazo cuando ella se derrumba y empieza a llorar, pero al momento se separa de mí diciendo que no podemos perder el tiempo.

Han pasado treinta minutos desde que perdimos a Rafael y no aparece. Siento un fuerte dolor en el pecho, pero ahora no es momento de ser débil porque debo infundirle tranquilidad a ella que está rota de dolor. El guardia de seguridad del parque, al que hemos avisado en cuanto ha desaparecido, nos confirma que no lo han visto, y, por primera vez, siento una angustia tan inmensa que me provoca ganas de vomitar debido al miedo que noto que se me ha asentado en la

boca del estómago.

—¡Mami!

La voz de Rafael nos hace dar la vuelta con rapidez y vemos al niño que viene hacia nosotros con un algodón de azúcar en la mano. Malena sale corriendo y yo la sigo.

—Peque, ¿dónde has estado? —le dice abrazándolo fuerte.

—Mi amigo me dijo que fuera a ver los cochecitos de atrás.

—¡¿Qué amigo, Rafael?! —grita Malena.

—Un señor que me dijo que me compraría un dulce y me enseñaría el cochecito, mami —contesta con las lágrimas a punto de salir ante el nerviosismo de Malena que lo sujeta con fuerza por los hombros.

—¿Dónde está tu amigo, peque? —Me agacho y le acaricio la cara. Después miro a Malena y la tranquilizo con la mirada.

—Se ha marchado, íbamos a ver los coches, pero después ha dicho que no podía y se ha ido.

Malena lo coge en brazos y yo los abrazo a los dos. Al momento llegan los demás que respiran aliviados al vernos con el niño.

Salimos de allí todavía con el susto en el cuerpo y decido acompañarlos a su casa.

Esta noche no pienso separarme de ellos. Estoy seguro de que el miserable que se ha llevado a Rafael es el mismo hijo de puta que está enviando los mensajes.

Juro por Dios que no voy a parar hasta encontrarlo.

15

Gracias por estar



No sé si he abrazado a Rafael lo suficiente desde que hemos salido del parque.

Creo que no.

Lo estoy observando dormido en su cama y no puedo evitar que me caigan las lágrimas, una tras otra recorriéndome la cara. He pasado un miedo terrible. Pensé que después de lo que viví en aquella mansión prisionera de ese salvaje todas las noches, nunca más sentiría algo parecido, pero me equivocaba. Lo que hoy ha pasado me ha dejado destrozada. Si algo le ocurriera a mi hijo creo que no lo podría resistir. Jamás.

—Ya se ha quedado dormido —le digo con el tono de voz bajo a Jason que está en la cocina preparando la cena para nosotros, aunque lo cierto es que yo no tengo apetito. Ninguno.

—Ven, siéntate, yo me ocupo de todo. Tú solo descansa.

—No, prefiero ayudarte, necesito dejar de pensar.

—Lo sé, ven aquí. —Me abraza y yo me refugio en su pecho.

—Creí que me volvía loca, Jason. —Las palabras me salen entre lágrimas.

—Te juro que no le va a pasar nada.

—Si lo volviera a perder, si eso pasara yo…

—Malena —me levanta la barbilla para que lo mire—, eso no va a pasar, ¿vale? No lo vamos a permitir ninguno de los dos.

Me vuelve a abrazar y ahora mismo es lo único que necesito; a él a mi lado y a mi hijo a salvo en su habitación...

Me despierto sobresaltada. Después de cenar me tomé un analgésico para el dolor de cabeza y debí quedarme dormida sin darme cuenta. No sé qué hora es. He tenido una pesadilla, y siento que el corazón me late muy deprisa, pero Jason me une a su pecho en un abrazo y al momento noto como me voy tranquilizando con sus caricias y sus besos dulces. Le dije que se fuera a su casa, que yo estaba bien, pero él insistió en que esta noche se quedaba, y ahora me alegro de que no me hiciera caso.

—Gracias por estar, Jason.

—Siempre voy a estar a vuestro lado. Te quiero, Malena, y adoro a tu hijo. ¿Sabes una cosa? —Lo miro y él continúa hablando—. Ahora que todo ha pasado te puedo decir que yo también creí volverme loco cuando no sabía dónde estaba el niño. Se me ha metido aquí dentro —me coge la mano y la posa en su pecho—, y tú también.

—Te quiero tanto, Jason, que jamás pensé que sentiría esto por nadie.

—Yo tampoco.

Me besa y después me aprieta más a él. Aspiro su olor cítrico y así es como, otra vez, me quedo dormida, poco a poco.

*****

—Mami, ¿por qué está el tío Jason haciendo el desayuno? —Rafael me susurra bajito al oído cuando sale de su habitación y lo ve en la cocina.

Aunque cena con nosotros muchas noches, es la primera vez que lo ve tan temprano en casa.

—Porque anoche se quedó dormido en el sofá y me dio pena despertarlo para que se fuera.

—Ah, pues me gusta que se haya quedado. ¡Tío Jason!

Sale corriendo a saludarlo.

—¡Ey, campeón, ya te has levantado! Espera, a ver que te vea. —Lo separa con los brazos—. Creo que esta noche has crecido.

—¿Sí? ¿Estoy más alto, mami?

—Pues sí que te veo muy grande, peque.

—Claro, es que ya tienes cuatro años, eres muy mayor —añade Jason y hace que el niño sonría contento—. Pero ahora tienes que desayunar muy bien para seguir creciendo, ¿vale?

—Vale, voy a ser como tú cuando sea grande, tío Jason.

—Tú vas a ser mejor que yo, colega. Venga, vamos a comer que se enfrían las tostadas.

—Yo quiero ponerle mucha mantequilla de cacahuete, mami.

—Bueno, un poco, pero no mucho, ¿de acuerdo?

—Sí, mamá tiene razón, nos puede doler la barriga si nos pasamos con la mantequilla. Yo me pondré lo mismo que tú, para que mamá no me riña a mí también. —Esto último se lo dice al oído, aunque me mira guiñándome un ojo porque sabe que lo he escuchado.

—Yo te la unto en el pan. Ya tengo cuatro años, tío.

—Genial, lo vas a hacer muy bien.

Después de desayunar y preparar la mochila para el cole de Rafael, salimos los tres para llevarlo a la escuela. Antes de entrar, se abraza a Jason y después a mí. Nos quedamos allí observando cómo se mete en la clase. He hablado con la directora y le he comentado lo que pasó ayer en el parque de atracciones para que no deje al niño salir con nadie que no esté autorizado. Hasta hoy éramos solo yo y Mary, la sobrina de Ruket, pero ahora he decidido añadir a Jason y sé que le ha agradado. Solo hay que ver la cara que ha puesto cuando le he preguntado si lo podía incluir en la lista.

Veinte minutos después estamos entrando por la puerta de la comisaría y vamos derechos a hablar con Duke. Le contamos todo lo que ha pasado estos días, los mensajes amenazadores y lo del parque.

—Agente Acosta, le pondremos vigilancia en su casa. Serán compañeros de paisano, para no levantar sospechas, pero estarán protegidos en todo momento.

—Gracias, jefe.

—En esta comisaría somos una familia, y si alguno de nosotros está en apuros, nos ayudamos siempre, Acosta. Y usted es ahora parte de ella.

—Gracias, de verdad.

Llaman a la puerta y entran Jackie, Michael y Derek.

—Bien, ya estamos todos. —Carraspea y continúa hablando—. Como saben, mañana comenzamos la *Operación Veleta de Papel*. ¿Tienen todos claro sus posiciones?

—Sí, señor —decimos todos al mismo tiempo.

—Bueno, Acosta y Thomas irán a primera hora directamente al instituto. Ya les informé de que la directora, que es amiga mía, colabora con nosotros y está al tanto de todo. Acosta, ¿ya sabe cómo se hará amiga de Alice Miller?

—Sí, señor, no se preocupe.

—Perfecto. Thomas, recuerde que usted será quien proteja a la agente Acosta, si algo sucediera deberá avisar si a ella no le es posible.

—Todo en orden, jefe. El inspector Waters nos ha instruido estos días a la perfección.

—Me alegro. Y vosotros, Woods y García, ¿cómo va el contacto con la agencia de adopción?

—Bien, señor, los Miller tienen la agenda muy apretada, nos han dado cita para el próximo viernes.

—Magnífico. Pues si todo está claro, mañana comenzamos con el operativo. Recuerden colocarse los micrófonos correctamente, tal y como les hemos enseñado —se dirige solo a mí y a Derek por ser los nuevos e inexpertos.

Después de darnos la mala noticia de que ha vuelto a desaparecer otro niño y que de nuevo han dejado una veleta de papel junto a una poesía, salgo de allí deseando ver a mi hijo.

Pero también con unas ganas inmensas de empezar con el operativo y coger a esos desgraciados que trafican con niños.

Ahora estamos en una de las salas perfilando los últimos detalles de la misión. Llevo poco tiempo en la comisaría como policía, claro, pero ya tenía ganas de acción, además, la motivación de este caso me empuja a querer descubrir qué hay detrás de él.

16

Un regalo para Rafael



—¿Se puede? —Will se asoma al despacho donde estamos todos preparando los micros—. Te traigo lo que me pediste, Jason.

—Gracias, tío. —Le doy una palmada en la espalda cuando me entrega el paquete.

—¿Qué es? —Malena se acerca al ver cómo la miro.

—Es un regalo para Rafael, pero quiero que solo lo sepamos tú y yo. —Me acerco a su oído para que solo pueda oírme ella y termino con un suave beso en la cara para disimular ante los demás.

Después de todos los mensajes que ha recibido y de lo que pasó en el parque de atracciones, está claro que alguien nos sigue de cerca y no quiero que nadie más sepa de esto.

—¿Qué tal si dejamos las muestras de cariño para cuando salgamos del trabajo? —dice Arthur, otro de los compañeros que estará en la misión y que es un poco huraño, sobre todo cuando se trata de relaciones personales. No lleva mucho tiempo trabajando con nosotros, pero se ha ganado la fama a pulso, aunque, a decir verdad, la mía de mujeriego todavía me sigue persiguiendo, a pesar de que desde que conocí a Malena no he tenido ojos para nadie más.

—Bueno, recuerde, agente Acosta, tiene que convertirse en la mejor amiga de Alice Miller y conseguir entrar en su casa.

—Sí, jefe, no se preocupe.

—Sabemos que a Alice solo le gusta alternar con los chicos populares, así que deberá ser uno de ellos —asiento—. Y en cuanto a usted, agente Thomas, aunque en un principio le dijimos que no se acercara a ellas, los inspectores García, Waters y yo hemos hablado y creemos que no es buena idea que esté fuera. Si puede incluirse en el círculo de amistades de la señorita Miller sería magnífico, así serán los dos más efectivos.

Sé que estaré cerca de ella en el instituto, pero me da rabia que sea Derek el que esté codo con codo con Malena. Y ya sé que he sido yo y Michael los que se lo hemos sugerido al jefe Duke, por el bien de la misión, pero he de admitir que lo que siento por Thomas, demasiado a menudo, son celos y tengo que quitármelos de la cabeza, porque ya Malena me dejó claro que no le gustan

los hombres celosos. A mí tampoco me gusta serlo, ¡joder! Entre otras cosas porque nunca lo he sido, pero tampoco había tenido miedo de perder a nadie como lo tengo ahora con ella. Con las demás chicas con las que he estado, siempre he agradecido que no me llamaran una segunda vez. Tan solo lo habíamos pasado bien la noche de turno, pero sin más. No quería repetir. No quería que aquello se convirtiera en una rutina, sin embargo, con Malena y con Rafael, adoro esos días en que no hacemos nada especial, sino tan solo ver una película juntos en el sofá con un bol enorme de palomitas los tres. No he sido tan feliz jamás en mi vida.

—Bien, pues si no hay ninguna otra duda, comenzamos con la misión. Los micrófonos ya están comprobados por Will y funcionan a la perfección. Y tendremos sobrevolando un dron, apenas imperceptible, para captar las imágenes a tiempo real.

»Sé que son nuevos —dirige su mirada a Derek, Arthur y Malena—, pero deben estar tranquilos. Estarán monitorizados en todo momento y no habrá peligro, al menos hasta que consigamos que Acosta entre en casa de los Miller, ahí deberá ser rápida para que no la descubran. Pero eso será después, vayamos paso a paso.

El jefe se marcha y nos deja allí para que vayamos saliendo cada uno a su posición. Yo estaré los primeros días en un coche fuera con Ruket, vigilando lo que ocurra con Malena y Derek, y la próxima semana, entraré como el nuevo profesor adjunto para el curso del año que viene.

Cuando salimos del despacho, me acerco a Malena.

—Ven, vamos un momento a un sitio donde podamos hablar tranquilos.

—De acuerdo.

La tomo del codo con suavidad y nos dirigimos a la sala del final del pasillo donde se guardan las piezas de convicción que requisamos en las redadas antes de remitirlas al juzgado.

—Entra. —Le cedo el paso y cierro la puerta tras de mí.

—¿Qué ocurre, Jason?

—Nada, tranquila, solo quería enseñarte lo que me había traído Will.

—¿El regalo para Rafael?

—Sí. —Se lo enseño y ella frunce el ceño.

—Es la chapa de Nemo que él quería.

—Exacto, pero fíjate por detrás. —Le doy la vuelta y se lo muestro—. Este pequeño círculo negro, que parece un adorno, en realidad es un localizador. Quiero que siempre lo lleve puesto. Tienes que ponérselo en cualquier chaqueta que use, así podremos saber dónde está en todo momento.

—Oh, Jason, esto es una maravilla. Si lo hubiera tenido el día del parque…

—Lo sé, perdona, pero fue culpa mía, tardé demasiado en llevárselo a Will para que lo preparara, pero nunca más vamos a perderlo. Tan solo recuerda ponérselo siempre en cualquier ropa que lleve.

—Lo haré. Es su película favorita de Disney y sé que estará encantado, sobre todo sabiendo que se lo has regalado tú. —Sonríe y yo le acaricio la cara.

—Me gusta verte sonreír.

—Gracias. —Me rodea con los brazos el cuello y después me besa.

—Gracias a ti por hacerme cada día tan feliz.

Vuelvo a besarla y siento como el contacto de nuestras bocas hace que se estremezca todo mi cuerpo.

Permanecemos allí unos minutos y antes de salir, Malena me da la chapa a mí.

—Toma, dásela tú esta noche cuando vengas a cenar.

—Vale, acepto la invitación.

—¿Y a desayunar también? —me dice acercando los labios a mi boca.

—Pensé que no me lo ibas a pedir nunca. —Me río y ella también lo hace. Solo me he quedado en su casa a dormir anoche después del susto del parque, así que esta invitación a desayunar me ha gustado mucho. Cada vez me cuesta más separarme de ella al final del día—. ¿Crees que Rafael estará de acuerdo?

—Sí, esta mañana me ha dicho que le gusta verte preparando las tostadas del desayuno. Es un niño muy listo y no quiero ocultarle nada. Si él me lo pregunta le diré que somos algo más que amigos.

Esboza una sonrisa y yo la aprieto a mi cuerpo.

—Entonces estoy deseando que llegue esta noche.

—Yo también…

17

La hija de los Miller



—¿En serio me estás diciendo que no podemos ir a tu casa esta noche, Alice?

—Ya te lo he dicho, Buster, hoy tienen mis padres reunión y han cambiado de planes.

Estoy justo en la taquilla de al lado de la hija de los Miller, disimulando mientras escucho como habla con un chico. La he reconocido por las fotos que tenía de ella, pero lo hubiera hecho sin problema porque creo que, si buscara la definición de «popular» en el diccionario, aparecería la cara de Alice Miller. Todos los chicos y chicas que han pasado por su lado, sin excepción, la han saludado. A ella y al estudiante con el que está hablando también. Supongo que será su novio, que, por supuesto, debe de ser del grupo de los *famosillos* del instituto.

—¡Joder, Alice! —Un puñetazo retumba en la puerta de la taquilla de mi próxima mejor amiga y siento el impulso de decir algo, pero me reprimo al darme cuenta de que aquí no debo ser la agente Acosta, sino una estudiante de secundaria—. Estoy aburrido de todo esto y empiezo a cansarme. Me voy, cuando te aclares esa cabecita que solo la utilizas para peinar, me avisas, ¿de acuerdo?

Cierro mi taquilla justo cuando el tal Buster está apretando con fuerza la cara de Alice dejándole un beso en los labios. Cuando se va, me doy cuenta de que ella se toca la mejilla y hace una mueca de dolor.

—¿Estás bien? —Me atrevo a preguntarle.

—Perfectamente. —Esboza una forzada sonrisa al momento, disimulando el disgusto de hace unos segundos.

—Perdona, no he podido evitar escuchar, pero creo que ese chico se ha pasado un poco contigo.

—No sé de qué me hablas. Buster solo bromeaba, es muy gracioso cuando quiere. Creo que deberías meterte en tus asuntos y no en los de los demás.

—Disculpa, no he querido ser una entrometida.

Bajo la cabeza y me dispongo a irme cuando ella me coge del brazo.

—¡Eh!, olvida lo que te he dicho. —Me mira de la cabeza a los pies—. Eres nueva, ¿verdad?

—Sí, es mi primer día en el instituto. Me llamo Sofía.

—Alice, encantada. —Me ofrece su mano y la estrecho—. Buster es mi novio y es un poco intenso, pero en el fondo lo tengo comiendo de mi mano.

«No sé por qué no lo veo tan claro como ella», pienso mientras le sonrío.

—¿Sabes dónde es la clase de ciencias? Me pierdo un poco por aquí dentro.

—Sí, claro, vamos juntas, yo también voy ahora a la misma clase —dice sonriente mientras nos movemos por el pasillo—. Por cierto, me tienes que decir dónde has pillado esa chaqueta, es lo más *chic* que he visto últimamente, y créeme que estoy al tanto de todo lo nuevo que sale en lo que a moda se refiere.

—La verdad es que no me acuerdo, es de hace bastante tiempo, pero gracias por lo de *chic*.

Entramos en la clase y todos se nos quedan mirando. Supongo que les intrigará saber qué hace la chica más popular del instituto con la nueva. Tampoco me pasa desapercibida la mirada que me lanza Buster, el novio de Alice. Me gustaría dar un par de puñetazos, como los que él ha dado a la taquilla de su novia, solo que los míos irían dirigidos a su hermosa cara.

Cuando pasamos por el lado, se coloca bien el flequillo y me guiña el ojo. Suerte que mi nueva amiga no se ha dado cuenta.

—Bien, chicos, prestadme atención, por favor. —Todos siguen hablando sin atender a las palabras de la profesora hasta que después de unos minutos saca un silbato y hace que todos se callen—. ¡Silencio!

—¡Vuelve a tu selva con la tribu! —susurra Buster a su compañero de mesa que se ríe con disimulo mientras la profesora intenta poner orden.

Escuchar las palabras de este niñato me ha puesto los pelos de punta al recordarme lo que pasaba en el *White Velvet*, donde las chicas que para aquellos supremacistas eran diferentes, acababan siendo asesinadas. Todas menos yo, a la que aquel desalmado prefirió violar todas las noches en lugar de acabar conmigo en una de esas *veladas*, como ellos llamaban a sus reuniones sangrientas. Fueron muchas las veces que deseé ser una de esas inocentes niñas a las que mataron al poco de llegar. Al menos para ellas acabó rápido el sufrimiento. El mío, en cambio, era un calvario diario.

—Bien, gracias —continúa diciendo la profesora—. Por favor, demos la bienvenida a vuestros nuevos compañeros, Sofía y Albert. —Nos hace una señal a Derek y a mí para que nos levantemos.

No me había dado cuenta de que Derek, el agente Thomas, también estaba en la misma clase, pero supongo que el jefe Duke quiere que entre lo antes posible en el círculo de amistad de la hija de los Miller. Todos nos saludan. El capullo de Buster solo sonríe mientras me mira desnudándome con los ojos y al girarme hacia Derek, me doy cuenta de que no le ha pasado ese gesto desapercibido y está serio. Sé que es mi amigo y se preocupa por mí, pero no debe olvidar que aquí no somos policías, sino un par de alumnos nuevos en este instituto. La hija de los Miller también lo ha mirado y juraría que le gusta. Y lo cierto, es que no es de extrañar, Derek es un chico muy atractivo y supongo que su pelo rubio casi blanco y sus ojos azul cielo atraen a la mayoría de las chicas. Solo espero que no despierte los celos de su novio.

Me vuelvo a sentar agradeciendo con la cabeza a todos los compañeros y Alice me aprieta el brazo como muestra de su aprecio, al mismo tiempo que me sonríe.

—Oye, ¿te has fijado en Albert? —Sabía que no me equivocaba.

—Sí, otro alumno nuevo como yo. Es guapo.

—¡¿Guapo?! ¿Bromeas? —me susurra al oído entre risas de niña pequeña—. ¡El tío está buenísimo! Y no te digo nada del aire macarra que se gasta, uff, me pone a mil.

Me río por la manera en que mira a Derek cuando lo dice, aunque en el fondo estoy feliz porque gracias a esa atracción me será más fácil entrar en su grupo de amigos, aunque para ello tenga que soportar al imbécil de Buster…

18

Dar con el culpable



Hemos llegado a la comisaría, parece que los Miller han anulado la cita que tenían con Jackie y Michael, y el jefe Duke nos ha vuelto a convocar a todos.

—Agente, cierre la puerta, gracias.

La última en llegar es Laurie que se disculpa ante el semblante serio del jefe. ¡Odia la impuntualidad!

—Bueno, parece que estos dos días han sido bastante productivos. Me alegra que lo tuviera tan fácil para entrar en el círculo de amistad de Alice Miller, agente Acosta. —El jefe le sonríe a Malena y ella asiente agradecida.

—Gracias, señor, pero creo que parte del mérito se lo llevó Derek, digo… el agente Thomas.

—Sí, ya me han dicho que estuvo muy bien.

—Me di cuenta de que Alice me miraba y me sonreía, y, al terminar las clases, con la excusa de que yo era nuevo como la agente Acosta, me acerqué a ellas —nos comenta el compañero a todos.

—Cierto, señor y, como era de esperar, la hija de los Miller se deshizo en atenciones hacia Thomas.

—Bien hecho, muchachos. Deben ser sus mejores amigos a partir de ahora, porque lo difícil será entrar en la mansión de los Miller. Por lo que me han dicho es como un búnker, difícil de penetrar. Acosta, por los micros pudimos oír que la señorita Miller tiene un novio un tanto especial…

—Así es, señor, es el típico chico popular del instituto de bajos instintos, ya me entiende.

—¿A qué te refieres, Malena? —pregunto esta vez yo—. Me genera curiosidad saber cómo actúa el gilipollas ese de Buster.

Todos me miran por mi forma de expresarme al referirme a ese tipo, sobre todo Duke.

—Pues… para empezar por lo poco que sé de él es que es un racista. Por los micros no se apreció porque lo dijo entre dientes, pero fue muy ofensivo con la profesora.

Nos reproduce las palabras de Buster y a mí me hierve la sangre al escucharlas. Para colmo, Derek comenta que ese tipo le echó el ojo a Malena, por lo que sigue sumando puntos el desgraciado para que se lleve la hostia, aún más grande, que estoy deseando darle.

—Magnífico, cuánto más se adentren en ese círculo, antes serán personas de confianza para ellos. Tenemos que aprovechar que el agente Thomas le ha caído en gracia a la señorita Miller.

—Sí, señor.

—Por otro lado —dirige su mirada a Jackie y Michael —, me temo que vais a tener que dejar pasar un poco de tiempo con el tema de la adopción. No queremos forzar las cosas con esa gente.

—Sí, Duke —dicen ellos asintiendo al mismo tiempo con la cabeza.

El teléfono de Malena suena y ella nos hace una señal para que nos callemos.

—Es Alice —dice sorprendida—. ¿Qué hago, jefe?

—Cójalo, Acosta, averigüemos qué quiere —contesta Duke colocando su dedo índice en los labios para que el resto nos callemos.

Todos guardamos silencio y ella descuelga la llamada.

—Hola, Alice, ¡qué bueno escucharte! Sí… Entiendo… ¿Yo…?

Tras varios minutos de conversación, de la que deducimos los que estamos allí que han quedado para verse, termina de atender la llamada.

—¿Qué quería Miller, agente Acosta?

—Invitarme a una fiesta esta noche en casa de Buster, me ha dicho que también va a llamar al agente Thomas, bueno, Albert para ella. Apenas nos conocemos, ¡qué extraño!

—No es extraño —expone Laurie—. Le has debido parecer apta para su grupo. Eres guapa y llamativa, Malena, y chicas como ella, tan superficiales, buscan amistades así, por no decir que estoy segura de que su novio, Buster, ha insistido en que vayas a esa fiesta.

—Sí, creo que la agente Peters tiene razón —añade el jefe.

Terminamos la reunión y a mí me llevan los mil demonios de pensar que ella va a estar rodeada de toda esa gente.

—Hola, guapo. —La voz de Malena me acaricia cuando salimos de la reunión.

—Hola, ¿estás bien?

—¿Por qué iba a estar mal? En tan solo dos días he entablado amistad con la hija de los Miller, ¡qué más puedo pedir!

—Sí, eso es genial, pero me refiero a tratar con ese Buster. No sé si te removió tu pasado tratar a alguien como él.

—Sí, Jason, me hizo recordar a esos cerdos del club, pero sé que ya no soy la chica desvalida que estuvo allí. Ahora soy policía.

—Cierto, y de las mejores. Todo el mundo habla de que has batido récords en las pruebas físicas y en autodefensa. Estoy muy orgulloso de ti y afortunado de estar en tu vida.

—Yo también. —Me sonríe y yo le acaricio la cara que es suave como la seda.

La puerta se abre y salen Arthur y Derek, que se despiden antes de irse de la comisaría.

Esta noche voy a su casa a llevarle por fin el regalo a Rafael. Hubo un problema con el localizador y no he podido dárselo antes, pero de hoy no pasa que lo lleve a todas partes.

A pesar de que estamos todos metidos en el operativo, no se me olvida que Malena y Rafael están amenazados y no descansaré hasta dar con el culpable…

19

Un regalo muy especial



—¡Yo abro, mami!

—Espera, peque, que tengo echada la llave y no vas a poder.

Me acerco sonriente y abro todos los pestillos de la puerta. Nunca he tomado tantas medidas de seguridad, pero desde que recibo los mensajes amenazantes, siento miedo, pero no por mí, sino por él.

—Hola, campeón. —Jason se agacha y Rafael lo abraza fuerte.

—Hola, tío Jason.

—Pasa, estaba terminando la cena y enseguida me preparo para irme. —Cierro la puerta tras él y le cuelgo la chaqueta en el perchero de la entrada—. ¿De verdad que no te importa quedarte con él hasta que vuelva?

—Ya sabes que me lo paso en grande con este granujilla. —Le alborota el pelo y el niño se ríe.

Cuando esta tarde Alice Miller me propuso ir a esa fiesta, le dije que sí, era evidente que no podía desaprovechar una ocasión así, pero contaba con Mary para que se quedase con el niño. Menos mal que, aunque ella este finde estaba fuera de la ciudad, he podido recurrir a Jason.

—Tío Jason, ¿quieres ver mis cromos de *Pokémon*?

—Por supuesto, campeón. ¿Ya tienes nuevos?

—Sí, ven que te los voy a enseñar. —Tira de él hasta la habitación.

Sigo removiendo la sopa y saco el pescado del horno. Cuando tengo toda la mesa puesta, me acerco a la habitación y los veo a los dos sentados en la cama. Rafael está nombrándole todos los personajes de su álbum de cromos.

—¡Chicos, la cena está lista!

—Ya vamos, mami —me dice mi hijo sonriente guardando las tarjetas que ha sacado de sus estuches.

Al momento salen y nos sentamos los tres a cenar. El peque se pasa toda la cena contándonos sobre su nuevo compañero de clase. Nos dice que se ha hecho amigo de él porque estaba solo. Sonrío orgullosa de que mi hijo sienta tanta empatía por los demás, porque eso demuestra que es una buena persona y para mí eso es lo más importante.

Han sido muchas las sesiones con la psicóloga para que deje de obsesionarme con que mi hijo es bueno. Es un niño inocente, pero mi mente a veces me juega malas pasadas y me recuerda la maldad de su padre, aunque sé que nunca será como él.

Cuando terminamos, Jason le entrega a Rafael un paquete envuelto en papel azul brillante.

—Toma, colega, esto es para ti.

—¿Es un regalo, tío Jason?

—Así es. Ábrelo.

El niño desliza el papel con ganas hasta que acaba rompiéndolo animado por nosotros. Cuando lo ve, pega un salto emocionado.

—¡Un libro de Nemo! ¿Es como la película, tío Jason?

—Bueno, en realidad, Marlon, Nemo y Doris te cuentan los secretos del mundo marino y sus especies.

—¡Qué guay! ¡Mira, mamá! —Me muestra las ilustraciones del cuento.

—Es precioso, peque, me encanta.

—Y a mí también.

—Hay otro regalo muy especial.

Al niño le brillan los ojos cuando Jason le entrega otro pequeño envoltorio junto al libro, y al verlo, sonríe ilusionado.

—¡Toma ya, la chapa que yo quería!

Jason me mira sonriente y me guiña un ojo. Es el localizador que me comentó en la comisaría que había preparado para Rafael.

—A ver… déjame que te la ponga para comprobar cómo te queda esa chapa tan chula. —Me acerco a él y se la coloco en la camiseta que lleva puesta.

—Me encanta, tío. Gracias.

Se abraza a Jason y veo como este cierra los ojos cuando Rafael le apoya la cabecita en el hombro.

—Este regalo es muy especial, peque, el tío Jason lo ha tenido difícil para encontrarlo, porque en la tienda que tú lo habías visto ya lo habían vendido, pero por suerte lo pudo comprar en otra.

—Te dije que era muy bonito, tío Jason, y que otros niños también lo iban a querer.

—Sí, colega, y ¿sabes qué? Que te queda genial en la ropa.

—Me lo voy a poner todos los días, mami.

—Me parece perfecto, peque, así el tío Jason sabrá que te ha gustado mucho su regalo.

El niño sonríe y le parece convincente mi respuesta, aunque en realidad lo que quiero es que

lo lleve todos los días en su ropa, sea la que sea, porque así me sentiré más segura.

Recogemos la mesa y los dejo viendo la tele mientras yo me voy a cambiar para la fiesta de Buster. La verdad es que no me apetece nada ir a esa dichosa reunión, pero debo dejar de lado mis prejuicios, porque esta noche he de convertirme en una adolescente deseosa de pasarlo bien y divertirse.

Al cabo de quince minutos estoy lista, pero cuando veo a Rafael dormido en los brazos de Jason, se me quitan todas las ganas de salir, porque ahora mismo me quedaría con ellos dos sin dudarlo.

—Se ha quedado dormido —susurro a su lado.

—Sí, déjame que lo acueste antes de irte.

Asiento y lo acompaño a la habitación. Me gusta cómo lo deja con delicadeza en su cama y lo tapa con la manta con el mismo amor con el que lo haría yo.

Encaja la puerta con cuidado y nos vamos hacia el salón.

—Por favor, ten cuidado. ¿Llevas los micros bien colocados?

—Sí, tranquilo, no va a pasar nada. Solo estaré en una fiesta rodeada de adolescentes hormonados —bromeo, pero veo como Jason está serio, o tal vez, sea preocupación lo que esconda su rostro—. ¡Eh, mírame! Todo está bien. Es solo una toma de contacto, ¿vale?

—Te estaré esperando y aunque esté aquí, escucharé todo lo que pase dentro de esa fiesta. Recuerda que Ruket y Michael están fuera de la casa de Buster por si los necesitas.

—Lo sé, descuida. —Me acerco y lo beso rápido antes de ponerme el abrigo y abrir la puerta.

—Te quiero —me dice atrapando mi mano e impidiéndome salir.

—Y yo, pero ahora tengo que irme. Es la hora, además, Derek estará a punto de llegar y debo estar allí con él.

—Sí, tienes razón, hablamos luego cuando vuelvas.

—De acuerdo.

Y sin más, nos besamos.

Y esta vez no me impide que salga.

20

La dichosa fiesta



Tengo la televisión encendida, pero en realidad no la estoy viendo ni escuchando, como es obvio, porque, aunque no estoy de guardia, le pedí a Duke estar al tanto de los micros que lleva Malena esta noche, para la dichosa fiesta. He hablado con el jefe y le he dicho que ella y yo mantenemos una relación. Sabía que era un riesgo que él lo supiera y, de hecho, su primera reacción ha sido sacarme del operativo, como ya intentó con Jackie y Michael en la *Operación Tejas Verdes.*

Pero gracias a ellos que marcaron un precedente, haciendo ver a Duke que la relación sentimental no interfiere en la profesional, lo he tenido más sencillo a la hora de darle mis razones para poder con ambas cosas. El jefe me conoce suficiente y sabe que soy capaz. Mis diez años en la comisaría lo corroboran, aunque es evidente que es la primera vez que estoy tan nervioso con un operativo, y eso es porque ella está dentro y me importa.

¡Joder! Claro que me importa. Y mucho.

Sé que ninguno de los dos ha puesto una etiqueta a esto que nos está pasando, pero cuando me he asomado a la habitación de Rafael y lo he visto dormido tan plácidamente, he sentido que este es mi lugar, junto a ellos. Si alguien me hubiera dicho hace unos años, cuando era un auténtico vividor, que yo estaría un viernes por la noche cuidando al hijo de una chica, en lugar de estar en un bar de copas ligándome a alguna otra para terminar tirándomela en el aparcamiento o, con suerte, en mi casa, no lo hubiera creído.

El sonido de los micros me saca de mis pensamientos.

—Buenas, buenas, Sofía, ¡qué guapa estás!

—Gracias, Alice, tú también.

Se escucha mucho ruido y música de fondo, por lo que deduzco que ya están en el interior de la casa.

—¿Tú crees? No sé, este vestido me hace el pecho de una abuela, creo que al final voy a pasar por quirófano.

—¿Por quirófano? No sé si te entiendo.

—Sí, ya sabes, subir este par de tetas caídas, creo que Buster tiene razón.

—Yo creo que eres muy guapa así, tal y como eres, Alice, y no deberías…

—Pero bueno, ¡si es la nueva incorporación de la escuela, la gran Sofía!

La voz del cretino de Buster interrumpe la conversación de Malena y Alice, y no sé por qué tengo tantas ganas en este preciso momento de convertir la cara de ese niñato en mi saco de boxeo particular, pero sé que he de calmarme y escuchar lo que tiene que decir.

—Pero pasa, mujer, que en la calle te vas a congelar.

—Gracias.

—¡Rosmary! Ay, disculpadme, voy a saludarla.

Parece que Alice ha dejado a solas a Malena y a su novio.

—¿Qué quieres tomar, preciosa?

—Un ponche… sin alcohol.

—No me digas que eres de las que siguen la moda de no tomar nada fuerte.

—No me gusta el alcohol, eso es todo.

—¡Tranqui, si no quieres beber tú te lo pierdes! Vamos a la cocina que te lo preparo.

Este tío no me gusta un pelo y tampoco me gusta el tono que tiene con las mujeres. Pienso en mí cuando era más joven y andaba con una y otra chica, y nunca me expresé así de ellas, intento recordarlo y podría jurar que jamás lo hice. Si hubiera sido así, hoy por hoy me darían ganas de vomitar.

Decido llamar a Michael. Necesito saber qué están viendo ellos desde allí.

—Dime, Jason, ¿algún problema con el niño?

—No, Michael, él está dormido desde hace más de una hora. Te llamaba para saber qué tal lleváis la vigilancia.

—De momento está la cosa tranquila. Acaba de llegar el agente Thomas, y nosotros dos estamos aquí sin perder detalle de nada, así que relájate.

—Eso es fácil decirlo, pero estoy aquí escuchando al capullo de Buster y me llevan los mil demonios.

—Lo sé, nosotros también estamos al tanto de todo, pero recuerda mantenerte al margen, confía en ella, te lo digo por mi propia experiencia.

—Sí, sí, ¡joder!, sé que ella tiene suficientes recursos para defenderse, pero ¡mierda! Quisiera estar ahí más cerca. —Escucho la voz de Ruket—. ¿Qué dice mi colega?

—Mejor no quieras saberlo.

—Venga ya, no seáis cabrones, que estoy que me subo por las paredes.

—Te he dicho que te relajes, si el jefe te ve así, vas a tardar nada en estar fuera del operativo, además, esta noche tienes una tarea importante en casa de Malena.

—Tienes razón, debo controlarme, pero es que quisiera darle una buena tunda al gilipollas de Buster. Después de saber cómo se las gasta el niñato ese, todavía le tengo más ganas.

—Te entiendo, más de uno piensa cómo tú y para que lo sepas, Ruket me estaba diciendo lo

mismo; que te controles, que ya es demasiado con que el jefe te haya dejado permanecer en el operativo después de confesarle que tienes algo con Acosta.

—Dile que se meta en sus asuntos maritales y en la crianza de sus chiquillos —me río—, y sí, lo sé, me arriesgué con Duke, pero tenía que decírselo, no pienso ocultar lo que siento por ella.

—Te apoyo, ya lo sabes, pero opino igual que él, controla tu carácter y tus sentimientos hacia ella durante el tiempo del operativo. Resérvate para cuando estéis solos los dos.

—Bueno, cuelgo que os distraigo y quiero oír todo lo que pase dentro de esa fiesta.

—Tranqui, todo controlado, ¿vale?

—Chao, Michael.

Cuelgo y vuelvo a conectar los micrófonos, pero el grito de Rafael en su habitación me alarma y salgo corriendo hacia allí.

—¡Mami!

Enciendo la luz y lo veo sudando y agitado.

—Tranquilo, campeón. Has tenido una pesadilla.

—¿Dónde está mami?

—Ha salido un momento a un asunto de trabajo, pero enseguida vuelve. Yo estoy aquí contigo.

—Vale, tío Jason.

—Te dejo la luz del pasillo encendida, ¿quieres?

—Tío Jason, mami se tumba conmigo en la cama cuando tengo una pesadilla…

—¿Quieres que me quede? —El niño asiente y a mí me parece la mejor de las ideas.

—Hazme sitio, campeón.

—Cabemos los dos, mami me compró una cama de mayores, tío Jason.

—Vale. —Me río—. ¿Me dejas que te lea un capítulo del libro de Nemo?

Rafael asiente con la cabeza y yo me tumbo a su lado. Lo rodeo con los brazos y comienzo a leer el primer capítulo.

—Hola, soy Nemo, y hoy te voy a contar cosas sobre mi amiga, la mantarraya.

—En ese pez iban todos al cole, ¿te acuerdas, tío Jason?

—Sí, cierto, la mantarraya era el bus.

—¡Qué bus más raro, tío! —me dice riéndose a carcajadas—. Sigue leyendo, por favor.

—Bien, sigo… Amigos, ¿sabíais que la mantarraya es pariente cercano del tiburón? Pues sí, y lo podéis encontrar en aguas templadas, subtropicales y tropicales también.

—A mí no se me parece a un tiburón, ¿y a ti?

—Cierto, no se parecen mucho.

—Sigue leyendo, tío.

—Bien, sigo… Mi amiga la mantarraya tiene el cuerpo redondo y alas a los lados, con grandes orejas llamadas lóbulos externos, y una boca muy grande con muchos dientes en la mandíbula inferior.

»Hay dos especies de mantarrayas, la gigante tiene nueve metros de ancho y se diferencia de la de arrecife en que esta tiene la boca blanca y la gigante es oscura…

Escucho la respiración de Rafael y al inclinar la cabeza para mirarlo, veo que está profundamente dormido. Dejo el libro en la mesita de noche y le doy un beso en la frente. No cierro la puerta y dejo la luz que siempre está encendida en el pasillo, por si vuelve a tener una pesadilla. Malena me dijo que la compró cuando Rafael empezó con los terrores nocturnos.

Cuando llego al salón y miro el reloj, son las nueve, ¡mierda! Hace más de una hora que no sé qué está pasando en esa fiesta y necesito saber que ella está bien…

21

Amigos de verdad



—Ese vaso está vacío y eso no puedo permitirlo en mi casa.

—He tomado suficiente por esta noche. Gracias, Buster.

—Venga, Sofía, es la última copa, además son sin alcohol. No te muevas de aquí, enseguida vengo.

Llevo toda la noche esquivando las manazas de este gilipollas, mientras que Derek está hablando con Alice. Se supone que tengo que ser su mejor amiga, pero creo que él me va a ganar la batalla y va a conseguir acercarse más a ella que yo. Solo hay que ver cómo la hija de los Miller se lo come con los ojos. De vez en cuando, mi compañero me mira desde la otra esquina del salón mientras le sonríe a Alice. No sé qué tipo de relación tienen ella y Buster, pero está claro que ambos van por libre. Ella casi no le ha prestado atención a su «supuesto» novio desde que Derek ha aparecido, aunque sin ser mi amiga de verdad, creo que no se merece estar con alguien como ese cretino. Es un auténtico gilipollas.

—Toma, aquí tienes, sin alcohol para la chica sana. —Mi peor pesadilla de esta noche vuelve de la cocina y me ofrece la copa.

—Gracias —contesto agradecida con la mejor de mis sonrisas falsas.

—Y ¿qué me cuentas de ti, chica desconocida?

—Mi vida no es muy interesante, en realidad.

—A mí me parece que sí, y tú me intrigas mucho, preciosa. —Siento su aliento en mi oído y el roce de su asquerosa mano sobre mi mejilla.

Se separa de mí y me guiña un ojo. Espero no tener que pararle los pies a este estúpido. Me está distrayendo de mi objetivo, que ahora que lo pienso no la veo por ninguna parte.

De pronto me sobresalto cuando alguien me aborda por detrás y me quita el vaso de ponche de la mano sin dejarme reaccionar.

—Uff, ¡cómo lo necesitaba, estaba seca! Gracias, Sofía. —La voz de Alice riéndose me sorprende cuando termina de beberse mi bebida de un solo trago.

—¡Eres única para amargarle la noche a cualquiera! —le recrimina Buster y ella se queda pálida.

Parece que todo lo que este tío dice es una sentencia para ella. A esta chica solo le falta besar el suelo por donde él pasa.

—Y, ¿por qué dices eso?

—Pues porque yo mismo preparé ese ponche para nuestra nueva amiga y tú te lo has bebido.

—Pues prepárale otro, para eso eres el anfitrión —se queja ella y me mira sonriente.

—Escúchame, Alice —la agarra con fuerza por la cara—, aquí se hace lo que yo diga, ¿me oyes? Así que ve a la cocina y prepáralo tú. ¡Estoy harto de ti!

Intento intermediar al ver la cara descompuesta de ella, pero al momento la suelta y se larga.

«Gracias por desaparecer, Buster».

—¿Estás bien?

—Sí, tranquila, no pasa nada. Cuando quiere es un poco capullo, pero no siempre es así, solo si yo lo provoco. ¡Es que no aprendo!

Me quedo en silencio al ver sus ojos humedecidos. ¿Cuándo lo ha provocado? A esta chica le hace falta un baño de autoestima y está claro que, con este tipejo al lado, lo tiene bastante crudo.

—Hola, chicas.

—Hola, Dere… —carraspeo—, Albert.

Casi meto la pata y lo llamo por su verdadero nombre. Menos mal que no he dicho agente Thomas.

«¡Lo que me faltaba!».

—Me he perdido buscando el baño. Esta casa es enorme.

—Sí, los padres de Buster nadan en dólares —se ríe Alice— y lo bueno es que nunca están en casa. Siempre viajando. Una suerte para mi chico que hace lo que le da la gana sin que sus padres lo controlen.

«Sí, es toda una suerte que sus padres pasen de él».

—Y de los tuyos, ¿qué me cuentas, Alice? ¿También son como los de Buster y te dejan hacer lo que quieras?

Se ríe a carcajadas.

—Los míos no me dejan ni entrar en la mitad de las habitaciones de mi propia casa. Y con eso os lo digo todo. Son muy controladores. Mi vida es un drama, ¿no os lo parece?

—Pues es un poco raro, pero supongo que sus razones tendrán…

—Sí, según ellos, hay asuntos de trabajo y documentos oficiales que no permiten que nadie tenga acceso a ellos. Y cuando dicen *nadie* es evidente que me incluyen a mí, claro. —Alza los hombros y sonríe—. Tienen una agencia de adopción.

«Bien, vamos entrando en materia», pienso.

—¡Qué maravilla tiene que ser ayudar a que niños sin hogar encuentren el suyo!

—Sí, son muy altruistas, y les encantan los niños. —Empieza a reír y abanicarse con las manos—. ¿No os parece que hace mucho calor aquí?

—Un poco —comenta Derek.

—¿Poco, dices? ¡Una barbaridad! Voy a refrescarme un momento al baño, chicos. Ahora vuelvo.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, Sofía, tú disfruta de la fiesta. ¡Uff, qué calor!

Sale corriendo escaleras arriba.

—Casi me llamas por mi nombre —susurra Derek aproximándose a mi cuello.

—Lo sé, pero me he dado cuenta a tiempo. ¿Qué tal con Alice?

—Bien, creo que le gusto. —Sonríe de medio lado.

—No te lo creas tanto, A-l-b-e-r-t —recalco su nombre encubierto.

—Es la verdad y además nos conviene.

—Es cierto, todo lo contrario que a mí, que no me interesa que el insoportable de Buster esté todo el tiempo revoloteando alrededor.

Miramos hacia la barra y ahí está el aludido con los chicos del equipo de fútbol americano del instituto, del que él es el capitán. A cuál peor. ¿Cómo es posible que se reúnan tantos idiotas en un mismo grupo? No han dejado de molestar a todas las chicas que hay en la fiesta, incluida yo.

—Tenemos que conseguir entrar en casa de los Miller, pero va a ser difícil teniendo en cuenta lo que nos ha contado Alice. —Me sujeto el collar que llevo colgando donde tengo los micros para que mis compañeros de fuera lo escuchen bien.

—Supongo que estarás deseando largarte de aquí —me dice Derek.

—¿Tan transparente soy?

—Un poco, pero lo digo por tu hijo Rafael, imagino que estarás deseando volver a tu casa para estar con él.

—Sí, aunque sé que está en buenas manos.

—¿En buenas manos? Claro, la niñera, confías en ella.

—No. Está con Jason, se ofreció a quedarse con él. Se llevan muy bien y el niño estuvo encantado.

—Supongo que sí—me comenta entrecerrando los ojos.

No sé qué le pasa a Derek con Jason, pero cada vez que hablamos de él se pone tenso.

El ruido de gente gritando y riendo al mismo tiempo nos interrumpe y no puedo preguntarle a mi amigo cuál es el motivo por el que cada vez que le nombro a Jason pone cara de disgusto.

—Vamos a ver qué está pasando.

El escándalo proviene de la sala al final del pasillo. Nos acercamos alertados y vemos un corrillo de gente alrededor de una mesa. Cuando veo quién está encima de ella, me quedo helada. Alice está bailando, bañada en sudor y en ropa interior mientras todos los demás la jalean desde

abajo. No doy crédito a lo que estoy viendo y en cuanto veo que se quita el sujetador y se queda solo con la parte de abajo, reacciono y subo a la mesa.

«Malditos tacones», pienso arrepentida de haber escogido estos zapatos tan altos.

—Alice, ¿qué te pasa? Vamos. —La cojo de los brazos e intento bajarla.

—¡Déjame, Sofía, no seas tan aburrida! —Se zafa malhumorada de mí y al momento vuelve a reír.

—¡Eso, déjala que siga bailando! —grita el capitán del equipo de fútbol que da la casualidad de que es su novio junto a uno de los amigos, que se ríen, como todos los demás.

—Venga, vamos, Alice —insisto.

—¡Que noo!

Suerte que Derek estaba en la fiesta y entre los dos hemos podido bajarla. Él se ha quitado la chaqueta y se la ha puesto en los hombros a Alice, evitando así que sigan viéndola todos desnuda.

Recojo como puedo su ropa que está esparcida por el suelo y me voy con ella al baño.

—Os esperaré aquí fuera—dice mi compañero cuando entramos.

—Gracias, Derek.

«Mierda, he vuelto a hacerlo. Lo he llamado por su nombre, menos mal que no me ha escuchado nadie».

Ayudo a Alice a vestirse mientras ella llora desconsolada. En el fondo siento lástima por esta chica. Por lo poco que la conozco, creo que necesita amigos de verdad.

Es evidente que carece de ellos…

22

Un día largo



Son las dos de la mañana cuando miro el reloj, por enésima vez, y todavía no ha llegado Malena. Sé que venía con Derek y bueno, eso me deja más tranquilo, en parte, claro. Soy consciente de que son amigos desde la academia, pero parece su sombra y, para colmo, Duke los ha puesto juntos en el operativo. Está claro que yo, por mi edad, no paso por un estudiante de instituto. Tengo casi veintiocho años, y además de que ellos dos tiene unos cuantos menos, pasan sin problema por adolescentes de diecisiete, sobre todo Malena.

Pienso en ella y sonrío como un tonto, pero es que su cara es tan angelical, y a la vez trasmite tanta seguridad, que no tengo que verme en un espejo para saber que ahora mismo parezco el protagonista de una de esas comedias románticas que dan por la tele los domingos al mediodía.

Estoy caminando por la casa nervioso, de la ventana al sofá, y de ahí al balcón, una y otra vez, cuando el ruido de las llaves en la puerta me saca de mis pensamientos.

—Hola —dice con el tono de voz bajo mientras deja el bolso colgado en la entrada.

—Hola —la rodeo por la cintura y la pego a mi cuerpo—, ¿qué tal ha ido?

—Bien, bueno, estaba harta de aguantar a esa panda de niños superficiales, pero me alegro de haber estado allí.

—Lo sé, lo he escuchado, sobre todo al desgraciado ese de Buster.

—Sí, es lo peor. Creo que la bebida que me trajo de la cocina tenía alguna sustancia psicotrópica —me dice negando con la cabeza cabreada—, quizás LSD, o anfetaminas, metilfenidato, no sé, pero está claro que iba destinada para mí, solo que Alice me la quitó de la mano y se la bebió de un solo trago.

—Menos mal que estabais ahí tú y Derek, si no cualquiera sabe qué hubiera pasado con esa chica.

—Así es. Ese tío es peligroso, de eso no me cabe duda.

—Ten mucho cuidado, por favor, si algo…

—Jason, mírame, no me va a pasar nada. He pasado por situaciones peores y estaba menos

preparada. Ahora no será igual, ¿vale?

—Vale —le digo antes de posar mis labios en los suyos—. Ven, siéntate, estarás muy cansada. Te voy a preparar una infusión.

—Gracias, pero no me apetece nada. ¿Cómo te ha ido con el peque?

—Muy bien, se ha despertado solo una vez con una pesadilla, pero le he leído un capítulo del cuento de Nemo y ha caído rendido al momento. Ahora duerme como un lirón. Todo controlado, agente Acosta.

—No sé cómo agradecerte que te quedaras hoy con él y lo cuidaras.

—Siempre, ya lo sabes y también quiero cuidar de ti.

—Mmm, creo que eso me encantaría… ahora mismo estoy necesitada de cariño —me dice provocativa mordiéndose el labio porque sabe que ese gesto me vuelve loco.

—¿Qué has hecho conmigo?

—Yo podría decir lo mismo, inspector Waters.

Se quita los tacones y respira aliviada al sentir los pies descalzos por el suelo mientras me guía de la mano a su habitación. La luz de la farola entra a través de la ventana traspasando la cortina casi transparente. Me levanta los brazos para quitarme la camiseta y yo sonrío de anticipación. Hago lo propio con la cremallera de su vestido que al momento cae a sus pies, dejándome ver su piel suave cubierta tan solo con un conjunto de lencería que hace que mi corazón empiece a latir a mil por hora.

—Haces que este de aquí dentro se acelere, agente Acosta —le digo con el dedo apoyado en mi pecho—, y no sé si eres consciente de que puedes provocarme un infarto un día de estos.

—Entonces no esperemos más. No quisiera ser la causante de tu dolencia. —Sonrío y vuelvo a besarla.

La tumbo en la cama despacio y acaricio con uno de los dedos su clavícula para bajar por el brazo y llegar al interior de su muslo. Después me introduzco en ella.

—¡Dios, siento que voy a estallar! —jadea con la voz entrecortada cuando siente los movimientos de mis dedos en su interior.

—Quiero que estallemos juntos —contesto excitado.

La beso sin descanso, como si se me fuera la vida en ello, sintiendo la mezcla de su dulce sabor en mi lengua. Me coloco lo más rápido que puedo el condón que está en el cajón de la mesita de noche y sin perder ni un segundo más, me entierro en ella de una sola embestida, lenta al principio, pero que después se convierte en una danza de dos fieras que se devoran con un hambre voraz. Cuando estoy a punto de llegar a mi límite, ella se da la vuelta y se coloca encima de mí, dejándome observar cómo el movimiento de sus caderas acelera la explosión que hace unos segundos iba a suceder. Y sucede. Los dos silenciamos el grito que nos pide el cuerpo cuando estallamos en mil pedazos y caemos en la cama, excitados y llenos de pasión.

La abrazo a mi cuerpo y ella apoya la cabeza en mi pecho, haciendo que me estremezca con su contacto.

—Quiero quedarme así, en esta postura, toda mi vida.

—Yo también, me has vuelto un adicto a tu cuerpo y a ti.

—Esta noche solo pensaba en ti.

—Y yo, no he dejado de hacerlo. Sé que es la primera vez que haces algo así, pero lo estás haciendo genial, Malena.

—Si hubieras visto a Alice subida a la mesa, con todos jaleándola para que se quitara la ropa, parecía que había perdido la cabeza. Espero que no se acuerde de nada mañana cuando despierte.

—Hoy, cuando despierte hoy, ya son las cuatro de la madrugada. —La beso en la punta de la nariz—. Vamos a dormir, hoy ha sido un día largo.

Malena asiente y los dos nos acomodamos. Yo abrazándola con su espalda apoyada en mi pecho. Entrelazamos las manos y así nos quedamos dormidos.

23

¿Quién eres?



—Buenas, muchachos. —El jefe Duke cierra la puerta cuando ya hemos llegado todos—. Felicidades, ¡agentes Acosta y Thomas! Ayer pudimos averiguar cosas de los Miller gracias a la fiesta a la que acudieron con la hija.

—Gracias, señor —decimos Derek y yo asintiendo con la cabeza.

—Sabemos, por un lado, que los miércoles y los viernes son los días que los Miller reciben las visitas de las parejas dispuestas a adoptar a uno de esos niños. ¿Qué más averiguaron que no escuchamos nosotros?

A pesar de los micros que llevábamos tanto Derek como yo, Michael y Ruket nos dijeron al salir que la música estaba tan alta que no podían escuchar de manera nítida todo el tiempo.

—Bueno, creo que va a ser complicado entrar en la casa. Según me dijo Alice, sus padres le tienen vetado, incluso a ella misma, algunas de las habitaciones, sobre todo el despacho de su padre, Leonard Miller.

—Por supuesto, allí tendrán todo el material. Por lo que sabemos, la agencia de adopción es legal en parte, hay niños que sí están allí para ser adoptados por voluntad de sus madres, la mayoría chicas jóvenes, pero lamentablemente sospechamos que, de entre esos menores, hay algunos que han sido arrebatados a sus progenitores, sobre todo los más pequeños.

—Jefe, y ¿usted cree que la agencia de los Miller está relacionada con el tipo que se lleva a los niños y deja una veleta de papel? —pregunta Jason.

—No lo sabemos con seguridad, pero sí hemos observado por las cámaras que tenemos intervenidas cerca de la casa de los Miller, que son varias las veces que les han traído bebés a altas horas de la madrugada, envueltos en mantas o dormidos los más mayores.

—Seguramente drogados —añade Michael.

Siento un escalofrío al pensar en esos pobres niños y el jefe se da cuenta de mi incomodidad, pero disimula y sigue hablando del operativo.

—Bueno, volviendo a la *Operación Veleta de Papel*, que la seguiremos denominando así en vista de las sospechas que tenemos de que los casos de secuestro están relacionados con la

agencia ilegal de adopción, estoy muy satisfecho con todo lo que hemos conseguido hasta ahora —se dirige esta vez a mí—. Acosta ha conseguido en poco tiempo ganarse la confianza de Alice Miller y, sobre todo, después de lo que pasó en la fiesta.

—Sí, señor. Está claro que el tal Buster quería drogarme a mí.

—Así es, pero le pregunto ahora, agente, si no llega a ser por Alice que le quitó el vaso, ¿qué hubiera hecho?

—No pensaba beber de nada que viniera de ese chico, jefe —asiente y sigue escuchando mi explicación—, desde que fue a la cocina a por la bebida, tenía todo pensado, la idea era tropezarme accidentalmente y tirarla al suelo, pero, por desgracia, Alice se me adelantó.

—Muy bien. No olvide que ese tipo de chicos, como Buster, busca abusar de muchachas a su antojo, utilizando las formas más viles, como las drogas o Dios sabe qué otras.

—Sí, señor. Lo tendré en cuenta, no debe preocuparse.

—Está bien, agente. Confío en usted. Sé que lo hará bien, y más sabiendo de su profesionalidad a pesar de ser tan nueva en el cuerpo, como lo fue en su día Woods. Estoy orgulloso de contar en mi oficina con agentes tan preparados, a pesar de su juventud. —Sonríe casi de manera imperceptible mientras mira a Jackie.

—Gracias, señor.

—Bien. —Carraspea—. Hoy será su turno, inspector Waters. Ya está todo preparado para que entre de profesor adjunto en el instituto.

—Sí, jefe.

—No olvide que en teoría dará clases en ese lugar, no se implique con lo que pase con Acosta y Thomas. Solo debe estar allí de observador, y no actuar, salvo que sea estrictamente necesario.

—Descuide.

—Bueno, pues lo dicho, cada uno a sus puestos.

Todos empezamos a recoger las cosas, pero cuando ya estamos dispuestos a salir, Duke nos dice a Jason y a mí que nos quedemos un momento.

—Tengo la grabación de las cámaras del parque donde desapareció su hijo, Acosta —comenta nada más quedarnos solos los tres.

—¿De verdad? ¿Puedo verlas, señor?

Me pongo nerviosa y Jason me acaricia el brazo.

—Por supuesto, por eso les he dicho que se quedaran al final de la reunión, a usted y al inspector Waters.

El jefe es un hombre muy serio, pero me ha parecido ver un atisbo de sonrisa en la cara cuando ha nombrado a Jason, supongo que, con esto, de alguna manera, da su consentimiento a que estemos juntos en el operativo. Él me contó que cuando le confesó que manteníamos una relación, fue reticente, pero al final accedió, aunque con algunas reservas.

Comienza a mostrarnos las cámaras. Se me para el corazón cuando veo cómo un hombre, con una sudadera negra y capucha, se acerca a Rafael y le dice algo llevándoselo después.

—Tranquila, Malena —me susurra Jason cuando me ve apretar la carpeta que sostengo en las

manos.

—No tenía que haberlo perdido de vista, ¡mierda!

—Agente Acosta, no se martirice de esa manera, por suerte no pasó nada. —Asiento y continúo viendo las cámaras hasta que parecen enfocar al tipo.

—¡Pare el vídeo!

El jefe hace lo que le pido y agranda la imagen, pero cuanto más lo hace, más borrosa es y menos se perciben los rasgos de ese desgraciado.

—¿Quién eres? ¡Maldito seas!

—No se ve nada, pero al menos sabemos que es un tipo alto y de complexión fuerte. Lástima que tuviera tapada la cabeza y no le veamos el pelo ni la cara —añade Jason.

—Bueno, no se preocupen que daremos con él. Ya me dijo Waters que su hijo tiene un localizador.

—Sí, señor.

—Bien, pues entonces estaremos…

La voz del jefe se ve interrumpida por una llamada a mi móvil. Cuando enseño la pantalla, vemos que se trata otra vez de Alice Miller. Duke me dice que ponga el altavoz.

—¡Sofía! —Suena su voz entre suspiros.

—Alice, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

—¡No! —Se escucha llorando al otro lado del teléfono—. ¿Puedes venir a mi casa?

—¿A tu casa? —El jefe asiente repetidas veces— Sí, claro, no te preocupes, enseguida estoy ahí.

—Pero ¡no sabes mi dirección!

—Es verdad, ¡qué tonta! Dámela, por favor.

Cuelgo el teléfono cuando me dicta el nombre y el número de su calle.

«Bien, Alice, por fin voy a entrar en tu casa. En casa de los Miller».

24

En casa de los Miller



—¿Lista?

—Sí, no te preocupes que no están sus padres. Es la ocasión perfecta para entrar.

—Recuerda que estaré aquí cerca, escuchando todo por los micros y la cámara que enfoca directa a la casa de esa gente. —Asiento y veo su cara de preocupación—. Si ocurre algo raro, sabes la palabra clave. Esa gente es peligrosa.

—Jason —se gira hacia mí en la camioneta que tenemos camuflada de «reparto a domicilio»—, tranquilízate. Y sí, me acuerdo de la palabra clave, o más bien las palabras, no te preocupes y confía en mí, por favor.

—Confío en ti, de verdad. Es solo que no quiero que bajes la guardia en ningún momento. —Le acaricio la cara—. Esos tipos son capaces de cualquier cosa.

—Lo sé, es la segunda vez que me lo dices en el último minuto, pero ahora solo estaremos ahí dentro Alice y yo, y esa chica podrá ser muchas cosas, pero creo que no supone ninguna amenaza para mí. Puede que solo lo sea para ella misma.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que le falta amor propio. Sé que es joven, pero no se quiere lo más mínimo, y tener al impresentable de Buster como novio, no es que se lo ponga fácil tampoco.

—Ya me gustaría dejarle claro algunas cosas a ese niñato.

—Acuérdate que vas a ser un profesor intelectual y nada violento, así que contrólate cuando lo tengas delante. Sé de más de una de mis compañeras de clase que se van a enamorar de ti sin remedio.

Me acerco a ella y le enmarco la cara con mis manos quedándome a un milímetro de su boca.

—Lo malo es que yo solo estoy enamorado de una de ellas. ¿No sé si la conocerás?

—Puede… ¿Cómo es la chica?

—Pues… a ver… déjame pensar… tiene el pelo castaño casi negro, largo y siempre brillante

—le acaricio un mechón—, los ojos son oscuros, pero si te acercas a la luz del sol descubres millones de matices verdes en ellos, tiene una naricita respingona que le da aire de niña traviesa y unos labios —rozo su boca con mi dedo pulgar— que me vuelven loco.

—A mí los suyos me crean adicción, señor profe.

Unimos nuestros labios y enlazamos las lenguas en un baile muy conocido para nosotros. Cada vez el contacto se vuelve más intenso hasta que ella se separa.

—Tengo que irme ya o no podré hacerlo.

—Tienes razón, como siempre. No sé qué has hecho conmigo, pero cuando estoy a tu lado solo pienso en llevarte a la cama y probar mil posturas con tu cuerpo.

—Suerte que no tengo encendido el micro. —Me río al pensar en lo que pasaría si nos hubieran escuchado todos los compañeros del operativo—. Yo también te deseo todo el tiempo, Jason. —Me vuelve a besar, pero lo hace rápido—. Voy a conectarlos, así que no hables del *Kamasutra*, al menos hasta esta noche.

Me guiña un ojo y nos reímos los dos.

—Ten cuidado, estaré aquí.

—Sí, descuida.

Sale de la camioneta mirando hacia los lados para comprobar si alguien la ve y después se encamina a casa de los Miller.

Estoy atento a los micros cuando escucho que llama al timbre y a los pocos segundos veo que abren la puerta.

—¡Sofía, menos mal que has venido!

—Alice, ¿qué ha pasado?

—Pasa, por favor, estoy sola. No quiero que me vean con este aspecto. ¡¿Has visto cómo tengo de hinchados los ojos?!

—Un poco, pero no se nota tanto, tranquila. ¿Me vas a contar ya qué te ha pasado para que estés así?

—Mira, júzgalo tú misma.

Escucho que ambas se callan y después me sorprende un ruido que diría que proviene del teléfono. Sí, creo que lo que le ha dado ha sido su móvil.

«Di algo, Malena, para que sepamos qué estás viendo».

—Qué hijos de…

—Me grabaron en la fiesta, Sofía. Salgo desnuda por todas las redes. No sé qué va a ser de mí.

Escucho a Alice llorando, pero el sonido parece amortiguado, por lo que imagino que está pegada a Malena, cuyos micros están instalados en la gargantilla que lleva colgada al cuello, por eso no se oye demasiado nítido.

—Tranquila, Alice, esto será solo unos días, ahora eres la novedad, pero cuando pase algo nuevo se olvidarán de ti y otra persona será el objetivo.

—Pero yo no puedo ir al instituto el lunes, ¿te imaginas cómo se van a burlar de mí, Sofía?

—No llores, buscaremos una solución.

—La única que hay es que finja que estoy enferma. Si les cuento a mis padres lo que corre por las redes, ¡me matan, Sofía, me matan!

—Seguro que lo entienden si se lo cuentas, eres su hija… ¿Tan estrictos son? Me da la impresión por lo que me has dicho que sí. Perdona que te lo diga, igual me estoy pasando, al fin y al cabo, son tus padres.

—Tranquila, Sofía. No pasa nada. Lo son, muy estrictos. Ya te conté que no puedo entrar ni en la mitad de las habitaciones de mi propia casa. Hay algunas que están cerradas con llave y no he entrado en mi vida.

—Supongo que serán temas laborales como me dijiste en la fiesta…

—No lo sé, ni me importa. Nunca me hablan del trabajo, solo me dicen que vivimos con este nivel de vida gracias a que ellos curran sin descanso.

—La verdad es que es una casa muy grande, ¿cuántas habitaciones tiene?

—Pues, a ver… en la planta baja dos y en la planta de arriba siete con cinco cuartos de baño…, pero ya te digo que la mitad me las tienen vetadas.

Estoy escuchando hablar a esta chica, y me doy cuenta de que Malena tiene razón y Alice Miller no tiene nada que ver con lo que hacen sus padres.

Vuelvo a escuchar cómo llora y se suena la nariz.

—Alice, ¿por qué no te das un baño relajante y después hablamos tranquilamente las dos? Yo te espero aquí en tu habitación. Me encanta cómo la tienes decorada.

—Gracias, Sofía, eres una buena amiga y eso que nos conocemos desde hace muy poco, pero si te digo la verdad, hoy solo podía contarte a ti lo que me estaba pasando.

—¿Y tus amigas del instituto? Las que están siempre contigo en el campus.

—¿Esas víboras?

—¿Por qué las llamas así?

—Porque lo son. Ellas han sido las que me han avisado y lo único que me han dicho es que anoche hice el ridículo. ¡Ten amigas para esto! ¿Ves por lo que solo podía llamarte a ti, Sofía? No sé por qué actué así. Es cierto que bebí, pero es que no me acuerdo de nada de las imágenes que he visto por el móvil.

—Alice, creo que te drogaron.

—¡¿Qué?! No, no puede ser. ¡Eso no puede ser!

—Estoy segura, no parecías estar consciente de nada.

—Pero ¿quién pudo hacerlo? ¡Allí solo estaban mis amigos y los de Buster!

—Bueno, ya pasó, hazme caso y date ese baño que te va a venir bien, y después buscamos una solución.

—De acuerdo, Sofía, creo que tienes razón. Me vendrá bien relajarme un poco.

—*Sí.*

Escucho pasos y una puerta cerrarse.

«Bien hecho, Malena, ahora intenta entrar en el despacho de los Miller».

—*Chicos, voy a buscar lo que tienen guardados los Miller*—trasmite Malena susurrando a través de los micros.

Al cabo de varios minutos sin oír nada…

—*Creo que he encontrado algo. Hay una habitación al final del pasillo cerrada con llave. Deben esconder material aquí. Voy a intentar entrar* —dice con el tono bajo para que la escuchemos.

Se oye trastear al otro lado de los audios, por lo que intuyo que está intentando abrir la puerta.

Espero que lo consiga.

—*Estoy dentro, chicos. Era lo que pensaba, y supongo que estoy en el despacho del señor Miller. Hay una mesa y los cajones también están cerrados. ¡Maldita sea! Voy a intentar acceder al ordenador y hacer una copia del disco duro.*

Pasan varios minutos en los que casi ni respiro.

Sé que lo está haciendo increíble, pero no puedo evitarlo.

De pronto el corazón se me para de golpe al ver el coche de los padres de Alice llegar a la puerta de la casa.

—¡Malena, sal de ahí, han llegado los Miller!

—*Estoy haciendo fotos de los documentos que hay encima de la mesa.*

—Déjalo, están a punto de abrir la puerta. ¡Por favor, sal ya!

—*Solo un segundo. Ya casi estoy*.

«¡Mierda! ¿Por qué haces siempre lo que te da la gana y no me escuchas, Malena?».

Aprieto nervioso los puños.

Los Miller acaban de entrar y si no sale ya, la van a descubrir…

25

Y tú, ¿quién eres?



El sonido de la puerta al cerrarse me produce un vuelco en el corazón. Si los Miller me encuentran fisgoneando en una de sus habitaciones «censuradas», estoy perdida. La misión está perdida. La verdad es que esta casa da escalofríos, pero de los malos. El pasillo por el que se accede a las habitaciones es largo y oscuro. Creo que lo han hecho así para que nadie se atreva a cruzarlo. Está lleno de cuadros abstractos que, al verlos, me ha dado un poco de grima. El despacho de Leonard Miller tiene unas cortinas de terciopelo pesadas de color vino, que, por supuesto, estaban echadas, para que nadie pueda ver desde fuera lo que se cuece allí dentro. Ahora tengo que volver por dónde he venido sin que se den cuenta, ni Alice ni sus padres.

Lo único que he podido ver, y que tenía a la vista encima de la mesa, ha sido una libreta con anotaciones, que al verlas me han dejado fría, más incluso que los cuadros con imágenes abstractas que decoraban el largo pasillo. Era un listado de cualidades físicas, entiendo que de niños; rubio, pelo castaño, oscuro, piel blanca, ojos azules, marrones, verdes, hasta dos años, menor de doce meses, y así una larga lista. Lo he fotografiado con mi móvil para no levantar sospechas. Imagino que han olvidado guardarlo en alguno de los cajones que tenían cerrados y que me ha sido imposible abrir. Suerte que he podido entrar en el ordenador que Will, el informático, ha pirateado desde la comisaría y he conseguido hacer una copia de todo. Espero que mi compañero pueda hacer algo con este material.

«Pero mierda, he tenido que salir a toda prisa por la llegada de los Miller y no he podido seguir registrando el despacho. No importa, volveré».

Salgo sin hacer ruido, intentando llegar hasta su habitación antes de que se dé …

—Y tú, ¿quién eres?

La voz ronca de alguien me sorprende en el pasillo. Cuando me giro, veo a un hombre de mirada azul y barba canosa y espesa que me mira sin parpadear y con el gesto muy serio. No hay duda de que es Leonard Miller y la señora que está a su lado, de pelo rubio platino y ondulado hacia las puntas, es Emma Miller, su mujer. He visto demasiadas fotos de los dos como para no reconocerlos. Eso y que es evidente en el lugar en el que me encuentro. Su casa.

—Disculpe, soy… Sofía, amiga de Alice —respondo un poco nerviosa porque ha faltado nada

y menos para que me pillaran saliendo del despacho.

—No te conocemos… —Vuelve decir el señor Miller con el ceño fruncido, sin dejar de observarme de arriba abajo, mientras que la mujer cambia de manera radical la expresión que tiene.

—Cielo, perdona, Alice no nos había dicho que vendrían visitas esta tarde. —Parece amable, sin embargo, puedo oír como le rechinan los dientes que aprieta con fuerza mientras sonríe.

—Siento haberlos asustado, ella me llamó esta tarde y …

—Papá, mamá, ¿qué hacéis aquí? ¿No teníais lío en el trabajo hasta la noche? —La aparición de Alice me salva de tener que dar más explicaciones a estos señores que me miran con cara de asesinos. Sobre todo, Leonard, aunque, a decir verdad, la mujer intenta disimular el disgusto de haberme encontrado sola por los pasillos de su casa.

—Alice, cariño, ya sabes que no me gusta que venga gente sin avisar. —La madre la coge del brazo mientras se gira para sonreírme de la forma más falsa que he visto nunca—. ¡Qué clase de anfitriona eres si no avisas de tus visitas!

—Necesitaba hablar con mi amiga Sofía y por eso la llamé, no pienso que sea para tanto, mamá.

—Claro que no, es solo que esta chica hubiese sido mejor atendida de haber sabido que venía a nuestra casa.

El señor Miller sigue sin decir nada, solo me observa mientras continúa analizándome.

—Vamos, Sofía, terminemos de hacer la tarea que habíamos empezado.

Asiento con la cabeza y sonrío a los Miller despidiéndome de ellos hasta que llegamos a la habitación de Alice.

—Perdona a mis padres, ya te dije que son un poco raros —me dice nada más cerrar la puerta.

—No pasa nada, es normal, no esperaban encontrarse a una desconocida en su casa. Lo siento, Alice, tenía sed y fui a buscar agua, pero tu casa es tan grande que me he perdido por los pasillos.

—No te preocupes, no pasa nada, es solo que estoy harta de ellos porque no quieren que traiga a ninguna amiga aquí, de hecho, eres la única que ha entrado desde que nos mudamos a esta casa. No sé para qué quieren esta mansión si no puedo traer a nadie. Solo viene gente por temas de trabajo para hablar con ellos —se queja.

—¿Ni siquiera tu novio?

—Mis padres no saben que salgo con Buster y aunque lo supieran no dejarían que entrara.

—¿Te puedo hacer una pregunta, Alice?

—Claro, la que quieras. —Sonríe.

—¿No te molesta cómo te trata Buster? A veces creo que se pasa y eso que te conozco desde hace poco, pero te aprecio y no me gusta la manera en que te habla.

—Lo sé. Es un chico muy temperamental y empiezo a cansarme de él. En realidad, lo único que me atrajo, además de su físico, obviamente —se ríe—, fue su posición en el instituto.

—¿Su posición?

—Claro, en aquel momento era un honor para mí salir con el capitán del equipo de fútbol, pero ahora he cambiado…

—No sé si te entiendo.

—No se lo he dicho a nadie, pero me gusta Albert, el nuevo —me aclara ante mi cara de sorpresa.

—¿Derek?

—¿Derek? ¿Quién es Derek?

—Disculpa, es mi primo que me llamó hace un rato, ¡qué tonta soy! No, me refería a Albert, claro.

—Es guapísimo, ¿no te lo parece?

—Sí, un poco, pero no es mi tipo.

«Lo cierto es que mi tipo es otro chico. Rubio y policía también, pero no es Derek, sino Jason y mañana estará en el instituto», pienso al tiempo que sonrío acordándome de él.

—Mejor, no me gustaría que dejásemos de ser amigas por estar enamoradas del mismo chico las dos.

—¿Enamoradas? ¿No crees que es demasiado pronto para eso?

—Te confieso que fue un flechazo lo que sentí al verlo y luego en la fiesta estuvimos hablando… ¿De verdad que no te gusta, Sofía?

—Tranquila, me cae bien y hemos hablado bastante porque es nuevo como yo, pero nada más.

Vuelve a sonar su móvil y le cambia la cara.

—Siguen pasándose el vídeo donde hago el ridículo. Soy lo peor.

—No, Alice, los peores son los que te grabaron y ahora lo están difundiendo. Eso es un delito contra la intimidad que podrías denunciar.

—No voy a denunciar a mis amigos, dejaré que pasen varios días antes de volver al instituto.

—Creo que deberías ir y demostrarles a todos que no le tienes miedo al qué dirán.

Se queda pensando y niega con la cabeza.

—Si quieres mañana vengo hasta tu casa y vamos juntas, ¿te parece?

—No sé, Sofía…

—Venga, no estarás sola.

Se queda pensativa unos segundos y después me sonríe.

—Está bien. —Se incorpora de la cama y me abraza—. Gracias, amiga.

Tengo sentimientos encontrados con Alice. Sé que estoy en un operativo y que mi único objetivo es sacarle información sobre sus padres y su trabajo, pero, por otro lado, siento compasión por ella. A los Miller les importa bien poco saber cómo se siente y su novio… bueno, eso es lo peor que tiene. Un tipo que es un racista, egocéntrico, desconsiderado y narcisista. Por no mencionar que, además, la trata como a un trapo sucio.

Cuando me ha dicho que le gusta Derek, bueno Albert para ella, me he alegrado de saber que

Buster está un poco más lejos de su cabeza, aunque en el fondo no lleguen a nada.

«Nota mental: Tengo que dejar de llamar a Derek por su verdadero nombre. Se me ha escapado delante de ella y si hubiera sido otra persona, habría sospechado, así que, a partir de ahora, lo llamaré Albert hasta que acabemos con esta misión, incluso cuando estemos fuera del instituto».

Hablamos un rato más hasta que la señora Miller entra en la habitación y amablemente me dice que es hora de irme. La verdad es que lo de esta gente es increíble. No tienen ningún reparo en echar a cualquiera que esté en su casa.

Está claro que algo esconden, pero lo voy a averiguar… de eso que no les quepa duda.

26

El nuevo profesor



Por fin salgo del maldito coche. Ya era hora de entrar en materia. Estaba cansado de mi labor de vigilancia, que sé que es necesaria e importante, pero yo lo que quiero es estar aquí, en el instituto donde están Malena y Derek. He quedado con Sally, la directora del centro y amiga de Duke, que está al tanto de todo y que me dará entrada sin levantar sospechas de cara a los demás profesores y alumnos.

—¿Qué tal, Jason? —Miro hacia los lados revisando que nadie la haya escuchado y ella se da cuenta al momento del nombre que ha empleado para hablarme—. Disculpa, aquí eres el profesor Stevenson —susurra acercándose a mí.

—Encantado, Sally. No te preocupes. —Le sonrío y ella relaja la expresión de la cara. Esta mujer no es policía y no sabe nada de misiones ni de nombres encubiertos, es normal que no se acuerde, aunque por el bien del operativo espero que la próxima vez que se le escape mi nombre, si es que la hay, tampoco la escuche nadie.

—Acompáñame, Paul. —Hace una mueca satisfecha por llamarme correctamente esta vez .

Avanzamos por el pasillo y al momento me cruzo con el agente Thomas. Ninguno de los dos hacemos ningún gesto. Yo sigo hablando con Sally y él solo baja la mirada ignorándonos a la directora y a mí.

Llegamos a una de las aulas de la planta baja y al entrar, como si hubiese sido atraído por un imán, conecto la mirada con la de Malena. Está sentada junto a Alice Miller y dos bancos más atrás veo al hijo de perra que intentó drogarla en la fiesta de su casa. Cada vez que me acuerdo de lo que hizo, me dan ganas de liarme a hostias con él hasta que se le quiten las ganas de abusar de una mujer, porque sé que lo más probable es que no sea la primera vez que hace algo así, pero tengo que controlarme y esperar mi momento.

«Porque sé que llegará. De eso no tengas dudas, Buster».

—¡Chicos, un momento, por favor! —La profesora que está dentro hace callar a los alumnos cuando la directora y yo entramos.

Vuelve a subir el tono y al fin consigue que todos guarden silencio.

—Gracias, señorita Robin —dice Sally y luego se dirige a los estudiantes—. Muchachos, les quiero presentar al nuevo profesor adjunto que impartirá clases de educación física el próximo semestre. Su nombre es Paul, para vosotros, el profesor Stevenson…

«Bien, Sally, esta vez no me has llamado por mi verdadero nombre».

—Buenos días, chicos. Encantado de conoceros.

Hay un murmullo de unos hablando con otros y risitas de alguna chica, entre ellas está Alice. Veo a Malena que me sonríe y yo hago lo mismo, aunque aparto rápido la vista.

—¿Y por qué está aquí si no dará clase hasta el siguiente semestre?

Todos se giran hacia atrás al escuchar la voz de Buster. Ese niñato es incapaz de no dar la nota a cada momento.

—Viene a familiarizarse con la escuela y asistirá a los claustros de los profesores, tomando nota de vuestros trabajos y calificaciones, así que yo de vosotros me aplicaría en la materia.

Parece que la respuesta de Sally los ha convencido o al menos ningún otro ha dicho otra impertinencia como el novio de Alice Miller.

Saludo a la profesora que me devuelve el gesto y después me marcho con la directora. Vamos entrando en cada una de las aulas de último curso para que todos me conozcan y pueda moverme con libertad por el instituto.

Tras un largo paseo en compañía de Sally, me despido de ella pidiéndole antes de que se marche que me indique dónde está la cafetería.

Tres cuartos de hora después espero que salgan todos de clase.

Observo como Alice se despide de Malena y se dirige a la planta de arriba.

—¡Jason! —exclama sorprendida cuando la abordo tras una columna.

—Ven. —Tiro de ella y la meto en una de las clases que sé que ya está vacía.

—Eres un imprudente, te pueden ver, Jason.

—Tranquila, todo controlado.

Cierro la puerta cuando entramos los dos. La acerco a mí y después, sin pensar en nada más, uno mis labios a los suyos. Ella rodea mi cuello con las manos e introduce los dedos en mi cabello rebelde. Suelta un pequeño gemido que hace que mi cerebro mande una orden directa a mi entrepierna al tiempo que su lengua se encuentra con la mía, devorándose las dos con anhelo. Profundizamos el beso hasta que ella se separa.

—Debemos tener cuidado, si alguien nos viera…

—Tienes razón, pero estaba deseando besarte desde que te visto en clase hablando con Alice y otras chicas.

—Sí, las has dejado a todas locas por tus huesos. —Se ríe y yo la atrapo por la cintura hasta que no hay espacio entre nuestros cuerpos.

—Yo muero por los tuyos, por cada uno de ellos.

Me besa recreándose en mis labios, paseando su lengua con descaro, y ahora soy yo el que la para porque si dejo que siga, parecerá que estamos dando una clase de anatomía sexual a todos

los alumnos.

—¿Qué tal te ha ido con los profesores, ha colado tu papel?

—Sí, sin problema. Con Sally de nuestro lado lo tenemos relativamente fácil. Y ¿cómo ha ido el tema del vídeo de Alice desnuda que corre por las redes?

—Bueno, al llegar al instituto todo el mundo andaba cuchicheando a sus espaldas, pero creo que el hecho de que Derek y yo estuviéramos a su lado, ha servido para demostrarles a todos ellos que Alice es fuerte y tiene amigos que la apoyan, así que perfecto. —Asiento—. Ahora tengo que irme o alguno se preguntará dónde estoy.

—¿Quién? ¿Buster? Te refieres a ese impresentable.

—Entre otros.

—He visto que no te quitaba el ojo de encima y te comía con la mirada. Y eso que ha sido poco tiempo el que he estado con vosotros. —Acaricio su mejilla suave—. Espero que ese niñato guarde la distancia contigo o me veré obligado a ponerlo en su lugar. No sabes las ganas que le tengo a ese desgraciado.

—No puedes levantar sospechas y así lo harás.

—Lo sé, pero todo depende de él, de que no se acerque a ti. —Me asomo a la puerta y compruebo que no hay nadie—. Todo despejado. ¿Nos vemos esta noche?

—Sí.

—Cuento las horas. —Le doy un beso rápido antes de perderla de vista escaleras arriba, pero cuando me voy a ir, sale del baño una de las chicas que estaba en la clase de Alice. Al verme, carraspea. Yo la saludo con la cabeza y después me voy.

He sido demasiado impulsivo, pero necesitaba comprobar que estaba bien.

Aunque lo que de verdad necesitaba era besarla…

27

No es suficiente, necesitamos más



—Buenos días, muchachos.

—¡Qué hay, jefe! —Jason sonríe al entrar en el despacho de Duke y a mí me cosquillea el alma. Ha sido el último en llegar. Anoche se quedó en casa, pero se olvidó traer ropa limpia y esta mañana ha tenido que pasarse por su apartamento antes de venir a la comisaría.

—Ya que estamos todos, quería informarles de lo que Will ha podido encontrar en la copia del disco duro que la agente Acosta consiguió en casa de los Miller y, tal y como sospechábamos, esa familia no es trigo limpio. Adelante, inspector.

Señala a nuestro compañero informático y este enciende la pantalla grande que hay en el despacho.

—Bien, lo que había en el ordenador de los Miller nos demuestra, en efecto, que, al menos fiscalmente, no están limpios.

Se suceden imágenes de extractos bancarios y transferencias de mucho dinero.

—¿Fiscal? —comento un poco confundida y a la vez cabreada con la información de Will.

—Sí, por desgracia lo único que sabemos es que estos tipos hacen traspasos de forma periódica a varias cuentas en paraísos fiscales. Constan transferencias por importes de más de cien mil dólares en demasiadas ocasiones.

—Así es, por el momento lo único que le podríamos imputar serían delitos fiscales, por los que sí que los condenarían a varios años de cárcel de comprobarse el fraude por la Fiscalía, pero lo que nos interesa es su implicación penal en todo este asunto, es decir, en la trama de adopción ilegal, además del robo y secuestro de niños.

—Entiendo, jefe, pero ¿y las anotaciones que encontré en esa libreta que había encima de la mesa de Leonard Miller?

—Esas anotaciones son algo, pero no es suficiente, necesitamos más.

—Disculpe que no esté de acuerdo con usted, jefe. —Todos se giran a mirarme cuando hablo y no sé si es por contradecir a mi superior o por la cara de este último, pero, aun así, decido

continuar con mi argumentación—. Esas anotaciones no son «algo», señor, aquello parecía una macabra lista de la compra. Se olvida que además al margen de ellas tenían anotaciones del tipo de «lo necesitamos antes de final de mes…».

De pronto, el silencio inunda la sala hasta que finalmente es el jefe Duke el que decide romperlo.

—Intente pensar con frialdad, agente. En un operativo debemos dejar nuestros impulsos y emociones fuera, o de lo contrario, acabaremos cometiendo errores que nos pueden costar muy caro. —Intento hablar de nuevo, pero me hace un gesto con la mano para que me detenga—. Las anotaciones evidencian lo que usted cree, Acosta, es cierto, todo parece indicar que eligen a los niños en función de las necesidades de los adoptantes, pero somos investigadores además de policías y no nos basamos en meras suposiciones, necesitamos pruebas. ¿Comprende la diferencia?

—Sí, jefe.

—Bien, hay que intentar que la señorita Miller la vuelva a invitar a su casa. Debe buscar la manera de entrar de nuevo en ese lugar, y, sobre todo, en el despacho del padre. Está claro que hay mucha tela que cortar todavía y la mayor parte la deben de esconder en esa mansión.

—Sí, señor, tenga por seguro que volveré y esta vez traeré suficientes pruebas.

El jefe Duke asiente y sigue hablando.

—En otro orden de cosas, y de acuerdo con la segunda vía de investigación del operativo, Wood y García pudieron al fin reunirse con los Miller, como el matrimonio compuesto por el señor y la señora Rodríguez, pero que sean ellos los que lo expliquen.

Dirige su mirada a Jackie y Michael.

—El padre, tal y como describió la agente Acosta, estuvo toda la entrevista con el gesto serio, aunque complaciente, y la mujer sí que sonreía más, pero de igual forma muy forzada. En un principio nos ofrecían un niño de cinco años, pero insistimos en que queríamos uno cuya madre aún estuviera embarazada. Les dijimos que necesitábamos un bebé recién nacido, con la excusa del trauma que sufre mi esposa —mira a Jackie— tras la pérdida de nuestro bebé y su imposibilidad para volver a concebir —explica Michael.

—Así es, hemos investigado y ha habido varios casos de niños robados en el propio nido del Saint Francis Memorial Hospital. El último hace tan solo dos meses, cuya madre ha quedado destrozada de por vida.

Se me encoge el corazón al escuchar a Jackie. Sus palabras me han hecho rememorar una etapa de mi pasado que, sin duda, ha sido la peor de toda mi vida, cuando el desgraciado de Hermann Weber me arrebató a mi hijo a los dos días de nacer.

Compruebo nerviosa la aplicación que instalé en mi reloj electrónico para tener localizado a mi pequeño, gracias al regalo de Jason. Me tranquilizo cuando confirmo que está en el interior del colegio.

—Exacto —continúa el jefe—. Hemos de forzar que esos tipos intenten conseguir un niño con las cualidades y características que les piden Woods y García, y, como es evidente, le han ofrecido una suculenta suma de dinero que no van a rechazar, a la vista de las ingentes cantidades que transfieren a esos paraísos fiscales y que cada día engordan más.

—Sí, cualidades como las del cuaderno que fotografié —añado yo ante la mirada seria del jefe. Ya sé que me ha dicho que solo con eso no es suficiente, pero me produjo un frío interior inmenso ver cómo estaban allí apuntados esos niños como si fueran mera mercancía en un albarán de compra.

Continuamos con la reunión, a pesar de mi comentario, hasta que la damos por finalizada y salimos del despacho.

—Malena, quiero que sepas que estoy contigo, creo que esas notas no son cualquier cosa.

—Gracias, Derek, pero pienso que el jefe tiene razón, debo de ser más fría, aunque la sangre me hierva.

—Es normal, tienes un hijo y tu motivación no es la misma que la de otros agentes del operativo, como por ejemplo la agente Wood o el inspector García, o incluso yo que no tengo hijos.

—No sé por qué intuyo que no te importaría tenerlos. —Le doy un empujón cariñoso con el hombro—. Aunque mi consejo es que disfrutéis tú y tu novia todo lo que podáis, porque después todo será diferente, pero no peor, sino al contrario, más enriquecedor.

—Adoras a tu hijo, ¿verdad? Se nota que te desvives por él. —Asiento—. Y sí, me gustan los niños, no te lo voy a negar, provengo de una familia de cinco hermanos y estoy acostumbrado a que en mi casa siempre había ruido, a pesar de las peleas, y en cuanto a lo de novia… no tengo.

—Perdona, pensé que sí. El otro día, cuando hablamos de las relaciones amorosas, creí entender que estabas enamorado…

Niega con la cabeza y observo como tiene la mirada triste por lo que no sigo preguntando, pero se lo he dicho porque el otro día me dijo que existía una mujer de la que estaba enamorado y supuse que era su novia, pero está claro que no.

—No sé qué hacer con Alice —dice cambiando radicalmente el tema, cosa que agradezco, ya que no quiero incomodarlo.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que no deja de insinuárseme e insiste en que quedemos para tomar algo, y la verdad no sé hasta donde tendría que llegar.

—Ya, es una pena que estemos en medio de un operativo porque Alice es una chica muy guapa y creo que, a pesar de su superficialidad y de sus padres, tiene buen fondo.

—No te niego que es guapa, pero no me interesaría, aunque estuviera al margen de la *Operación Veleta de papel*.

—Pues es una pena, los dos, tan rubios, tan guapos y tan jóvenes, hacéis buena pareja. —Lo veo ponerse serio—. ¡Eh! Es broma, ¡relájate!, que no me interesa hacer de Celestina, solo he dicho que me gusta veros a los dos. No te enfades.

—No, si no me enfado, es solo que ella no es mi…

Nos interrumpe la puerta del despacho al abrirse y de ella salen Jason y Michael. El jefe les dijo que se quedaran un momento a los dos al terminar.

—¿Nos vemos esta noche? —Jason se acerca a mí y me susurra al oído.

—Sí, luego te llamo cuando hable con Jackie.

—Vale, hablamos. —Me guiña un ojo y se da la vuelta—. ¡Chao, Thomas!

—Hasta mañana, inspector Waters.

Nos volvemos a quedar a solas hasta que Derek carraspea y se despide también de mí. Lo que fuera a decirme antes de que Jason nos interrumpiera, no será hoy cuando lo haga.

No sé por qué intuyo que el tema de la novia no le ha gustado sacarlo. Está claro que he metido la pata.

Otro día, cuando lo vea más receptivo, hablaré con él.

28

Reunión de amigos



Arranco el motor de mi viejo coche y me voy dirección al apartamento de Malena. Esta noche vamos a hacer una cena en su casa y ha invitado a Michael y Jackie. Yo me voy antes porque no me considero un invitado más, sino parte de ellos. Ella y el niño se han convertido en las personas más importantes de mi vida y ya no la concibo sin los dos. Es cierto que aún no vivimos juntos como tal, pero solo me falta llevarme algo de ropa para que no me pase lo de esta mañana, porque son más las noches que paso entre sus sábanas, que siempre huelen a jabón, que en las mías.

Toco el timbre y enseguida me abre Malena con su mirada color miel acompañada de la misma sonrisa de siempre, esa a la que me he vuelto un adicto y que consumo sin remedio.

—¡Hola, tío Jason! —Miro hacia abajo y veo a Rafael que sale de detrás de la pared donde estaba escondido—. ¿Te he asustado?

—La verdad es que un poco sí, ¡qué hay, campeón! —Le alboroto el pelo y él se ríe.

—¿Puedes venir a mi cole una tarde para contar un cuento? —me suelta de pronto y veo a Malena ruborizarse.

—Rafael, déjame que yo se lo explique antes, ¿vale?

—Vale, mami.

Ella se ríe y yo hago lo mismo, mientras que el niño desaparece corriendo hacia su habitación para enseñarme la última manualidad que ha hecho en clase.

—¿Contar un cuento?

—Sí, a ver, la historia es un poco más larga. —Se muerde el labio y a mí me dan ganas de mordérselo yo también—. El caso es que el miércoles le toca a él llevar a un familiar a *la tarde del cuentacuentos*, y yo iría, pero tiene que ser el padre o un familiar masculino, con motivo de la semana en la que hablan de la igualdad en la educación de los niños. El tema es la incorporación de los padres en actividades que hace años eran en exclusiva de las madres. Hablé con la directora porque ella sabe nuestra situación, pero me dijo que fue idea del niño.

—Adoro a ese enano y estaré encantado si él quiere.

—Como para no querer, si fue Rafael el que le dijo a la profesora que le iba a preguntar al novio de su madre si podía ir. Disculpa, pero el niño nos ve juntos y…

La cojo de la cintura y la rodeo con los brazos pegándola a mis caderas. Luego beso sus labios con suavidad.

—Malena, yo quiero ser todo para ti y para Rafael. Quiero ser tu novio, aunque ya no se usen esas palabras, porque para mí, tú eres mi novia —se ríe—, mi chica, mi amor, llámalo como quieras, me da igual qué nombre usemos. Y, es más, me gusta mucho que él lo haya visto así y en un futuro me encantaría que me reconociera como su padre.

—Yo siento lo mismo, Jason. Y hoy por hoy, no me imagino a nadie más ocupando ese lugar.

Uno mis labios a los suyos y cuando mi lengua se abre paso para acariciar la suya, me invade un cosquilleo que hace que todo mi cuerpo se encienda todavía más al oírla gemir a ella, deseando llevarla a la habitación para dar rienda suelta a nuestra pasión. Los dos nos separamos sabiendo que, si no paramos ahora mismo, será imposible hacerlo después.

Suena el timbre de nuevo y Rafael sale corriendo. Cuando la puerta se abre, Jackie lo alza en brazos y se lo come a besos.

—Peque, ya te he dicho que no quiero que abras la puerta sin mi permiso.

—Eso es cierto, enano, pero me encanta que me recibas a besos —dice Jackie pidiéndome perdón con las manos.

—Venga, pasad, que ya está todo listo.

—He traído un par de botellas de vino para animar la cena. —Jason se las coge a Michael y las lleva a la mesa para descorcharlas—. Oye, esto huele de maravilla, seguro que todo es obra de mamá y que aquí no ha metido la mano Jason, ¿verdad, campeón?

El niño asiente y se ríe mientras coloca las servilletas que le ha dado su madre.

—Ten amigos para esto —me quejo y todos se ríen—. La verdad es que Malena tiene mano para la cocina. Todo lo que he probado está exquisito.

—En España se come muy bien, aunque no he ido, pero eso dicen —añade Jackie y los demás asentimos.

—Sí, digamos que la dieta mediterránea, como llaman a nuestra cocina, es bastante sana y rica.

—Si es que se nota que este —Michael me señala— come mucho mejor desde que está contigo, no hay más que ver su cara.

—Mami y tío Jason son novios, ¿a qué sí, tía Jackie?

—Pues… —Nos mira a los dos sin saber qué responder y cuando ve que afirmamos con la cabeza, continúa—. Sí, eso parece. ¿Te gusta la idea?

—Sí, y se lo he dicho a mi profe para que vaya el miércoles al *cuentacuentos* de mi clase. Mi amigo Leni me dijo que yo no tenía a quien llevar, pero yo le dije que estaba equivocado y que iba a llevar al tío Jason, que es el novio de mami.

—Tu amigo Leni no tiene ni idea —respondo y el enano se ríe.

Jackie y Michael nos miran aguantando la risa. Malena les explica el motivo de mi visita la

semana próxima a la escuela. Se ve que a Rafael le preocupa el tema y que lo tiene en la cabeza, hasta que Michael le pregunta por los nuevos cromos del mundo marino y se ponen a hablar de los que ha conseguido estos días. Entonces, me sorprende el tacto de una mano debajo de la mesa acariciando la mía. La miro y un cosquilleo me recorre de pies a cabeza.

Cuando terminamos de cenar, recogemos la mesa Michael y yo para llevarlo todo a la cocina y lavar los platos de la cena, al mismo tiempo que Rafael seca las cucharillas.

—Jason, me alegra mucho verte tan feliz —dice mi amigo cuando el niño sale hacia el salón para llevar los cubiertos del postre a su madre y a Jackie.

—Lo soy, Michael, como nunca en mi vida.

—Todavía me acuerdo de cuando me decías que eras un alma libre y que no pensabas estar dos días con la misma chica. ¡Ay, el cazador cazado! —se burla de mí.

—Te encanta esa frase, ¿no es así? —Le lanzo el paño mojado en la cara—. Te toca el último a ti.

Lo dejo allí riéndose mientras yo hago lo mismo, pero al llegar al comedor escucho a Jackie hablar de Derek y, aunque no me sorprende porque lo intuía, me hubiera gustado no tener razón…

29

La mujer más afortunada



—Es que de verdad yo pensaba que tenía pareja, el otro día me dijo que su corazón estaba ocupado, o algo así entendí, ya no estoy tan segura.

—A ver, Malena, Thomas es un chico reservado, eso es así, al menos de esa manera lo veo yo.

—¿Reservado, Derek? No sé, lo conozco desde que estábamos en la academia y los dos cogimos mucha confianza, pero a lo mejor no se abre igual con todo el mundo. Quizás sea eso.

—Yo tengo una teoría sobre lo de que su corazón está ocupado.

—¿Cuál?

—Creo que le gustas, Malena, pero sabe que estás con Jason y, como es obvio, no tiene nada que hacer, pero sobre los sentimientos de uno no se manda. Supongo que acabará resignándose cuando vea que lo vuestro avanza a toda vela.

—No, ¡qué va! Cuando me dijo que tenía el corazón ocupado lo vi en sus ojos y estaba en otra parte. Estoy convencida de que hay una chica que no conocemos y de la que está enamorado.

—Quizás un amor imposible. —Sonríe y por su gesto sé que está pensando que soy yo.

—Jackie, no soy yo, estoy segura, pero no te negaré que la cara triste que puso cuando lo mencionó sí que pareció que fuera un amor platónico e imposible de realizar.

—Y hablando de amores nada platónicos y del todo posibles… no sabía que habíais hablado de lo vuestro con el niño.

—Y no lo habíamos hecho hasta hoy. Ha sido todo cosa de él. No es que nos ocultemos, pero tampoco hemos mostrado demasiado cariño delante suya porque queríamos que fuera él solo el que se fuera dando cuenta, pero es un niño muy listo y ya ves…

—Mi ahijado es el niño más listo y más bonito del mundo. Sabes que lo adoro, ¿verdad?

—Él a vosotros también.

La puerta se abre y aparece Jason, seguido de Michael y Rafael, con una bandeja con el

postre; una tarta que hemos hecho esta tarde Rafael y yo.

—Este pastel lo ha hecho mami conmigo, ¿verdad, mami?

—Cierto, aunque yo tan solo he sido tu ayudante, porque casi todo lo has hecho tú solito.

—Sí.

—Pues tiene una pinta buenísima —comenta Michael y Rafael se pone muy contento, orgulloso del resultado.

Los cinco nos tomamos la tarta y al rato, Rafael, que estaba viendo una película en el canal Disney, se queda dormido en el sofá, y eso que al principio no quería irse a dormir porque estaban aquí sus tíos, pero era cuestión de tiempo que el sueño le venciera. Después de toda la semana en el colegio, los viernes cae rendido.

Jason lo carga en brazos y lo lleva a su habitación para acostarlo. Me encanta ver la manera en la que cuida de mi hijo y por eso me siento la mujer más afortunada del mundo por haber encontrado alguien como él en mi vida.

—Listo, ha caído como un lirón.

—¿Le has dejado la luz del pasillo encendida?

—Sí, siempre. —Se acerca y me besa el cuello mientras me abraza por detrás. Después arruga el ceño—. ¿Y Michael y Jackie?

—Se fueron cuando fuiste a acostar a Rafael, me dijeron que mañana tenían cosas que hacer temprano.

—Entonces estamos solos… —Me coge de la cintura y une sus labios a los míos.

—Eso parece —le digo con voz melosa.

—Eres demasiado sexi para mi salud mental, ¿lo sabías? —Atrapa mis piernas y me sube a la encimera colándose entre ellas.

—Yo mejor no te digo cómo me pones tú, inspector Waters.

—Creo que las palabras sobran…

—Estoy de acuerdo.

Me lleva a la habitación subida a sus piernas y cuando llegamos, cerramos la puerta para evitar que Rafael pueda escucharnos. No queremos que pase como el otro día que nos pilló un poco *liados.* Suerte que él estaba con los ojos cerrados y casi dormido. Le di agua porque tenía sed y después volvió a la cama.

Jason besa mi cuello despacio, haciendo que mi corazón palpite cada vez más deprisa. La ropa que llevamos comienza a volar por los aires entre risas calladas de los dos. Cuando ya no nos queda ninguna prenda que hacer desaparecer, retira con los dientes el envoltorio del condón y se lo coloca rápidamente. Después se sienta en la cama. Sin poder esperar ni un minuto más, me sitúo a horcajadas encima de él, encajando a la perfección y, como siempre, a la primera.

Empiezo a moverme, entrando y saliendo de él, con la mirada unida a la suya. No perdemos el contacto visual en ningún momento. Sentir sus enormes manos sujetando mi trasero mientras los movimientos se hacen cada vez más intensos, me hace subir como un cohete al espacio y cuando se introduce en la boca uno de mis pechos y los succiona despacio y con devoción, primero uno

y luego otro, estallo en cuestión de segundos, para, a continuación, sentir cómo él también explota ahogando un gemido que tapo con mi mano para no ser oído por Rafael y por todo el vecindario. Un momento después no podemos evitar reírnos.

—Ven, quiero abrazarte toda la noche.

Tira de mí y me mete bajo las sábanas con su cuerpo alineado al mío. Enredo mis piernas a las suyas y me apoyo en su pecho.

—Duerme, bella durmiente.

Lo abrazo con fuerza y después ya no me doy cuenta del momento en el que caigo en brazos de Morfeo…

30

No debemos correr riesgos



—¡Buenos días, dormilón! —Acaricio la cara de Rafael y él abre los ojos despacio.

—Tío Jason, ¿ya me tengo que levantar?

—Sí, campeón, además las tortitas y las tostadas se enfrían.

—¿Dónde está mami?

—Sigue durmiendo. Podemos despertarla juntos llevándole el desayuno a la cama, ¿qué te parece, peque?

—Vale, no podemos hacer ruido —contesta abriendo mucho los ojos, ilusionado por la sorpresa.

Salta de la cama como un resorte frotándose los ojos. Vamos a la cocina y cogemos dos bandejas en las que colocamos café para nosotros y zumo para él. También ponemos un poco de fruta junto a las tostadas, las tortitas y el chocolate caliente. Le doy a Rafael la más pequeña con lo que pesa menos. Me hace señas con la cara para que guarde silencio, así que abro la puerta lo más despacio que puedo.

Un rayo de luz entra por la ventana y se refleja en la preciosa cara de Malena. Se ve tan bonita, con la cara relajada y el pelo tan oscuro extendido sobre la almohada, que una sensación de bienestar —que me sucede cada vez que la veo tranquila y feliz— me llena por dentro. Observo su expresión y parece que luce una leve sonrisa y al verla creo que me voy a derretir como el cacao caliente que llevamos en las bandejas. De pronto me vienen a la cabeza las amenazas que recibe de vez en cuando y un pellizco me aprieta el corazón. Estar tan enamorado de una persona y pensar en que alguien pueda hacerle daño es una mierda, porque a veces siento que me falta el aire para respirar. Estoy jodido. Mucho.

—Mami… —Rafael se tumba a su lado después de dejar la bandeja en la mesilla de noche.

Malena se gira, y, al verlo, sonríe y lo abraza para después comérselo a besos. Enseguida se da cuenta de que yo estoy a los pies de la cama con otra bandeja y me dedica una de sus miradas penetrantes que tanto me aceleran el corazón.

—Te hemos traído el desayuno a la cama.

—¿En serio?

—Sí, vamos a desayunar los tres en tu cama —comenta Rafael sentándose al lado de Malena y apoyando la espalda en el cabecero—. También traemos el nuestro para comer contigo, mami.

Me coloco al otro lado de la cama y le doy a probar un bocado de la tortita con chocolate que acabo de preparar. Ella se relame los labios y a mí me provoca saborearlo, pero me contengo porque Rafael no nos quita el ojo de encima riéndose cada vez que nos ve acercarnos.

—¡Esto está riquísimo, chicos! Me vais a malacostumbrar. —Se ríe antes de meterse una tostada en la boca.

—¿Qué significa *malacostumbrar*, tío Jason?

—Malacostumbrar significa que tu mami quiere que hagamos esto mismo todos los fines de semana, ¿qué te parece? ¿Lo hacemos?

—Sí, pero la próxima vez déjame ayudarte con las tostadas, ¿vale?

—Vale, campeón, aunque gracias a ti hemos podido traer todo a la vez porque has traído una de las bandejas tú.

—Sí, y pesaba mucho.

Los tres nos reímos y nos terminamos el desayuno. Rozo con los dedos la mano de Malena que está apoyada en la cama.

—Estás muy guapa con cara de sueño —le susurro al oído y le doy un beso en la mejilla.

Cuando terminamos de comer, nos levantamos. Yo ayudo a vestirse a Rafael mientras Malena se da una ducha. Teníamos pensado dar un paseo en bici los tres, pero ayer Duke nos dijo que durante el operativo no debemos salir juntos a la calle. Alguien podría vernos y tendríamos que explicar qué hacen juntos el profesor con la nueva alumna fuera del instituto y con un niño. No debemos correr riesgos. Y, aunque admito que cuando nos lo dijo me cabreé, en el fondo sé que es lo más prudente en este momento.

—¡Ya estás listo!

—Mira, tío Jason, llevo tu regalo en mi chaqueta, mami dice que siempre lo tengo que llevar porque es algo especial.

—Lo es, campeón, y además se ve muy chulo ahí en el abrigo.

—¿No vienes al paseo con nosotros?

—No puedo, tengo que hacer un par de cosas en casa —miento y veo al niño entristecerse—, pero después nos vemos por la tarde.

—Me gusta que te quedes con nosotros, tío Jason.

—A mí también, por eso me quedo muchos días, ¿qué te parece?

—Yo quiero que te quedes todos.

No sé qué contestar cuando se abraza a mí. Creo que los adultos deberíamos copiar la naturalidad de los niños. Ellos lo hacen todo sencillo y así debería ser siempre, lo malo es que cuando llegas a la edad adulta solo piensas en las consecuencias y en los motivos que te llevan a hacer las cosas, sin prestar atención a vivir el momento y ser feliz con lo que sientes.

—¡Uy, yo me quiero unir a ese abrazo! —Malena se agacha y nos envuelve a los dos.

Beso su mano que rodea los hombros de Rafael y después nos levantamos los tres.

—Me voy, luego hablamos cuando volváis con las bicis.

—Peque, ve a coger el casco de tu habitación para irnos.

—Sí, mami. —El niño sale corriendo—. ¡Adiós, tío Jason!

—Hasta luego, campeón.

—Nos vemos luego, ¿vale? —Malena se acerca a mí y me da un beso rodeándome el cuello con los brazos.

—Sí, tened cuidado, por favor.

—Descuida, solo vamos al parque a dos calles de aquí y está repleto de gente. No pasará nada.

Asiento antes de darle un beso que profundizamos los dos y después me voy escaleras abajo.

Estoy cabreado con todo lo que está pasando y sobre todo con el cabrón que sigue mandándole mensajes amenazantes.

Juro por lo más sagrado que, cuando lo atrape, va a querer estar muerto.

31

Sintiéndome observada



Ya estamos en el parque y Rafael está feliz. Sé que le hubiera gustado que Jason nos acompañara, y a mí también, pero, aunque no nos gustó la decisión del jefe, en el fondo sabíamos que era lo mejor. Tendremos que escondernos cuando queramos estar juntos. Ni siquiera podemos llegar a la comisaría a la misma hora. Debemos ser cuidadosos, pues puede que alguien nos vigile en algún momento del operativo y es mejor prevenir. Por otro lado, está el tema de los mensajes que me llegan al móvil. El desgraciado que me los envía es inteligente, eso no se lo puedo negar, porque no hay manera de localizar desde dónde los manda. Me consta que Will, el informático de la estación, no deja de trabajar en ello, pero cada vez estoy más desanimada en ese aspecto. Solo espero que algún día cometa un error y lo podamos atrapar. Ese día podré estar tranquila. Por el momento, disfruto de mi hijo cada vez que puedo.

—Cuando tú me digas te quito las ruedas de ayuda y vas solo con las dos, ¿vale?

—Todavía no, mami, yo te aviso.

—De acuerdo. ¡Venga, te hago una carrera hasta los bancos verdes de allí! ¿Los ves?

—Sí, vamos. ¡Preparados, listos, ya! —dice sonriendo. Sale corriendo y mirando hacia atrás para comprobar si yo le sigo de cerca.

Voy lenta al principio para dejarlo ganar y solo al final acelero para que no sospeche. Él se ríe y paramos para descansar.

—Tengo sed, mamá, ¿has traído agua?

—He traído agua, toma, peque. —Le doy una de las botellas que saco de la mochila y yo bebo también de la mía.

Cuando los dos hemos saciado la sed, nos sentamos en el césped y nos tumbamos para ver un nido de pájaros que hay justo en el árbol que está encima de nuestras cabezas.

—¡Mira, mamá, le está dando de comer al pajarito!

—Sí, se lo pone en el pico, ¿lo estás viendo?

—Tiene mucha hambre, como cuando yo vengo del cole, ¿has visto cómo abre la boca,

mamá?

Nos quedamos un rato allí observando cómo la mamá pájaro alimenta a su cría hasta que Rafael se levanta.

—¿Vamos hasta el riachuelo y vemos los peces?

—Venga y le damos de comer que he traído comida para ellos.

—¡Sí!

Salimos los dos hacia allí. A Rafael le encantan los peces y en general todo lo que tiene que ver con el mundo marino. Dice que cuando sea mayor quiere ser biólogo del mar. Yo le digo que no importa lo que sea siempre que trabaje en lo que le haga feliz sin importarle nada más.

Nos sentamos en una de las piedras y observamos cómo nadan. Le doy el trozo de pan que hemos traído de casa y él se lo tira poco a poco. Me gusta verlo embobado viéndolos comer.

El bolsillo comienza a vibrarme y saco el móvil mientras sonrío al verlo contento cada vez que tira las migas al agua.

«¿Te diviertes con él, zorra? Claro que sí, igual que cuando os escucho a ti y a tu chulo gemir como dos animales en celo. Deberías estar con tu hijo en lugar de revolcarte en la cama con un tío».

Empiezo a temblar cuando leo el mensaje de texto que me acaba de entrar. Se está refiriendo a Jason. Aprieto el teléfono con las manos sudorosas. Pero ¡cómo lo sabe! Si desde que empezamos el operativo apenas nos hemos dejado ver en público. ¿Cómo es posible que sepa todo lo que hago?

Me levanto para avisar a Rafael de que nos vamos a casa, pero entonces me llega otro mensaje.

«Aprovecha las horas con tu hijo en el parque, porque puede que un día no lo vuelvas a ver. Te estoy vigilando. ¡No lo olvides, MALDITA MALENA!».

Lo apago y me voy derecha a por mi hijo. Miro hacia los lados, pero solo veo a gente paseando con sus perros y a niños corriendo detrás de una pelota. Todo es aparentemente normal, pero… ¿ha dicho que aproveche las horas en el parque con mi hijo? ¡No puede ser, sabe dónde estoy ahora mismo!

¡Mierda, no! ¡Nada es normal! Quizás sea cualquiera de las personas que observo a nuestro lado. A dos metros de nosotros veo a un tipo tecleando en su móvil. Lleva una capucha… puede que sea él.

Voy hacia donde está, decidida a quitarle su teléfono para comprobar con quién habla, pero entonces una mujer y un niño pequeño se acercan a él y se van juntos sonrientes. ¡Maldita sea, me voy a volver loca!

—¡Vámonos, Rafael! —le digo nerviosa a mi hijo, acercándome apresuradamente a donde está.

—¡Pero si acabamos de llegar, mami! Aún me queda pan para los pescaditos.

—¡Nos tenemos que ir, tíraselo todo ya!

El niño se queda serio y lo veo triste. He sido demasiado brusca con él, pero ahora mismo estoy en un estado de pánico que me hace sentir débil y no puedo permitirme el lujo de estar así cuando mi hijo está en peligro. No puedo.

—Sí, mami —me contesta con la voz apagada.

Tira todo el contenido de la bolsa que traíamos al agua y después los dos nos montamos en las bicis para volver a casa.

¡Demonios! Me estoy dando cuenta de que me he sentido observada desde hace mucho. Incluso antes de decidir ser policía y entrar en la academia, por eso sé que la persona que me está amenazando lleva mucho tiempo haciéndolo.

32

Un poco de karma no les vendrá mal



Esta noche es la segunda que no he pegado ojo. Saber que Malena y el niño corrieron peligro el sábado en el parque me ha quitado el sueño y, de paso, la tranquilidad. Aunque la paz era aparente y estaba claro que el desgraciado que le está mandando los mensajes no se había olvidado de ella. Lo que pretendía era que nos relajásemos para volver a atacar. La noche del parque solo la observaba dormida a mi lado y con eso fue suficiente para volver a respirar, pero después pensaba en que podía haberles pasado algo y yo no estaba allí para hacer nada y la rabia interior acababa venciéndome. Ayer domingo estuvimos todo el día en su casa sin salir. Por un lado, no queríamos, ni ella ni yo, estar en la calle sabiendo que ese malnacido nos está vigilando y sabe cada uno de nuestros movimientos, pero además de eso, yo necesitaba estar con ellos. No quería separarme de su lado y salir implicaba eso.

Hoy lunes seguimos con el operativo. Esta mañana Duke nos ha contado que ha vuelto a desaparecer un niño y han dejado de nuevo una veleta de papel como seña de identidad del secuestrador. No sabemos a ciencia cierta el motivo de que deje ese objeto cada vez que se llevan a un bebé.

—¡Jason! —La voz de la directora me sorprende. Ha vuelto a llamarme por mi nombre verdadero—. Ay, querido, te estaba buscando.

—Venga, entremos en esta clase —le digo señalándole la puerta que tenemos detrás para que me siga—. Paul Stevenson, recuerde, ese es mi nombre aquí dentro —le rectifico cuando cierro la puerta tras de mí. Ella se tapa la boca avergonzada por la equivocación.

—Dios mío, ya le dije al cabezota de Duke que yo no servía para esto. Somos amigos desde hace miles de años, y cuando me dijo que me necesitaba, dudé en hacerlo, pero él insistió en que tenía que ayudarlo, y al final accedí, pero no sé si seré capaz de no meter más la pata.

—Tranquila, por suerte no nos ha oído nadie, así que tema resuelto. Sé que es difícil, pero la necesitamos de nuestra parte, señora.

—Lo sé, querido, y aunque Duke no me explicó el asunto, como es lógico, estoy segura de que servirá para coger a los malos, sean los que sean.

—Así es. Es un operativo muy importante y nos está resultando de muchísima ayuda. Créame.

—Ella asiente y me toca la mano en señal de comprensión—. ¿Para qué me estaba buscando?

—Ah, sí, casi me olvido con mi metedura de pata. —Niega con la cabeza—. Necesito que hoy sustituyas al profesor de Educación Física. Me acaba de llamar diciéndome que está enfermo y te necesito. Ah, y no me llames señora, solo Sally. —Sonríe.

—No hay problema, Sally. Se supone que seré profesor de esa materia el próximo curso, además es algo en lo que me defiendo bastante bien.

—Magnífico, querido, pues acompáñame al campus deportivo. Está en el edificio anexo a este. Los chicos ya deben estar esperando.

—Vamos.

La acompaño. La verdad es que no tengo problemas en el tema físico. En mi juventud me machaqué en el gimnasio, en gran parte para evitar que el desgraciado de mi tío impusiera su fuerza física sobre mí, pero también lo hacía porque me gustaba el deporte. Incluso pude llegar a dedicarme profesionalmente al MMA. Las artes marciales mixtas me llamaban la atención. Mi entrenador tenía muchas expectativas sobre mi futuro, y podía haber competido en campeonatos mundiales, si no hubiera sido por la llamada al cuerpo que sentí el día del atraco en la calle.

Llegamos al campus y ahí está el equipo de fútbol liderado por el capullo de Buster. Se dedican a empujarse entre todos ellos, mientras otro grupo de chicas cuchichea y se ríen de las tonterías que estos *orangutanes* exhiben delante de ellas. Observo a todos cuando llego con la directora y un poco más alejados ubico a varios chicos, entre ellos están Malena y Derek junto a Alice y otro de los compañeros del instituto.

—¡Por favor, muchachos, acérquense todos aquí!

Los diferentes grupos se aproximan a nosotros. Malena me dedica una leve sonrisa mirándome desde lejos y ese simple gesto me calienta por dentro.

—Chicos, el profesor Murray ha llamado para informarme de que está enfermo. Parece que se ha encontrado mal al despertar y no podrá venir a dar la clase de Educación Física.

—¿Se pasó de copas por la noche? —dice la mano derecha de Buster en voz alta y los demás se ríen.

—Aston, por favor, te ruego un poco de respeto o tendré que mandar un parte a tus padres.

—Creo que el parte lo van a utilizar para limpiarse el culo —añade Buster y el amigo le ríe la gracia.

—Una palabra más y serán expulsados, ¡¿Hablo lo suficientemente claro?!

Parece que lo de la expulsión no les ha parecido tan gracioso y al fin se callan y dejan que termine de hablar.

—Mucho mejor. Pues como os decía, mientras el señor Murray no se encuentre mejor y vuelva, lo sustituirá el profesor Stevenson. —Me mira y me toca el brazo—. Todos suyos, profesor.

—Buenos días, chicos, mi nombre es Paul Stevenson tal y como os ha dicho la directora y os impartiré la clase de Educación Física hasta que vuelva vuestro profesor. Bien, para empezar, daremos una vuelta al campus para ir calentando motores.

Todos se ponen a correr, pero, de pronto, uno de los chicos se cae y corro a ayudarlo. Cuando

me estoy acercando, Buster pasa por el lado con sus colegas y levanta más tierra de lo normal —adrede, como es evidente— que le cae en la cara al chaval que está intentando levantarse.

—¡Te pesa mucho el culo, Logan! —gritan los mismos graciosos de antes mientras sueltan risotadas—. ¡Las siete hamburguesas que te has comido para desayunar en tu casa están en tu gordo trasero!

—¿Estás bien? —le digo ofreciéndole la mano.

—Sí, sí, no es nada. Solo me he tropezado.

—Tranquilo, no hay prisa. Si te encuentras bien, puedes hacerla a tu ritmo.

El chico asiente y comienza a correr.

Al poco tiempo llega el grupo al que le tengo especial ganas, sobre todo a su capitán.

—¿Podemos tomarnos una cerveza mientras esperamos a que lleguen los demás gandules? —Se carcajea Buster junto a los demás que le vuelven a reír la gracia como los perritos falderos que son.

—Tengo una idea mejor, los vamos a esperar mientras vosotros dais diez vueltas más al campus. Creo que es bastante equitativo, teniendo en cuenta lo poco que habéis tardado.

—No estará hablando en serio, ¿verdad?

—Completamente, ya estáis tardando.

El grupo se gira maldiciéndome con la mirada y yo sonrío satisfecho cuando los veo salir de mi vista.

Cuando ya han dado tres vueltas y les quedan siete más, comienzo con los demás a hacer flexiones. De vez en cuando miro a los que siguen corriendo y por un momento me siento contento de al menos hacerlos sudar, a ver si así se les quitan las ganas de abusar de los demás. Un poco de karma no les vendrá mal.

Aunque sospecho que a estos niñatos les hará falta algo más…

33

Volver a la mansión de los Miller



Los niños siguen desapareciendo y cada vez me siento más inútil de no poder hacer nada. A veces pienso que no hemos avanzado ni un solo paso. Necesito volver a esa casa como sea. Y preciso que Derek me acompañe. He de aprovechar que Alice se siente atraída por él. En aquel despacho había mucho más material, pero apenas tuve tiempo y, para colmo, la libreta que fotografié no le sirvió de nada al jefe, aunque a mí me pareció de lo más escabroso. No solo porque hablaba de niños como si fueran mercancía, sino porque también hablaban de plazos y de urgencia en conseguirlos y eso me puso los pelos de punta. No pude evitar acordarme de mi hijo. Cuando eres madre cambias completamente el prisma por el que ves las cosas y desde luego mi perspectiva no es la misma que antes de que naciera Rafael. Por otro lado, el disco duro del ordenador que pude grabar contenía cuentas millonarias en paraísos fiscales y empresas pantallas, con el fin de evadir impuestos por tan altos ingresos, ilegales, como no podían ser de otra manera. El jefe Duke nos dijo que necesitamos relacionar a los niños robados con esas inmensas cuentas bancarias, pero para eso necesito volver a la mansión de los Miller. Mi cabeza no deja de pensar.

—Estoy harta de la profesora de álgebra, me suspende porque no puede ni verme, supongo que el hecho de que yo sea más guapa y más joven debe de joderle bastante.

—Alice, el examen lo tenías suspendido, y eso es algo objetivo, no creo que sea nada personal de la profesora.

—Sofía, se supone que eres mi amiga —se queja—, además para ti es fácil decirlo, se te da bien esta materia, en cambio, a mí me aburre demasiado.

«Es tu momento, Malena», pienso mientras la escucho como sigue soltando improperios sobre la profesora.

—Si quieres puedo ayudarte… Podría ir a tu casa, aunque la verdad es que al que se le da realmente bien es a Albert —le digo lanzando el anzuelo que espero que pique.

—¿En serio? Pues qué te voy a decir yo, que me encantaría que viniera a mi casa, pero me temo que no le intereso lo más mínimo. Le he dicho varias veces de ir a tomar algo a la salida del instituto y siempre pone alguna excusa —se queja y pone los ojos en blanco—, creo que no le

intereso nada en absoluto.

—Tal vez si fuéramos los dos… —Abre los ojos—. Puedo intentarlo al menos.

—¿Harías eso por tu querida amiga? —exclama emocionada poniendo cara de niña pequeña.

—Sabes que sí, él y yo nos llevamos muy bien y estoy segura de que no le importará, además, sé que no le eres indiferente, me lo ha dicho.

Se lanza a mis brazos e ilusionada, me da besos por toda la cara.

—Lo único…

—¿Lo único? ¿Qué pasa?

—No, es que me acabo de acordar de que tus padres no son muy fan de las visitas…

—Paso de ellos, ya se lo dije el otro día que no pensaba darles el gusto en eso también, ya está bien de imponerme siempre las cosas. En poco tiempo seré mayor de edad y ya estoy cansada de ellos. En cuanto pueda, me independizaré.

—Ya, te entiendo. Pues… entonces genial. Voy a llamar a Albert, no lo veo por aquí y temo que se vaya del instituto.

Hago la llamada a Derek mientras Alice no me quita el ojo de encima expectante. Ya le había comentado a él que tenía que ser un poco más receptivo con ella, pero el día que lo hablamos no lo vi muy por la labor, pero necesito que deje de lado sus cosas personales y se centre en la misión y, sobre todo, en Alice.

Cuelgo el teléfono después de hablar con él. Al principio no ha sabido reaccionar, pues es verdad que lo de ir a casa de los Miller hoy no estaba previsto en el operativo, pero no pienso perder la ocasión. Además, según me ha dicho Alice, sus padres suelen salir algunos martes y jueves de su casa por motivos laborales, así que, con suerte, puede que no estén.

—Listo, viene para aquí. Estaba a punto de irse a su casa, pero en cuanto le he dicho que lo necesitábamos para la tarea de álgebra, no lo ha dudado, ¿ves?

—¡Genial! Se me ocurre pasar por la hamburguesería que está a dos manzanas de aquí y llevarlas a casa, así el estudio será más atractivo y puede que Albert sea de los que se dejan conquistar por el estómago.

Las dos nos reímos y a los cinco minutos aparece Derek —Albert para ella— con la cara sonriente. Espero que se acuerde de que aquí estamos en una misión encubierta y colabore con Alice. No sé hasta dónde podría llegar con ella, pero ahora mismo lo que importa son esos niños y esas madres…

Nos montamos en el coche de nuestra amiga y después de pasar a recoger la comida que ella misma ha encargado por teléfono, llegamos a la mansión de los Miller.

Cuando Alice abre la puerta nos recibe Amelia, la encargada del servicio que, al vernos a Derek y a mí, pone cara de circunstancias. Supongo que estará pensando en sus señores y sabrá que pondrán el grito en el cielo si su hija no solo trae a una amiga a casa, sino que también viene acompañada de un chico.

—Señorita Alice, sus padres están en el despacho…

—Bien, Amelia, nosotros vamos a estudiar a mi habitación. —Se acerca a ella y le susurra al

oído—. No les digas que he llegado, ¿vale?

—Pero…

—Anda, Amelia, hazlo por mí, total si ellos ni siquiera preguntan si he llegado a casa nunca. —Encoge los hombros mientras nos dice esto último a nosotros.

La mujer se queda un poco triste con lo que ha dicho mi amiga. Imagino que no le falta razón, por lo que ella me ha contado sus padres viven por y para el trabajo.

Llegamos a la habitación y nos sentamos en la mesa. Creo que esta estancia de la casa tiene los mismos metros que mi apartamento. Sacamos los libros y Alice enciende el ordenador. No deja de sonreír a Derek que, por suerte, le está correspondiendo en el coqueteo. Mientras veníamos en el coche le mandé un mensaje a mi compañero diciéndole que me iba a escapar de la habitación para intentar entrar otra vez en el despacho de Leonard Miller, así que, en ese rato, él debe entretener a nuestra amiga. No me importa qué recursos utilice, pero necesito algo de tiempo porque hoy no me pienso ir con las manos vacías.

Ya hace rato que hemos llegado y es la hora en que los Miller salen de casa, así que es mi momento. Avanzo por el pasillo de la planta de arriba y cuando estoy a punto de llegar a mi destino, escucho la voz de la señora Miller gritando. Me acerco a la puerta que está cerrada para oírlos mejor.

—Leonard, el tipo no se anda con tonterías, tenemos que ser cuidadosos y destruir todo el material. Ya has oído que están vigilándonos. No pienso ir a la cárcel por el imbécil de tu…

—¡Emma, demonios, no me pongas más nervioso de lo que estoy! Y no hace falta que me recuerdes cómo son los de arriba.

—Toma, destrúyelo todo. ¡Ahora!

—Hazlo tú, yo tengo que guardar todo esto.

Escucho pasos de un lado a otro y de pronto suena un teléfono, para segundos después oír al señor Miller hablando con alguien más. Al cabo de unos minutos se despide de su interlocutor.

—Tenemos que irnos, el estúpido de Conrad sigue haciendo de las suyas y casi lo cogen. Está en el piso franco con la mercancía, pero lo han visto y han avisado a la policía. Y para colmo ha vuelto a dejar su «juguete» otra vez en la cuna del bebé. ¡Maldita sea! ¡Estoy harto de él!

—Tranquilízate, Leonard, no te queda otra y te recuerdo que es tu familia, no la mía.

—No me lo nombres, Emma, por lo que más quieras y deja eso ya. Tenemos que irnos, lo terminarás luego, ¡mujer!

Cuando el pomo de la puerta comienza a girarse, me apresuro a esconderme. Si los Miller vuelven a verme aquí cerca del despacho estoy perdida. Salgo corriendo y me encierro en la única habitación que he encontrado abierta.

«¡Uff, he estado a punto de ser descubierta!».

Siento como los pasos se acercan a donde estoy encerrada. Solo espero que no entren, pero la puerta comienza a abrirse y me van a pillar.

Estoy perdida.

El corazón comienza a latirme con fuerza. Contengo la respiración, pero sé que si entran aquí

se acabará todo.

Lo sé…

34

Cueste lo que cueste



—¡Emma, por el amor de Dios, vámonos ya!

—Solo voy a coger los zapatos azules sin tacón, Leonard, por favor. Necesito estar cómoda para ir allí.

«Los zapatos azules, los zapatos azules…», pienso mientras hago una visual rápida de lo que hay en la habitación, porque ahora me doy cuenta de que me he metido en un vestidor, o más bien, en un zapatero gigante. Esto parece una tienda. Deduzco que hay al menos doscientos pares de zapatos de todos los colores y formas. Localizo unos azules bajos y los coloco con rapidez en la entrada.

La puerta se abre, pero la señora Miller está tan agobiada porque su marido la está apremiando que lo primero que ve es el calzado que le he puesto delante. Los coge casi sin despegar los ojos del suelo y vuelve a cerrar la puerta. Suerte que no ha mirado detrás y me ha visto tras ella.

Después de escuchar cómo se despedían de la señora Amelia y asegurarme de que se han ido, salgo de la *habitación-zapatero* y me dirijo derecha al despacho. Como la otra vez utilizo mis habilidades para deshacerme del cierre y entro.

Activo el micro de mi gargantilla y les digo a los chicos del operativo que estoy dentro. De camino a esta casa pude avisarlos de que Derek y yo veníamos.

Me sorprendo al ver la habitación, pues no está tan ordenada como la otra vez. Hoy todo está hecho un desastre. Hay papeles esparcidos por toda la mesa. Está claro que tenían mucha prisa por marcharse. Los voy revisando y son fotos de niños. Esta vez tienen anotaciones detrás con direcciones. Saco mi teléfono móvil y las fotografío todas. Al fondo de la habitación hay una destructora de papel gigantesca y recuerdo que la señora Miller estaba destruyendo lo que deben de ser pruebas contra ellos. No sé qué habrá sucedido para que hayan salido tan apresuradamente, pero es más que evidente que no es nada bueno.

Abro la puerta de la máquina y encuentro un montón de papel destruido dentro de la bolsa, no se ve mucho, pero está claro que son más fotos por lo poco que se ven y por la textura del material. Imagino que de niños, pero no lo sé. Sin pensármelo ni un momento cojo todos esos

recortes minúsculos y los meto en una bolsa. Los tengo que llevar a la comisaría para ver si los compañeros de archivos pueden hacer algo con ellos. Quizás ahí tengamos las pruebas suficientes para incriminar a los Miller y después será cuestión de ir tirando del hilo hasta llegar a los cabecillas de toda esta horrible trama de secuestro de niños.

Sigo fotografiando todo lo que veo sospechoso aquí y al terminar, me voy a la habitación de Alice. Hace mucho tiempo que me fui y no quiero que sospeche. Solo espero que Derek la haya entretenido y no se haya dado cuenta de mi ausencia.

Abro la puerta y lo que veo me asombra.

Alice y Derek están tumbados en la cama besándose.

—Perdón —carraspeo—. Siento interrumpir.

Los dos se levantan deprisa mientras se recolocan la ropa.

—No, para nada… Nosotros estábamos… —dice mi compañero con gesto avergonzado.

—Albert, no seas tan tímido. —Alice le da un pico en la boca y después viene hacia mí—. Era un beso de amistad, solo eso.

—No me tenéis que dar explicaciones, chicos.

Nos sentamos en la mesa de estudio y entonces veo como Derek me mira serio detrás de Alice. Creo que no le ha gustado besarla, pero gracias a eso he conseguido material que puede implicar a los Miller y ha sido gracias a su colaboración.

Aunque cueste recomponer esos papeles que han destruido, sé que deben de ser importantes, si no a qué se debe la prisa de los Miller por hacerlos desaparecer. Eso, junto a las fotografías y direcciones que he encontrado, creo que son un punto de partida bastante fuerte.

Solo espero que podamos resolver pronto este caso porque hay muchos niños que están expuestos a estos tipos. Creo que trabajan a demanda y que, cuando uno de esos matrimonios de ricachones se encapricha de un niño determinado, esta organización criminal consigue esa *mercancía,* como ellos la llaman.

Una mercancía que consiguen cueste lo que cueste…

35

¿Quién es Conrad?



Estoy llegando a la comisaría una mañana más y, como todos los días, Malena y yo venimos por separado. Odio tener que ocultar nuestra relación, aunque sea de cara al hijo de perra que la está amenazando. Y sé que esto parece una pataleta de niño pequeño por mi parte, porque es por el bien de todos y, en particular, por la seguridad de ella y el niño, pero es que los dos se han convertido en las personas más importantes de mi vida.

—¡Qué hay, Jason! —La mano de Michael sobre mi espalda me sobresalta.

—¡Qué pasa, tío! ¿Cómo te va?

—A mí bien, pero a ti te he visto en tu mundo y te aseguro que no era el mismo que el mío, ¿todo bien?

—Estaba pensando en todo lo que está pasando con el operativo, con las amenazas de Malena… Me siento un maldito inútil que no hace nada y tengo miedo de que algo les pase.

—Escúchame, Jason, ya te lo dije en una ocasión, pero te lo repetiré. —Lo miro arrugando el ceño sin entender sus palabras—. Malena es una de las mejores policías de la comisaría, me recuerda mucho en su manera de actuar a Jackie, y ya sabes que hace tres años, cuando ella entró aquí, a las pocas semanas nos vimos metidos los dos en la misión encubierta de *Operación Tejas Verdes*. Yo tenía el mismo miedo que tú, pero con el paso de los días me di cuenta de que ella estaba igual o incluso más capacitada para este trabajo que cualquiera de los veteranos. Y a las pruebas me remito. Fue ella solita la que salió de donde estaba.

—Lo sé y no dudo de ella de verdad, y estoy convencido de que sabe cuidarse sola, pero es que también está Rafael. Ese niño es para mí como si fuera mi propio hijo. Lo quiero por encima de todo y me da miedo lo débil que me siento cuando se trata de ellos.

—Te entiendo, es decir, yo no soy padre, pero te aseguro que ese niño es parte de todos. Fuimos nosotros los que lo rescatamos y ese momento para mí fue uno de los más especiales en todos mis años trabajando para Inteligencia.

—Lo sé, Michael. —Suspiro—. Por cierto, necesito pedirte un favor.

—Tú dirás.

—Se trata de Buster, el novio capullo de Alice Miller.

—¿Qué pasa con él? Aparte de ser, lo que sabemos todos, un gilipollas.

—Sí, aparte de eso, el otro día se pasó de la raya. No es que me extrañara después de que intentara drogar a Malena en la fiesta de su casa, pero es que el jueves, en el instituto, llegué a tiempo de impedir que abusara de una chica.

—¡Joder! Y, ¿qué hiciste?

—Lo aparté de un puñetazo. Por unos instantes dejé de ser el profesor Stevenson para ser lo que soy de verdad; policía. El caso es que oí ruido detrás de los vestuarios del campus y me acerqué. Uno de sus amigotes del equipo de fútbol estaba en la puerta y me resultó extraño, por eso no me marché. Por suerte, escuché el grito de la chica. Aparté al que vigilaba en la entrada y cuando llegué al baño, lo vi; intentaba forzar a una niña de apenas quince años.

—Y supongo que quieres darle un escarmiento. —Asiento—. Estoy de acuerdo, cuenta conmigo.

—Gracias, tío. Esta noche te aviso y le hacemos una visita.

—Hecho.

—Inspectores García y Waters, por favor, entren y cierren, solo faltaban ustedes dos. —La voz del jefe nos interrumpe cuando nos ve llegar a la puerta de su despacho.

Dentro están Jackie, Derek, Ruket, Laurie y Malena, en la que reparo que tiene el gesto serio. Se nota que está preocupada por lo que encontró en esa casa hace ya una semana.

—Como saben, la agente Acosta recogió valioso material en su segunda entrada al despacho de Leonard Miller. —Mira a Malena—. Agente, sé que no está satisfecha, pero es importante lo que nos trajo y hoy les quiero actualizar los avances de la investigación en estos últimos siete días.

—No es que no esté contenta, jefe, es solo que lo que traje hay que reconstruirlo y —suspira —… eso llevará bastante tiempo y esos niños y sus madres no lo tienen.

—En efecto, es un trabajo minucioso y del que se están encargando el equipo de archivistas junto a los de criminalística, pero son diez personas trabajando sin descanso desde que usted trajo esos papeles. Confiemos en ellos.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando, Duke?

—No lo sé, Michael, son de diez a quince mil fragmentos los que la agente Acosta ha recopilado, pero contamos con una máquina que puede acelerar el proceso y un equipo humano de los mejores de este país.

—Siento que no sirvió para nada —añade Malena desesperada—. Llevo semanas infiltrada y apenas he conseguido esos trozos de papel y fotografías hechas añicos.

—No sea tan dura con usted misma, agente, y dejemos que el tiempo y la investigación hagan su trabajo. Y déjeme decirle que sí que lo hizo, Acosta, además no solo está el tema de los papeles destruidos, también es interesante el nombre de Conrad que usted escuchó. Hemos averiguado en el círculo de los Miller y, hay un hermano de Leonard con ese nombre.

—¿Hay un Conrad Miller? —pregunto al jefe.

—Así es, Waters, se trata de un hermano de Miller. Al parecer sus padres lo internaron en un centro al poco tiempo de nacer y solo lo visitaban en las fiestas.

—¿Lo llevaron allí porque estaba enfermo?

—No, exactamente. Parece que nació con una malformación en su rostro, creemos que padecía de elefantiasis y sus padres no quisieron hacerse cargo de él. Estamos convencidos de que se avergonzaban de su aspecto y optaron por recluirlo. Pero gracias a la agente Acosta hemos sabido de su existencia. Ha costado bastante porque tenían el secreto muy bien guardado. De hecho, a pesar de toda la investigación previa que hicimos de los Miller, nunca salió el nombre de Conrad por ninguna parte.

»Desconocemos su aspecto y no sabemos si es el que se lleva a los niños y deja la veleta de papel y el poema en el lugar de los hechos, pero no descansaremos hasta averiguarlo.

—Intentaré saber quién es Conrad, jefe. Quizás Alice sepa algo —añade Malena a las palabras de Duke—. O aún mejor, puede que me dé alguna pista de dónde está escondido ese hombre.

—Sí, por supuesto, no podemos descartar ninguna vía para saber el paradero de Conrad Miller, aunque me temo que lo tienen escondido como cuando era niño.

Terminamos la reunión y veo salir rápido a Malena, así que voy tras ella.

—¡Ey! —La alcanzo por la espalda y le rozo el brazo—. ¿A dónde vas con tanta prisa?

—Jason, necesito hablar con los archiveros y saber cómo van con la reconstrucción.

—Llevan poco, solo una semana. Hay que darles tiempo. Ya has oído a Duke.

—Siete días trabajando, mañana y noche, dan para mucho.

—Es una tarea bastante dura, Malena.

—Lo sé y lo siento, sé que estoy siendo injusta con los compañeros, pero algo me dice que esos papeles encierran toda la mierda de esos desgraciados —me dice muy nerviosa.

—¡Eh, tranquila! —la cojo por los hombros y la obligo a mirarme—, los vamos a coger y devolveremos a todos esos niños con sus madres, ¿de acuerdo?

—Jason, estoy asustada y no me gusta. Ese tío no deja de amenazarme con quitarme a Rafael. No sé si seré capaz de seguir en este operativo, a veces pienso que no debería despegarme de su lado en todo el día.

—Lo sé, pero debes seguir y no lo va a conseguir, te lo prometo. —La pego a mi cuerpo y la abrazo. Ella apoya la cara en mi pecho. Noto su calor y el corazón me palpita con fuerza mientras siento los latidos acelerados del suyo. Daría lo que fuera porque estuviera tranquila—. Vamos, te acompaño a ver a los chicos.

—Gracias, Jason, por estar a mi lado.

—Siempre lo estaré, pase lo que pase.

36

Solo así comienzo a respirar de nuevo



Voy con Jason a la sala de informática y archivos. No es que no me fíe ni me sirva la información que nos acaba de dar el jefe, pero necesito ver cómo va todo con mis propios ojos. Y tengo que hacerlo antes de salir con Derek para el instituto.

—¡Qué tal, Will!

—Buenas, chicos, ¿algo nuevo?

—No, nada nuevo, es solo que quería saber cómo va el asunto de los fragmentos de papel que saqué del despacho de los Miller. El jefe nos dijo que hay mucho trabajo por delante.

—Así es, Malena. Llevamos una milésima parte de todas las imágenes que trajiste de esa casa. Mirad, por ahora tenemos solo esto.

Nos muestra a Jason y a mí trozos de fotografías.

—Pero, son… ¿solo ojos?

—Sí, Jason, hemos empezado recopilando la parte de arriba de la cara para de esa manera, al menos, identificar el número de personas, en este caso, de niños que se esconden tras estas imágenes.

—Entiendo.

—En realidad es como armar un puzle de millones de piezas.

Observo con detenimiento todo lo que nos enseña Will y los demás chicos traen algunos documentos más. Hay miles de ojos de todos los colores, azules, verdes, marrones y negros.

—Y todavía faltan más. Por desgracia, hay demasiados —nos dice otro de los archivistas que están trabajando en la recopilación.

—¿En cuánto tiempo crees que podréis tenerlo todo? —pregunto sin despegar la vista de las imágenes.

—Es complicado de saber, semanas, tal vez, puede que meses.

—¡Qué horror!

—La parte buena es que mientras tanto podemos ir trabajando con lo que vamos consiguiendo. Mirad esta. —Nos enseña una imagen en la pantalla del ordenador—. Prácticamente la tenemos, ¿lo veis? Acabamos de reconstruirla. Justo iba a decírselo a Duke.

—¿Se trata de un niño robado?

—Me temo que sí. Desapareció de un parque cerca de su casa, hace dos meses, tiene dos años y se llama Christopher.

—No perdamos tiempo, tenemos que detenerlos, esto prueba que la agencia de adopción de los Miller es una tapadera para la organización criminal de tráfico de niños.

—Malena, escúchame. —Jason me detiene cuando intento salir de la sala—. Esa gente es poderosa y necesitamos los mayores casos posibles, ¿me entiendes? Seguiremos trabajando desde la sombra para recuperar a esos niños, pero con esto, solo conseguiríamos alertarlos.

—Jason tiene razón, Acosta. Cuantos más sean los casos en los que estén involucrados, más posibilidades hay de que se pudran en la cárcel.

—Tenéis razón, la impaciencia me nubla la visión, pero es que siento que esos niños son tan vulnerables...

—Vamos a conseguir que la mierda les llegue al cuello, de eso puedes estar segura, Malena. —Los dedos de Jason me acarician la mejilla y yo cierro los ojos ante su contacto.

Salimos de allí acompañados de Will. En la puerta está Derek. Me he entretenido demasiado tiempo y vamos a llegar tarde a clase.

—Esta noche tengo que ir a un sitio con Michael, llegaré un poco más tarde. —Asiento después de que Jason una sus labios a los míos en un gesto rápido y nos despedimos.

—¡Vamos! —le digo a Derek saliendo con él por la puerta.

—Tú y Jason veníais con Will, ¿algo nuevo en la documentación que sacaste del despacho?

—Nada, están trabajando en ello, pero les va a llevar demasiado tiempo.

—Tranquila, ahora que Alice está entusiasmada conmigo intentaré que me hable de su familia, a ver si consigo que mencione a su tío Conrad.

—Es buena idea, si tiramos de ese hilo puede que demos con la madeja completa. Por cierto, sé que no te sentiste cómodo, pero recuerda por qué lo hiciste.

—Es menor, Malena, y yo soy policía. No está bien.

—Soy consciente de su edad, Derek, pero sirvió de mucho que la entretuvieras y sé que no hubieras llegado a nada más con ella.

—Por supuesto que no. A pesar de mi aspecto un poco macarra, soy incapaz de estar con una mujer si no siento nada por ella más allá del sexo. Llámame clásico, pero mi familia me ha inculcado valores y rectitud.

—Por lo poco que te conozco sé que para ti no es fácil engañar a una mujer, pero esta vez evitaste que me descubrieran.

—Sí, fue lo primero que se me ocurrió cuando insistió en ir a buscarte. La verdad es que ya no sabía de qué hablar para entretenerla y cuando la besé, parece que se olvidó de todo, pero no volverá a pasar.

Sonrío y él hace lo mismo hasta que mi móvil me indica que tengo un mensaje de texto. Antes de abrirlo sé de quién es. Miro a Derek con las manos temblorosas.

—¿Es él?

—Sí —respondo suspirando mientras pulso el botón en la pantalla que abre el mensaje:

«Si quisieras a tu hijo no estarías todo el día fuera sin atenderlo. No mereces ser su madre. ¡Disfruta lo poco que te queda a su lado, zorra!».

Me paro en mitad de la calle y agacho la cabeza con las manos apoyadas en mis rodillas. Me siento mareada. Derek me acaricia la espalda y me ayuda a sentarme en un banco.

Cuando estoy sentada, compruebo el localizador de Rafael y veo que funciona correctamente y que está en el colegio.

Y solo entonces comienzo a respirar de nuevo…

37

Lloriqueando como un niño pequeño



Ya ha anochecido cuando llego a casa de Michael. Nos acompañan también, a nuestra excursión a casa del capullo de Buster, Ruket y Malcon.

—Sé que esta noche está solo. Sus padres han vuelto a irse de viaje, así que tenemos vía libre, chicos.

—Perfecto, tengo ganas de darle su merecido a ese gilipollas. Tengo dos hijas pequeñas y, pensar que el día de mañana pueden estar expuestas a tíos como este imbécil, me repatea el hígado —dice Ruket cabreado.

—Yo no soy padre de familia numerosa como tú, pero le tengo las mismas ganas, créeme.

—Bueno, pues ya estamos. Poneos los pasamontañas y entremos por detrás —ordena Michael.

—Sí, jefe —bromeo y él me da un manotazo en la cabeza.

—Chicos, dejad las tonterías para después.

Los dos asentimos sonriendo antes de taparnos la cara. Introduzco un pequeño alambre y fuerzo la cerradura. Gracias a Will, el sistema de seguridad está desconectado y no suena la alarma de la casa. Entramos en silencio. No se escucha nada en la planta de abajo, pero al avanzar por el pasillo, oímos los pasos de alguien bajando por las escaleras. Es Buster. Tiramos un vaso con fuerza en la cocina para hacer el máximo ruido posible y, como era de esperar, él acude a ver qué pasa.

—Pero ¡qué coño…!

—Las manos en la nuca, desgraciado —le dice Malcon mientras yo le apunto con una pistola por la espalda, a la que previamente le he quitado las balas, aunque él no lo sabe.

Hace lo que le pide mi compañero. Dejo que sean ellos los que hablen para que no me reconozca a mí.

—¿Qué queréis? —exclama con la voz temblorosa—. Llevaos lo que os dé la gana.

Ruket le coloca un cuchillo alrededor del cuello mientras que yo sigo apuntándole en la

cabeza.

—Parece que ya no eres tan valiente cuando no te acompañan tus amigos, ¿verdad, Buster?

—¿Quiénes sois? ¿Por qué sabéis mi nombre?

—Sabemos todo de ti y no nos gustan las cosas que haces, especialmente cómo tratas a las chicas de tu alrededor.

—Yo no hago nada con ellas.

—Escúchame, imbécil, si vuelves a abusar de alguien más, ya sean chicas o chicos, nos da igual, te las verás con nosotros, ¿me oyes?

—¿Por qué no le pegamos un tiro ahora y nos libramos de él?

—Podríamos, con el silenciador nadie se enteraría.

Hago sonar el pestillo de la pistola mientras la aprieto un poco más a la cabeza.

—Por favor, dejadme tranquilo. Os juro que no tocaré a nadie más —grita lloriqueando como un niño pequeño.

—No me convence, tío —dice Michael—. Yo voto porque nos lo carguemos.

Y entonces, Ruket me hace un gesto por detrás para que vea cómo se le están mojando los pantalones.

—No quiero mancharme las manos esta noche, pero escúchame, gilipollas, si tenemos que volver otro día, te juro que no me importará lavármelas al salir de aquí.

—¡Os lo prometo, no tendréis que volver!

—Así me gusta.

Malcon le da un golpe en la cabeza y cuando lo deja inconsciente, salimos de allí.

De vuelta en el coche los cuatro nos estamos riendo. Me ha encantado ver a ese gallito meándose en los pantalones. Creo y espero que se le hayan quitado las ganas de abusar de nadie más. Les he agradecido a mis amigos que me hayan acompañado a este *trabajo extra*. Si el jefe se entera de esto nos puede caer una buena, aunque, conociéndolo, puede que hiciera la vista gorda, pero mejor no tentar a la suerte.

Por fin llego a casa de Malena. Debería haber estado aquí hace media hora, pero la excursión se ha alargado y he tenido que avisar a la niñera de que llegaría un poco más tarde y, sinceramente, ha merecido la pena.

Al acercarme a la puerta del portal he notado que alguien me seguía y cuando me he girado y he visto a un tipo con sudadera y capucha que me miraba fijamente, he ido a por él. Cuánto más me acercaba, más rápido caminaba hasta que ha empezado a correr. El desgraciado se ha adentrado en el parque y por más que he esquivado a la gente que se cruzaba por mi camino, no he conseguido seguirle el rastro gracias a que un hombre con un perro se ha interpuesto delante de mí y lo he perdido.

¡Mierda! Mi intuición no me fallaba y estoy seguro de que se trataba del tipo que está amenazando a Malena. Después de una semana en que no había dado señales, desde ayer, los mensajes son casi diarios y siempre le dice que es una mala madre, además de recordarle todos los días que se lo va a quitar en poco tiempo. Casi todas las noches tiene una pesadilla y se

despierta sudando. Yo la abrazo y ella empieza a tranquilizarse. Y, por otro lado, el operativo de niños robados tampoco es que ayude mucho. Malena lo ha convertido en un asunto personal y trabaja día y noche para que se resuelva la *Operación veleta de papel*, como la han denominado en comisaría.

—Campeón, te reto a ver quién pesca más en la bañera.

—Vale, tío Jason, y el que más pesque, ¿qué es lo que gana?

—El que consiga más peces, elige peli para ver esta noche y el que pierda, tiene que ver la que decida el otro.

—Vale, se me da muy bien pescar. Practico mucho con mamá. ¿Dónde está mamá?

—Trabajando, pero ya está al llegar. —Miro el reloj y veo que son las seis. Se lo muestro—. ¿Ves este palito largo? —asiente—, pues cuando llegue aquí abajo, mamá ya habrá vuelto.

Hace diez minutos me dijo que venía para casa y sé que está al llegar.

El niño sonríe y comenzamos a tirar la caña en el agua. Esta vez me gana y no es que yo lo haya dejado, es que reconozco que a veces soy un patoso con las manos.

Cuando ya llevamos un buen rato en el baño, escuchamos el sonido de la puerta cerrarse y al momento, Malena asoma la cabeza.

—¿Cómo están mis chicos favoritos?

—Bien, mami, le he ganado pescando al tío Jason.

—¿En serio? Pues no me extraña porque eres muy bueno, peque.

—No sabes la paliza que me ha dado, teníamos treinta segundos para coger uno y yo no lo he hecho ni en un minuto entero, en cambio, a él —miro al niño que está atento a lo que digo— le han bastado solo diez.

—Ahora yo elijo la peli para ver después de cenar porque he ganado.

—Venga, campeón, vamos fuera que el agua ya está templada y te puedes enfriar.

El niño se levanta de la bañera y lo cubro con la toalla alzándolo por las piernas. Malena se acerca a besarlo y después me da otro beso a mí en la cara.

—Yo termino y le pongo el pijama si quieres.

—De acuerdo, voy a ver cómo va la cena que dejé en el horno.

Rozo su mano al pasar a su lado y le devuelvo el beso de antes en la cara, pero esta vez se lo doy cerca de la comisura de sus labios. Es inevitable desear besarlos cada vez que los tengo cerca.

En la cocina había dejado pollo al horno y compruebo que ya está listo, lo apago y lo dejo dentro para que no se enfríe. El puré de patatas también está, así que pongo la mesa. Estos momentos por la noche con ellos se han convertido en lo mejor del día y, a veces, desearía que se congelara el tiempo para que así tardase más en llegar el amanecer.

—Toma, peque, pon las servilletas y lleva los cubiertos que sobran y después puedes ver un ratito la serie de dibujos que ves a esta hora hasta que la cena esté lista.

—Sí, mami.

—¿Qué tal ha ido el día con Alice? —le pregunto cuando ya el niño está sentado en el sofá.

—Bien, he intentado sacarle información sobre la familia de su padre, pero no me ha dicho gran cosa. Creo que, o no sabe nada de la existencia de su tío Conrad, o no quiere contar lo que sabe. De todas formas, no me doy por vencida y lo volveré a intentar. ¿Qué tal tu salida con Michael?

—Bastante bien, teníamos que hacer una visita a un gilipollas que intuyo que necesitará usar pañales para dormir esta noche. —Se ríe sin entender lo que digo. Me giro y la cojo de la cintura. Ella me rodea el cuello con los brazos.

—¿Cuándo acabará todo esto?

—Los estamos siguiendo de cerca, y ya verás que pronto vamos a dar con los responsables del robo de niños y esa agencia de adopción ilegal va a terminar. —Asiente y le muerdo con suavidad los labios para después bajar por el cuello con un reguero de besos que hacen que se le erice la piel, al igual que a mí.

Vuelvo a unir mis labios a los suyos y cuando nuestras lenguas se encuentran, ella suspira con un jadeo que hace que me olvide de todo lo malo que se cierne sobre nosotros en estos momentos. Atrapo su trasero y la subo a la mesa colándome entre sus piernas que las abre para darme mayor acceso. Bajo despacio, recreándome en cada centímetro de su piel hasta que llego a sus pechos que están erguidos y firmes. Aparto la tela del sujetador con la boca y me introduzco uno de ellos succionándolo despacio, mientras los saboreo.

—Malena, me pones muy mal. —Ella asiente respondiendo con un gemido que ahoga en mi piel.

—Tú también a mí, pero el niño está a dos metros de nosotros y si no paramos ahora, no sé qué puede pasar. Dejemos esto aquí hasta después.

—Sí, tienes razón, no sé qué me pasa, pero cada vez que estoy a tu lado pierdo el norte, la noción del tiempo y del lugar. Te quiero, Malena.

—Yo también a ti, como nunca he querido a nadie en mi vida.

Volvemos a besarnos, pero conseguimos parar a tiempo esta vez. Nos recomponemos como podemos y salimos al salón con la cena en la bandeja. Rafael está ensimismado con la televisión viendo su serie de dibujos favorita que emiten todas las noches a esta hora.

Mientras cenamos ponemos la película que ha elegido al ser el ganador del juego de la bañera. Ha decidido que hoy veremos *Encanto* de *Disney*. La hemos puesto mientras comemos porque mañana hay cole y no puede acostarse demasiado tarde, aunque nunca llega ni a los diez minutos vencido por el sueño.

Recojo la cocina mientras Malena acuesta a Rafael, que esta vez ha durado despierto solo el principio de la película. Hemos jugado mucho en el baño y lo ha agotado. Ahora nos sentamos en el sofá los dos, abrazados como cada noche. Ella se apoya en mi pecho mientras yo le acaricio la espalda colando la mano debajo de su camisa.

—Hoy ha sido un día duro. A veces siento que no avanzamos, Jason.

—Sí lo hacemos, pero esto lleva su tiempo y tenemos que ser pacientes.

—Lo sé, pero sabes que la paciencia no es una de mis virtudes.

—Yo creo que tienes muchas otras —le digo girándome hacia ella, que me mira y sonríe.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo cuáles?

—Pues, a ver… déjame pensar. La verdad es que ahora mismo no me acuerdo… Tal vez si me las recordaras…

—Me parece bien, pero para eso necesito que me acompañes a mi habitación.

Se levanta y me ofrece la mano para que la siga, cosa que no dudo ni medio segundo.

—¿Dónde lo habíamos dejado?

—Creo que me ibas a decir cuáles eran tus virtudes.

—Ah, sí, pero prefiero enseñártelas con la práctica.

Y así es como nos vamos desprendiendo de la ropa que llevamos los dos y comenzamos a devorarnos…

38

Nunca te olvides de llevarla



—¡Buenos días, guapos!

—Tengo sueño, mami. No quiero ir al cole.

Suelto la cafetera y la dejo encima de la mesa. Lo alzo en brazos y le doy un beso. Jason se acerca a nosotros y juntos los tres nos hacemos uno.

Mientras yo preparaba el desayuno, él se ha encargado de despertar a Rafael y de vestirlo para ir al cole. A veces, cuando lo veo en casa con nosotros, me doy cuenta de que somos como una familia normal. Y lo mejor de todo es que ese pensamiento me llena de alegría y de paz, porque con él me siento en casa, y no me refiero a las paredes de mi apartamento. Lo hemos hablado en alguna ocasión y tanto a Jason como a mí nos gustaría vivir juntos cuando la misión acabe, aunque realmente lo que estamos esperando de verdad es que terminen las amenazas sobre el niño.

—Ya queda menos para el fin de semana, campeón.

—Sí, pero no hacemos nada fuera de casa y nunca puedes venir, tío Jason —se queja.

Los dos nos miramos. Por desgracia es cierto lo que dice Rafael y, por seguridad, no salimos los tres de casa juntos, a fin de evitar que nos relacionen de cara a la *Operación*.

—¡Este finde vamos al cine, para ver la nueva película de *Kunfu Panda*! ¿Quieres verla?

Miro a Jason arrugando el ceño porque no sé cómo lo vamos a hacer, pero supongo que será cuestión de que salgamos por separado y nos veamos dentro en la sala.

—¡Síí! —grita Rafael ilusionado.

—Bien, pues ya tenemos plan para este sábado.

Se levanta y abraza a Jason y después viene hacia mí y me da un beso.

—¿Puedo echarme más chocolate, mami?

—Solo un poco, ¿de acuerdo? —Le acaricio la cabeza y lo beso.

Jason me lanza otro beso sin que el niño se dé cuenta. Le devuelvo una sonrisa como si fuera

la adolescente que cada mañana interpreto en el operativo.

Terminamos de desayunar y Jason recoge sus cosas para llevar a Rafael al colegio. Necesito llegar pronto al instituto. Voy a intentar de nuevo averiguar algo sobre Conrad Miller. Espero que hoy Alice esté más receptiva conmigo.

—¡Ya estamos listos, mamá!

—Guapísimos. —Le coloco el gorro a Rafael y después le meto en la mochila el sándwich de crema de cacahuetes que le gusta, a lo que añado una manzana y un zumo para el recreo de media mañana.

—Bueno, vámonos que si no llegaremos tarde. ¿Nos vemos esta noche? —Jason se acerca a mí y me da un beso rápido en los labios, aunque al retirarse, veo en sus ojos lo que supongo que él ve en los míos; las ganas de volver a estar juntos como anoche.

—Sí. —Me guiña un ojo antes de salir—. ¡Chao!

Cierro la puerta con una sonrisa y, después de meter los platos en el lavavajillas, me voy a la habitación de Rafael a guardar las zapatillas que se ha dejado en el salón. Cuando llego, los ojos se me van a la chaqueta que está colgada de la silla de su escritorio y entonces la veo.

«¡No! ¡La chapa con el localizador!».

Salgo corriendo escaleras abajo y al llegar a la calle miro nerviosa hacia un lado y otro intentando ver dónde están. Hace solo tres minutos que han salido del apartamento. No deben de estar muy lejos, pero no sé… De pronto los veo. Voy deprisa hasta ellos esquivando a la gente con la que me voy cruzando.

—¡Jason! —grito varias veces intentando que me oigan. Toda la gente de alrededor me observa mientras suelto alaridos y corro al mismo tiempo. Al final lo consigo y los dos se giran.

—Malena, ¿qué ocurre? —Me coge de las manos—. ¿Estás bien?

—¡Mamá!

—¡Te dejaste la chapa de Nemo, peque! Nunca te olvides de llevarla puesta, ¿vale? —le digo entre jadeos por la falta de aire tras correr casi un kilómetro.

El niño me mira perplejo al verme llegar asfixiada por llevarle lo que él considera un adorno en su ropa, y Jason lo hace con cara de preocupación. Me coge de la mano y me acaricia los nudillos que sostienen con fuerza la chapa. Después se la coloca al niño en su chaqueta.

—Perfecto, campeón, ahora sí estamos listos de verdad.

—¡Mamá, estás descalza! —Rafael se ríe tapándose la boca con las manos.

Me miro a los pies y en efecto, he bajado sin zapatos y ni siquiera me he dado cuenta. Si no pudiera saber, cada vez que lo necesito, dónde está mi hijo, creo que me moriría de angustia. Para mí es vital que él siempre lleve el localizador, al menos hasta que meta entre rejas al desgraciado que me está amenazando.

—Sí, peque, es que no quería que te fueras sin ella y no me he dado cuenta.

—Vete a casa, te puedes enfriar. Tranquila, todo está bien. —Jason me acaricia la cara y me mira con dulzura.

—Sí, ya me voy.

—Adiós, mamá.

—Hasta la tarde, mi amor. ¡Chao! —Esto último se lo digo a Jason con una leve sonrisa en la boca producto del alivio que siento ahora mismo.

*****

Una hora después estoy en la puerta del instituto. La voz de Derek me sobresalta cuando me habla por detrás.

—Llegas tarde.

—Lo sé, tuve un problema al salir. ¿Has visto ya a Alice?

—Pues la verdad es que no. —Lo veo levantar la cara por detrás de mí y yo me giro dirigiendo la vista en la misma dirección—. Hablando del rey de Roma, bueno de la reina, por ahí viene.

—Buenas, buenas, chicos. —Nuestra amiga se acerca a nosotros y sin pensárselo ni un segundo, le estampa un beso en la boca a Derek. Está claro que lo suyo va a buen ritmo. Veo la cara de mi compañero y no es precisamente de alguien al que le haya gustado lo que acaba de hacer ella, pero disimula y nadie lo nota.

Nos vamos a clase los tres y yo le voy dando vueltas a cómo abordar el tema con Alice de su supuesto tío, del que necesito que me dé toda la información que pueda.

—Menuda faena este fin de semana —suelto cuando estamos llegando a la cafetería después de la clase de química.

—¿Y eso? —pregunta Alice curiosa.

—Son tus tíos, ¿no? —añade Derek ayudándome a que sigamos hablando de nuestros parientes. Le dije ayer que iba a sacar a mi familia en la conversación para ver si así nuestra amiga nos contaba algo de la suya.

—Sí, son un fastidio y este domingo vienen a pasar el fin de semana a mi casa, y lo peor es que me quitan mi habitación, tengo que irme yo a la de invitados.

—¡Qué rollo! Que se vayan ellos a ese cuarto, ¿no?

—Ya, eso mismo les digo a mis padres, pero no me hacen ni puñetero caso. ¿A ti te pasa igual con los tuyos? Bueno, no sé si tendrás tíos tan fastidiosos como los míos.

—Si te digo la verdad tengo un tío, hermano de mi padre, pero apenas lo veo. Vive en una casa en el bosque, a las afueras de la ciudad.

—Una casa de verano, ¡qué guay! Irás a pasar allí tus vacaciones, me imagino.

—Para nada. El caso es que mi tío está un poco… —Niega con la cabeza—. Nada, no me hagas caso.

—No, Alice, dímelo, para eso somos amigas y Albert también está contigo…

—Lo sé, es solo que… mi tío… está mal de la cabeza —susurra esto último para que nadie la escuche.

—Vaya, lo siento. ¿Y vive solo en esa casa?

—No exactamente, mis padres van a verlo a menudo y una señora va de vez en cuando por si

necesita algo.

—¿Y por qué no vive con vosotros?

—¿¡Estás loca!? Eso nunca va a pasar. En realidad, creo que mi padre se avergüenza de él. Y en parte lo entiendo, porque su cara da miedo.

—¿La de tu tío? ¿Por qué? ¿Cómo es?

—La última vez que lo vi fue hace dos años y casi me da un ataque de la impresión. Tiene la cara deformada y una cicatriz que le cruza desde el ojo hasta la mandíbula.

—Lo lamento —dice Derek acariciándole el brazo.

—Yo también. De pequeña me acuerdo de que lo veía de vez en cuando y me hacía gracia su cara. —Sonríe—. Le daba tirones y él se reía, pero ya de mayor fue todo lo contrario. Sentí miedo.

Ella asiente y entonces, como veo que está bastante habladora hoy, le saco toda la información que puedo sobre Conrad Miller.

Es cuestión de tiempo que demos con él y con esos niños.

39

Un bosque a las afueras



Estamos de nuevo en el despacho de Duke, como cada mañana antes de empezar la jornada, cada uno en su papel en el operativo. Casi todos los días hay novedades sobre el caso y la información que ha podido sacarle Malena a Alice ha sido muy valiosa, pues tenemos más datos para atrapar al que creemos que es el secuestrador de los niños y el que utilizan los Miller para hacer el trabajo sucio; Conrad.

—Estamos convencidos de que, si atrapamos al hermano de Leonard Miller, daremos con toda la cúpula de esta organización criminal —anuncia Duke cuando nos muestra en la pantalla todos los datos que hemos ido recopilando sobre el entorno de esa siniestra familia.

—¿Sabemos algo de los que llamaron a los Miller el día que estaba Malena en la casa y por los que salieron con tanta prisa? —pregunto al jefe.

—Tenemos sospechas de gente importante, inspector Waters. Gente influyente que maneja millones de dólares y que están de alguna manera implicados en las transferencias que aparecían en el disco duro del que tan hábilmente hizo una copia la agente Acosta.

—Entiendo. Gente VIP.

—Sí, empresarios conocidos en el mundo *rosa* que aparecen casi a diario en las revistas más famosas de este país. Incluso hombres de finanzas, como directores de banca…

—Es asqueroso ver cómo la gente por dinero es capaz de robar, de matar, de secuestrar niños e incluso… de violar —comenta Malena apretando la mandíbula.

—Así es, Acosta. La gente sin escrúpulos ni principios es capaz de hacer cualquier cosa por dinero —carraspea—, pero eso ha sido así siempre. A nosotros nos compete seguir trabajando para atraparlos. Ese es nuestro objetivo en cada uno de los operativos, aunque en este caso, el tema es muy delicado porque estamos hablando de niños inocentes que son arrebatados de sus familias.

—Sí, jefe.

—Por favor, informe a sus compañeros lo que averiguó durante la conversación que tuvo con la señorita Miller. —Le da la palabra a Malena.

—Bien, chicos, como ya le he trasladado al jefe, Alice me contó que ha ido en un par de ocasiones a la casa donde vive su tío. No me dijo su nombre, pero ya le dije al jefe que está claro que se trata de Conrad Miller, pues encaja con el hermano que recluyeron los padres en un centro para niños «diferentes», allá por los años ochenta. Según me dijo ella, lo vio hace unos años y tenía la cara deformada, así que no hay duda de que debe de ser él.

—¿Y te dijo dónde se ubica esa casa a las afueras? —se interesa Jackie.

—No sabe la dirección, pero me contó que estaba en un bosque, aislada del mundo. Debe ser grande porque la recuerda con muchas habitaciones, aunque, como le ocurre en su casa, la mayoría de esas estancias tenían el acceso prohibido para ella…

—La versión de la señorita Miller concuerda con lo que la agente Acosta escuchó decir a los Miller en el despacho cuando le avisaron del hermano. —Todos asentimos y él continúa hablando—. Ya estamos investigando las posibles ubicaciones por los datos obtenidos por su compañera. Hemos empezado por el Muir Woods.

—¿El Muir Woods? ¿No es demasiado turístico para esconderse un delincuente? —pregunto escéptico.

—Precisamente, por eso. Es el último lugar al que la policía acudiría si tuviera que buscarlo, además, por lo que me ha dicho la agente Acosta, Alice hablaba de que, de camino al bosque, había muchas excursiones de turistas para visitarlo.

Asiento con la cabeza y Duke sigue con su argumentación. Me parece raro que alguien se esconda en un lugar donde lo visitan miles de personas al año, pero también es verdad que está lleno de secuoyas gigantes donde te puedes perder con mucha facilidad. Recuerdo una vez que fui con mis tíos cuando era pequeño y me pareció un laberinto.

—Está en el condado de Marín, ¿no es cierto? —pregunta esta vez Derek y veo como Malena suspira al escuchar ese nombre.

En ese lugar se encontraba el club donde estuvo retenida más de un año y en el que el desgraciado de Hermann Weber abusó de ella y le quitó a su hijo Rafael. Me encantaría abrazarla en este momento porque sé que ahora mismo acaba de recordar el peor episodio de su vida. Cuando la miro y sus ojos se cruzan con los míos, me sonríe con tristeza como si aceptara mi apoyo silencioso delante de todos.

—Sí, a unas siete mil millas de San Francisco, para ser exactos. A partir de mañana comenzaremos a rastrear la zona, palmo a palmo. De todas maneras, también vamos a comprobar el Parque Nacional de Yosemite, pero como saben, está a trescientos veinte kilómetros al este de San Francisco y consideramos que es demasiado lejos para tener retenidos a los niños y llevarlos a la agencia después.

Seguimos con algunos datos más recopilados por todos los miembros del operativo y nos despedimos hasta mañana. Malena y yo somos los últimos en salir.

—¡Acosta! —La voz de Duke nos detiene en la puerta cuando estamos a punto de irnos.

—¿Sí, jefe?

—Solo quería felicitarla por todo lo que está haciendo en el operativo. —Le sonríe—. Está siendo de gran ayuda toda la información que está recabando. Sabía que era la mejor de su promoción, pero he podido comprobar por mí mismo que todo era cierto y que podía contar con

usted. Siga así, agente.

—Muchas gracias, jefe.

—Y tú también Waters, soy consciente de todo lo que hace mi equipo y estoy muy orgulloso de él. Cada uno de ustedes está haciendo un magnífico trabajo.

—Gracias, jefe, pero sin quitar importancia al resto de los compañeros donde me incluyo, creo que todo el mérito debe ser para ella. Ha arriesgado mucho en las dos ocasiones en que ha entrado en casa de esos tipos, en concreto en el despacho de Leonard Miller, y no le ha temblado el pulso para sacar información.

—Tiene toda la razón, por eso quería decírselo. Creo que es importante decirles a las personas cuando hacen algo bien, no solo recriminarles el momento en que cometen un error.

—Gracias, otra vez, jefe.

—No hay por qué darlas. Es completamente objetivo lo que acabo de decir. Bueno, no les quito más tiempo. Queda mucho por hacer todavía.

Salimos de allí contentos por las palabras del jefe. Malena me pide que la acompañe a ver a Will.

—Necesito saber cómo va la reconstrucción de las fotos que estaban destruidas. Hay que saber cuánto antes quiénes son esos niños que han desaparecido.

—Vamos.

—Gracias por estar a mi lado en todo esto, Jason, sé que es parte de la misión, pero a veces siento opresión en el pecho cuando pienso en esos niños y es inevitable que me acuerde de mi pequeño.

—Ya sabes que lo que a ti te preocupa a mí también y para mí Rafael es como si fuera mío. Solo quiero que estés tranquila.

—Cuando estás a mi lado, lo estoy.

Se gira y me da un beso furtivo en los labios.

Apenas es un roce, pero para mí es una bomba de oxígeno…

40

No hay crimen perfecto



La visita que hemos hecho Jason y yo a la sala de archivos junto a Will, el informático, me ha alegrado el día. No creía que hubieran avanzado tanto, pero cada vez son más los rostros de los niños que van apareciendo en esos papeles que recogí hechos añicos. La parte mala de todo esto es que coinciden con muchos desaparecidos en los últimos meses, pero confío en que podamos devolverlos a sus familias. Apenas pude oír lo que dijeron los Miller, pero está claro que se vieron amenazados y por eso salieron despavoridos de su casa. Lo que sí dejaron claro era que el hermano de Leonard la había fastidiado dejando un *juguetito* —en palabras de los Miller—, que suponemos todo el equipo que se trata de la veleta de papel que deposita en el lugar donde se lleva a un niño. Eso y una nota con una poesía, como todas las veces. Es el *recuerdo* que deja Conrad Miller y que puso tan nervioso a su hermano y cuñada, por lo que no nos queda ninguna duda de que ese hombre es el autor material de los secuestros.

—Los vamos a atrapar, esos tipos están cometiendo errores —le comento a Jason convencida de mis palabras.

—Sí, de eso no tengas dudas, ya sabes que no hay crimen perfecto, al igual que la persona que te amenaza con esos mensajes. Ese tipo también va a cometer errores, ya verás. ¿Has vuelto a recibir alguno más?

—Sí. El que sea que lo esté haciendo está completamente desatado. Antes eran esporádicos, pero ahora es a diario y a veces varios en el mismo día. Tengo miedo de que algo se me escape, Jason.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que paso muchas horas en el trabajo y me preocupa no estar con Rafael y que esté expuesto a ese tipo. Prácticamente va del colegio al apartamento y viceversa. Incluso le dije a la niñera que no quiero que vayan a jugar al parque, al menos hasta que esté seguro el niño, pero, aun así, no las tengo todas conmigo.

—Has hecho bien. Será solo por un tiempo y después podremos hacer lo que nos dé la gana. —Me enmarca la cara con las manos y me da un dulce beso en los labios que me tranquiliza y me cura el alma. Solo el roce de su boca puede hacerlo.

—Sé que sí, pero me da pena la carita que pone cuando me dice que quiere ir con las bicis al parque como hacíamos antes y le digo que no podemos. Se me parte el alma.

—Yo iré con él esta tarde, hace mucho que no vamos juntos. No podemos salir los tres, pero nada impide que Rafael y yo pasemos la tarde jugando. —Me guiña un ojo y me hace sonreír.

—El peque se va a alegrar mucho cuando se lo digas. Le encanta estar contigo.

—Y a mí con él, ya lo sabes. ¿Qué vas a hacer esta tarde?

—Pues en realidad tenía pensado…

La voz del agente Morrison me interrumpe cuando se acerca a nosotros y nos dice que el jefe Duke quiere vernos a los dos. Cuando llegamos al despacho está Laurie, a ella también la han avisado para que acudiera. El jefe está hablando por teléfono y nos indica con la mano que esperemos a que acabe.

—¡Demonios, Gallagher, diles a los tuyos que saquen el culo de allí! ¡Mis agentes van de camino y no quiero a nadie de tu departamento cerca del escenario del crimen! —grita furioso y al momento cuelga con fuerza el auricular del aparato—. Han vuelto a secuestrar a otro niño. Esta vez es un recién nacido, por lo visto, el padre intentó detener al secuestrador y este lo apuñaló en el cuello. Ha muerto en el acto. No localizo a García ni a Woods, tenéis que ir vosotros. Los federales están allí metiendo las narices. ¡Qué coño pintan ellos en mi jurisdicción!

—Enseguida, jefe.

—Mientras llegan allí, yo seguiré intentando que esos mamones se metan en sus competencias. Entrevisten al personal por si hubieran visto a alguien sospechoso por la sala de neonatos. Se han llevado a una niña del nido que nació anoche a las dos de la mañana. A la madre le acaban de dar un tranquilizante bastante potente para que se calme. Al parecer fue testigo de todo lo que ocurrió.

—¡Dios, pobre mujer! —exclama Laurie apenada.

—Sí, es terrible, agente Peters. Pregunten a todo el personal. Los de anatomía forense van de camino y están a punto de llegar.

—¡Vámonos, no hay tiempo que perder! —les digo a todos saliendo del despacho.

Pensar en esa pobre chica me ha llenado de rabia. Acaba de conocer a su hija, la que llevaba nueve meses deseando ver por primera vez y puedo ponerme en su situación, pues yo perdí a mi hijo de la misma manera, pero a ella no solo le han quitado a su hija, sino también al padre de la niña. La maldad de algunas personas no tiene límite.

Miro el reloj para comprobar el localizador de mi hijo. Respiro al ver que la señal parpadea dentro del colegio. Cuando sucede algo tan terrible como lo que acaba de ocurrir, solo pienso en proteger a mi hijo de todo y de todos, aunque sé que es algo que a veces puede escaparse de mí.

Jason me observa cuando estoy comprobando la ubicación de Rafael.

—Está bien, Malena. No te preocupes. El niño está vigilado por compañeros de paisano, ya sabes que Duke los puso permanentemente en los alrededores de tu apartamento y del colegio. No tienes nada que temer. Ese tipo no se atreverá a acercarse a él.

—Lo sé, pero me quedo más tranquila cuando compruebo que todo está bien.

—Sí, te entiendo.

—Ahora tenemos que centrarnos en el secuestro de esa niña —resoplo mirando por la ventanilla del coche. Jason me pone una mano en la rodilla para relajarme.

—Sí, vamos a buscar todas las pistas que ese cabrón haya dejado. Recuerda que no hay crimen perfecto…

41

Suficientes pruebas



Mientras conduzco en dirección al hospital miro a Malena y sé que está preocupada. Apenas si ha dicho alguna palabra en todo el camino, pero el gesto fruncido que lleva en la frente desde que hemos salido, y su mirada perdida observando la carretera por la ventanilla del coche denota lo que pasa por su mente.

La *Operación Veleta de Papel* en sí misma sé que para ella está siendo un sinvivir, pues soy consciente de que su faceta como madre, y las circunstancias que tuvo que vivir cuando le quitaron a su hijo recién nacido, la hace más vulnerable con todo lo que vamos descubriendo de este caso. Todavía recuerdo el día que Michael y yo fuimos a casa de aquella mujer. Se llamaba Gretchen y era la esposa de Hermann Weber. La pobre señora desconocía que el niño que su marido le había llevado un día, supuestamente a través de una agencia de adopción, en realidad, era el hijo de una chica de veinte años a la que su marido violó noche tras noche en aquel club donde la tenía secuestrada y que además de dejarla embarazada, llegó más allá en su atrocidad robándole a su hijo. El día que fuimos a su casa y se lo contamos a su esposa, comprendimos que ella había sido una víctima más de ese monstruo. Ese día, cuando le devolvimos al niño a su verdadera madre, la hicimos feliz, pero al mismo tiempo dejábamos a una mujer destrozada que había cuidado y amado a ese inocente desde que lo tuvo en sus brazos.

—Los federales siguen aquí, tienen el coche aparcado ahí fuera. —La voz de Malena me devuelve al presente.

—¿Cómo?

—Digo que aquí están los hombres de Gallagher. —Se gira y me mira—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, perfectamente, solo pensaba en cosas del pasado. —Carraspeo—. Vamos, no perdamos más tiempo.

Nos bajamos del coche y entramos en el hospital. Al llegar, vemos que sigue el cadáver en el suelo. Está tapado con una sábana y los compañeros de criminalística y los forenses están haciendo fotos.

—Pero bueno, si ya están aquí Grissom y Willows. —Uno de los federales con el que hemos coincidido en más de una ocasión, muy a mi pesar, se acerca a nosotros.

—Espero que ni tú ni los tuyos hayáis metido vuestras manazas, Lucas.

—Eh, Acosta, ¿cuándo vas a darme la cita que llevo pidiéndote más de un año? Creo que ya es hora de que pruebes material de calidad —se dirige a Malena guiñándole un ojo e ignorándome. Este capullo saca lo peor de mí. Si no fuera porque no es ni el momento ni el lugar, me encargaría de este gilipollas.

—Creo que me quedo con el original, no te ofendas, Lucas, pero no me gustan las imitaciones.

—¡Uf, no sabes cómo me ponen las tías duras, Acosta!

—Estás enfermo, creo que deberías hacértelo mirar. Y ahora, si no te importa, hemos venido a investigar un crimen, no estamos en un bar de carretera —responde ella dejándolo con la palabra en la boca. Este tío no se cansa de ser un bocazas y un día de estos no me voy a contener y se va a volver a casa con su bonita cara hecha un cuadro.

—Lucas, te recomiendo que te vayas. Creo que Duke se lo ha dejado claro a tu jefe.

—De aquí no me muevo hasta nueva orden, Waters.

—Como quieras, pero no toques ni un pelo de la escena o te verás en problemas.

—¿En problemas con quién, contigo, Jason?

—Paso de ti, tío.

Antes de que me conteste suena su teléfono y le impide soltar otra gilipollez por la boca.

—Sí, al habla, jefe, estamos en el lugar del crimen… pero… ¿por qué?, no lo entiendo…, está bien, entendido... sí, señor…

Por la cara que tiene y lo que estoy escuchando, está claro que Gallagher le ha dicho que se retire. Mi amplia sonrisa lo cabrea aún más y cuando cuelga, me dedica una mirada odiosa a la que respondo lanzándole un beso y guiño.

—¿Te ha llamado papá para que te vayas a casa, Luquitas?

—¡Vete a la mierda, Waters!

—¿Por qué no vas tirando tú y me dices a qué sabe?

Se acerca a mí con intención de callarme la boca, pero Malena, que está justo delante, se gira y me coge del brazo.

—Podéis dejar las peleas de patio de colegio para otro momento, chicos, creo que no es hora de jugar ahora mismo.

Ninguno de los dos le contesta. Es evidente que ella es la única que tiene la mente fría en estos instantes. Lucas se da la vuelta y se va diciendo algo entre dientes que no consigo descifrar y yo sonrío victorioso. No es nuevo que no nos caemos bien, siempre ha sido así, pero la cosa se puso aún peor cuando, hace más de un año, empezó a acechar a Malena. Ahí fue cuando le declaré la guerra definitivamente.

—¿Qué tenemos, Gerry? —pregunto al compañero forense que está agachado cerca del cuerpo inerte.

—Por ahora estamos definiendo la ruta de acceso del criminal, parece que fue por las escaleras interiores del hospital. Ahí tienes a dos enfermeras que se cruzaron con él y a las que

casi tira al suelo cuando llegó.

—Ahora les haré unas preguntas, y ¿qué más has podido averiguar?

—Estamos sacando muestras de las uñas del cadáver, parece que el padre lo intentó detener y lo arañó en la cara. Es probable que tengamos restos de ADN.

—Bien, te dejo trabajar.

Veo a Malena que está hablando con otro de los forenses y al momento se reúne conmigo. Le hago un gesto hacia el médico de la mujer cuya hija han secuestrado y juntos nos dirigimos hacia él.

—Buenos días, inspector Waters y agente Acosta. —Le muestro la placa—. ¿Podemos hacerle unas preguntas?

—Por supuesto, en lo que podamos ayudar estamos a su disposición. —Mira hacia la puerta de la habitación—. Esta pobre mujer ha perdido a su marido y a su hija al mismo tiempo…

—Disculpe, doctor, pero a la niña no la ha perdido, de eso puede estar seguro, esa madre la va a recuperar, no le quepa duda —responde cortante Malena al hombre.

—Sabemos que la madre no está en condiciones de responder a ninguna pregunta, pero ¿sabe si vio algo del asesino, algún dato que pueda ayudarnos a dar con él?

—La pobre está rota de dolor, cuando escuchó los gritos del marido salió de la habitación, como pudo, pues no hace ni veinticuatro horas que le practicamos una cesárea y está bastante delicada todavía. Nos dijo que vio a un hombre corpulento forcejeando con la niña en los brazos mientras su marido intentaba arrebatársela. La cara no pudo verla porque tenía un cuello de lana que le cubría hasta la nariz, pero lo que sí recuerda es que tenía una profunda cicatriz a lo largo del ojo.

Malena y yo nos miramos mientras anotamos lo que nos dice el médico. La descripción que nos acaba de detallar coincide con la que Alice le contó de su tío Conrad, sobre todo la marca en la cara, que ha sido determinante.

Le hacemos un par de preguntas más y después seguimos con las dos enfermeras que se cruzaron con el asesino. Coinciden con el relato de la madre. Ambas afirman que el tipo tenía una cicatriz en la cara y por suerte, ellas sí pudieron verla completa, pues la bufanda de lana que le cubría se le cayó cuando bajaba apresurado por las escaleras.

Salimos del hospital advirtiéndole al director que ninguno de sus empleados puede salir de la ciudad en los próximos días por si tuviéramos que volver a interrogarlos.

Es la primera vez que han asesinado a una persona para robar a uno de los niños. Hasta ahora habían perpetrado el crimen de manera silenciosa, dejando como única pista el poema y la veleta de papel en el lugar del secuestro, pero esta vez los Miller han ido demasiado lejos. Con todos los datos que estamos recabando estos días y las fotos de los niños desaparecidos que los de archivos están reconstruyendo, creo que serán suficientes pruebas para conseguir una orden judicial y entrar en la mansión de los Miller.

Mientras estábamos en el hospital, Duke ha llamado a Malena y le ha dicho que mañana ella y Jackie deben ir al centro donde estuvo recluido Conrad Miller cuando era pequeño.

Quizás allí sepan algo que nos pueda ayudar a resolver el caso…

42

Algo que me recuerda demasiado a lo que sucedió



Siento como la claridad entra por la ventana y abro los ojos, aunque, a decir verdad, estoy despierta desde hace más de dos horas. Son las seis de la mañana y se puede decir que apenas habré dormido dos. Desde que estuve ayer en el hospital donde entrevistamos al médico, las enfermeras y algún otro residente que presenció la escena o se cruzó con Conrad Miller, un presentimiento me tiene el corazón encogido, porque creo que cada vez estamos más cerca. Es cuestión de tiempo que podamos detener a los Miller, pero está claro que detrás de ellos hay gente importante y cuantas más pruebas tengamos antes de destapar la trama, más nos aseguraremos de que pasen el resto de sus días en una cárcel. Lo malo es que sé que cada paso que nos acerca a ellos es uno menos para este mal presentimiento. Porque sí, no quiero engañarme, lo que me oprime el pecho no es nada bueno.

Observo la cara de Jason. Está dormido a mi lado. Se queda todas las noches en mi apartamento. Es cierto que eran muchas las veces que lo hacíamos, pero desde que conoció las amenazas que me envían al móvil, no ha querido dejarme sola ningún día. Y yo, al principio, le dije que no hacía falta, pero si soy sincera conmigo misma, lo necesito a mi lado porque, aunque sepa que me basto yo sola para cuidar de mi hijo, el hecho de estar aquí tumbado junto a mí me da paz. Repaso su pelo rubio, que ahora se lo ha cortado un poco más y lo tiene peinado con las puntas hacia arriba. Está tan guapo como cuando lo tenía más largo, pero mientras la *Operación Veleta de Papel* siga y sea el profesor de Educación Física, necesita tener esta imagen.

—Hola —le digo sonriendo cuando abre los ojos.

—Buenos días, ¿estabas despierta?

—Sí, te observaba en silencio. Pensaba que estás muy guapo con tu nuevo corte de pelo, aunque cuando lo tenías más largo me gustaba agarrártelo mientras… —Me río y él me atrapa por la cintura colocándose encima de mí.

—¿Mientras hundía mi lengua dentro de ti? —dice mientras me besa y pone su sonrisa pícara.

—Eso lo has dicho tú, no yo, quería decir mientras hacías las tortitas los sábados por la mañana.

—Prefiero desayunar otras cosas más ricas antes que eso.

Le enredo las piernas a la cintura y comenzamos a besarnos. Cuando su lengua entra en contacto con la mía, el cosquilleo que tan bien conoce mi cuerpo me recorre la espina dorsal. Nos desprendemos de la ropa y, ansiosa, espero hasta que él se hunde en mí, que con una sola embestida me hace volar por los aires. Ahora, bajo las sábanas, hay un conjunto de caricias y besos húmedos que poco a poco me va llevando al límite hasta que me doy la vuelta y entonces soy yo la que comienza a moverse marcando el ritmo de nuestros jadeos. Pero cuando él se introduce uno de mis pechos en su boca, ya sé que no podré aguantar mucho más. Y no lo hago. En menos de un minuto todo mi ser explota como fuegos artificiales que veo en mi cabeza cuando cierro los ojos. Jason me sujeta con fuerza y pocos segundos después salta por los aires también, dejándonos los dos caer en la cama extasiados.

—Me encanta despertarme así —me dice besándome la punta de la nariz. Yo me abrazo a su pecho y él me acaricia la espalda. En estos días, en que la sombra de que algo malo va a pasar pasea por encima de mi cabeza, lo necesito más que nunca.

—A mí también. No quiero amanecer sin ti ni un día más.

Se gira hacia mí y hace que yo me despegue de su pecho para mirarlo.

—¿Qué has dicho?

—Pues… que no quiero despertarme sin ti…

—¿Eso significa que me estás proponiendo que vivamos juntos?

—Puede… Sé que no es el mejor momento, porque ni siquiera podemos salir juntos los tres del apartamento y que dijimos que esperaríamos hasta que todo acabase, pero…

—Me da igual el momento, el tiempo lo decidimos nosotros y yo estoy deseando pasar todo el mío con vosotros. —Me acaricia la cara—. Malena, estoy loco por ti y ya no concibo mi vida si no es a tu lado. Llenas mis noches, y mis mañanas —me guiña un ojo—, pero no solo te quiero por lo que hacemos entre las sábanas, sino porque adoro que tu cara sea lo último que vea antes de dormir, y también adoro que seas la primera imagen que vean mis ojos cuando despierto. Adoro que me llenes la cara de harina cuando hacemos pizza los viernes por la noche, y adoro ver una película los tres abrazados en el sofá, aunque sea *Buscando a Nemo* y *Encanto*…

Los dos nos reímos porque últimamente vemos esas películas en bucle casi todos los fines de semana, solo porque son las favoritas de Rafael.

—Yo también te adoro y estoy deseando que todo este operativo horrible termine y podamos hacer lo que nos apetezca, pero para eso todavía falta tiempo.

—No queda tanto, día tras día vamos cercando a los Miller y pronto daremos con todos los cabecillas. —Asiento—. ¿A qué hora has quedado con Jackie para ir a ese centro?

—Viene a buscarme a las diez de la mañana. Espero que allí encontremos pistas que nos ayuden a encontrar a ese criminal.

—Seguro que sí. Lo vamos a lograr.

Me abrazo de nuevo a su pecho y cierro los ojos, atesorando esta paz unos minutos más.

*****

Acabamos de llegar al lugar donde estuvo recluido Conrad Miller hasta la mayoría de edad. Nos ha costado que la directora, una mujer de unos setenta años y con cara de malas pulgas, nos

conceda una entrevista, pero creo que nuestra placa de policía la ha terminado de convencer. Eso y que tampoco le hemos dado más opción; la otra sería volver con una orden judicial. Esta mujer nos está contando que cuando el hijo menor de los Miller cumplió los dieciocho y tras un suceso muy desagradable, no les quedó más remedio que pedirles a los padres del joven que lo sacaran de aquí, pues este centro solo albergaba a niños hasta que alcanzaran la edad adulta. No nos lo ha asegurado, pero suponemos que cuando lo sacaron de este lugar, lo llevarían a la casa del bosque, de la que desconocemos su ubicación por ahora. Las dos nos hemos mirado cuando la señora ha mencionado lo del «suceso muy desagradable», pero debemos ir paso a paso para que la directora no se eche para atrás, y para eso es preciso que empecemos por el principio.

—¿Qué nos puede decir de Conrad de pequeño, señora Orson? ¿Cómo era él? —pregunto mientras acciono la grabadora que la mujer mira con desconfianza.

—Pues era un niño un poco difícil. Tenía muchos ataques de ansiedad porque no aceptaba estar aquí en este centro. De hecho, nunca lo aceptó.

—¿Y qué hacían ustedes cuando le daban esos episodios? —Esta vez es Jackie la que pregunta a la señora que mueve la cabeza alzando el moño hacia arriba.

—A Conrad le gustaba la poesía. Era lo único que lo relajaba. Eso y la música clásica, así que teníamos un poemario del que leíamos algunos versos para él y poníamos hilo musical en la habitación. Así lo tranquilizábamos.

Jackie me mira y sé que está pensando lo mismo que yo. El tipo que secuestra a los niños deja una veleta de papel y una hoja con unos versos cada vez que se lleva a uno, salvo la bebé recién nacida que se llevó ayer después de asesinar a su padre. El muy desgraciado no tuvo tiempo de dejar mensajes poéticos.

—Entiendo… Y ¿sus padres, sus hermanos… nunca lo visitaban?

—Bueno, no lo hacían mucho. Eran gente muy importante y ocupada en sus negocios, y para eso estábamos aquí todo el personal del centro para cuidar de Conrad.

—Me imagino que con una buena suma de dinero sería más llevadero el trabajo. Claro, estaban demasiado «ocupados…» —recalco esta última palabra.

La mujer cambia el gesto y lo endurece, parece que no le ha gustado que le diga las verdades a la cara. Esa gente no solo repudió a su hijo recluyéndolo en un centro como este, sino que además pagaban para que lo cuidaran y así no tener que venir a visitarlo ellos mismos. Estaba claro que les costaba menos.

—Disculpe, señora Orson, ha dicho que ocurrió algo desagradable cuando cumplió la mayoría de edad, ¿qué pasó, exactamente?

La mujer se mueve incómoda en su sillón. Parece que el tema es fuerte a razón de su titubeo cuando comienza a hablar y de que casi no le salen las palabras.

—¿Necesita beber agua o alguna otra cosa? —le digo observando como traga saliva con dificultad.

—No, no hace falta. Estoy bien, es solo que no me gusta recordar lo que pasó. Fue hace mucho, allá por el año 2006, pero todavía no lo hemos superado ni yo ni parte del personal que trabajaba en aquel momento. Algunos de ellos ya se han jubilado, pero fue muy duro para todos.

—Señora, cuéntenos qué pasó con Conrad Miller hace dieciocho años.

—En esa época, Conrad estaba obsesionado con una de las niñas internas. —Suspira—. Amanda, ese era su nombre. Era una chica guapísima, rubia de ojos azules y cara angelical. Padecía síndrome de Asperger. Sus padres murieron en un accidente de coche y no tenía más familiares, así que las autoridades se encargaron de su guarda y custodia hasta que finalmente fue internada en nuestro centro. Para Amanda no era fácil entender el comportamiento de los demás y sus emociones. No entendía que Conrad se había fijado en ella de una manera enfermiza.

Se calla y cierra los ojos con fuerza, impidiendo que le caiga una lágrima por la mejilla que ella aparta de inmediato para continuar hablando.

—Nosotros tratábamos de protegerla, nunca dejábamos que él se acercara, pero un día… no pudimos evitarlo y…

—¿Y? ¿Qué hizo Conrad, señora Orson?

—Abusó de ella y le desgració la vida. Nueve meses después nació una niña preciosa, tan bonita como su madre, pero la felicidad nos duró muy poco, pues la pequeña desapareció a la semana de nacer. Una noche alguien entró por la ventana y se la llevó. Los gritos de Amanda llenaron de dolor el silencio que había a esas horas de la madrugada. Fue desgarrador. —Finalmente, la lágrima que había contenido le cae por la cara. Jackie y yo nos quedamos paralizadas por lo que acabamos de escuchar.

No puedo continuar y es mi compañera la que toma el relevo. Algo dentro de mí se acaba de romper al imaginar a esa pobre niña. Algo que me recuerda demasiado a lo que me sucedió hace tres años.

Mi amiga y yo salimos del centro con toda la información que nos ha contado la directora. Ha sido muy duro, pero cuando el móvil suena y escucho la voz de Jason me doy cuenta de que lo peor que podía imaginar estaba por llegar.

—¿Qué ocurre, Jason?

—Malena, ¿estás con Jackie?

—Sí, acabamos de salir del centro y la directora…

—Tenéis que venir para la comisaría ahora mismo —me interrumpe—, ha pasado algo…

—Jason, dime qué es, por favor. —El corazón comienza a martillearme el pecho y siento ganas de vomitar—. ¿Rafael está bien?

No me dice nada y yo no espero a que conteste porque simplemente… lo sé.

43

Lo que temíamos desde hace meses



Duke nos ha llamado al equipo al completo al despacho. Acabo de llegar y ya están todos los compañeros, a excepción de Malena y Jackie que esta mañana han ido al centro donde fue recluido Conrad Miller cuando era pequeño. Lo que menos me está gustando son las caras largas del personal, en especial del jefe y de Will. Además, los acompañan dos de los archiveros que están reconstruyendo los papeles y fotografías que Malena extrajo del despacho de Leonard Miller y, ahora que me fijo en ellos, tampoco es que tengan cara de ir de fiesta.

—Buenas, chicos, ¿pasa algo, jefe?

—Inspector Waters, cierre la puerta, por favor —me dice aún más serio que al llegar, pero cuando miro al resto de mis compañeros, en especial, a Michael, sé que lo que sea que esté sucediendo no es nada bueno.

—Por vuestras caras, parece que algo feo, pero ¿alguien va a decirme lo que es?

—Te hemos llamado porque no podemos localizar a la agente Acosta. Parece que no tienen cobertura dentro de ese lugar y lo que tengo que decirte os afecta especialmente a ella y a ti. —Frunzo el ceño sin entender el comentario y él continúa—. Los chicos de archivos e informática, representados aquí por Cris y Will, han hecho un trabajo tedioso y largo en muy poco tiempo.

—¿Ya han terminado, tan pronto?

—Así es, Waters. Han trabajado día y noche para armar el rompecabezas y hemos podido identificar a casi todos los niños. En la mayoría de los casos, constan las denuncias que en su día hicieron sus familiares por su desaparición, pero lamentablemente con otros no ha sido así. No sabemos si estos malnacidos tenían a estos chicos clasificados por sus rasgos físicos en base a la demanda de los padres que querían adoptarlos. En cualquier caso, estamos trabajando desde ya en su identificación, pero… —se detiene un momento en su discurso como si quisiera tomar aire para poder seguir— entre ellos hemos encontrado esta foto.

Mientras va hablando se van sucediendo diapositivas en el proyector de miles de caras de niños y niñas de todas las edades y distintos rasgos físicos, pero cuando veo la última de esas imágenes, siento que el aire se escapa de mis pulmones y me impide respirar. Abro bien los ojos. Me acerco y retrocedo varias veces de la pantalla con la mano en la frente y el corazón

intentando salir del pecho.

No puede ser.

«Rafael no puede estar entre esos niños».

—¿Qué coño es esto, Will?

—Tranquilízate, Jason. Aún no lo sabemos. No entendemos qué relación tiene el hijo de Acosta con los papeles de los Miller, pero el hecho es que está aquí.

—Tengo que llamar a Malena, está con Jackie en el centro… tengo que decirle lo que está pasando, Duke.

El jefe intenta decirme algo más, pero no lo escucho. Salgo del despacho y la llamo. Intento contarle lo que han encontrado en esas fotos, pero entonces ella me pregunta por su hijo y no puedo reaccionar porque las palabras se atascan en mi garganta, como si no pudieran salir al saber el daño que le causarán. No me da tiempo a reaccionar. Me cuelga y sé que viene hacia aquí.

Llamo al compañero que está vigilando la casa de Malena y el colegio del niño, pero no me coge el teléfono. Necesito saber que Rafael está bien y necesito saberlo ya, antes de que llegue ella.

No he vuelto a entrar en el despacho. Estoy esperando que alguien me diga que todo está bien y que Rafael está en su casa, sano y salvo, pero es Duke el que sale para buscarme.

—Jason, entra por favor.

—Estoy intentando contactar con Davidson, pero no me coge el maldito teléfono.

Lo miro y su cara me demuestra que hay más de lo que me ha contado, o más bien de lo poco que he dejado que me cuente, porque en cuanto he sabido que la foto de Rafael estaba entre la de esos niños, me he ido de inmediato de allí. Accedo de nuevo dentro y otra vez la mirada de todos que me está poniendo enfermo, pero justo cuando vamos a cerrar la puerta, vemos como Malena y Jackie vienen a paso rápido hacia nosotros.

—¿Qué coño está pasando, Jason? —Es lo primero que me dice en cuanto me ve.

—Acosta, entre por favor —le dice el jefe y su mirada es una mezcla de pena y frustración.

La cojo del codo, pero ella se aparta. Está nerviosa, pero no menos que yo. Puede que no sea su padre, sin embargo, quiero a ese niño como si lo fuera y solo necesito saber que está bien, aunque hasta ahora no he conseguido nada más que silencio.

—¿Alguien me va a decir qué está pasando con mi hijo? No puedo localizarlo. No funciona este jodido aparato. —Se frota los ojos con rabia tecleando su reloj.

—Siéntese, Acosta.

—¡No quiero sentarme! ¡Quiero saber dónde está Rafael, maldita sea!

—Lo siento, todavía no sabemos el porqué, pero su hijo estaba entre los niños que los Miller tenían vigilados. Los informáticos y archiveros han terminado la reconstrucción hace una hora.

—¿Vigilados? ¡No entiendo nada! —Me mira esta vez a mí—. ¿Qué está diciendo? ¿Dónde está mi hijo?

—No lo sé, Malena. —Me acerco a ella y la cojo de la mano.

De pronto, la puerta se abre y aparece el agente Moore.

—Jefe, han llamado del Hospital Central. Han encontrado a Davidson herido de bala en el suelo y lo han llevado en una ambulancia. Su estado es crítico, lo están operando en este momento.

Cuando escucho que el compañero que estaba custodiando a Rafael ha sido atacado, una corriente fría me recorre el cuerpo. Malena, al oír su nombre se desliza hasta el suelo en la pared en la que estaba apoyada y comienza a llorar tapándose la cara con las manos. Me coloco delante de ella y le subo la barbilla obligándola a mirarme.

—Lo vamos a encontrar, Malena.

Ella sigue llorando y entonces, se levanta y se dirige a Will, el informático.

—¡¿Por qué no funciona el localizador, Will?!

—Creo que quien tenga a tu hijo lo ha desconectado o quizás se le haya caído al momento de llevárselo. No lo sé —le contesta apesadumbrado.

—Jefe, tenemos que detener a los Miller, no podemos perder más tiempo.

—Estoy en ello, Acosta. Voy a hablar con el juez Hudson, me debe un par de favores y ahora necesito que agilice la orden para entrar en casa de esa gente, pero tenemos que esperar. No podemos entrar sin ella.

—¡Maldita burocracia de mierda! Mientras esperamos ese maldito papel, mi hijo está en manos de esa gente y corre peligro.

—No descansaremos hasta que demos con él, de eso no tenga duda.

Se gira hacia mí y me abraza. La aprieto fuerte a mi pecho y le acaricio el pelo mientras la escucho llorar sin consuelo. Lo que temíamos desde hace meses al final ha sucedido y ahora mismo no tenemos nada. La única persona que sabe lo que ha pasado está en el hospital en una operación de vida o muerte.

44

Miedo



Dos malditos días.

Ese es el tiempo que lleva desaparecido mi hijo. Cuarenta y ocho horas sintiendo el miedo en el cuerpo. La angustia por un peligro que ya no es una posibilidad. Ahora es real. El mismo miedo que se había anudado en mi pecho todo este tiempo desde que empecé a recibir esos mensajes del malnacido que me ha quitado a mi niño.

Ha cumplido con su amenaza y yo lo he vuelto a perder, por segunda vez.

—¿Qué clase de madre soy? ¿Qué clase si soy incapaz de proteger a mi propio hijo?

—Malena, no digas eso, eres fuerte y lo vas a recuperar. —Derek me aprieta el brazo a la salida del despacho del jefe. Puede que para todos sea un compañero más, pero para mí es un amigo. Ha vivido de primera mano el miedo que tenía a que esto pasara, pues en muchas ocasiones ha estado presente apoyándome cuando uno de esos mensajes llegaba a mi teléfono.

Y ha pasado.

Y yo no lo he podido evitar.

Las manos me tiemblan y no dejan de sudarme, el corazón me palpita tan deprisa que estoy segura de que todos a mi alrededor lo están escuchando.

Estamos esperando a que el jefe consiga esa maldita orden para poder ir a casa de los Miller. Jason está dentro del despacho con Will, analizando la posible conexión de esos niños. Yo estoy demasiado nerviosa para estar ahí, así que camino de un lado a otro, como si fuera un ratón de laboratorio dentro de una jaula.

—¡¿Pero cuánto tiempo se puede demorar esto, por favor?!

—Seguro que muy poco. El jefe es bastante persuasivo. Da por hecho que en nada iremos a esa casa. —Michael me acaricia el brazo comprensivo y Derek y Laurie asienten.

Agradezco a todos su apoyo, pero yo solo necesito ir a esa maldita mansión y detener a esos desgraciados.

La puerta se abre y la respiración se me acelera.

—¿La tenemos?

—Lo siento, Malena, lo que hemos averiguado no ha sido suficiente para ir a por esos cabrones. —Las palabras de Jason me vuelven a hundir.

—¡¿Cómo que no ha sido suficiente?! ¡¿Jefe?! —increpo a Duke.

—Lo hemos intentado, Acosta, pero el juez no ve los indicios necesarios para esa orden.

—¡Pero qué coño necesita, joder! ¡Mi hijo lleva desaparecido dos días!

—El problema es que estamos hablando de gente influyente. Ya os dije que ese iba a ser nuestro peor aliado. Necesitamos que la mierda les llegue al cuello para que no se vayan de rositas. Tienen buenos abogados y recursos económicos para no pasar ni una sola noche en el calabozo.

—Esto no puede estar pasando. Mi hijo está en peligro. ¡Ese hombre es un asesino!

—Escuche, el hecho de que no hayamos conseguido la orden todavía no significa que nos quedemos quietos…

—Eso es, Malena, nos acaban de informar los forestales de una casa en el bosque, y podría ser el lugar donde está escondido Conrad Miller —Jason interrumpe al jefe y termina por decir lo que trataba de hacer él.

—Allí podría estar mi hijo… ¿Qué estamos esperando para ir?

—A que lleguen más efectivos. Ese hombre debe estar armado y sabemos que es un psicópata, capaz de hacer cualquier cosa. —Asiento acordándome de Amanda, la chica del centro a la que violó y que estoy segura de que también fue él quien le robó a la niña—. Además, como bien ha dicho, allí puede que tenga retenidos a algunos de los menores. Debemos ser cuidadosos. Un movimiento en falso y esos pequeños podrían salir perjudicados.

—Lo siento, jefe, pero yo no puedo esperar más. La vida de mi hijo depende de eso. No se preocupe por los demás niños, le juro que no les pasará nada.

—Está bien, vaya con Waters y García, en cuanto vengan los demás se reunirán con ustedes allí.

—Jefe, yo también puedo ir —dice Derek.

—No, agente Thomas, usted vaya a casa de los Miller y consiga más información para que el juez Hudson nos dé la maldita orden judicial.

Es lo último que escucho cuando salgo acompañada por Jason y Michael de la comisaría. Al final también ha venido Jackie con nosotros.

Media hora después llegamos a la entrada del bosque. Estamos en Muir Woods, el primer lugar en el que pensamos que podía estar escondido Conrad Miller. Está repleto de secuoyas tan grandes que apenas entra un rayo de sol por ellas. En las afueras divisamos una casa.

Es una cabaña grande con los techos altos y sale humo de la chimenea por lo que intuimos que está dentro. Jason manda nuestra ubicación exacta a la estación para que el jefe pueda mandar refuerzos. Estoy tan nerviosa que casi no puedo controlar las lágrimas. Solo pienso en mi hijo y en el miedo que tiene a la oscuridad y se me eriza la piel. Han pasado dos noches y el pobrecito debe de estar muy asustado si lo tienen ahí retenido.

—Michael, ve tú por detrás, yo aseguraré la ventana de la izquierda —susurra Jackie.

—Vale, vosotros id por delante, Malena. —Asiento y confirmo las posiciones.

Cuando nos acercamos, escucho a un niño llorar. El corazón se me encoge y entonces le hago una señal a Jason indicándole que entremos ya. Él asiente con la cabeza y le hace un gesto a Michael y Jackie para que sepan que estamos a punto de acceder a la vivienda.

De un solo golpe y con una patada seca, Jason derriba la puerta y entramos.

Nada más meternos dentro, vemos a una mujer que se queda espantada con la imagen. Los ojos se me van hacia una cuna que hay en la sala de donde sale el llanto de un bebé.

—No haga ningún movimiento raro y no ocurrirá nada. —Me acerco a ella despacio y entonces, como si estuviera pasando a cámara lenta, veo como la mujer coge un cuchillo que había en la mesa y lo levanta con la intención de clavármelo en el cuello, pero por suerte reacciono y logro atraparle la mano antes de que lo lleve a cabo. Le retuerzo los dedos y con un grito de dolor, lo suelta y cae al suelo.

—¡Las manos a la espalda! —Jason le coloca las esposas y las introduce en la pata de la mesa para evitar que la mujer escape—. ¿Estás bien?

—Perfectamente. —Miro hacia los lados, consciente de que Conrad puede estar en alguna de las habitaciones, aunque con todo el ruido que hemos hecho al entrar y forcejeando con la mujer, si está ahí dentro, es más que evidente que ya lo hemos puesto en sobre aviso.

En silencio avanzamos hacia dentro. Al pasar por la cuna observo que hay una niña. Apenas tendrá una semana de vida, por lo que supongo que es el mismo bebé que fue secuestrado en el hospital. Sonrío por unos segundos pensando en que su madre hoy va a poder volver a respirar.

—¿Lista?

—Sí —le digo a Jason cuando abro la primera de las habitaciones. Jackie y Michael se adentran en el pasillo para acceder a otra de las estancias de la casa.

Cuando abro, hay dos niños pequeños sentados en una alfombra. Deben de tener apenas dos o tres años. Tienen la cara sucia llena de surcos de haber estado llorando. Se me parte el alma al verlos. Los pobres se asustan cuando nos ven a los dos armados.

—Tranquilos, estáis a salvo, hemos venido a sacaros de aquí.

Los niños comienzan a llorar y yo me acerco y los abrazo. Al momento se tranquilizan, pero entonces me acuerdo de mi hijo. Los acaricio y al levantarme, aparecen Jackie y Michael, con un niño cada uno en sus brazos.

Ninguno es Rafael. Vuelvo a sentir miedo.

—No hay más niños en la casa. La hemos revisado y tampoco hay rastro de Conrad.

—¡No! ¡No puede ser!

Tenía la esperanza de encontrar a mi hijo en esta casa y se acaba de esfumar. Suspiro y cierro los ojos con fuerza.

—¡Huye, Conrad!

El grito de la mujer que tenemos esposada en el salón nos sorprende. Dejamos a los niños seguros en la habitación y cuando salimos, vemos como una moto sale deprisa de allí.

Salgo corriendo y me monto en el coche dispuesta a seguirlo.

«No te saldrás con la tuya, Conrad Miller».

«Voy a por ti».

45

¿Dónde lo tienes, Miller?



Cuando hemos escuchamos el grito de la mujer que teníamos esposada advirtiendo a su cómplice para que huyese, Malena ha salido corriendo de la cabaña tras él. No me ha dado tiempo a reaccionar, pues ha cogido las llaves de nuestro coche y ha volado detrás de Conrad Miller. El desgraciado se ha subido a una moto y ha sido tan rápido que al momento lo he perdido de vista. Y a ella también.

—¡Dame tus llaves! —grito a Michael que me las lanza y las atrapo en el aire. Salgo a toda velocidad detrás de ellos dos. Dejo allí a Jackie y a mi amigo al cuidado de los niños y a la espera de los refuerzos.

«¡Mierda, Malena! Te he perdido el rastro en menos de medio minuto, a ti y al hijo de perra de Conrad Miller. ¿Por qué siempre vas por libre?», pienso cabreado mientras conduzco a no sé ni a cuántos kilómetros por hora, prefiero no mirar la velocidad.

El camino está lleno de baches y piedras que me impiden correr hasta que por fin salgo a la autopista y acelero. Aún más que antes. No quiero que Malena se enfrente ella sola a ese hombre. Es un tipo muy peligroso y capaz de cualquier cosa. Y ella está demasiado nerviosa y ansiosa por encontrar a Rafael, y eso ya sabemos que la hace débil frente a ese infeliz.

Avanzo por el asfalto, esquivando el tráfico que parece haberse puesto de acuerdo para evitar que los alcance, pero vuelvo a acelerar y consigo ponerme a casi doscientos kilómetros por hora. Por fin los veo a lo lejos. Cuando me voy acercando, observo como la moto de Conrad está tirada en el suelo y el coche que conducía Malena la ha empotrado contra uno de los árboles del bosque. Freno en seco y apago el motor al tiempo que salgo lo más rápido que puedo.

Cuando lo rodeo, una sonrisa se instala en mi cara, aunque soy consciente de que no es el momento, pero no puedo evitar hacerlo con la escena que ven mis ojos. Malena ha reducido a Conrad, que yace en el suelo con la cara aplastada por su rodilla. Le está colocando las esposas. Lo ha apresado a pesar de la corpulencia de ese hombre y lo ha hecho ella sola. Me fijo en su rostro y está totalmente deformado con la cicatriz que le recorre toda la piel, tal y como testificó el personal del hospital.

—¡Levántate, Miller! —le grita—. Quedas detenido, tienes derecho a guardar silencio,

cualquier cosa que digas puede y será utilizada en tu contra ante un tribunal. Tienes derecho a un abogado, si no puedes pagarlo, se te asignará uno de oficio.

—Voy a avisar de que lo tienes. Ya deben de haber llegado los demás a la cabaña —le informo a ella mientras él me mira y escupe al suelo.

Malena asiente y mete a Conrad en el coche mientras engancha las esposas al cabecero de los asientos de atrás.

—¡Me haces daño, zorra!

—¡Podrás soportarlo! ¡Créeme! —Le retuerce la mano y este grita de dolor—. ¡¿Dónde tienes a mi hijo?!

—Yo no he hecho nada. ¡No sé de qué me hablas, mujer del demonio!

—Ya veremos lo que sabes cuando lleguemos a la comisaría.

Cierra de un portazo el coche y se acerca a mi lado.

—Vienen de camino. He puesto a Duke al tanto de todo.

—Bien, nosotros podemos ir a la comisaría e interrogar a este desgraciado. No quiero perder más tiempo. Si mi hijo no estaba en esa casa, ¿entonces dónde está, Jason?

—Vamos a hacer que este indeseable cuente todo lo que sabe. —Le acaricio la cara con dos dedos—. ¡Venga, vámonos!

—Hay que devolverle la niña a la madre que dio a luz hace unos días. Estoy segura de que es el bebé que estaba llorando en la cuna.

—No te preocupes, me acaba de decir Michael que ya han llegado los demás y también hay una ambulancia para llevar a los niños al hospital y asegurarnos de que están todos bien antes de llevarlos con sus familias.

—¡Oh, Jason! —Comienza a llorar y yo la abrazo—. Estoy angustiada por Rafael. No sé dónde lo tienen y debe estar muy asustado.

—Tranquila, no le va a pasar nada. Hemos detenido al autor material de los secuestros y pronto daremos con él.

La beso en el pelo y la uno a mi cuerpo para darle calor. Está temblando.

Salimos de allí en dirección a la comisaría. Conrad Miller va soltando insultos durante todo el trayecto que nosotros, como es obvio, ignoramos. Solo queremos llegar a las dependencias policiales para que este tío nos diga dónde tiene a Rafael.

Cuando llegamos a la comisaría, lo llevamos directo a la sala de interrogatorios, donde ya nos espera Duke.

—¿No ha pedido un abogado? —pregunta Malena al otro lado del cristal mientras observamos a Conrad sentado con la mirada cruzada hacia nosotros. Sabe que estamos detrás a pesar de que no nos ve.

—No, estoy seguro de que su hermano Leonard le ha dicho que si esto pasara no lo buscara. Si lo repudiaron desde pequeño, no van a cambiar ahora que es adulto.

—Pero puede incriminarlos, a los Miller, me refiero —insisto al jefe.

—Sí, pero de momento, su hermano y su cuñada no saben nada, así que jugará al silencio, pero ya veremos cuanto tiempo resiste. Se enfrenta a muchos cargos. Hay varios empleados del hospital que lo van a identificar en una rueda de reconocimiento.

—Cuando me dijo que no sabía nada de mi hijo, me pareció sincero, jefe. ¿Y si él no lo tiene?

—Sea como sea, estamos cada vez más cerca de que termine esta pesadilla, agente Acosta, y estoy seguro de que su hijo también va a aparecer. Este malnacido cantará, no lo dude.

—Yo lo único que quiero es recuperar a mi niño.

Le rodeo los hombros y le beso en la cabeza.

—Es hora de comenzar con el interrogatorio. No ha pedido abogado y eso es bueno para nosotros. Podemos apretarle las tuercas sin temor a que se entrometa un *abogaducho* en nuestro trabajo.

—¿Puedo hacerlo yo, jefe?

—Acosta, es mejor que se mantenga al margen, está demasiado implicada emocionalmente. Lo hará Waters y si es necesario entraré yo. No se preocupe.

—De acuerdo.

Los dos asienten. Salgo por la puerta y el jefe se queda a su lado tras el cristal. Lo veo entrar en la habitación y escucho atenta a lo que dice.

«¿Dónde lo tienes, Miller?».

46

¿Alexander?



—*¡¿Nos vas a decir de una puta vez qué coño hacían esos niños en tu casa?!* —Jason está gritando con la cara pegada a la de Conrad que sonríe cínico.

—*No sé de qué mierda me hablas. ¡Esa casa no es mía!*

Se acerca al interruptor de la cámara que los está grabando y lo aprieta.

—¿Qué hace? —pregunto en voz alta.

—La apaga. Fuera imagen. Son muy viejas y a veces fallan, sobre todo cuando enfocan a hijos de puta como él —me contesta el jefe con una leve sonrisa en los labios, casi imperceptible y sin dejar de mirar hacia delante.

—*¿Y esperas que me lo crea, capullo?* —Jason se vuelve a acercar a él y lo coge del cuello, dejándolo sin respiración hasta que empieza a toser. Dos segundos después lo suelta. Por un momento he pensado que lo iba a matar con sus propias manos. Ahora entiendo por qué el jefe no me ha dejado entrar a mí. Quizás yo sí lo hubiera hecho.

—*¡Casi me matas, hijo de perra!* —Le escupe en la cara.

Qué asco de tío. No solo su aspecto es desagradable por su deformación facial, sino porque tiene ojos de asesino. Y de violador también. Solo espero que en el hospital nos digan que los niños están bien y no han sufrido ningún abuso por este desgraciado, porque si no soy capaz de entrar ahí y ahogarlo sin ningún remordimiento.

—*Yo no te voy a matar* —sigue diciendo Jason—, *pero sé de unos amiguitos que te van a hacer tu estancia en el trullo mucho más acogedora.*

—*No tenéis nada contra mí.*

Jason comienza a reír a carcajadas y le lanza fotos en la mesa.

—*Supongo que este hombre no te suena, ¿verdad?* —Retira la cara hacia el otro lado, pero Jason se la coge y la aprieta obligándolo a mirar—. *Se llamaba Arthur y acababa de ser padre, pero tú, desgraciado, le arrebataste la vida y le quitaste a su hija recién nacida.*

—*No sé nada de eso. Ya te lo he dicho.*

—Ya, lo que pasa es que hay muchos testigos que te vieron en el hospital y que estarán encantados de testificar en tu contra. Es una pena que no sepas nada. Supongo que la amnesia también te impide acordarte de Amanda Rais, ¿verdad?

La cara de Conrad de pronto se vuelve pálida cuando escucha el nombre de la chica. No creo que se haya olvidado de que la violó y, según creemos, también le robó a su hija.

—¿Por qué la nombras a ella? ¿Qué tiene que ver con los niños?

—Uy, parece que de pronto te ha vuelto la memoria. Bien, vamos avanzando. De todas formas, te la refrescaré un poco más. —El tipo se mueve incómodo en la silla—. *Amanda era una chica que estaba contigo en el mismo centro donde tus padres te recluyeron porque no querían saber nada de ti.*

Agacha la cabeza mirando hacia el suelo.

Jason hace lo mismo, pero le tira de un mechón de pelo para que lo mire mientras le habla.

—Abusaste de esa pobre niña indefensa, pero no tuviste suficiente con eso, ¿verdad? No, claro que no, le tenías que robar a su hija, ¿no es cierto? —grita y pega un golpe en la mesa que parece retumbar en la sala.

Conrad se queda mudo. Está con el ceño fruncido y se le ve inquieto, pero Jason sigue insistiendo, sacándole más fotos. Son recortes que hemos obtenido de la hemeroteca municipal, donde se hablaba de lo que sucedió en ese centro. Al parecer, uno de los empleados, que poco después fue despedido, denunció todo lo que había pasado en ese lugar. Aunque curiosamente la causa se archivó al cabo de unos meses.

Observo como Conrad está a punto de explotar con cada una de las palabras que Jason le va diciendo.

Y al final lo hace.

Y explota.

—¡Esa niña también era mía! ¡No iba a dejar que se criara en un centro como yo!

El jefe me mira y sonríe asintiendo con la cabeza. Se acaba de inculpar en el secuestro de ese bebé que, por el tiempo que ha pasado, ahora tendrá diecisiete o dieciocho años.

Después de la confesión sobre Amanda Rais, y de que Jason le aconseje que lo cuente todo, a la vista de que le van a caer muchos años y de que va a acarrear con lo de los demás miembros de la organización criminal, Conrad empieza a soltarlo todo. Entonces, comienza a enseñarle las fotos de los niños que aparecieron en el despacho de su hermano Leonard.

Cuando veo que Jason le muestra la imagen de Rafael, el corazón se me encoge. Analizo la expresión de Conrad, pero su cara cambia completamente. No es la misma que tenía hace un momento cuando veía a los demás niños.

—Este niño no sé quién es.

—¿Y por qué estaba entre los papeles de tu hermano, en su despacho?

—Ellos tienen muchas fotos. Los observan en sus entornos, y los analizan a ellos y a sus familias, sobre todo si son de los rasgos físicos y las edades que reclaman las parejas que acuden a la agencia de adopción. Yo solo se los llevo. No tengo nada que ver con lo que les pasa después.

—*¿Entonces a este niño* —vuelve a mostrarle la imagen de Rafael— *no lo has llevado a la agencia de tu hermano Leonard?*

—*¡Ya te he dicho que no, joder!*

Jason levanta la mirada y la dirige al espejo donde estamos Duke y yo. Sabe igual que nosotros que está diciendo la verdad. Cuando están acorralados y les prometes que se beneficiarán dentro de la cárcel si colaboran, no suelen mentir. Y ahora sabemos que no lo está haciendo.

—No lo tienen ellos, jefe. ¡¿Entonces, dónde mierda está mi hijo?! ¿Quién lo tiene?

—Tranquilícese, Acosta. Seguro que damos con él.

—Pero ¿cómo me voy a tranquilizar si esta noche será la tercera que mi hijo está solo? A saber, ¿dónde y con quién?

Se me escapa una lágrima. El jefe me aprieta el hombro, pero no abre la boca. Es incapaz de decirme nada. Los dos sabemos que se ha esfumado la única esperanza de que mi hijo apareciera, porque si no lo tienen estos desgraciados, no sé quién lo puede tener.

Salgo de allí y me dirijo al baño.

Necesito echarme agua en la cara.

Necesito pensar. Tengo que pensar dónde puede estar y quién lo puede tener. Si no son estos tipos que tenían su foto, no sé quién más puede retenerlo. No sé quién me odia tanto como para quitármelo.

Me miro al espejo desesperada, viendo como las lágrimas se mezclan con el agua que me corre por la cara.

«Ahora no es momento de llorar, Malena. Ahora es momento de pensar. Piensa, joder, piensa».

Sumida en el dolor más profundo que he sentido, por segunda vez en mi vida, me dispongo a salir del baño, pero entonces, el sonido de mi móvil me indica que un mensaje me acaba de entrar.

Me retiro las lágrimas y lo enciendo. Cuando veo el mensaje, el alma se me cae a los pies.

«No te preocupes por él, está donde debió estar siempre. No eres una buena madre. Todavía es muy pequeño y Alexander se olvidará de ti. Es cuestión de tiempo».

«¿Alexander? ¿Quién es Alexander?».

47

Hazlo por él



—Tranquila. Vamos a averiguar quién tiene a nuestro niño.

—Has dicho nuestro niño —dice con una sonrisa triste.

—Sí, eso he dicho. Lo quiero como si fuera su padre y algún día me gustaría serlo para él, ya lo sabes. Malena, te juro que cuando coja al desgraciado que se lo ha llevado no va a tener tierra suficiente para correr. Lo voy a perseguir hasta el fin del mundo, aunque sea lo último que haga. —La abrazo y ella me agarra la camisa mientras derrama lágrimas fruto de la desesperación.

La puerta de la sala de reuniones donde estamos se abre y aparece Michael y Jackie. Imagino que deben de haberse enterado ya del mensaje que le han enviado a Malena.

—Chicos, acabamos de saber que Conrad Miller no tiene a Rafael, ¡maldita sea!, y que alguien te ha mandado un nuevo mensaje. ¿Puedo verlo? —Jackie le pide el teléfono a Malena que se lo muestra.

Ella y Michael lo leen con detenimiento.

—¿No sospechas de nadie? No sé, tal vez ¿algún vecino o alguien del colegio que pudiera tenerlo?

—El edificio es muy viejo y solo hay tres viviendas habitadas. En una hay una pareja joven que siempre está viajando, y en otra, dos hermanas octogenarias que viven juntas… No creo que ninguno de ellos sea sospechoso.

—Del colegio me he encargado yo —respondo y ellos me miran, la primera Malena, pues no lo sabía y se está enterando ahora—. Sí, hace unas semanas investigué a los profesores del colegio. Necesitaba estar seguro de que el niño no se relacionara con algún tipo de delincuente. No te dije nada porque no quería preocuparte.

—Pues después de lo que ha pasado, está claro que todas las precauciones eran pocas, aunque al final…

—Al final lo vamos a encontrar. —Ella asiente.

—¿Y qué has averiguado?

—Nada relevante. Todos limpios, salvo multas y una pelea en algún bar de uno de los profesores cuando tenía dieciséis años. Lo normal.

—Estoy desesperada y el localizador no funciona —dice Malena apoyando la mano en la frente.

—No funciona o… lo han desconectado. ¿No lo has pensado? —pregunta Michael.

—Sí, lo hemos barajado, pero Will dice que es probable que se cayera con el forcejeo, aunque a mí no me convence.

Me quedo analizando las palabras que acaba de pronunciar Malena y pienso como ella. Tampoco me convence. Recuerdo que el localizador de Rafael estaba fijado con fuerza a la chaqueta, por lo que me parece muy raro que se cayera así sin más.

Para colmo, el único que ha podido ver al raptor del niño está en coma tras la operación y no sabemos cuándo va a despertar. Sé que algo se nos escapa, pero ¿qué es? Maldita sea, no lo sé y eso me está matando. Lentamente. No me hace falta estar en la piel de Malena para saber lo que supone para ella que comience a anochecer, porque eso significa que una noche más el niño no está con nosotros. Está solo. A saber, a manos de quién. Me quito estos pensamientos de mierda en cuanto pasan por mi mente. Necesito estar positivo para ellos. Y también para mí.

Mira por la ventana y estoy seguro de que está pensando cómo estará el niño.

—Ese nombre me suena de algo, pero ahora no sé de qué, Jason —me susurra Michael en tono bajo para que ella no se entere.

—Ya, a nosotros nos pasa igual, pero no logramos descifrar el mensaje. Por más que lo he leído no consigo hacerlo y estoy desesperado.

—Tranquilo, amigo, no estáis solos, contáis con nosotros para encontrar al niño, y no pararemos hasta lograrlo. Ya sabes que lo queremos todos en esta comisaría.

Jackie se acerca a Michael y le dice que la acompañe a la cafetería a por una infusión relajante para Malena. Está demasiado nerviosa. Pasea de un lado a otro con el móvil en la mano de forma permanente por si suena y le da alguna pista de dónde se encuentra Rafael.

Cuando los dos se van a por las bebidas, me acerco y la abrazo por detrás. La rodeo con mis brazos y trato de darle el calor que le falta. Y del que carezco yo también en estos momentos.

Esta tarde todo el operativo, a excepción de nosotros, de Jackie y de Michael, han ido a la mansión de los Miller para su detención. Por fin, el juez Hudson ha dado la orden de entrada y registro en ese lugar. Tenemos suficientes pruebas para mandarlos a la cárcel de por vida, y ni el dinero ni sus influencias, podrán sacarlos de allí. Además, hemos encontrado numerosas relaciones con gente muy importante que estaba entre los papeles que Malena sacó del despacho. Hay suficientes, pero ahora que tenemos vía libre para registrar toda la casa, estamos seguros de que vamos a sacarlo todo a la luz para así devolver a sus familias a los niños que fueron robados por esta organización. Parece que la historia se repite de alguna manera, porque a Rafael lo robó su propio padre para llevárselo a su mujer que, engañada, creyó que era un niño que habían adoptado, pero la realidad era una muy distinta. Ese niño había sido arrebatado de los brazos de su madre recién nacido y durante su primer año de vida fue criado por otra mujer que lo quiso como si fuera su verdadera madre.

En un rato es la hora de visita del hospital y vamos a ir a ver a Davidson. Es vital que

despierte del coma y nos cuente lo que vio.

*****

Son las siete y estamos en la habitación donde nuestro compañero yace en una cama. Según nos han dicho los testigos, luchó contra el agresor para evitar que se llevaran a Rafael, pero, por desgracia, una bala le atravesó muy cerca del corazón y cayó al suelo. Malena y yo estamos a su lado. Observamos como respira despacio. Está conectado a miles de cables y aparatos. Malena le habla cerca de su oído y le pregunta sobre la persona que se llevó a su hijo, aunque él no contesta.

La puerta se abre y aparece el médico que, hace un rato, nos ha dado permiso para que entremos.

—Buenas, agentes, siento decirles que deben irse ya. El agente Davidson está en coma, pero debe descansar, pues escuchar sus voces lo puede cansar o incluso excitar.

—¿Usted cree que pueda oírnos?

—Así es. Hay evidencias científicas que nos sugieren que existen pacientes que pueden oírnos si les hablamos.

—¿Cuándo cree que despertará, doctor? —pregunto mientras Malena espera ansiosa la respuesta.

—No sabría decirles, puede que en unos días o tal vez semanas o puede que meses. Les mentiría si les dijese una fecha, aunque fuera aproximada. Cada caso y cada enfermo es diferente.

—¡Dios! Necesitamos hablar con nuestro compañero. Es el único que vio quien se llevó a mi hijo. Los testigos que había en la calle dan testimonios difusos. Demasiado imprecisos.

—Lo sé, he sido informado de la situación y lo lamento mucho, agente, pero, por desgracia, no podemos hacer nada.

—Ya, en fin… será mejor que nos vayamos —responde cabizbaja.

—Mañana volveremos por si hubiera alguna novedad —le digo al doctor que asiente y salgo detrás de Malena que no ha querido decir nada más.

Regresamos a la comisaría. La veo pensativa con el ceño fruncido mirando por la ventanilla del coche. Esta es la tercera noche que pasaremos en vela esperando una señal de ese desgraciado hasta que el cansancio nos venza a los dos.

—Quédate aquí por si hubiera alguna novedad, voy a la cafetería a por un café y algo de comer.

—No tengo hambre, Jason.

Me acerco a ella y le enmarco la cara que luce más triste que nunca.

—Yo tampoco, pero necesitamos coger fuerzas para encontrarlo, Malena. Si nos debilitamos, no podremos ayudarlo. Por favor, hazlo por él.

Ella suspira y suelta el aire que le aprisiona el pecho.

—Está bien, comeré un poco.

Y así salgo de la sala esperando que en las próximas horas sepamos algo del niño. Si no, creo que voy a volverme loco.

48

Necesito averiguar por mí misma



Otra vez es de día y sigo sin saber nada de mi niño. De dónde está, de si ha comido, o de si tiene frío, o si le han apagado la luz al acostarlo. Me voy a volver loca de tanto pensar. La angustia no me deja respirar. La persona que me lo ha quitado me ha arrebatado una parte de mi ser. La única que me mantenía viva.

A las tres de la mañana, Jason y yo nos fuimos a mi apartamento. A pesar de que me resistí a irme del sofá, el sueño debió vencerme y supongo que él me trajo a la cama, donde he amanecido tapada con una manta y con la misma ropa de ayer.

Me levanto de un salto cuando escucho trastear en la cocina. Me asomo y veo a Jason preparando el desayuno. Esa imagen hace que una lágrima se me escape. Podría ser una mañana cualquiera antes de salir al colegio. Yo vistiendo a Rafael y él haciendo el desayuno para los tres.

«Los tres…».

Necesito que dejemos de ser dos. No lo soporto más. Hoy será el cuarto día sin saber dónde está.

Me meto en la ducha. No quiero que me vea llorar.

Sé que él está pasándolo muy mal por el niño, igual que yo, y no aguantaría que también sufriese por mí. Como dijo él mismo, los dos debemos estar fuertes. Todo es una mierda. Tenía la esperanza de encontrar a mi hijo en aquella casa, pero cuando no sucedió, perdí toda la esperanza, pues hoy en día, no tengo ningún indicio de quién pueda estar detrás de todo esto.

El agua me corre por el cuerpo y después de cinco minutos sin saber ni donde estoy, me doy cuenta de que la temperatura está demasiado caliente al ver cómo tengo todo el cuerpo enrojecido.

El teléfono lo he metido en el baño. No me despego de él en ningún momento. Sigo esperando a que el malnacido que tiene a mi hijo me vuelva a contactar. Quizás me dé alguna pista sobre su paradero.

Estoy ansiosa porque lo haga, ya que lo tengo pinchado y todas las conversaciones y mensajes los pueden ver y oír en la comisaría.

Salgo al salón vestida con un vaquero y una sudadera. Ni siquiera me he peinado. Solo me he recogido el pelo para que no me moleste.

—Hola. —Me acerco a Jason que está de espaldas a la puerta y al oírme, se da la vuelta.

—Hola. He preparado algo de desayunar antes de que salgamos a la comisaría.

—No tengo…

—Por favor, comamos algo —me interrumpe y me da un beso suave en los labios.

—Está bien. Algo. —Sonrío sin apenas ganas, pero él es lo único bueno que tengo en estos momentos. Si no estuviera aquí conmigo, creo que me habría derrumbado del todo.

—Buena chica.

Nos sentamos en la barra de la cocina y me tomo el café con la mirada perdida.

—¿Sabes algo del localizador? ¿Te dijo Will si había podido averiguar alguna cosa nueva?

—Me dijo que lo está intentando, pero que no da señal, aunque ha cambiado de opinión y cada vez está más por pensar como nosotros.

—¿A qué te refieres?

—A nuestra teoría de que alguien lo ha desconectado. Pero… si solo lo sabíamos nosotros, ¿cómo ha podido pasar?

Me quedo pensativa con las palabras que flotan en el aire. Éramos muy pocos los que conocíamos de su existencia. Jason no quería que nadie lo supiera. Tan solo se lo contamos a Michael, a Jackie y a …

La cabeza empieza a darme vueltas y un dolor punzante hace que pierda la visión por un instante.

—¿Qué te pasa? —Los brazos de Jason me sujetan. Creo que he estado a punto de desfallecer.

—Solo ha sido un leve mareo. Estoy bien, no te preocupes.

—Vale, pero come, por favor.

—Sí, voy a comer.

Le doy un bocado a la tostada y sigo pensando en las personas que sabían que había un localizador…

No puedo decirle nada todavía a Jason porque necesito averiguar por mí misma que mis sospechas son ciertas, y para eso tengo que vigilar a esa persona antes de que todos lo sepan.

Ya he sido lo suficiente bocazas y por mi estupidez he puesto en peligro a mi hijo.

Si algo le pasa a él, no me lo voy a perdonar en la vida.

49

Esto no puede estar pasando



Hemos salido de su apartamento y Malena me ha dicho que quería pasarse por el hospital antes de llegar a la comisaría, por si Davidson despertaba. Yo quería acompañarla, pero el jefe Duke nos necesitaba a Michael y a mí. Tenemos la localización de uno de los matrimonios que aparecen en los papeles de los Miller. Hace dos meses adoptaron a un niño de dos años y estamos convencidos de que es uno de los muchos que han robado a sus familias en las últimas semanas.

—¿Cómo estáis tú y Malena? —pregunta mi amigo de camino a casa de los padres adoptivos.

—Mal, tío. Muy mal. Lo que más me jode es que no tenemos ni una puta señal o pista de dónde puede estar el niño y eso me está matando. A los dos, claro.

—Lo sé, todos estamos igual de frustrados. Para colmo el hijo de perra no ha vuelto a dar señales de vida. Es listo y sabe lo que hay, por eso ahora no dice ni hace nada. El cabrón se mantiene en silencio.

—A mí me preocupa que puedan salir del país. —Michael niega con la cabeza—. Sí, ya sé que los de fronteras están avisados con la fotografía de Rafael, pero este tipo ha sido demasiado inteligente todo este tiempo, muy a mi pesar. No ha dejado rastro y pudo con Davidson.

—Sí, es cierto, casi lo mata. Esperemos que se recupere lo antes posible, por él lo primero, pero también para que arroje un poco de luz al día del secuestro. Es el único que vio al agresor.

—Sí, tío. Todo lo que está pasando es una mierda. Una puta mierda. —Golpeo el volante con rabia.

Llegamos a casa de los Mardsen. Son una familia adinerada que vive en Sacramento, a unas noventa millas de San Francisco. Deberíamos haber tardado más de dos horas, pero he pisado el acelerador y lo hemos hecho en poco más de una. No me gusta estar tan lejos de la ciudad por si contactaran con Malena o tuviéramos alguna novedad del secuestrador.

Nos recibe una mujer que debe de ser la encargada de cuidar la casa.

—Buenos días, señora. Somos inspectores de policía, García y Waters. —Le enseñamos la placa—. Venimos con una orden.

Michael le enseña el papel y cuando la mujer va a decir algo, la interrumpe otra señora que, por su vestimenta y las joyas que luce en el cuello, debe de ser la dueña de la casa y, por ende, la madre adoptiva.

—Yo los atenderé, puedes retirarte, Marili.

—Gracias.

Accedemos dentro de la vivienda y comprobamos que es incluso más grande de lo que parecía por fuera. Tiene unas escaleras justo en el centro que dan acceso a la planta de arriba.

—Señora, venimos porque sabemos que usted y su marido adoptaron a un niño hace dos meses.

La mujer asiente, pero no la veo nerviosa en ningún momento, lo que me indica que sabe por qué estamos aquí.

—Ese niño fue robado a su familia, por lo que están implicados en un delito de secuestro y adopción ilegal.

La mujer levanta el cuello y aprieta la mandíbula de forma altiva.

—¿Dónde está su marido? —continúa preguntando Michael.

—En su oficina, trabajando.

—Por favor, denos su dirección.

La mujer se va hacia una mesita y coge papel y lápiz. Apunta los datos que le hemos pedido y cuando nos lo da, se lo entregamos a los compañeros para que vayan a detener al señor Mardsen. La mujer llama a la niñera y esta, al cabo de cinco minutos, trae al niño. Hace poco que lo tienen y por suerte no debe de haber cambiado apenas de aspecto, por lo que no habrá problemas en corroborar sus datos con la denuncia y devolverlo a su familia, tras las oportunas pruebas biológicas por el forense.

Nos llevamos a la mujer para interrogarla. Si ellos conocían la procedencia del niño que adoptaron, se enfrentan a una pena de muchos años de cárcel.

A falta de una escasa media hora de llegar de nuevo a San Francisco, me entra una llamada del jefe. Pongo el altavoz para que Michael también la oiga.

—Waters, ¿sigues con García en Sacramento?

—No, jefe, ya salimos, vamos camino de vuelta. Los señores Mardsen deben estar a punto de llegar a comisaría porque salieron como una hora antes que nosotros en el coche patrulla. El niño está con la asistenta social y también van hacia allí. Nosotros nos hemos quedado sacando pruebas de la casa y estamos convencidos, tanto Michael como yo, de que esta gente sabía que esa adopción era ilegal.

—Bien hecho. Les aviso porque nos han llamado del hospital…

El corazón empieza a latirme con fuerza y noto como la garganta de pronto se me seca.

—Han intentado matar a Davidson, pero afortunadamente no han podido llevarlo a cabo. Una enfermera ha entrado en la habitación justo en el momento en que le estaban tapando la cara con la almohada y ha dado la voz de alarma.

—¡No puede ser posible! Y ¿cómo está él?

—Milagrosamente está vivo, ha sido cuestión de segundos. Si esa chica no hubiera entrado a tiempo, no lo podría contar. La parte buena es que ha despertado.

—Gracias a Dios. ¿Cuándo podremos hablar con él, Duke?

—Todavía no nos dejan. El médico dice que debemos esperar unas horas para que comprueben que todo está bien, pero quería que lo supiera.

—Te lo agradezco, Duke. ¿Lo sabe ya Malena?

—No podemos localizar a la agente Acosta. Llevamos llamándola más de media hora, pero salta el contestador.

Me quedo sin palabras y es Michael quien le dice a Duke que vamos para allá antes de cortar la llamada.

Esta mañana la he visto demasiado abstraída y, ahora que lo pienso, me dijo que iba a pasarse por el hospital, así que ya debería saber que Davidson ha despertado y, sin embargo, no está allí.

«Esto no puede estar pasando, ¿dónde estás, Malena?».

50

No voy a poner en peligro a mi hijo



Si estoy en lo cierto, espero averiguar hoy mismo dónde está mi hijo. No veo la hora de estrecharlo entre mis brazos. Observo como sale de su apartamento. Saluda al chico del quiosco de la calle y continúa hacia una cafetería donde finalmente entra. Ahí se sienta en una mesa junto a la ventana que da a la calle. Está pidiendo la comanda a la camarera. Coge un periódico y empieza a leerlo. Al cabo de unos segundos, la chica que lo ha atendido viene con una bandeja que porta un café y lo que creo que es un sándwich y unas cuantas cosas más, porque desde donde estoy me es difícil concretarlo. Pero eso no importa, solo quiero saber hacia dónde va cuando termine de comer todo lo que le han traído que, vista la cantidad de comida, parece que tiene mucho apetito.

Lleva un buen rato comiendo y lo hace con demasiada tranquilidad, como si no tuviera prisas de nada, al mismo tiempo que sigue hojeando el periódico. Página a página, con una paciencia pasmosa. Justo la que me falta a mí ahora mismo. Me estoy controlando para dejar mis impulsos, tan propios de mí, y esperar el momento. Mi momento. Vuelve a hablar con la camarera y esta le sonríe. Parece que la conoce ya que, por sus gestos, la conversación es bastante amigable, por lo que se ve que lo hace con asiduidad. Es más que obvio que se lleva bien con la gente de su barrio, pues, hasta que ha llegado al bar, se ha parado en varias ocasiones a charlar con cada vecino que se cruzaba por su camino.

Tengo ganas de llorar, pero me contengo. No puedo pensar con claridad, pues la imagen de mi peque es lo único que me viene a la mente y me siento débil. Lo veo asustado en una habitación que no es la suya, sin sus juguetes y sin los cuentos que tanto le gusta que le leamos, y mis fuerzas se esfuman. Me he dado cuenta estos días que soy capaz de detener a quien se me ponga por delante, al criminal más peligroso si es necesario, pero cuando se trata de mi hijo no me siento tan valiente. Me recrimino a mí misma que no puedo ser así. No es momento de flaquear, aunque a veces parece que voy a caer.

¿Dónde está la Malena que sacó fuerzas de donde no las había para no desfallecer en aquel club donde fue violada, humillada y ultrajada por ese desgraciado?

A veces me pregunto cómo hice para aguantar todo aquello durante tanto tiempo, pero cuando pienso en mi hijo, en su carita, en lo dulce, cariñoso y en lo bueno que es, borro todas esas

imágenes horribles de mi cabeza y me centro solo en él. Por Rafael tuve ganas de seguir viviendo, de superarme a mí misma, y también de ser policía. Tenía que evitar, por todos los medios, que lo que yo padecí no lo sufriera ninguna otra persona y para eso tenía que acabar con los malos. Por eso me hice policía.

Me he abstraído unos minutos en mis pensamientos y cuando alzo la vista sigue ahí, terminándose su último sorbo de café, o eso creo.

Pero de pronto, se gira en mi dirección.

«¡Dios, puede que me haya visto!».

Me oculto rápido detrás de la esquina y espero unos segundos, medio minuto tal vez, o quizás algo más. No sé si seguirá mirando hacia mí, así que me aseguro un poco más antes de volver a sacar la cabeza.

Despacio me voy asomando por la esquina y descubro que ya no está.

«Pero… ¿Dónde coño se ha ido?».

Salgo con cautela del callejón en el que me había escondido y compruebo que ya no está en el bar. Se ha esfumado como por arte de magia.

¡Mierda! Estoy segura de que sí me ha visto.

Me quito la gorra que me había puesto en la cabeza para ocultar mi pelo y la lanzo con rabia al suelo pegándole una patada. Está claro que no me ha servido de nada. Sigo caminando por la calle con la esperanza de encontrar de nuevo a mi objetivo, pero no es así. Maldigo mi suerte una y mil veces.

Un tirón en el filo de mi cazadora hace que me sobresalte. Me giro y tengo que mirar hacia abajo para darme cuenta de que un niño de apenas diez años está a mí lado.

—Tome, es para usted, señorita. —Me tiende un papel.

—¿Quién te lo ha dado? —le grito mientras lo sujeto por los hombros, pero sale corriendo sin darme tiempo a nada más.

Me dispongo a abrir el papel. Hay un mensaje.

«Te espero en la calle detrás de la tienda de golosinas. No avises a nadie o tu hijo pagará las consecuencias de tus actos. Y no me temblará la mano».

Si tenía dudas de si me había descubierto se acaban de esfumar. Sin pensármelo ni un segundo, camino hacia la dirección que me ha indicado el papel. Por supuesto que no pienso avisar a nadie, no voy a poner en peligro a mi hijo por ningún motivo.

Cuando cruzo la vía y llego a donde me ha citado no veo a nadie. La calle está totalmente desierta. Son las once de la mañana y la gente parece que se ha puesto de acuerdo para quedarse en su casa. Miro hacia un lado y otro, pero no hay nadie.

«¿Dónde coño estás?».

Dos segundos después alguien me tapa la boca con un trapo húmedo. Siento como mis piernas tiemblan y unos brazos me sujetan antes de caer al vacío.

Después todo se vuelve oscuro…

51
Alguien en quien confiaba



Michael y yo llevamos ya más de cuarenta minutos esperando para hablar con Davidson. El médico no quiere que entremos todavía porque dice que antes debe saber los resultados de los análisis y que todo esté en orden. El jefe se acerca desde el pasillo y viene hacia nosotros.

—El que ha intentado matarlo ha escapado, pero ya hemos pedido las cámaras de seguridad y en cuanto las tengamos, veremos de quién se trata.

—¿Cómo ha ocurrido? Había un agente custodiando la puerta de la habitación —pregunta mi amigo.

—Así es, pero recibió un mensaje, supuestamente mío —el jefe alza los hombros—, diciéndole que debía acudir a la comisaría con urgencia.

—No entiendo nada, joder, ¿pero si tú lo mandaste…?

—No he dicho eso en ningún momento, Waters. Han utilizado la *Inteligencia Artificial* para simular mi voz. Esos cabrones saben hacerlo muy bien. El único que se ha dado cuenta de que era falso en cuanto lo ha escuchado ha sido Will.

—¡Mierda, esto se nos escapa de las manos!

—Es cierto, la tecnología nos ayuda en muchos aspectos de la investigación, pero a veces puede jugar en nuestra contra. —Aprieta la mandíbula y resopla con fuerza—. Por cierto, ¿han podido ya contactar con Acosta?

—No, jefe. Estoy que me subo por las paredes. Incluso he vuelto al apartamento hace media hora al ver que no atendía a mis llamadas y no hay rastro de ella. Esto no me gusta nada… —Me froto la cabeza una y otra vez desesperado.

—Vamos a tranquilizarnos todos y a esperar a que vea las llamadas perdidas y contacte con nosotros, chicos. —El jefe me mira intentando que me calme, pero su cara no dice lo mismo que sus palabras. Se ve a la legua que está tan preocupado como Michael y yo.

Cuando Duke se aleja para hablar con uno de los agentes que ha acudido a su llamada, decido volver a intentarlo y marco otra vez su número, pero sigue «apagado o fuera de cobertura».

—¡Puto contestador de mierda! Si no sé nada de ella, me va a dar algo. Esto no puede estar pasando de nuevo.

—Tranquilo, tío. —Lo miro cabreado, pero al momento me doy cuenta de que solo está intentando que me relaje. Michael me aprieta el hombro y consigue que respire al menos unos segundos—. Te entiendo, yo estuve igual cuando Jackie desapareció, ¿te acuerdas? —Asiento intentando ser un poco racional—. Por experiencia te digo que los nervios no sirven de nada. Yo estuve días como un zombi, vagando por las calles y por la comisaría, y aquello me pasó factura. Menos mal que al final me dediqué a hacer lo que mejor se me da que es investigar con la cabeza fría, por supuesto.

—Pero es que siento una impotencia que me está desquiciando por momentos. Justo cuando despierta Davidson y podemos hablar con él, ella desaparece como si se la hubiera tragado la tierra.

—Lo sé… —La campana que anuncia que el ascensor se abre interrumpe sus palabras cuando vemos aparecer a Jackie.

—Chicos, ¿ya habéis hablado con él? —Hace un gesto con la cabeza señalando la habitación de nuestro compañero.

—Todavía no nos permite entrar el médico. ¡Joder, estoy harto de esperar! Siempre hay que esperar. Y sé que él nos va a decir quién se ha llevado al niño y quizás así encontremos a Malena.

—¿A Malena? ¿No está por aquí?

—No, llevo toda la mañana intentando contactar con ella y nada y ya son casi las dos de la tarde.

—¡Mierda! ¡Sabía que iba a hacer una locura!

—¿De qué hablas, Jackie? —le pregunta Michael. Yo me he quedado frío al oírla y los latidos de mi corazón comienzan a martillearme el pecho.

—Es una cabezota. Esta mañana me dijo que sospechaba quién podía tener retenido a Rafael y que tenía que ir a averiguarlo. Cuando le pregunté de quién se trataba me dijo que había recordado las personas que sabían que el niño tenía un localizador. Estaba convencida de que lo habían desconectado a propósito.

—¿Las personas? —pregunto nervioso—. Aparte de ella y yo, solo lo sabíais vosotros, Will, que fue quien lo instaló y el jefe.

—Ella se lo contó a una persona más. Alguien en quien confiaba. Hace un rato recordé cuando me lo dijo, pero en ese momento no le di importancia.

—No, maldita sea. Le advertí que no se lo dijera a nadie, que solo nosotros podíamos saberlo.

—¿Dices que era alguien en quien confiaba…? Solo se me ocurre…

—¡Derek! —decimos los tres al mismo tiempo.

—No entiendo nada. Según me dijo Malena, Derek ha estado en muchas ocasiones en las que ella recibía los mensajes. ¡No podía enviarlos él!

—Sí, Jackie, salvo que…

—¿Salvo qué?

—…que tenga un cómplice que lo esté ayudando en todo —contesto con la piel erizada por el

miedo. Por primera vez tengo esa sensación de ansiedad que me está matando.

Nos quedamos los tres callados. Era algo que no habíamos contemplado. Pensábamos que la persona que amenazaba a Malena y al niño era solo una, pero es evidente que hay alguien más detrás de todo.

La cabeza comienza a darme vueltas, como si estuviera en una atracción de feria, solo que esta vez es una de terror.

La puerta de la habitación se abre y sale el médico. El jefe Duke, al verlo, se acerca a nosotros.

—Agentes, ya pueden hablar con el paciente, pero solo unos minutos y después deben dejarlo descansar. Es vital para su recuperación y si no fuera porque sé que su testimonio es importante para dar con el paradero de un niño desaparecido, no les dejaría hasta pasados unos días.

—Sí, doctor, así lo haremos. Gracias —le dice el jefe al médico al tiempo que nos mira advirtiéndonos con el gesto.

—Bien, pues pasen y ya saben; cinco minutos a lo sumo. Mañana podrán volver si quieren y continuar con el interrogatorio.

Pasamos dentro y al hacerlo, la cara de Davidson nos muestra una leve sonrisa. Estoy seguro de que era el primero que quería despertar y contarnos lo que vio el día que secuestraron a Rafael.

Tenemos sospechas de que Derek es el responsable de que el niño haya desaparecido, pero ¿por qué?

¿Qué interés tiene uno de los nuestros en llevarse al hijo de Malena?

¿Qué escondes, agente Thomas?

52

Confiaba en ti



Me cuesta horrores hacerlo, pero consigo despegar lentamente mis párpados. No sé cuánto tiempo llevo dormida. Recuerdo lo que pasó antes de caer al suelo y que todo se volviera oscuro. Seguí a Derek desde que salió de su apartamento. No había dejado de darle vueltas a la cabeza pensando en que alguien había desconectado el localizador de Rafael. Alguien que sabía que lo tenía. Y entonces fue cuando caí en la cuenta de que se lo había contado a mi compañero. Joder, se supone que era mi amigo. Lo conozco desde hace más de un año, estuvimos juntos en la academia y se había convertido en una de las personas en las que confiaba. Por eso, cuando Will nos dio aquello para que pudiéramos tener siempre la ubicación de Rafael, se lo conté.

He sido una tonta y una ilusa. Jason me dijo que no se lo contara a nadie y no le hice caso. Y por mi estupidez he puesto en peligro a mi propio hijo. Tiro de las muñecas y me hago daño. Tengo una cuerda que me tiene atadas las manos y los pies e impide que me mueva.

No estoy segura, porque todo está demasiado oscuro, pero juraría que alguien más está en esta habitación. Oigo su respiración.

—¿Peque, eres tú? Soy mamá.

Silencio.

Solo escucho mi corazón latir muy fuerte.

«Bum, bum, bum».

Solo hasta que percibo que alguien está intentando comunicarse conmigo. Alguien que supongo que está amordazado.

Seguro que es mi hijo y el pobrecito no puede hablar.

Dios, y yo me siento impotente de no poder hacer nada.

Estoy atada y casi no puedo ni moverme. Me desespero y comienzo a respirar con dificultad, pero entonces me acuerdo de que siempre llevo una pequeña navaja en el calcetín, además de la pistola, que intuyo que el desgraciado de Derek me habrá quitado en cuanto me he desmayado.

De pronto escucho unos pasos.

Uno, dos, tres, cuatro…

La puerta se abre y la luz entra en la habitación, dejándome ciega por unos instantes.

—Veo que la bella durmiente ya ha despertado.

—Derek, ¿por qué haces esto? ¿Dónde está mi hijo?

—A ver, a ver, tranquila, son demasiadas preguntas, com-pa-ñe-ra. —Recalca la última palabra y sonríe cínico.

—Si le has hecho algo a él, te juro que te voy a matar con mis propias manos, Thomas.

—Creo que no estás en posición de amenazar, ¿no te parece? Puede que fueras la primera de nuestra promoción, y que todo el mundo, incluido el jefe Duke, te alabara continuamente, pero ahora estás atada y no puedes hacer nada, así que relájate y pórtate bien.

—¡Vete a la mierda! Devuélveme a mi hijo y te prometo que te perdonaré la vida.

Comienza a reírse a carcajadas.

—Ay, por favor, no me hagas reír de esta manera. Tú a mí ¿perdonarme la vida? Igual que lo hiciste con mi hermano, ¿no es así?

—¿Tu hermano? ¿Quién coño es tu hermano? ¿De qué me hablas, Thomas?

Se acerca a mí y se pone en cuclillas. Lo miro a los ojos. Me doy cuenta de que no me había fijado en ellos. Son azules y tienen una franja marrón. Algo poco usual, y que vi demasiadas veces mientras su asqueroso cuerpo se hundía en el mío, unos ojos que me recuerdan a…

—Primero, déjame aclararte que me llamo Derek, en eso no te he mentido, pero mi apellido no es Thomas. —Arrugo la frente y siento ganas de vomitar. No hace falta que me diga cuál es porque ya lo sé, pero él me lo dice—. Me llamo Derek Weber, ¿te suena, querida?

Comienzo a marearme. Lucho porque no ocurra. No puedo desfallecer ahora.

«Ahora no, Malena, ahora no…», pienso justo antes de perder el conocimiento.

*****

Abro los ojos cuando noto un fuerte olor que me entra por la nariz y entonces veo la cara de Derek delante de mí.

—Bueno, por fin, ¿vas a seguir durmiendo? Lo digo porque estoy empezando a cansarme de ti.

—Eres el hermano de Hermann, el hijo de perra que…

No puedo terminar de hablar cuando el desgraciado me propina una bofetada que hace que me arda la cara.

—Lávate la boca antes de hablar de mi hermano. Tú lo mataste. Primero lo encerraste en la cárcel y después le quitaste el niño a su mujer. ¡Era su hijo, zorra!

—Eras mi amigo, ¡cómo has podido hacerme esto! Maldito seas tú y toda tu familia.

Me aprieta la mandíbula haciéndome un daño terrible, pero yo resisto y cuando cesa en su agarre le escupo a la cara.

—Muy mal, Malena, muy mal. Ese niño era uno de los nuestros. No se parece en nada a ti,

¿es que no lo ves? Y hubiera tenido la mejor vida junto a nosotros en Berlín, pero tuviste que estropearlo todo.

—Estás loco, Derek.

—Aunque, tranquila, lo vamos a solucionar. —Se vuelve a reír y a mí me revuelve el estómago—. Eso no importa ahora. Lo que de verdad es relevante es que todo volverá a su sitio. Donde debió estar antes de que tú lo echaras a perder.

—Confiaba en ti. Eras mi amigo.

—Ay, Malena, Malena, ¡qué ingenua eres! Tres años me ha llevado tener todo el plan preparado. Lo que incluía ser tu amigo, pero ha merecido la pena, créeme.

—¿Tres años?

—Sí, desde que nos quitaste al niño. Le juré a mi hermano en la cárcel que yo lo cuidaría y eso es justo lo que voy a hacer. Esperaremos unos días a que las cosas se calmen y entonces volaremos lejos de aquí. Lo tengo todo planeado. Nada puede fallar. Será perfecto.

—Aunque todo haya sido una farsa, eres policía, te has preparado para serlo y sabes de sobra que no hay crimen perfecto. No te vas a salir con la tuya, ¡maldito seas!

—No creo que dejen en el cuerpo a alguien que ha falsificado su nombre y su procedencia. —Me mira entrecerrando los ojos—. Estás muy nerviosa, compañera, y yo me estoy cansando de tu actitud. Creo que os voy a dejar a las dos un rato con la luz encendida. Después vendré y lo apagaré todo.

—¡Deja a mi hijo, Derek! Vas a desear estar muerto si algo le llega a pasar. ¡Te lo juro!

—Es mi sobrino, no lo olvides, y le voy a enseñar a ser un hombre hecho y derecho, no un miedica como tú lo has educado. Si es que a eso se le puede llamar educación. Esta será la cuarta noche que dormirá con la luz apagada.

—¡No, al niño, le da miedo la oscuridad! No le hagas eso, por favor.

—¿Te das cuenta de que has hecho que sea débil? Ese niño necesita disciplina y es cuestión de tiempo que se acostumbre.

Sale de la habitación y deja la luz encendida tal y como ha dicho. Entonces me acuerdo de sus palabras.

«¿Ha dicho os voy a dejar a las dos?».

Recuerdo que no estaba sola en la habitación.

Miro a mi lado y la veo.

«¿Qué haces aquí, Alice?».

53

Este no es el capítulo final



Acabo de salir de la habitación. Solo he podido hablar cinco minutos con el compañero, pues el médico me ha echado casi a patadas. Y lo entiendo. La recuperación de Davidson es lo más importante, pero me ha podido la ansiedad por saber algo que me ayude a descubrir quién se ha llevado a Rafael y ahora puede que también a ella. A Malena. Estoy desesperado. Ya es demasiado que el niño lleve cuatro días desaparecido para que ahora pase esto y tampoco sepa dónde se encuentra ella.

Me ha dicho que fue Derek quien lo atacó. Al ser compañero le pilló del todo desprevenido. Creo que eso ha jugado a su favor, pues nadie podía sospechar que un policía y amigo como él pudiera atacarlo. Pero lo que más nos ha preocupado ha sido que hemos corroborado lo que sospechábamos; que Thomas no actúa solo. De ahí que los mensajes que amenazaban a Malena llegaran incluso cuando él estaba presente. Tiene un cómplice y no tenemos ni idea de quién pueda ser.

Ahora voy con el director para ver la grabación de las cámaras del hospital. Quizás tenga suerte y vea a la persona que está ayudando a Derek.

—Puede sentarse aquí para ver las imágenes, inspector —me dice el auxiliar antes de dar al botón de iniciar.

—Gracias, pero prefiero estar de pie —contesto nervioso, deseando ver al que sea que haya intentado matar a Davidson que, en este momento, no sé si será Derek o su cómplice.

Le da al reproductor del vídeo y rebobinamos hasta la hora en que se produjo el ataque a mi compañero.

—Justo ahí, pare la imagen —le digo al chico que está enseñándome todo lo que se ha grabado.

No se aprecia muy bien la cara, pues lleva una gorra, pero a pesar de que se ve que es alto, no es demasiado robusto, por lo que está claro que se trata de la persona que ayuda a Thomas, ya que esa imagen no se corresponde con él. De eso estoy seguro.

Veo como entra en la habitación y se acerca a Davidson. Le quita la almohada y cubre con

ella la cara del compañero. Las máquinas empiezan a emitir un sonido y segundos después, hace aparición una enfermera que es testigo de lo que está pasando y da la voz de alarma. El sujeto sale corriendo.

La cámara del pasillo lo muestra escapando de la habitación y perdiéndose dirección a la puerta de salida. Me doy cuenta de que nuestro compañero está vivo de puro milagro, porque han sido bastantes minutos los que ha estado sin oxígeno. De no ser por esa enfermera, ahora mismo estaríamos lamentando su muerte. Está claro que querían hacerlo callar para que no los delatase. Suerte que no ha sucedido como ellos querían.

Le pido una copia del vídeo para llevarla a la comisaría a ver si Will puede hacer algo que nos aclare algún dato más de esta misteriosa persona. Lo único que puedo asegurar es que no se trata de ningún policía y mucho menos de Derek, pues esta persona es bastante delgada.

Desanimado, salgo del centro hospitalario y me voy a la comisaría. He vuelto a llamar a Malena, sigue sin dar señales y yo me voy a volver loco. Si algo le pasara a ella o al niño no me lo voy a perdonar en la vida. He debido estar a su lado y no haber sido tan confiado.

Entrando por la puerta del trabajo, Laurie se acerca a mí con cara de preocupación. En realidad, todos estamos muy preocupados, pero yo no quiero dejarme vencer por la negatividad. Los voy a encontrar. Cueste lo que cueste.

—¿Alguna noticia?

—Nada. Ahora ella también está desaparecida como el niño, los dos. —Suelto el aire que me oprime el pecho.

—Siento decirte que hay alguien más.

—¿Cómo? ¿Quién?

—La hija de los Miller.

—¿Alice Miller ha desaparecido? Derek, claro. Seguro que ha sido ese hijo de perra.

—Creemos que sí, pero todavía no entendemos el porqué.

—Ese tío está loco. Nunca me llegó a encajar del todo, pero deseché la idea porque pensé que mi desconfianza era producto de mis estúpidos celos por su cercanía hacia Malena. Ahora me doy cuenta de que había una razón.

—Sí, y por desgracia, nos ha engañado a todos. A mí me caía bien, se veía buen tipo y buen compañero, sobre todo. Jamás imaginé que pudiera hacer algo así. ¿Pero qué motivo puede tener Derek en el hijo de Malena o en ella?

—Quizás esté obsesionado con ella y… no sé, prefiero no pensarlo… Solo sé que cuando lo tenga delante lo voy a matar. —Aprieto los puños, furioso.

—Tranquilo, Jason. No se saldrá con la suya.

—De eso puedes estar segura. Este no es el capítulo final de su historia.

Sigo hacia la sala de interrogatorios donde está en este momento Leonard Miller.

—¿Cómo va? —le pregunto a Jackie y Michael que salen apresurados.

—Nos vamos. Por fin ese desgraciado ha hablado. Al parecer hay una camioneta dirección norte con más de treinta niños que han sido secuestrados y van hacia la frontera.

—Menos mal que han cantado, al menos hemos sacado algo de esos desgraciados. Yo voy a casa de Derek. Tengo que encontrar a ese hijo de puta. Si les hace algo a alguno de los dos, lo voy a matar, Michael. Te juro que me lo cargo.

—No serás el único. Le tenemos muchas ganas a ese malnacido que ha hecho que creyéramos que era un compañero más. Tranquilo, tío. Lo vamos a coger.

—Estoy jodido, muy jodido, Michael.

—Lo sé. Duke ha pedido las cámaras de la calle donde se sitúa el apartamento de Derek.

—Ojalá y tengamos más suerte que con las del hospital.

Le cuento que no he visto a nadie que pueda reconocer mientras salimos de la estación. Él y todo el equipo se marchan para detener a ese vehículo lleno de niños, y yo al apartamento de Derek.

No tengo ninguna orden judicial para entrar, pero me importa una mierda la burocracia de este país. Me bastará una patada para derribar esa puerta. Solo pienso en que, si me lo encuentro allí, no podrá escapar.

«De mí no te vas a librar, Derek».

54
Un plan b



—Alice, ¿qué haces aquí?

—No sé, Sofía, no entiendo nada —me dice cuando logra quitarse el trapo que la tiene amordazada, después se para y me mira a los ojos—. Espera, te ha llamado Malena y tú a él, Derek. ¿Qué está pasando? ¿Quiénes sois?

—Lo siento, mi verdadero nombre es ese y el de él también.

—Pero yo creía que erais compañeros y que él sentía algo por mí y yo...

—Escucha, Alice, somos policías, me llamo Malena Acosta y ese que está ahí fuera se llama Derek Weber y se supone que también era compañero mío, pero la verdad es que ya no estoy segura de nada. He sido engañada como tú. —Suspiro y ella comienza a llorar—. Pero no me has dicho cómo has llegado aquí.

Llora desconsolada y yo intento acercarme a ella, pero el desgraciado de Derek me tiene atada de pies y manos.

—Fui a buscarlo, a Albert —suspira—, bueno, me da igual como se llame, el caso es que necesitaba contarle lo que estaba pasando en mi casa. Se han llevado detenidos a mis padres, Sofía… es decir, Malena. Los acusan de cosas horribles y de… robo de niños. ¡Eso no puede ser cierto!

—Lo siento mucho, Alice, pero todo lo que has escuchado es verdad. La agencia de adopción de tus padres era una tapadera para sus negocios sucios de tráfico de niños, entre otros muchos delitos.

Le cuento todo lo que puedo acerca de lo que hemos descubierto en la misión encubierta y ella me escucha atenta. No deja de llorar en ningún momento.

—¿Y qué tiene que ver él con la agencia de mis padres? Está loco, Malena. Llevo aquí dos días y muchas veces lo escucho discutir con alguien y después…

—Después, ¿qué?

—Pues… ya sabes… escucho ruidos de muebles que se empotran contra la pared y los escucho a ellos, gimiendo y jadeando. ¡Qué asco!

«¿Derek tiene un cómplice? Sí, eso parece por lo que me cuenta ella. Está con alguien y parece que es su amante…».

Me comenta que, cuando fue a buscar a Derek a su casa y le abrió, no se esperaba su visita y se quedó pálido al verla.

—La verdad es que entré sin darle opción a reaccionar y nada más pisar el apartamento, vi fotos suyas vestido de policía… Me quedé helada, no entendía nada, pero fue al ver otra imagen cuando supe que me había metido en un lío.

—¿Qué viste en esa otra fotografía, Alice?

—Era un grupo de gente. Llevaban una especie de uniforme raro. Cuando me fijé bien, lo vi. Sus chaquetas lucían la esvástica nazi.

—Esto no puede estar pasando, otra vez no. —Cierro los ojos y empiezo a notar como el corazón me late deprisa. He retrocedido en el tiempo al peor capítulo de mi vida.

—¿Qué no puede estar pasando? —Niego con la cabeza y ella continúa relatando lo que pasó —. El caso es que me asusté y fue cuando él me tapó la boca y perdí el conocimiento. Luego lo único que recuerdo fue despertar en esta oscura habitación. ¿Qué vamos a hacer? ¡Oh, Dios! Estamos perdidas. —Llora con la voz entrecortada por el llanto. Está muy asustada.

—Escúchame, Alice, vamos a salir de aquí, ¿me oyes? —Me giro de espaldas a ella—. Tengo una navaja escondida en mi tobillo. La noto. Nunca se lo dije a Derek. Mi abuelo siempre decía que en la vida había que tener un plan B y cuanta menos gente lo supiera mucho mejor. No sabe que la llevo, necesito que me ayudes a cogerla. Lo he intentado, pero sola no puedo.

—Pero ¿cómo? Tengo las manos atadas como tú.

—Date la vuelta y pégate a mi espalda. Intenta alargar la mano para coger la navaja.

Hace lo que le pido, pero entonces un portazo retumba en la habitación, como si hubiese hecho tambalear los cimientos de todo el edificio. Las dos nos quedamos paradas al escuchar los pasos.

—Es ella —dice Alice.

—¿Ella?

—Sí, con la que se pelea y después empotra contra la pared.

Volvemos a callar cuando los oímos hablar.

—¿Lo has matado?

—No he podido acabar con ese maldito policía. ¡Mierda! Una enfermera entró en la habitación y me descubrió. Casi no puedo escapar.

—¡Joder, Gretchen! Era sencillo, solo tenías que acabar con Davidson, está en una cama sin poder defenderse.

—¡Estaba todo lleno de policías! ¡¿Por qué no has ido tú?!

—Yo no puedo, me reconocería todo el mundo, ¿es que no lo entiendes? En cambio, a ti no.

Me tapo la boca cuando los escucho hablar de mi compañero. Esa mujer ha intentado matarlo. Seguro que los vio llevarse a Rafael y temían que los delatase, pero por lo que dicen, gracias a Dios, no lo ha conseguido.

—A mí puede que también me reconozcan, Derek. No lo olvides. ¡Estoy harta de todo esto! Me quiero marchar ya, maldito seas.

Escuchamos como se rompe un cristal contra el suelo. La tal Gretchen debe de haber tirado algún vaso o plato. Los gritos se oyen en toda la casa.

—Pronto estaremos lejos, y seremos una familia.

Dejan de oírse sus voces y luego, tal y como me había dicho Alice, se les escucha tirar cosas al suelo y comienzan a retumbar los gemidos y los golpes contra la pared.

—Ya te lo había dicho. Ahora se lo están montando. Quizá sobre una mesa. Están así todo el día, primero discuten y luego echan el polvo como dos animales en celo.

—No sé quién es esa mujer, pero está claro que conoce la existencia de mi hijo. —Siento la opresión en el pecho—. ¿No has oído a un niño llorar o hablar? ¿Un niño pequeño?

—Sí, cuando llegué escuché a un niño llamar a su madre. ¿Es tu hijo?

—Sí, se llama Rafael y no sé nada de él desde hace casi cinco días. Estoy desesperada.

—Lo siento mucho. No sabía que eras mamá. Parecías una estudiante como yo.

—Sí, él es mi niño y debe estar muy asustado.

Sin poder evitarlo, se me escapa una lágrima. Tengo miedo por él. No sé cómo está, ni si tiene hambre o frío. Y este desgraciado lo ha dejado dormir a oscuras. Juro que cuando me libere, lo voy a matar por lo que ha hecho.

—¡Ey, no llores! —Se gira otra vez y se pone de espaldas a mí—. Venga, voy a intentar coger ese cuchillo que tienes escondido.

Alarga la mano y lo roza con los dedos.

—¿Lo tienes?

—Casi, lo noto, ¡pero no puedo cogerlo, mierda…!

—Inténtalo, otra vez, Alice. ¡Tú puedes!

Se une más a mí y yo intento levantar el pie todo lo que estas malditas cuerdas me dejan.

—¡Ya lo tengo!

—Genial, ahora intenta pasármelo a mí.

—De acuerdo.

Con esfuerzo me lo pasa, pero cae al suelo.

No puede ser.

Me arrastro hasta el lugar donde está el cuchillo. Tengo que hacerlo. Y tiene que ser antes de que Derek o su cómplice vuelvan a entrar en la habitación.

55

Se me cae el alma a los pies



Acabo de llegar al apartamento de Derek. Sé que con esto me estoy jugando el puesto, pero en estos momentos, eso es lo que menos me importa. Solo quiero encontrarlos y abrazarlos. Me viene a la cabeza la imagen de ese hijo de perra y solo pienso en matarlo. Dejé hace muchos años la MMA porque no me gustaba hacerles daño a los compañeros y en muchas ocasiones sentía que si seguía presionando podía incluso acabar con sus vidas, pero juro por Dios que, si ahora mismo tuviera delante a Derek Thomas, olvidaría que no soy nadie para quitarle la vida a otra persona.

Introduzco una lámina de plástico en la cerradura. Espero que no haya pasado la llave. Por suerte, creo que no es así porque el trozo entra perfecto, así que, tras dos movimientos y una patada en la puerta, consigo entrar.

Por cómo está el piso se ve que el desgraciado salió con prisas. Todo tirado. Incluso hay un jarrón en el suelo hecho añicos. Eso o que forcejeó con alguien.

Con Malena…

«¿Por qué no me avisaste de tus sospechas hacia Derek, Malena? ¿Por qué tuviste que venir tú sola?».

Inspecciono el apartamento, sorteando todo lo que hay esparcido por el parqué. No veo nada llamativo hasta que levanto la vista y en una estantería hay unas fotos. Son de Derek con varias personas. Observo con detenimiento y entonces siento como el corazón se me paraliza cuando lo veo, después continúa latiendo con fuerza. Y con rabia.

«¿Qué diablos hace Derek con este desgraciado?».

«¿De qué conoce a Hermann Weber? ¿Y por qué están abrazados?».

Hay muchas fotos y una de ellas tiene un subtítulo en un lateral que contesta a todas mis preguntas. Está escrito a mano.

«*Familia Weber. Berlín, 2017*».

Derek es el hermano del desgraciado que abusó de Malena en el club donde la tenía retenida. Hay muchas más personas, pero los ojos se clavan en una de ellas… en una en especial…

El sonido de mi móvil me saca de mis pensamientos llenos de rabia.

—Dime, Will. ¿Alguna novedad de las cámaras del hospital?

—Así es. Hemos descubierto que quien trató de matar a Davidson fue una mujer. No se le ve la cara con exactitud, pues al agrandar la imagen se distorsiona bastante, pero por su complexión y por las manos, estamos convencidos de que no es un hombre. Mucho menos Derek.

—Sí, eso ya lo sabía. Él no puede arriesgarse a ir allí cuando sabe que hay muchos policías custodiando al compañero.

—Ahora tenemos que averiguar quién es la mujer que ayuda a Derek, porque está claro que los dos sabían que Davidson los había visto y querían quitar de en medio a la única persona que había sido testigo del secuestro.

—Creo saber quién es, Will, pero prefiero contároslo todo en comisaría. Tengo que llevar el material que he encontrado en casa de Derek.

—¿Estás en el apartamento de Thomas? Si el jefe se entera que has entrado sin una orden no le va a gustar, Jason.

—No creo que a Duke le importe cuando sepa lo que he encontrado. Y creo que será mejor que lo llamemos por su verdadero nombre.

—No te sigo.

—Se llama Derek Weber, no Thomas.

—¿Weber? Como…

—Sí, como el hijo de puta que dirigía el club clandestino donde tenían a las chicas retenidas para hacerles todas las atrocidades que pasaban por sus sucias cabezas. Creo que es su hermano.

—Mierda. Y quiere llevarse al niño —concluye Will haciendo que el estómago se me retuerza —. Coge todo lo que puedas y vente para acá. Ya tengo la grabación de la calle de su apartamento y hay algo interesante que quizás nos lleve a Malena, al niño y a Alice.

—Está bien. Termino de requisar por aquí lo que pueda y me voy derecho a comisaría.

—Aquí te espero.

Cuando cuelgo, sigo inspeccionando y registrando cada habitación. Al final del pasillo hay una puerta. Intento abrirla, pero no puedo, así que, sin pensármelo dos veces, la abro de una patada. Enciendo la luz. Está preparada para un niño. Decorada toda en tonos azules. Me acerco a la cómoda y hay fotos. Muchas fotos. La mayoría son de un niño rubio de ojos azules. Apenas si tiene unos meses, pero entonces… la siguiente que veo en la pared del fondo es de Rafael. Y es cuando me doy cuenta de que ese bebé rubio de ojos azules es el mismo que un día rescatamos y entregamos a su verdadera madre. A Malena. Ese niño es su hijo.

Se me cae el alma a los pies. Es algo que siempre había escuchado, una frase hecha que jamás había pensado en su verdadero significado. En el de cada una de sus palabras. La sensación de sentir que te quedas vacío porque todo tu interior cae al suelo como si te desprendieras de un traje, que no es otra cosa sino tu *ser*.

Hay fotos de Rafael en el parque jugando con Malena y otras en que lo hace con la niñera. Sonrío al verlos feliz y todavía es más fuerte el fuego que me recorre como si una llama traspasase cada poro de mi piel. La rabia me consume.

¿Cuánto tiempo lleva este malnacido detrás de ella y del niño? Aquí hay fotos de hace años. Se ve como Rafael tiene diferentes edades.

Cojo una bolsa y meto todas las que encuentro y me voy a la comisaría. Will me ha dicho que han visto las cámaras de la calle donde está este apartamento del terror.

«Necesito saber qué has descubierto, Will».

56

No podrás escapar de mí



Hago un esfuerzo por alcanzar la jodida navaja, pero parece que se escurriera como si estuviera impregnada en aceite. Alice y yo seguimos escuchando como Derek y su amiga sigue montándoselo ahí fuera. Me acuerdo de mi hijo y sufro por él. Debe de estar asustado escuchando ruidos que no sabe qué son y con gente extraña que no conoce. Solo tiene cuatro años, es muy pequeño y me necesita. O quizá, sea yo la que lo necesite a él aún más. Me hace tanta falta que si no estoy con él pronto voy a enloquecer. Pero no debo, o más bien no puedo ser débil. Tengo que ser fuerte para Rafael y para eso es preciso que me concentre en romper esta cuerda que me tiene atada las manos y los pies.

«Un poco más, Malena, solo un poco. Un último esfuerzo».

—¡Bien, ya la tienes! —dice Alice contenta cuando por fin sostengo el cuchillo con mis manos. Y lo hago con fuerza. Esta vez no se me va a escurrir de los dedos como antes.

De pronto el silencio me acelera el corazón. Estaba tan enfrascada en lograr mi objetivo que ni Alice ni yo nos hemos dado cuenta de que la puerta se abría.

Tras ella, aparece una mujer alta y esbelta. Lleva un pantalón ceñido de cuero negro y una camiseta del mismo color. Tiene el pelo de un rubio muy claro y lo lleva recogido en una coleta. Me mira fijamente y por un momento me pregunto si sabrá que tengo un arma detrás de mi espalda.

«Si me ha visto, estoy perdida».

—¡Qué animadas estabais las dos! Hablando como buenas amigas. Así me gusta, que en vuestras últimas horas estéis contentas.

«¿Por qué ha dicho eso? ¿Será que nos ha descubierto?».

—¿Dónde tenéis tú y Derek a Rafael? —pregunto con atrevimiento y veo cómo, al nombrar a mi hijo su sonrisa cínica de hace unos segundos, se desdibuja al momento.

—Está mejor cuidado que contigo. No has sabido protegerlo como lo haría yo. Eres una cualquiera que prefiere dejar a su hijo con gente desconocida para ir a acostarse con un hombre. Solo buscas el placer de tu cuerpo. Eso solo lo hacen las furcias como tú.

—Eso no es cierto. Nunca he antepuesto a mi hijo a nadie. Jamás lo haría.

—Deberías dar gracias de haber disfrutado de él durante estos tres años. No te mereces estar con Alexander ni tampoco te mereces su cariño. Ese niño tiene que estar conmigo.

Mientras me habla, comienzo a deshacerme de la cuerda. Esta navaja tiene la hoja muy afilada y apenas tengo que hacer movimientos para ir cortando la soga que me tiene las muñecas inmovilizadas.

—Te equivocas, un hijo tiene que estar con su madre y esa soy yo.

Comienza a reír a carcajadas y su rostro parece el de Maléfica, pero en la versión antigua donde era la bruja mala.

—Por favor, no me hagas reír.

Se acerca a mí poniéndose en cuclillas. El corazón me late. Está demasiado cerca y no puede saber que tengo una navaja en las manos. Dejo de moverla.

—¿Todavía no sabes quién soy, Malena? Porque yo sí sé quién eres tú.

No sé de qué me habla esta loca. Tiene los ojos desencajados. Claro que desconozco su identidad, al igual que ignoro el motivo por el que se ha obsesionado conmigo y con mi hijo. Pero ahora que lo pienso… Derek y ella se conocen y él es el hermano de…

—Tengo que reconocer que eres muy bonita. —Me roza la piel de mi mejilla y después pasea su dedo pulgar por mi labio inferior—. No me extraña que el desgraciado de mi marido te hiciera suya cada noche. Hermann siempre fue un hombre débil con el género femenino, sobre todo con fulanas guapas como tú.

La habitación comienza a darme vueltas. O a lo mejor, soy yo la que está montada en un tiovivo porque tengo ganas de vomitar.

Me mareo.

Cierro los ojos.

Estoy en estado de shock.

—No puede ser. ¡Tú… eres la mujer de Hermann! ¡La que cuidó a Rafael en su primer año de vida!

—La misma. Yo lo vi crecer y pasé noches en vela cuando enfermaba. Yo lo cuidé cuando tenía fiebre. Era mi hijo. Se parecía tanto a Hermann que lo amé desde que lo vi por primera vez. Desde que lo tuve entre mis brazos.

—¡Él me lo robó! Después de violarme todas las noches. No tuvo bastante con eso, sino que me quitó lo único bueno que tenía, a mi hijo.

—Cuando fui a verlo a la cárcel me dijo que tú lo habías seducido para ser la señora Weber, que pretendías quitarme mi lugar. Ya tenías al niño, ¿qué más querías, zorra?

—¡Eso es mentira! Él me violó. ¡Me secuestró en aquel club y abusó de mí!

—Por favor, no me hagas reír. Conozco a las mujeres de tu calaña. No tenéis escrúpulos a la hora de robar a los maridos de las esposas decentes como yo. No sabéis de moral.

—Estás loca.

Se levanta y se separa de mí.

—Piensa lo que quieras, en dos días Derek y yo nos iremos lejos con Alexander. Seremos la familia que siempre debimos ser. Y tú y esa —mira a Alice que está aterrorizada— pasaréis a mejor vida.

Oímos unos pasos y entonces aparece Derek por la puerta con una sonrisa. «Es un cínico. ¿Cómo no lo vi antes?».

—Veo que ya os habéis presentado.

Rodea a la mujer por la cintura y la besa como si estuvieran solos y fueran a montárselo delante de nosotras. La agarra por el culo y la aprieta con fuerza. Después se separa.

—Sí, ya veo cómo los dos guardáis el luto de vuestro difunto hermano/marido. ¿Y tú eres la que hablas de decencia? —Dirijo mi mirada a los dos, pero en especial a ella.

Sin pensárselo dos veces se vuelve a acercar a mí y me asesta una bofetada que hace que la cara me explote al instante. Después me da un beso en la boca.

—Gretchen, ¿no querrás que hagamos un trío con ella? Aunque a lo mejor nos entretenemos con la dulce Alice. ¿Qué te parece, niña?

—Vete al cuerno. —Miro a mi compañera y me siento orgullosa de que no muestre miedo ante él. Este tipo de personas se crece cuando ve que su prisionero es débil y le teme.

Se acerca a ella y le pasa despacio la mano por el escote. Alice mira hacia el otro lado y aprieta los ojos. Está asustada.

—Si le haces algo a ella, te las verás conmigo, Derek.

—Ay, por favor, qué cómica eres, com-pa-ñe-ra. —Se ríe a carcajadas. Después se acerca y me da un golpe en la nariz con la cabeza que hace que la sangre se deslice hasta que llega a mi boca.

Le escupo en la cara. Se ríe otra vez, pero antes de marcharse, vuelve a pegarme.

«Desgraciado, espera a que me quite esta cuerda. No podrás escapar de mí».

57
Solo una señal



Llego con la lengua fuera y cargado con todo lo que he podido requisar del apartamento de Derek. Saludo a Laurie y Jackie que se dirigen a la sala de interrogatorios. Me acaban de decir que está dentro Leonard Miller y en la contigua, Conrad, su hermano. No es hasta que avanzo por el pasillo cuando veo la cara de Duke y sé que está cabreado. Mucho, en realidad. Antes de venir he querido llamarlo y contarle lo que estaba haciendo. Prefiero que lo sepa por mí a que le llegue por otros medios.

—¡Waters, a mi despacho! —grita desde el fondo del pasillo. Los compañeros que están a mi lado se giran al escucharlo—. Cierra la puerta.

—Sí, jefe —contesto obedeciendo. Qué más puedo hacer. Sé que lo que he hecho me puede costar muy caro, así que tengo que asumir las consecuencias—. Antes de que me digas nada, quiero decirte que…

—Cállate, Jason. Ahora el que va a hablar soy yo y tú vas a mantener la boca cerrada. ¿Entendido?

—Sí, estoy de acuerdo, pero después te daré mis razones —replico de nuevo ante el gesto enfurecido de Duke.

—Escúcheme, inspector Waters —la cosa pinta muy mal cuando deja de tutearme—, sabe que lo que ha hecho podría conllevar la retirada de la placa y el arma, ¿verdad? —Alza la mano cuando quiero hablar—. Quiero que sepa que, para todos, la agente Acosta es uno de los nuestros y usted, inspector, sabe lo que eso significa. Lo ha comprobado en más de una ocasión. Mi equipo es lo primero para mí y yo hago lo que haga falta para proteger a cada uno de ustedes.

Asiento dándole la razón porque es la verdad. Duke es el tipo de jefe que nunca te deja con el culo al aire. Jamás. Incluso hace cosas que se extralimitan de sus funciones jugándose en la mayoría de las ocasiones su puesto. Evidentemente lo hace en secreto y todos los de Inteligencia lo sabemos, pero él nunca nos lo cuenta. Y todo es para protegernos.

—Lo sé, jefe, y asumiré las consecuencias cuando ella y el niño aparezcan, pero, por favor, hasta que eso pase, no me aparte del caso. Necesito estar dentro.

—Jason, todos estamos preocupados. Ya se lo he dicho, Acosta es parte del equipo y, por lo tanto, es mi deber encontrarla sana y salva, a ella y a su hijo. En cuanto a ti, Jason —vuelve a

tutearme otra vez—, no te voy a apartar del caso y me ocuparé de que lo que ha pasado esta tarde no trascienda, pero nunca más lo hagas sin mi consentimiento, porque la próxima vez puede que yo no sea el primero en saberlo y ahí sí que estarás en problemas.

—Gracias, Duke.

—No tienes que dármelas, y lo sabes. —Asiento con la cabeza—. Y ahora dime qué has encontrado en casa de Thomas.

—Lo primero ese no es su apellido. Es Weber —arruga el ceño al escucharlo—, y es el hermano de Hermann Weber, uno de los cabecillas que detuvimos en la *Operación Tejas Verdes* hace tres años y que se quitó la vida en la cárcel.

—El que abusó de Acosta y el padre de su…

—Sí, el mismo cabrón. Y parece que, cuando se quitó de en medio, dejó su legado al hermano, que hasta hace unos días era compañero nuestro, Derek. He encontrado recortes de periódicos del operativo del *Club White Velvet*. La detención de Hermann y Nicolau, el otro socio fundador de aquel antro, y miles de fotos de Malena y del niño desde que era un bebé.

—Cuando estaba en casa del alemán —concluye Duke.

—Exacto, desde que el niño nació. Se ve que el malnacido de Hermann mandaba fotos de su hijo a la familia en Berlín. Presumiendo de su paternidad a pesar de lo que había hecho, sabiendo que su madre estaba sufriendo y que le suplicaba a diario que se lo devolviera…

Suenan unos toques en la puerta.

—Adelante. —Se asoma Will—. Pase, inspector.

—Hola, Jason. —Lo saludo con un gesto asintiendo con la cabeza—. Jefe, traigo las cámaras del apartamento de Derek. Las hemos analizado y se ve todo.

—Perfecto. Póngalas. Veamos qué ocurrió el día que desapareció la agente Acosta.

Introduce un código en la tableta que trae en las manos y la coloca encima de la mesa de Duke. Después comienzan a reproducirse las imágenes que pasan a cámara rápida hasta que las para cuando el cronómetro ya pasa de los primeros quince minutos.

—Ahí está Derek.

Siento que un fuego interior me quema poco a poco desde el pecho hasta la garganta como si fuera un dragón a punto de lanzar llamas. Ahora mismo quisiera ser uno de esos seres fantásticos y expulsar mi ira sobre ese desgraciado.

—Vale, sale de su apartamento y entra en una cafetería —comenta el jefe mientras ninguno de los tres aparta la mirada de la pantalla.

—Sí, pero ahora avanzamos unos diez minutos más. Justo aquí, ¿lo veis? —Los dos asentimos—. Se ve como habla con un niño y le da una nota.

—¿Por qué lo hace? —pregunto a Will que me indica con la mano que siga mirando.

—Por lo que he averiguado de las imágenes, estoy seguro de que Derek sabía que Acosta estaba vigilándolo. Y esa nota debió de ser para ella, porque si activo la cámara del callejón…

El cuerpo se me hiela de pronto y las extremidades se me engarrotan cuando veo como Malena entra en esa calle apartada y Derek la ataca por detrás tapándole la boca con un pañuelo.

—¡Maldito seas, Derek! Juro que cuando te encuentre te voy a matar —digo mirando a la pantalla cuando veo cómo la coge en brazos y la sube a un coche que lo estaba esperando al final de la calle.

Por un momento, mi mente ha jugado conmigo y me he visualizado allí pegándole una paliza a ese desgraciado.

—¿Se ve la matrícula del coche?

—Sí, jefe. Lo he investigado y parece que pertenece a una flota de coches en renta. Hace unos días lo alquilaron, justo el lunes pasado.

—El día que atacaron a Davidson —añado llegando a la misma conclusión que Will me confirma.

—Así es, Jason —continúa mi compañero—. El contrato de alquiler está a nombre de una tal Gretchen Müller.

—¿Gretchen Müller?

—Sí, aunque no creo que ese apellido os suene, porque es el de soltera. En realidad, en la actualidad es…

—Weber, la viuda de Hermann. Mirad lo que he sacado del apartamento de Derek —lo interrumpo y los dos me miran extrañados cuando les enseño la foto que he encontrado en esa casa.

Pienso en Michael y retrocedo tres años. Fuimos los dos los que acudimos a casa de esa mujer para llevarnos a Rafael y entregárselo a Malena. A ambos nos conmovieron sus lágrimas.

—Joder, esto es una mierda, si hubiera sabido que esa mujer estaría implicada en la desaparición de las dos personas que más me importan en la vida…

Duke me palmea el hombro infundiéndome ánimos, pero ahora mismo solo pienso en coger a esos dos criminales. Tengo que resistir esta agonía que me impide respirar porque he de averiguar dónde tienen escondida a Malena y al niño.

Necesito saber que ellos están bien.

Necesito volver a abrazarlos y sentir que están a salvo.

No soy religioso. Nunca lo he sido. Siempre he pensado que si hubiera un Dios todopoderoso no permitiría que abusaran de niños ni de personas inocentes, pero si he estado equivocado toda la vida y sí que hay un ser que todo lo puede, solo le pido que me dé una señal.

Que me ilumine para encontrarlos…

58
¡Yo soy su madre!



Han estado a punto de descubrirme. Suerte que son tan estúpidos que no se han percatado de que tenía algo detrás de la espalda, y eso que los dos se han acercado demasiado a mí. La mujer de Hermann me ha dado un beso en la boca. No entiendo a qué ha venido eso. Me hablaron de ella cuando me entregaron a Rafael y sentí lástima por esa mujer porque pensé que había sido engañada por ese maldito ignorando que ese niño tenía una madre, pero ahora me doy cuenta de que todo fue un teatro por su parte. Salió de la cárcel con la convicción de que yo había provocado que Hermann abusara de mí. Se marchó a Berlín, pero lejos de irse para olvidar todo lo que había pasado, como creímos en la comisaría, se fue para idear un plan con Derek, su cuñado y ahora su amante.

Sigo intentando cortar las cuerdas que tengo atadas a las manos. Alice me está guiando, pues apenas puedo ver donde coloco la navaja.

—¡Mierda! ¡Me he cortado!

—¡Malena, estás sangrando!

—No te preocupes, no siento dolor, solo quiero salir de aquí y encontrar a mi hijo. Después me ocuparé de mis heridas.

—Sí, ese asqueroso te ha dejado toda la cara amoratada de los golpes. Es un animal. Y pensar que creía que yo le importaba. Me engañó como a una estúpida.

—No te mortifiques, Alice, a mí también me engañó, pero no se saldrá con la suya. Ni él ni su amante.

—Otra vez discuten, madre mía, ahora eso y después se volverán a liar, parecen conejos. Todo el día con lo mismo —se queja y a mí me hace reír con sus palabras, a pesar de la situación tan delicada en la que estamos las dos.

—Alice, dime una cosa. ¿Nadie sabía que ibas a ver a Derek? Alguien que te pueda echar de menos.

—¿Echarme de menos? —Se ríe con tristeza—. No, nadie… bueno, solo me crucé con Buster esa tarde. Estaba muy raro, me dijo que quería pedirme perdón por haberme tratado mal. Fue extraño verlo pidiéndome disculpas. Parecía otra persona.

—¿Y no le dijiste dónde ibas?

—No, no quise escucharlo, le dije que iba a ver a mi chico, pero creo que no sabe que Albert, bueno… que Derek y yo teníamos algo.

—Ya. —Aprieto con fuerza la hoja de la navaja y sonrío cuando consigo romper parte de la soga, dándome unos milímetros de margen.

Estoy pensando en el tiempo que llevo aquí. Desde que desperté en esta habitación han pasado horas, de eso estoy segura y puede que ya lleve un día aquí encerrada, pues nos han pasado lo que supongo son dos comidas, cena y desayuno, si es que se le puede llamar eso a un triste trozo de pan y un vaso de agua. Lo único que he hecho ha sido beber porque me he negado a comer nada y menos de las manos de Derek o Gretchen.

De pronto las voces se oyen más fuertes y me sacan de mis pensamientos. Alice estaba hablando, aunque yo no le estaba prestando atención. Ahora las dos guardamos silencio para escuchar mejor de lo que hablan.

—¿Cómo que no lo tienen preparado hasta esta tarde?

—¿Qué coño quieres que haga, Gretchen? No puedo obligar al piloto a que nos lleve antes de que arregle la maldita avería del avión. Ya me ocuparé de él cuando lleguemos a nuestro destino. Te prometo que será su último vuelo.

—No quiero estar ni un minuto más en San Francisco. Seguro que sus amiguitos están buscando a esta zorra y no voy a permitir que vuelvan a quitármelo. Alexander es mi hijo. ¡Mío! ¿Dónde está la pista de despegue?

—Relájate, está en San José, a cuarenta y ocho mil millas. No pongas esa cara, tardaremos poco tiempo y allí es el único lugar seguro que tenemos para escapar. Si no te tranquilizas, tus nervios te harán cometer estupideces. Y ya sabes que nos perjudican. ¡Ven aquí!

—¡Déjame, Derek, no estoy de humor! Tengo que ver cómo está el niño. Quizás tenga que darle una dosis más alta. ¿Te das cuenta por lo que me quiero ir ya de Estados Unidos?

Me tapo la boca para ahogar el grito que casi se me escapa de la garganta. Tienen a Rafael drogado. Seguramente esté en otra de las habitaciones, por eso no lo he escuchado desde que estoy aquí.

—Malena, no llores —dice Alice mirándome con ternura. Ella también ha escuchado lo que han comentado del niño—. Eres una buena madre. Estás aquí luchando por tu hijo y lo vas a recuperar. Ojalá la mía hubiera sido como tú.

—Lo siento, Alice.

—No lo sientas, hace mucho que lo superé. La sofisticada Emma Miller nunca ha tenido tiempo para mí, porque siempre ha estado demasiado ocupada con sus rifas benéficas para niños pobres.

—Ya.

—¿No te parece increíble que hiciera eso por esos niños desvalidos cuando a escondidas robaba a otros a sus propias madres para hacer negocio?

—Sí, Alice, es terrible. Siento que te hayas enterado así de cómo son tus padres, me gustaría que no hubiera pasado de esa manera…

—Es igual, prefiero saber con qué tipo de monstruos convivía.

—*¡¿Dónde está mi mami?! ¡Quiero ir con mi mamá!*

La voz de mi hijo corta nuestra conversación. Escucharlo ha sido lo mejor que podía oír en estos momentos, pero a la vez me ha producido un dolor inmenso en el corazón. Estaba llorando y me llamaba. Mi hijo está sufriendo y yo estoy aquí encerrada sin poder hacer nada.

—¡Rafael! —grito con rabia y gracias al impulso consigo romper las cuerdas que me tenían maniatada.

—Bien, Malena, lo has conseguido. Ahora solo te faltan los pies, pero seguro que te han oído fuera y van a entrar. Debe parecer que sigues atada.

—Tienes razón. Debo tener paciencia. —Asiento y comienzo a romper con rapidez la cuerda que me ata los dos tobillos.

Esta vez es más fácil porque al fin tengo movilidad en las manos. Lo consigo en escasos movimientos.

Justo cuando estoy liberada escucho como llegan a la puerta. Coloco las sogas alrededor de mis pies como si estuvieran todavía unidas a ellos y guardo las manos detrás de mi espalda lo más rápido que puedo.

Me sorprende que hayan tardado demasiados minutos en entrar. Seguro que estaban tramando algo…

«¿Se habrán llevado al niño del apartamento? Solo espero que no. ¡Dios, ayúdame!».

—¡Qué escándalo es este, compañera! —Derek entra con una sonrisa cínica que estoy deseando borrarle de su asquerosa cara.

—¡Quiero ver a mi hijo! ¿Qué le habéis hecho?

—Nada, estúpida. Te olvidas de que por las venas de ese niño corre la sangre de un Weber. Es mi familia y nunca le haría daño. Solo le hace falta disciplina, pero eso no es ningún problema. Será un hombre de provecho como su padre.

De pronto siento ganas de vomitar.

—Si le tocas un solo pelo, te mato, Derek. Te lo juro.

«Vamos, acércate, desgraciado. Necesito que estés más cerca…».

Por fin veo que comienza a dar pasos hacia mí. Aún tengo la afilada navaja en mis manos.

—Creo que eso no va a ser posible porque antes te mataré yo a ti —susurra pegado a mi oído pasando la lengua alrededor de mi oreja.

«Es ahora o nunca, Malena».

—Demasiado tarde, Derek. —Separo mi mejilla de la suya con una sonrisa ante la cara de estupefacción de él.

Y entonces, con toda la rabia y el odio que he ido acumulando en las últimas horas, saco el arma y se lo clavo en el costado.

Una vez y otra…

—¡Eres una zorra, Malena! —gime con un alarido de dolor mirándose el costado.

Casi sin poder reaccionar, pone sus manos en mi cuello y aprieta dejándome apenas sin aire para respirar. Siento como el corazón me palpita muy fuerte, pero saco las fuerzas de dónde no sabía que todavía me quedaban apretando los ojos. Alcanzo el cuchillo que se había desplazado a mi lado y, de un movimiento certero, se lo clavo en el cuello.

Derek abre los ojos, todo lo que le dan de sí, segundos antes de dejar de ejercer su fuerza contra mí y caer al suelo.

Me levanto y comienzo a toser intentando recuperar el aliento. Él sigue en el suelo todavía consciente, pero con un charco de sangre alrededor que comienza a transformarse en una enorme mancha roja.

—Nunca volverás a ver a tu hijo. Su madre se lo ha llevado.

—¡Yo soy su madre, maldito! —Es lo último que le digo antes de volver a coger la navaja y cortarle el cuello.

59

¡La tenemos!



Ruket y yo hemos estado investigando los movimientos de la cuenta de Gretchen. Él buscando por el apellido Müller y yo por el de Weber. Cada vez que pienso que la muy miserable ha sido capaz de robarle el niño a Malena, cuando sabía lo que ella sufrió después de todo lo que le hizo el hijo de perra de su marido, me siento como un estúpido. Nos engañó a todos, pero no me perdono que lo hiciera conmigo, porque ahora ellos están en peligro y yo estoy aquí sin hacer una puta mierda.

Cabreado con el mundo, pero sobre todo conmigo mismo, salgo de comisaría y me dirijo a la tienda de coches donde la viuda de Hermann alquiló el que le sirvió para secuestrar a Malena. He averiguado que el dueño de la empresa es un tipo tramposo y sin escrúpulos que hace negocios sucios con tal de conseguir dinero fácil, importándole poco o nada de dónde provenga ese puñado de dólares.

Por otro lado, los Miller han cantado y muchos nombres han salido a la luz. La trama de corrupción de menores y secuestro de niños, junto a la adopción ilegal que se practicaba en su supuesta agencia *legal*, ha adquirido dimensiones que jamás pensamos que tuviera. Los han trasladado a la cárcel, al módulo de máxima seguridad, a la espera de que se celebre el juicio el próximo mes. Hasta entonces hay secreto de sumario porque seguimos tras la pista de los peces gordos que caerán, antes o después.

Además de que la mayoría de los miembros de la organización criminal que estaba detrás de la *Operación Veleta de Papel* han sido atrapados, en gran parte gracias a que Conrad Miller dejaba la nota con la poesía junto a la veleta en cada escenario, y que nos sirvió para ir atando cabos, también hemos conocido que Alice es en realidad la hija del menor de los Miller, la cual secuestró del centro donde residía su madre, Amanda. Su padre se la llevó aquella noche de la habitación donde dormía, hace ya diecisiete años, y se la entregó a su hermano Leonard y su cuñada Emma, que la criaron como si fuera su hija, al menos a ojos de todo el mundo.

Jackie y Michael fueron a ver a Amanda, la verdadera madre de Alice. Reside en una casita a las afueras de la ciudad con una de las enfermeras del centro, que ha sido para ella como su familia. La mujer les contó que sigue desconfiando de los desconocidos y, al principio, parece que les costó que confiara en ellos, pero cuando le enseñaron una foto de la hija de los Miller, se

echó a llorar y comenzó a golpearse con rabia. Cuando se tranquilizó, la enfermera les confirmó que Amanda no ha dejado de pensar en su hija ni un solo día de su vida desde que se la arrebataron esa noche en el centro.

Ojalá y puedan reencontrarse pronto. Todavía no tenemos pistas de dónde pueda estar la chica, pero estamos seguros de que a Alice la tiene el desgraciado de Derek.

Por fin llego a la empresa donde tienen la flota de coches de alquiler. No sé por qué intuyo que aquí hay muchos vehículos robados. Sonrío al pensar que es un dato más que me servirá para hacer que este tipo hable.

—Buenas, ¿es usted el señor Brown?

—¿Quién pregunta por él? —contesta el hombre de metro cincuenta con espeso bigote y prominente barriga.

—Inspector Waters. —Le enseño la placa y observo como traga saliva con dificultad.

—¿Qué quiere? Tengo todos los papeles en regla.

—Eso está muy bien, pero ahora necesito que me dé los datos de una mujer que alquiló uno de sus coches la semana pasada. Su nombre es Gretchen Weber o Müller, cualquiera de los apellidos me vale.

—No puedo hacerlo sin una orden, por la protección de datos, ya sabe… —dice cerrando la puerta de su oficina que evito cruzando un pie—. Ya le he dicho que no puedo darle datos de mis clientes, además no sé de quién me habla.

—Yo creo que sí lo sabe, pero quizás esto le refresque la memoria. —Le enseño un papel con todos los recargos que tiene sin pagar y las deudas con el Servicio de Impuestos Internos—. Quizás le parezcan interesantes al departamento anticorrupción del distrito.

Lee detenidamente el papel mientras varias gotas de sudor le caen por la frente y su cara comienza a coger un color rojo encendido.

—¿Y bien?

—Era una mujer extranjera… me dijo que le urgía el coche y que no podía dejar rastro de nada. Quería pagar en efectivo, pero yo le dije que ahora no era posible…

—Imagino que ya tenía el cupo completo de fraude porque supongo que mis compañeros de inspección tributaria ya le habían hecho una visita… amigable.

No dice nada, pero asiente con la cabeza. Después abre un cajón con un montón de papeles manchados de grasa y empieza a buscar.

Los minutos pasan y con ellos se va la poca paciencia que me queda.

—¡No tengo todo el maldito día! —Pego un golpe en la mesa que hace que el tipo se asuste y su sudor se haga más abundante. Saca un pañuelo del bolsillo para secarse la frente.

—Está bien, está bien, aquí lo tiene.

Le arranco el trozo de papel de la mano. El nombre de Gretchen Müller aparece en ellos. Le paso los datos de la tarjeta a Will que me dice que lo comprueba en la base de la comisaría.

A los cinco minutos, cuando salgo del despacho del dueño de la empresa dejándolo con el cuerpo temblando, suena mi móvil. Es Will.

—La tenemos, Jason. No ha sido muy lista que digamos, pues ha utilizado la misma tarjeta para pagar un apartamento dirección norte.

—Genial. Dame los datos y dile a Duke que voy para allá.

—Sí, no te preocupes. Te está escuchando, tengo puesto el altavoz.

—Waters, ¿me oyes?

—Alto y claro. Dime, jefe.

—Como sé que no vas a esperar a que lleguemos con los efectivos, quiero que tengas cuidado, esos tipos son peligrosos y no sabemos si está allí el niño y la señorita Miller. No quiero que haya daños colaterales.

—Sí, jefe, lo tendré. Espero que hoy acabe esta pesadilla.

—Yo también, Jason. Nosotros ya vamos para allí.

Cuelgo y salgo como alma que lleva el diablo. Solo quiero que ellos estén bien y poder abrazarlos. Me muero por volver a tenerlos entre mis brazos.

Pero eso será después de encargarme del malnacido de Derek Weber…

60
Todo lo que necesito



Corto las cuerdas que tiene Alice en las manos y, al fin, la libero, mientras la sangre de Derek cubre de color rojo el suelo. Lo miro antes de darle la vuelta para coger el arma que tiene sujeto a la cintura. Tiene los ojos abiertos y parece que me siguiera con la mirada. Me pone los pelos de punta.

—¡Quédate aquí, Alice! Voy a salir. Necesito encontrar a Gretchen y a mi hijo.

—No, por favor, no quiero quedarme con él aquí. —Sus ojos asustados contemplan el cuerpo inerte de Derek.

—Está bien, pero colócate detrás de mí.

—Vale.

Salimos de la habitación. Ella pegada a mi espalda y yo apuntando con la pistola al frente. Derek había cerrado la puerta de la habitación y es probable que Gretchen no haya oído nada de lo que ha pasado en el interior.

Me adentro en el largo pasillo. Está oscuro y solo hay silencio. No me gusta. Abro con cuidado la primera de las habitaciones y descubro que no hay nadie. Tan solo una cama deshecha y dos armarios abiertos con perchas vacías.

«Ella no puede habérselo llevado».

Al fondo hay un último cuarto. Cuando lo abro, dos lágrimas me caen por la cara al ver el colchón tirado en el suelo y la chaqueta de Rafael sobre una caja de cartón. Me agacho a coger la prenda que me llevo al pecho aspirando el olor que todavía permanece en ella. El aroma de mi hijo, el que conozco tan bien.

Alice me abraza por la espalda y yo cierro los ojos. La cabeza me va a estallar. La presión es inaguantable y siento que las venas me van a explotar de un momento a otro.

De pronto un fuerte ruido se escucha en la entrada. Nos giramos y entonces oímos a Jason gritar mi nombre.

—¡Malena, ¿estás aquí?!

Respiro hondo e intento hablar, pero la voz no me sale de la garganta y es Alice quien lo hace.

—¡Estamos aquí! ¡Aquí!

Jason aparece y se acerca a nosotras. Alice está a mi lado.

—Malena, Alice, ¿estáis bien? —Me acaricia la cara y limpia con su pulgar las lágrimas que me caen.

—¡Ay, duele! —me quejo cuando sus dedos me rozan el moratón que tengo bajo el ojo.

—Perdóname, no quería hacerte daño. ¿Dónde está ese hijo de puta? Voy a matarlo.

—Ya no puede hacernos más daño. Está muerto.

Me abraza y entonces lloro con ganas. Sin reprimirme nada.

—¡Ella se lo ha llevado, Jason! La mujer de Hermann, otra vez, me lo ha quitado.

—Tranquila, lo vamos a encontrar. Están todas las fronteras cerradas. No podrá escapar.

Vuelve a abrazarme y entonces oímos como nuestros compañeros llegan al apartamento.

De pronto, como si una luz hubiera iluminado la oscuridad de mi mente, me acuerdo de lo que escuché hablar a Gretchen y Derek.

—Sé dónde lo lleva, Jason. Tenemos que ir a San José. Va a coger un avión en una pista de despegue privada. No sé cuántos minutos nos lleva adelantado…

—Vamos, no perdamos más tiempo.

Nos levantamos. Le doy un beso a Alice y las gracias por animarme todo este tiempo. Al final nos hemos cogido cariño y creo que ninguna de las dos vamos a olvidar lo que hemos vivido juntas. Después de todo lo que me ha contado de su infancia con los Miller, he sentido compasión por ella, porque en el fondo ha sido una niña muy desdichada y falta de cariño, a pesar de todo el dinero que sus padres le brindaban a diario, pues era lo único que estaban dispuestos a dar.

Los compañeros y paramédicos se quedan atendiéndola. Intentan curarme las heridas de la cara, pero no lo permito.

Ahora mismo mi hijo es lo más importante y mi única prioridad.

Salimos los dos en el coche de Jason, y volamos por la autopista. Está a menos de cincuenta mil millas de aquí. Espero que no sea tarde. Si algo le pasara a mi niño, creo que me moriría. No podría soportar volver a perderlo.

Suena la radio del coche y escuchamos a Duke con el altavoz.

—Waters, ¿estás con Acosta?

—Sí, jefe, te estamos oyendo los dos. Vamos camino de San José. Will ha localizado la pista de despegue de donde suponemos que saldrá el avión privado con el que Gretchen pretende escapar con el niño.

—Magnífico. La policía de carretera ha recibido un aviso del dueño de una gasolinera dirección norte. Parece que una mujer con las características físicas de la viuda de Weber ha parado allí y han podido ver a un niño en el asiento de atrás que concuerda con la descripción de Rafael. ¡Acosta!

—Diga, jefe.

—No desespere, esa mujer está acorralada. No va a salirse con la suya. Estamos todos a una y lo vamos a conseguir. Esta noche su hijo Rafael dormirá en su habitación.

No puedo contestar porque el nudo de la garganta al oír su nombre me lo impide, y es Jason quien se lo agradece antes de cortar la comunicación.

Los minutos se me hacen eternos mientras avanzamos en dirección al condado de San José, hasta que finalmente llegamos y divisamos la pista gracias al GPS que Will, con su ubicación, nos está trasmitiendo en directo. De pronto el avión comienza a moverse.

—¡Mierda, está a punto de despegar! —ruge Jason.

—¡No! Si lo hace lo habremos perdido. Se marchará con Rafael.

—Eso no va a pasar —contesta al tiempo que pisa el acelerador del coche y veo como el velocímetro se pone a doscientos kilómetros por hora. Abro la ventanilla y saco medio cuerpo por ella.

—¡Acércate más, Jason!

Por unos momentos pierdo el equilibrio, pero consigo sujetarme al techo del coche.

—¡Ten cuidado, Malena!

—No te preocupes por mí, tú solo pégate al avión. Estoy intentando bloquear las ruedas para evitar que despegue —grito para que me oiga desde el interior.

—Eres la número uno en tiro al blanco. No hay nadie mejor que tú en puntería. Puedes hacerlo, cariño. ¡Demuestra de lo que eres capaz!

Nos situamos en el lateral, a varios metros de la avioneta, y comienzo a disparar directo a las gomas hasta que veo un chispazo que explota haciendo que el aparato derrape y finalmente se detenga.

Nos bajamos del coche. La puerta del avión se abre y la veo bajar con Rafael.

Se me cae el alma a los pies y siento cómo una punzada me atraviesa el pecho cuando veo a mi niño dormido en sus brazos. Lo está apuntando con una pistola. Menos mal que no sabe lo que está pasando. Estoy segura de que le ha dado algún tranquilizante.

—¡Déjalo, Gretchen!

—Si de verdad lo quieres tanto como dices, vas a dejar que me lo lleve, Malena. Alexander es mi hijo y si no puedo estar con él, tú tampoco lo estarás.

—No tienes salida. Estás sola, Derek ha muerto.

—¡Mientes, maldita zorra! Él vendrá pronto y nos marcharemos los tres como la familia que somos.

—No, Gretchen. Ahora mismo deben estar llevándoselo al Anatómico Forense. Yo acabé con él y también lo haré contigo. ¡Devuélveme a mi hijo!

—Tira la pistola, Malena, y no le pasará nada —dice nerviosa con las manos temblorosas apuntando a la cabeza de mi hijo.

Me basta un segundo para dejar la pistola en el suelo y pegarle una patada lanzándola a dos metros de mí. Ella sonríe satisfecha y comienza a caminar hacia atrás sin dejar de mirarme.

—Este niño tiene sangre alemana. Pertenece a nuestra familia y tú no eres digna de él. ¡¿Me oyes?! Eres una…

—¡Suelta el arma, Gretchen! Despacio. —La voz de Jason la sorprende por detrás, mientras le apunta con la pistola.

Ella se queda pálida. Creo que pensaba que venía sola, por lo que en ese momento él aprovecha para desarmarla.

Avanzo hacia ella y cuando estoy a medio metro de ellos, Rafael abre los ojos.

—¡Peque!

—Mami… —susurra con un hilo de voz y al momento vuelve a cerrar los ojos. Sin esperar ni un segundo se lo arranco a Gretchen de los brazos y lo aprieto a mi pecho. Jason le coloca las esposas detrás de la espalda y la mete dentro del coche.

Sujeto a mi niño con fuerza y le doy miles de besos por su carita y sus bracitos.

—Mi amor, ya pasó todo. —No puedo contener las lágrimas al verlo adormilado, sin fuerzas.

Mi pobre niño solo tiene cuatro años y no debería haber vivido todo esto. Lo abrazo fuerte e instantes después se une a nosotros el hombre del que estoy profundamente enamorada.

—Lo tenían drogado, Jason.

—Lo sé, mi amor, pero se va a poner bien y ya nunca volverán a separarlo de ti ni de mí.

—Quédate con nosotros... siempre.

Me mira y acaricia la cara de Rafael, dejando un beso en su pelo.

—No me pensaba ir a ninguna parte. No podría porque sois parte de mí.

—Te quiero.

—Yo también a ti.

Nos besamos y mientras siento el suave roce de sus labios, pienso que ahora tengo todo lo que necesito en mi vida.

Los tengo a ellos dos.

EPÍLOGO

Un año más tarde…

Hace un año que acabamos la *Operación Veleta de Papel.* Un operativo donde todo el equipo pudimos desmantelar una organización criminal de robo de niños y adopción ilegal. Monstruos que se dedicaban a comerciar con inocentes, arrebatándoles a sus familias sus seres queridos.

Y también en ese tiempo estuve a punto de perder al amor de mi vida. Hay personas que dicen que el amor a primera vista no existe, pero ¿qué pueden decir del que siente una madre por un hijo?

El amor de mi vida es y será siempre Rafael. Mi niño. Viví una situación traumática cuando me quedé embarazada de él y después de haberlo recuperado, casi lo pierdo otra vez. Por suerte él no solo me tiene a mí, sino que también está Jason, al que adora. Los dos se quieren con locura y a mí me hace inmensamente feliz verlos juntos jugando o viendo alguna película de dibujos, aunque siempre sean las mismas, porque da igual lo que salga en la pantalla, si estamos los tres acurrucados en el sofá poco importa lo que veamos.

Cuando acabamos la misión, Jason se mudó con nosotros. Decidimos que ya no queríamos estar separados nunca más. Como he dicho, el amor de mi vida es Rafael y no podría vivir sin él, pero tampoco podría hacerlo sin Jason. Él ha sido mi esperanza cuando creía que ya no volvería a tener una vida normal. Se convirtió en mi refugio y me dio el valor suficiente para continuar y sobre todo para creer en mí.

Los tres somos una familia que se quiere. Bueno, ya no somos un número impar, ahora hay un miembro más entre nosotros. Se trata de Rayo.

¿Que quién es Rayo? Pues es un perrito que adoptamos de la perrera hace dos meses y medio. A todos nos gustó ese nombre para él. A mí porque así me llamaba mi abuelo cuando era pequeña, decía que era un rayo por aquello de que era muy traviesa y me hacía notar, pero a la vez iluminaba su vida, como los que resplandecen en el cielo. Y al peque también le gustó porque le recordaba a Rayo McQueen de la película *Cars.* Dice que los dos corren igual. Y es verdad porque al peludo de cuatro patas le encanta pegar carreras cuando lo llevamos a la playa o al parque.

Acabo de llegar a mi casa. Esta tarde he ido a comer con Alice. A pesar de que nuestra relación de amistad nació de una manera muy poco convencional, nos hemos hecho muy buenas amigas. Creo que cuando vives un suceso traumático con alguien y lo superas junto a esa persona, creas un vínculo muy especial. Nosotras lo tenemos. Me siento feliz de que ella también lo sea junto a su verdadera madre, Amanda.

Al cabo de unos días, después de que el operativo acabó, le contamos toda la verdad sobre sus padres. Fue bastante impactante para ella, pero estoy orgullosa de cómo supo superarlo. Cuando nos dijo que quería conocer a su madre, Jason y yo la acompañamos a verla. Se parecen mucho físicamente las dos. La verdad es que me impactó ver a Amanda porque parecía que estuviera ante una Alice con algunos años más. Fue muy entrañable verlas abrazarse, y sobre todo a su madre, acariciándole el pelo con los ojos llenos de amor. Hace tres meses, mi amiga se mudó a la casa de Amanda y son muy felices.

Su padre Conrad y su tío Leonard murieron en la cárcel cuando esperaban a la celebración de

la vista en el Juzgado. Uno de los presos los acuchilló, a pesar de que estaban en el módulo de máxima seguridad, pero está claro que los cabecillas de la organización no querían que testificaran en el juicio y se ocuparon de ellos.

La que tampoco sobrevivió entre rejas fue Gretchen Weber, la viuda del miserable de Hermann. Dejó una carta escrita de su puño y letra antes de que la encontraran ahorcada en su celda. Decía que no podía vivir sin el amor de su vida, que para ella siempre fue Derek. Parece que aquellas líneas contenían una despedida dirigida a él.

Abro la puerta y el primero en recibirme es Rayo.

—¡Ey, bonito! —lo saludo acariciándole la cabeza y el hocico y él lo hace a base de lametazos que me deja en la mano. No para de mover la colita mientras entramos los dos en la cocina—. ¿Dónde están los dos amores de mi vida?

—¡Mami! —Mi hijo se acerca a mí y me abraza. Me lo como a besos cuando lo subo a mis brazos y después me acerco a Jason para seguir repartiendo más besos.

Creo que nunca me cansaré de darlos, porque esos besos y abrazos son el oxígeno que necesito cada día para respirar.

—Tío Jason y yo vamos a hacer bolitas de queso para cenar.

—¡Qué ricas! Pues tendréis que hacer muchas porque tengo un hambre canina como Rayo, ¿verdad, bonito?

Nuestro cachorro ladra y los tres nos reímos.

Jason y Rafael son unos cocinillas. A ambos les encanta meterse entre fogones y hacer experimentos con los ingredientes que encuentran y que, curiosamente, acaban siendo platos superricos.

—Ve cogiendo el queso del frigo —le dice Jason a Rafael, pero este se queda parado frente a él.

—Tío Jason…

—Dime, campeón.

—¿Tú y mamá os vais a casar?

Sonrío con la pregunta. No me esperaba que Rafael dijera algo así. Es verdad que vivimos juntos, pero no hemos decidido nada al respecto, entre otras cosas, porque no necesitamos ningún papel para ser felices. Ya lo somos.

—Pues… es algo que no hemos hablado aún, pero ya sabes que quiero mucho a mamá y a ti, así que no veo por qué no podríamos hacerlo algún día. ¿Te gustaría?

—Sí, es solo que no quiero seguir llamándote tío Jason. Quiero que seas mi papá y dejar de llamarte tío —Jason y yo sonreímos, pero dejamos que siga hablando—, y mi amigo Andy dice que si no te casas con mamá no puedo llamarte así.

—¿Sabes qué, campeón?

—¿Qué?

—Que a mí me encantaría que lo hicieras y que no hace falta que mamá y yo nos casemos para que me llames papá, porque tú eres para mí mi hijo. Así que yo sería muy feliz si lo

hicieras.

—Te quiero mucho, papá Jason.

—Y yo a ti, peque.

Se me escapan dos lágrimas, pero, aunque he derramado muchas hace años, las de ahora son de felicidad, así que dejo que fluyan.

Los abrazo y los beso a los dos. Después los ayudo a terminar de preparar la cena. Rafael va a poner la mesa y Rayo va detrás de él. Desde que lo adoptamos se creó un vínculo entre ellos y no lo deja solo en ningún momento, como si lo quisiera proteger.

—Te he echado de menos, mi amor.

—Yo también a ti. No sabes cuánto, Malena. No imaginas lo feliz que estoy de que Rafael me llame papá.

—Lo sé, Jason. Sé que lo quieres por encima de todo y eso significa mucho para mí. En realidad, lo significa todo.

Nos besamos con pasión, como siempre, porque los dos somos pura dinamita cuando nuestros cuerpos se unen. Jason mete la mano por el lateral de mi falda y comienza a ascender hasta alcanzar el filo de mi ropa interior. Jadeo sin poder evitarlo a pesar de que el niño puede oírnos, pero cuando he sentido que uno de sus dedos entraba en mi interior me ha sido imposible no soltar un gemido.

—Dejemos algo para esta noche —le susurro al oído cuando me despego sin ganas de su boca.

—Está bien, en cuanto el peque y Rayo caigan, no te escaparás de mí, agente Acosta.

—No tengo ninguna intención de huir, inspector Waters, ni esta noche ni ninguna otra. Si estás de acuerdo, claro.

—No podría estarlo más. —Los dos nos reímos.

Y así es cada día de nuestra vida. Trabajamos sirviendo y protegiendo a los demás. En muchas ocasiones nos adentramos en misiones peligrosas, pero cuando llegamos a casa, somos felices con cosas sencillas, como ver *Cars o Buscando a Nemo*, o salir con las bicis, o hacer bolitas de queso, pero es nuestra vida, y la que nos hace feliz.

Fin

NOTA DE LA AUTORA

(Recomiendo no leer esta nota si no has leído el libro, pues puede contener spoiler).

Operación Veleta de papel es una novela de ficción que surgió a partir de la triste historia de Malena, la cual se inició en mi anterior libro: *Operación Tejas Verdes,* por lo que todo lo que aquí acontece y sus personajes son también ficción, pero por desgracia es un tema que podría haber sido real, pues existen en el mundo multitud de robos de niños y adopciones ilegales.

Concretamente, en España se calcula que, entre las décadas de 1940 y 1990, de los dos millones de adopciones que se realizaron, alrededor de trescientos mil casos fueron adopciones ilegales y, de estos, el sesenta por ciento de ellas, es decir, ciento ochenta mil, fueron casos de bebés robados.

Matrimonios que no podían tener hijos se ponían en contacto con personas que les podían conseguir uno. De este modo, estaban implicados en esta trama, doctores, enfermeros e incluso religiosos. Algunos a cambio de dinero y otros, como estos últimos, por la convicción de que esos niños estarían mejor atendidos si los alejaban de sus verdaderas progenitoras.

Conductas perversas que incluso pedían a esas madres *falsas* que fingieran el embarazo con prótesis que simulaban el abdomen abultado propio de una embarazada, e incluso les sugerían que falsearan síntomas naturales del estado de gestación. Después solo bastaba con que el doctor, la auxiliar de enfermería o matrona falsificara el certificado de nacimiento para así inscribirlo en el registro civil que correspondiese. Todo ello, por supuesto, a cambio de dinero.

Por desgracia, el tiempo es el mayor obstáculo para hacer justicia a estos niños que un día fueron robados, pues muchos de estos delitos han prescrito.

Hoy en día las asociaciones de víctimas de bebés robados siguen luchando para hacer justicia…

AGRADECIMIENTOS

Mi primer gracias es como siempre para mi familia. Son los que viven día a día mis interminables horas frente al ordenador. Lo mejor de todo es su sonrisa siempre porque saben que escribir las historias que surgen en mi cabeza es lo que me hace feliz.

También quiero agradecer a apoyos incondicionales, como son mis hermanas, mis cuñados, y a toda mi familia. En particular, quiero nombrar y agradecer a mi primo Juan Carlos, siempre atento a la fecha de publicación de cada uno de mis libros, para hacerse con él en cuanto sale a la luz.

A mis compañeros de trabajo que son fieles a mis historias y siguen animándome como el primer día.

A Vanesa por su ilusión cada vez que uno de mis libros sale publicado y por su cariño aun en la distancia. Sé que este libro llegará a Barbados y al resto de las islas del Caribe gracias a ella.

A mis amigos, tanto los que puedo ver en persona, Yenis, Majo, Caty, Club de Audrey, como a los virtuales, en especial a mis gallinitas con las que he formado una familia literaria.

A @deco_cathy por sus maravillosos jabones y marcapáginas, gracias por su paciencia y su profesionalidad.

A la comunidad Bookstagram que tanto cariño me ha dado. Cada vez sois más y me es imposible nombraros a tod@s, así que solo diré unas cuantas, como son mi @valientegarciamariajose, @a.a_neus, a Rosmary, Librosautopublicados (Lidia), Vaity, Yure, José Martel... Sé que me dejo a much@s, así que quiero que sepáis que también a vosotr@s os doy las gracias.

Quiero hacer una especial mención a mi Tere (@galyadante), ella sabe que para mí es la reina del thriller, y a la que agradezco que me diera el empujón que me hacía falta cuando me bloqueé con esta historia y que ha sido mi lectora cero, ayudándome a que Malena y Jason brillen mucho más.

Al club de las libroholicas por su apoyo, en especial a sus organizadoras, Elisabeth Gilmore y Rocío Gallego, que son un sol.

A mis amigas autoras, Eva Saladrigas, Rosana Lenn, Isabel Canovas, Rosmary, Esperanza Mancera, Galya Dante, Lidia Pecero, Arantxa Alarcón, Tamara Diaz, Alma Valiente…

A mi correctora, Sandra, gracias por ser mucho más que eso para mí y hacerme sentir tan cómoda cada vez que trabajamos. Le agradezco su profesionalidad, pero sobre todo su calidad humana.

Y, por último, como siempre, a ti, querido lector, que has llegado hasta aquí. Gracias por leerme. Espero que hayas disfrutado de esta historia tanto como yo lo he hecho al escribirla. Si te ha gustado te agradecería que dejaras una reseña en Amazon, de esa forma me ayudas a seguir cumpliendo mi sueño. Y esto es todo, nos vemos en las letras.

Un beso.

Esther.

BIBLIOGRAFÍA

Esther Alcudia



amazon

- Desayuno con Audrey (2022)
- Surfeando olas de chocolate (2022)
- Corazones de colores (2023)
- Operación tejas verdes (2023)

DISPONIBLES EN AMAZON

Si quieres estar al día de todas mis novedades, sígueme en mis redes sociales:

Instagram: @losbookdeesther

Facebook: Esther Alcudia.

ACERCA DE LA AUTORA

Nació en Sevilla y, a pesar de que siempre le apasionó el periodismo, la vida la llevó por otro camino y acabó estudiando Derecho. Desde hace años, vive en Tenerife, su segundo hogar, una isla de la que se enamoró desde que llegó.

Escribir es una de sus grandes pasiones y la que intenta compaginar con su día a día.

Siempre le gustó la escritura, pero no fue hasta febrero de 2022 cuando se atrevió a publicar su primera novela Desayuno con Audrey, a la que le seguiría meses después, Surfeando Olas de Chocolate. En 2023 publicaría dos novelas más, Corazones de Colores y su primer thriller, Operación Tejas Verdes, el cual fue número uno en los más vendidos en su categoría durante varias semanas. En junio de 2024 continúa con el género del thriller romántico y publica su quinta novela titulada Operación Veleta de papel.

Le encanta leer, escribir, la música y el helado de Stracciatella.